



UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

MAESTRÍA EN HISTORIA, OPCIÓN HISTORIA DE AMÉRICA

**REPRESENTACIONES DE LOS AFRICANOS Y SUS DESCENDIENTES EN LA OBRA DE TOMÁS
CARRASQUILLA**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRA EN HISTORIA PRESENTA LA LIC.

LINA DEL MAR MORENO TOVAR

ASESOR

DR. MIGUEL ANGEL URREGO

ENERO DE 2010

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas han estado involucradas en la experiencia vital que ha tenido como resultado esta tesis. En primer lugar quiero agradecer a Elizabeth, Raúl y Juan David por su incondicional fortaleza y presencia en la distancia. Mi mamá ha sabido darme profundas lecciones de amor y perdón; mi papá, siempre consecuente con sus ideas, ha sido un ejemplo de sacrificio, dedicación y disciplina; la compañía de mi hermano me ha enseñado la nobleza y la paciencia, ha estimulado mi intelecto y mi sonrisa en medio de las dificultades. Este trabajo es fruto del esfuerzo de las generaciones que me precedieron, luchando incansablemente para hacerme un ser humano sensible y capaz. Gracias entonces a mis abuelos, mis padres y mis tíos por ese regalo de vida, así como a mis primos por el don de la palabra. De la mano de Rodrigo he superado montañas y surcado mares para alcanzar juntos sabiduría y construir amor, a él toda mi gratitud por eso y porque innumerables veces ha sido ojos y oídos para esta tesis y todas sus implicaciones intelectuales y emocionales.

Debo todo el reconocimiento a Jaime Arocha, mi maestro en la Universidad Nacional de Colombia, quien me introdujo en el mundo de los estudios afrocolombianos y nunca me ha abandonado en el camino del conocimiento. De la misma manera quiero agradecer a mis amigos y colegas Natalia Guevara, Alejandro Camargo y Laura de la Rosa por la amistad sincera y el intercambio constante. En la UNAM los integrantes del Colectivo Mackandal: Cynthia, Claudia, Dalia, Gabriela, Lizbeth, Luis Daniel, Pablo, Ricardo, Rosalba, Roxana y Saúl se han convertido en cómplices maravillosos en el esfuerzo por construir espacios académicos incluyentes para reflexionar sobre Afroamérica y son uno de los mejores

regalos que me ha brindado México. Mi asesor, el doctor Miguel Ángel Urrego es parte importante de esta tesis, infinitas gracias a él y a su familia por abrirme las puertas de su casa. Amada Carolina Pérez siempre tuvo comentarios y sugerencias precisas, su estimulante conversación constituyó una fuente inagotable de ideas. En la UMSNH Bersaín siempre estuvo dispuesto a colaborar de manera amable y eficiente.

Por último, deseo agradecer el apoyo que me brindó el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología -CONACYT-, institución que financió mis estudios de maestría mediante su programa de becas nacionales en el periodo comprendido entre septiembre de 2007 y agosto de 2009, así como al programa Espacio Común para la Educación Superior -ECOES- del Banco Santander, que me otorgó una beca de movilidad para llevar a cabo una estancia de investigación en la Universidad Nacional Autónoma de México entre agosto y diciembre de 2009, temporada durante la cual logré concluir mi tesis.

INDICE

Introducción	6
 Capítulo 1.	
Un país blanco para las elites: la ideología del blanqueamiento como proyecto de nación e identidad regional en la obra de Tomás Carrasquilla	31
Superioridad blanca/inferioridad negra.....	40
La ideología del blanqueamiento como proyecto nacional	49
Literatura e identidad.....	68
La obra de Tomás Carrasquilla y el proyecto regional antioqueño.....	73
 Capítulo 2.	
Los africanos y sus descendientes en Antioquia entre los siglos XVI y XVIII	102
La ilusión de “El Dorado”: primera etapa de poblamiento en Antioquia.....	103
Colonización y blanqueamiento.....	125
La epopeya del hacha. Colonización Antioqueña en los siglos XIX y XX.....	127
Ficciones de la ideología del blanqueamiento: mestizaje y democracia racial.....	138
El blanqueamiento de la conciencia histórica antioqueña	147
 Capítulo 3	
Invisibilidad y estereotipia en la pluma de Tomás Carrasquilla	151
Antioquia colonial: Una sociedad de nobles y sirvientes.....	152
Juntos pero no revueltos. Relatos sobre la blanca Antioquia republicana.....	183

Epílogo	205
Bibliografía	210

ÍNDICE DE MAPAS

Mapa 1. Divisiones administrativas de Antioquia colonial.....	109
Mapa 2. Colonización antioqueña.....	133
Mapa 3. Urabá.....	205

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Decadencia de la producción minera en el distrito de Zaragoza. Valores en pesos oro de 22.5 quilates.....	119
Tabla 2. Decadencia de la producción minera en los distritos de Cáceres y Santa Fe de Antioquia.....	120
Tabla 3. Tenencia de la tierra en el partido (municipio) antioqueño de La Miel, 1786. Número de fanegadas por cabeza de familia.....	144

INTRODUCCIÓN

Parte de las preguntas que inspiraron esta tesis surgieron hace un par de años en San Andrés, una pequeña isla colombiana de apenas 26 km² ubicada en el mar Caribe a 190 km de la costa nicaragüense y 755 km de Cartagena, la ciudad colombiana más cercana. Junto con las islas de Providencia y Santa Catalina, San Andrés hace parte del único departamento insular colombiano, así como el que presenta mayores contrastes culturales respecto de la Colombia continental, no sólo andina o amazónica sino incluso caribeña. Esta diferencia tiene una amplia profundidad histórica: San Andrés y Providencia fueron colonizadas en el siglo XVII por ingleses venidos de otras islas del Caribe occidental como Barbados, Bermudas y Tortuga, a los cuales se sumaron más adelante grupos de puritanos que llegaron directamente de Inglaterra como parte del proyecto colonizador del partido puritano inglés, dentro del cual se contempló y llevó a cabo la importación de esclavizados africanos como mano de obra para plantaciones de tabaco, algodón e índigo, siguiendo la experiencia de otras islas caribeñas.

Sin embargo, el proyecto fracasó y durante un largo periodo la isla quedó en manos de los piratas, lo cual motivó la intervención de la Corona Española que se tradujo en un largo conflicto con Inglaterra por el control territorial de las islas, caracterizado por las constantes tomas y retomas por parte de unos y otros durante todo el siglo XVII y parte del XVIII. Finalmente, el conflicto se resolvió en 1786 mediante el Tratado de Versalles, que otorgó el dominio sobre las islas a la Corona Española. Pese a que hasta comienzos del siglo XIX éstas hacían parte de la Capitanía de Guatemala, en 1803 el rey Carlos V las

traspasó al Virreinato de la Nueva Granada y en 1822, luego de la independencia, los habitantes de la isla se declararon oficialmente parte de la nueva república.¹

La particular historia de este departamento colombiano ha configurado allí una cultura en la que se combinan elementos africanos, ingleses y más recientemente, colombianos. Los descendientes de africanos, que en un proceso de reivindicación étnica frente a la “colombianización”² forzada de la cual han sido objeto se han denominado a sí mismos como raizales, constituyen allí el porcentaje de población más amplio de aproximadamente un 57% y se distinguen porque hablan una lengua criolla de base léxica inglesa que mantiene ciertas estructuras y préstamos de lenguas africanas y el español y está emparentada con las lenguas habladas en Bluefields y la Costa Mosquitia nicaragüense, adicionalmente muchos de ellos son practicantes de la religión bautista al tiempo que se ha registrado la existencia de conocimientos alrededor de la *Obeah*, un conjunto de prácticas mágicas presentes en el Caribe occidental y asociadas con herencias culturales africanas. Habitan también en las islas, especialmente en San Andrés, colombianos continentales que llegaron desde mediados del siglo XX, sobre todo provenientes del Caribe y Antioquia, atraídos por las posibilidades económicas que brinda el turismo masivo que se desarrolla en la isla, así como una pequeña población de comerciantes sirio-libaneses.

¹ ROBINSON, Dilia y BOTERO, Juliana, “Raizales Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina”, En: *Velorios y santos vivos. Comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 2008, p. 105-108.

² Con colombianización me refiero a “el proceso mediante el cual el Estado colombiano ha puesto en marcha diversos mecanismos orientados a la búsqueda de la integración económica, cultural y política del archipiélago a la nación colombiana. Una constante en ese proceso ha sido la puesta en marcha de estrategias de asimilación cultural que han desconocido la diversidad isleña”. GUEVARA, Natalia, “San Andrés Isla, Memorias de la colombianización y reparaciones”, En: *Afroreparaciones: Memorias de la esclavitud y justicia reparatoria para negros, afrocolombianos y raizales*, MOSQUERA, Claudia y BARCELOS, Luiz Claudio, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007, p. 295-317.

Con todo este panorama en mente llegué por primera vez a San Andrés una tarde de julio de 2007, justo el día en que se jugaba la final del fútbol colombiano. Uno de los equipos contendores era el Atlético Nacional, conjunto que constituye un importante símbolo de identidad regional para los habitantes del departamento de Antioquia, tradicionalmente clasificado desde el punto de vista cultural y geográfico como parte de la zona andina. Esa tarde, el Atlético Nacional ganó el partido y en la isla se produjo una celebración masiva en la que, sorpresivamente para mí, no sólo participaron los migrantes antioqueños que habitan allí sino también los propios raizales, de una manera tan apasionada que de pronto me sentí en el centro de Medellín, la capital antioqueña: muchos se desplazaron en moto portando banderas del equipo y gritando vivas, se reunieron cerca de la playa y armaron una gran fiesta con música y bebida. Yo me encontraba en San Andrés adelantando una investigación sobre los ritos fúnebres de los raizales y en el transcurso de ésta noté que el escudo del Atlético Nacional se había convertido en una imagen común entre los raizales pues muchos la portaban en forma de reloj, cachucha, chanclas, gafas, etc., e incluso llegué a encontrarla en las tumbas de varias personas en diferentes cementerios raizales. Evidentemente, el Atlético Nacional tenía allí un amplio número de hinchas raizales, más que cualquiera de los otros equipos reconocidos en Colombia y éstos portaban con orgullo los símbolos asociados al conjunto deportivo. Mi sorpresa fue mayor al encontrar tal arraigo por un símbolo identitario antioqueño en un contexto tan contrastante con la cultura continental andina, y en particular antioqueña, como el que describí para San Andrés, espacialmente en el marco de las reivindicaciones políticas que han venido adelantando los raizales en las últimas décadas basadas en una reafirmación de lo “propio” frente a la colombianización que los líderes del movimiento raizal interpretan como una amenaza. Por otra parte, no era la primera vez que observaba algo parecido pues ya antes había

documentado ejemplos muy similares en regiones de importante presencia afro, como el Pacífico colombiano donde es común encontrar migrantes antioqueños y, con ellos, una proliferación de símbolos asociados a su propia identidad regional, sobre todo entre los jóvenes.

La anécdota puede parecer trivial y poco relevante para la presente investigación, sin embargo, me parece importante traerla a colación por dos razones: por una parte, los sucesos que describo fueron un punto de partida para reflexionar sobre las dinámicas de la identidad antioqueña, su relación con otras formas culturales, étnicas y raciales presentes en el país; estos sucesos derivados de mi práctica etnográfica son el antecedente de ciertas preguntas que trataré de resolver, al menos parcialmente, en esta tesis. De otro lado, el ejemplo me permite referirme a un tema que me interesa particularmente analizar en el marco de esas preguntas y es el de las relaciones que una Antioquia que se precia de ser blanca, quizá el departamento más blanco dentro del imaginario nacional, mantiene con los afrodescendientes que habitan dentro y fuera de su territorio.

Durante los primeros siglos de la colonia el actual departamento de Antioquia (ver mapa 1) recibió una importante cantidad de cautivos africanos destinados al laboreo de las minas de oro que abundaban en la provincia; sin embargo, pese a la riqueza aurífera, algunos problemas estructurales de la economía minera que describiré con detalle en el capítulo 2 sumieron a la provincia en un grave crisis económica que se prolongó durante más de un siglo, llevándola a ser la más pobre del Virreinato. A finales del siglo XVIII, la Corona Española respondió a la situación mediante la aplicación de una serie de medidas destinadas a disminuir el peso de la minería en la provincia, estimulando la agricultura por medio de la colonización de nuevos territorios, hasta entonces inexplorados. Ese proceso

tuvo como resultado el fenómeno que la historiografía colombiana conoce genéricamente como la Colonización Antioqueña, en el marco de la cual se movilizaron miles de campesinos pobres entre 1780 y 1950 aproximadamente, quienes tumbaron monte, abrieron caminos y fundaron un sinnúmero de poblados; hoy es posible afirmar que en un sentido amplio, la colonización no ha terminado pues los antioqueños siguen desplazándose por el país, ya no masivamente, sino de manera individual o en núcleos familiares, para ganarse la vida haciendo toda clase de negocios.

Este fenómeno implicó un cambio valorativo en la percepción que Antioquia tenía y proyectó de sí misma pues pasó de ser la provincia más atrasada del Virreinato, de acuerdo con los informes de las autoridades coloniales, a encabezar la vanguardia económica de la naciente república en el siglo XIX. En torno a la colonización como motivo de orgullo regional se forjó una fuerte identidad con valores morales, económicos y raciales claramente definidos en oposición a aquellos históricamente asociados con lo negro. Como veremos a lo largo del capítulo 1, Antioquia se ha representado a sí misma y ha sido vista desde fuera como una región de migrantes y colonizadores blancos, católicos, conservadores, progresistas, pujantes y buenos negociantes. Durante el XIX estas ideas encontraron eco en un proyecto de nación impulsado por las elites políticas andinas, que se construyó mediante la jerarquización de las regiones que componían la naciente república con base en atribuciones geográficas y raciales derivadas de la concepción de que las tierras altas y la raza blanca eran la materia prima exclusiva del progreso y la civilización; hemos llamado *andinocentrismo* “al modelo de nación que ideó la elite en el siglo XIX a partir de la idea de que el ámbito de la civilización consistía en las zonas templadas de los Andes,

desde donde bajaba a las fronteras tórridas y salvajes”.³ La versión local de ese proyecto se tradujo en la creación de nociones como la de una “raza antioqueña” blanca, que asimiló la herencia negra mediante el mestizaje, venida de las montañas templadas de la provincia y que, de acuerdo con propuestas surgidas en ámbitos muy diversos como la política y la ciencias, estaba destinada a colonizar muchas regiones “atrasadas” de tierras bajas pobladas de negros e indios.

He utilizado el concepto de raza ya en repetidas ocasiones y creo necesario hacer un paréntesis para aclarar por qué he tomado esta vía y cómo lo abordo. Aunque durante los últimos 50 años ha habido un gran debate en las ciencias sociales acerca de la pertinencia de emplear *raza* como una categoría de análisis, e incluso con el desarrollo de la genética se he remarcado que los seres humanos no podemos ser clasificados como pertenecientes a razas distintas, para el siglo XIX este concepto se encontraba plenamente vigente en los discursos políticos y científicos y, como explicaré un poco más adelante, constituía un principio rector que organizaba la estructura social, la cotidianidad y las relaciones de poder en torno a un ideal de blancura; en este contexto, la raza no era considerada únicamente un atributo biológico, sino que a las características físicas que permitían clasificar a los sujetos se asociaban unas cualidades morales e intelectuales. En esa medida, es posible encontrar alusiones a las razas negra o india y sus mezclas derivadas con calificativos que las sitúan en los lugares inferiores de la escala social, así como también referencias a la raza antioqueña, que no remiten inmediatamente al fenotipo pero en las que características físicas como la blancura se relacionan con aspectos morales como la religiosidad e

³ AROCHA, Jaime y MORENO, Lina del Mar, “Andinocentrismo, salvajismo y afroreparaciones”, En: *Afroreparaciones: Memorias de la esclavitud y justicia reparatoria para negros, afrocolombianos y raizales*, MOSQUERA, Claudia y BARCELOS, Luiz Claudio, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007, p. 587.

intelectuales como la astucia. En resumen, no asumo la raza como un hecho biológico sino como una construcción social que se elabora mediante la atribución de ciertos rasgos morales e intelectuales a los individuos con base en el color de su piel y otras características físicas como la textura del pelo o la forma de la nariz, los cuales se hacen extensivos a los colectivos que comparten esas características.

La construcción de las nociones de superioridad antioqueña se logró a través de un sinnúmero de representaciones asociadas, las cuales parecen haber sido muy eficaces en la transmisión del mensaje, pues estas son las ideas sobre una región y sus habitantes que quizá más durabilidad y arraigo han tenido en el imaginario nacional; ello ha convertido a Antioquia y sus pobladores en referentes de “progreso” e incluso en algunos casos, en modelo del “deber ser” para otras regiones del país, en el marco de un proceso de “colonialidad interna en la que el racialismo sustentaba un orden jerárquico y naturalizador de las diferencias poblacionales y espaciales”.⁴

Este proceso se sustentó en un conjunto de mitos, símbolos, personajes y eventos que dieron lugar a la conformación de una fuerte conciencia de pertenencia a un colectivo con una historia común, asentado en un territorio significativo para quienes se sentían y reivindicaban como parte de ese colectivo, al tiempo que eran así reconocidos por otros, es decir, de la creación de una identidad; ello no quiere decir que la identidad sea un atributo fijo, determinado por unas características esenciales, sino que, por el contrario, se dinamiza gracias las interacciones e intercambios históricos a las cuales se ve enfrentada. Asimismo, es importante tener en cuenta, por una parte, que la creación y reproducción de identidades se encuentra inserta en relaciones de poder que, en este caso, se organizaron en torno a la

⁴ ARIAS, Julio, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2005, p. XVII.

jerarquización racialista a la cual hace referencia el historiador Julio Arias; y por otro lado que la identidad es relacional y contrastiva, esto implica que “se establece a partir de la diferencia; es decir, en contraste con otra cosa. El contraste fundamental es el que se da entre el ‘yo’ y el ‘otro’, asumiendo que el ‘otro’ puede ser un objeto, una persona, un grupo social, una nación o un ser imaginado”.⁵ Estas herramientas conceptuales son importantes a la hora de entender el papel que se le asignó a los africanos y sus descendientes en la historia antioqueña durante y después de la colonización, pues nos ayudan a comprender que, en el proceso de construcción de esta identidad cargada racialmente, lo negro se convirtió en eso otro de lo cual era necesario tomar distancia. De acuerdo con Peter Wade, las identidades “se establecen por medio de repetidos actos de representación”,⁶ los cuales se llevan a cabo en ámbitos diversos que abarcan desde los actos cotidianos hasta los discursos políticos, científicos o, como en este caso, literarios; en esta media, las representaciones producidas en el contexto que he descrito han invisibilizado la

⁵ WADE, Peter, “Identidad”, En: SERJE, Margarita, SUAZA, María Cristina y PINEDA, Roberto, *Palabras para desarmar. Una aproximación crítica al vocabulario del reconocimiento cultural en Colombia*, Bogotá: Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002, p. 255. Ver también: HOBBSAWM, Eric, “Identidad”, En: *Revista Internacional de Filosofía Política*, N° 3, Madrid, UAM, UNED, 1994, p. 5-17; QUIJADA, Mónica, “¿Hijos de los barcos o diversidad invisibilizada? La articulación de la población indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX)”, En: *Historia mexicana*, octubre-diciembre de 2003, vol. LIII, México, El Colegio de México, p. 469-520.

⁶ Comprender el tema del contraste en la construcción de identidades, así como la importancia de la representación para la reproducción de las mismas es sumamente importante para situar el análisis que propongo. El sociólogo jamaicano Stuart Hall ha trabajado con profundidad esta relación entre identidad y representación, razón por la cual me permito citarlo en extenso. Hall afirma que “Aunque parecen invocar un origen en un pasado histórico con el cual continúan en correspondencia, en realidad las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser; no «quiénes somos» o «de dónde venimos» sino en qué podríamos convertirnos, cómo nos han representado y cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos (...) Por otra parte, emergen en el juego de modalidades específicas de poder y, por ello, son más un producto de la marcación de la diferencia y la exclusión que signo de una unidad idéntica y naturalmente constituida: una «identidad» en su significado tradicional. Sobre todo, y en contradicción directa con la forma como se las evoca constantemente, las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella. Esto implica la admisión radicalmente perturbadora de que el significado «positivo» de cualquier término —y con ello su «identidad»— sólo puede construirse a través de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta. A lo largo de sus trayectorias, las identidades pueden funcionar como puntos de identificación y adhesión sólo *debido a* su capacidad de excluir, de omitir, de dejar «afuera», abyecto. HALL, Stuart, “Introducción: Quién necesita identidad?”, En: *Cuestiones de identidad cultural*, HALL, Stuart y DU GAY, Paul, Buenos Aires, Amorrortu, 2003, p. 13-39.

importancia del aporte negro a los procesos económicos y culturales que allí han tenido lugar, incluyendo la propia colonización.

Como consecuencia de todo esto, los antioqueños también se presentan y son vistos como apegados a sus costumbres y poseedores de una identidad colectiva fuertemente arraigada que, en muchos casos consideran de alguna manera superior a la del resto de las regiones del país, a tal grado que en su estudio sobre la Colonización Antioqueña el geógrafo inglés James Parsons señaló que ellos, antes que colombianos se sienten antioqueños, es decir, que esa identificación regional resulta más importante que el sentido de pertenencia al colectivo nacional.⁷ En este contexto, ya sea dentro de su territorio o en situación de migrantes, los antioqueños suelen aferrarse fuertemente a su identidad, defendiéndola de tal forma que pueden insertar ciertos elementos de manera muy profunda a los usos e imaginarios locales de los sitios a donde llegan, aún a pesar de que éstos sean radicalmente diferentes desde el punto de vista histórico y cultural como en el caso de San Andrés, produciendo así transformaciones en la circulación de símbolos, ideas, valores, relaciones sociales e incluso estructuras económicas; estos contactos asumen particularidades de acuerdo con los contextos locales y, por supuesto, no están exentos de conflicto y confrontación pero ejemplifican la forma cómo actúa la identidad antioqueña en situaciones interculturales. Esos contactos muestran también que la colonización es concebida no solamente como un fenómeno de incorporación de tierras y ampliación de la frontera agrícola, sino como un proceso de *civilización* que opera mediante el mestizaje en los ámbitos racial y cultural, en este sentido coincido con el antropólogo inglés Peter Wade quien señala que:

⁷ PARSONS, James. *La colonización. antioqueña en el occidente de Colombia*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979, p. 17.

Nexos significativos de las relaciones raza-región están constituidos por dos importantes procesos que son parte del desarrollo económico y social de Colombia: la expansión de la frontera y la migración de regiones más pobres a otras más ricas (...) en cada caso, se ejercen las nociones hegemónicas de blanqueamiento. La noción dominante de la identidad nacional asocia el progreso con el blanqueamiento y con la integración territorial a través de la colonización y la migración. En esta visión, mientras que la nación se unifica territorialmente, también se convierte en un todo racial y culturalmente (...)

La frontera en expansión no solo es una penetración económicamente motivada sino que también es vista desde la perspectiva del centro como una expansión del progreso y la civilización hacia las áreas previamente sumidas en la oscuridad. Es una consolidación de la nación colombiana por una ramificación de las costumbres culturales del centro hacia los límites del territorio nacional, envolviendo a la periferia en un proceso de mestizaje, entendido como blanqueamiento.⁸

En efecto, civilización y mestizaje fueron conceptos relacionados que, en el marco del proyecto nacional decimonónico y su exitoso correlato antioqueño, contribuyeron a la regionalización de la diferencia en Colombia, de modo que analizar los mecanismos a través de los cuales se forjó la identidad antioqueña resulta fundamental para comprender cómo se construyó la nación y viceversa. El mestizaje como proyecto civilizador se enmarcó dentro de una ideología que he denominado de *blanqueamiento* según la cual existía una relación directa entre el color oscuro de la piel y la inferioridad moral e intelectual, con todas las implicaciones sociales, políticas y económicas que de esa concepción pueden derivar; esta ideología tiene profundas raíces que abarcan no sólo el periodo colonial americano, sino que se remontan incluso a los primeros contactos entre Europa y África, y fue actualizada constantemente con argumentos filosóficos, bíblicos y científicos hasta el siglo XIX. Incluso, no es descabellado afirmar que buena parte de esa ideología persiste hasta el presente y se evidencia en ideas populares y cotidianas como las de “mejorar la raza”, la concepción de que los afrodescendientes son mejores para trabajos

⁸ WADE, Peter, *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*, Santa Fe de Bogotá: Siglo del Hombre, Universidad de los Andes, 1997, p. 93 y 96.

que tengan que ver con el cuerpo y no con el intelecto, etc. He denominado a este fenómeno histórico ideología del blanqueamiento, considerando que la raza blanca constituyó el referente en torno al cual se organizó la jerarquía superioridad/inferioridad y no ideología del mestizaje porque éste último ha sido apenas una versión de esas asociaciones; en efecto, hasta el siglo XVIII las elites peninsulares promovieron la distancia racial mediante nociones de control social como la de “pureza de sangre”, mientras los proyectos del XIX tendieron más a estimular el mestizaje como forma de asimilar a las “razas inferiores”.

Estos son los mojones que guían este trabajo. Aunque mi interés inicial era solamente estudiar las representaciones sociales de la gente negra en la Antioquia decimonónica, la dinámica del tema pronto reveló que para comprender las ideas que alimentaron la producción de esas representaciones debía incluir necesariamente una reflexión más amplia sobre contenidos como raza, geografía y su relación con identidad local y construcción de la nación. Así, esta tesis apunta, entonces, a describir cómo y por qué a lo largo del siglo XIX se crearon poderosas imágenes de blancura en una región de pasado negro, analizando para ello los antecedentes coloniales de la presencia negra allí y cuál fue el tratamiento que se le dio a ésta en la elaboración de imágenes sobre Antioquia, al mismo tiempo que se pregunta acerca de los procesos económicos, políticos y culturales que movilizaron esas representaciones.

Para responder estas preguntas escogí analizar representaciones escritas a través de la literatura y, en particular, una parte de la obra del escritor antioqueño Tomás Carrasquilla.⁹

⁹ Con el ánimo de adelantar un estudio profundo y concienzudo, he escogido solamente una parte de la extensa obra de Carrasquilla para el análisis que pretendo llevar a cabo. Se trata de las novelas *Frutos de mi tierras* (1896), *Salve Regina* (1903), *Entrañas de niño* (1906), *Grandeza* (1910), *Ligia Cruz* (1920), *El padre Casafús* (1920), *El zarco* (1925), *La Marquesa de Yolombó* (1928), y *Hace tiempos* (1936), de este último en

Siguiendo a Denise Jodelet, entiendo las representaciones como “teorías de sentido común que pretenden describir, clasificar y explicar los fenómenos de las realidades cotidianas, con la suficiente precisión para que las personas puedan desenvolverse en ellas sin tropezar con demasiados contratiempos”,¹⁰ lo cual se logra a través de la relación entre dos sistemas que organizan el proceso de producción de representaciones:

El primero nos permite dar sentido al mundo mediante la construcción de un conjunto de correspondencias o una cadena de equivalencias entre las cosas -gente, objetos, eventos, ideas abstractas, etc.- y nuestro sistema de conceptos, o mapas conceptuales. El segundo depende de la construcción de un conjunto de correspondencias entre nuestro mapa conceptual y un conjunto de signos, organizados o arreglados en varios lenguajes que representan esos conceptos. La relación entre las ‘cosas’, conceptos y signos está en el corazón de la producción de sentido dentro de un lenguaje.¹¹

Así las cosas, la producción de representaciones es un proceso que lleva los objetos, personas, fenómenos, etc., a nuestra mente, en donde los organizamos de acuerdo con el sentido común derivado de la experiencia sociocultural en que hemos sido formados, para poder luego comunicarlos a través de una serie de códigos compartidos organizados en un lenguaje que bien puede ser escrito, hablado, visual, etc. En esta medida, las representaciones constituyen un producto social que requiere de consenso para ser comunicado y comprendido; por otra parte, Jodelet considera que las representaciones actúan también como principios que generan opiniones, actitudes, tomas de postura, y conductas respecto de aquello que se representa, por lo cual juegan un papel fundamental

particular la primera parte titulada *Por aguas y pedrejones*, así como los cuentos *Simón el mago* (1890) y *Rogelio* (1926). He seleccionado un corpus amplio en primer lugar debido a que traté de cubrir distintos periodos de escritura de Carrasquilla y adicionalmente porque considero que muchas de las representaciones que Carrasquilla elaboró sobre la gente negra, así como sus sentidos y significados sociales, se aprecian y comprenden mejor en conjunto que mediante un solo texto, como se verá en los capítulos 3 y 4.

¹⁰ JODELET, Denise, “Representaciones sociales teoría y método”, En: IBAÑEZ, Tomás, *Ideologías de la vida cotidiana*, Barcelona, Sendai, 1988, p. 192.

¹¹ HALL, Stuart, *El trabajo de la representación*, En: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulos/biblioteca2.php?IdDocumento=0389>, consultado el 5 de junio de 2009.

en la construcción y reproducción de identidades, y en esa misma vía, de imágenes e ideas sobre los “otros” que en ocasiones devienen en prejuicios:

La imagen que se forman los grupos de los demás grupos orientan sin duda las relaciones entre ellos. Estas imágenes crean expectativas sobre el tipo de relación que establecen entre sí dos personas pertenecientes a grupos diferentes, y no es nada infrecuente que esas expectativas actúen como profecías que se cumplen por el solo hecho de haber sido formuladas. Tenemos aquí [una] ilustración de la forma en que la realidad objetiva puede ser resultado de nuestra visión de la realidad.¹²

El concepto de representación resulta útil en la medida en que se pregunta por las relaciones de poder que, derivadas de ideologías hegemónicas, producen esas expectativas del intercambio con los “otros” que, como señala Jodelet, en muchas ocasiones no sólo determinan las relaciones que se establecen entre los grupos sino que las reproducen. En ese sentido, resulta de gran importancia analizar la manera como se construyeron ideas sobre los africanos y sus descendientes en Antioquia, en el marco de una ideología de blancura institucionalizada, que organizó las relaciones sociales de modo que quienes produjeron esas ideas fueron precisamente aquellos que tenían la capacidad de elaborar representaciones y ponerlas en circulación.

El proceso de elaboración de representaciones que he descrito brevemente para el caso antioqueño operó en campos variados y diversos, desde el discurso político hasta el científico, pasando por la prensa, las crónicas de viajes, el arte y la literatura. He elegido trabajar sobre ésta última porque considero que la literatura constituye un medio privilegiado de elaboración y circulación de representaciones, especialmente si tenemos en cuenta que, como afirma Arias “en el siglo XIX la nación básicamente fue una construcción discursiva y una estrategia textual”.¹³ En efecto, durante el XIX la literatura romántica así

¹² JODELET, *Representaciones sociales...*, p. 123.

¹³ ARIAS, *Nación y diferencia...*, p. XV y XVI.

como sus corrientes derivadas, costumbrismo y realismo -dentro las cuales la crítica generalmente ha ubicado la obra Carrasquilla- estuvieron estrechamente relacionadas con la construcción de identidades nacionales en América Latina; muchos autores románticos, costumbristas y realistas tuvieron vínculos cercanos con el ámbito político o incluso pertenencias partidistas. Sus textos operaron mediante estrategias variadas: las novelas románticas que ha estudiado Doris Sommer apuntan a poner en escena “dramas nacionales” mediante la identificación emocional de los lectores con personajes que encarnaban proyectos de integración generalmente exitosos, en los cuales después de superar un sinnúmero de dificultades el o la protagonista blanco(a) se unía a un “otro” casi siempre indígena con quien procreaba una descendencia que era presentada como el feliz producto de un mestizaje que llevaría a las nuevas naciones por el camino del progreso y la democracia.¹⁴ Por su parte el costumbrismo se encaminó más bien a describir los usos y costumbres cotidianos en ámbitos sociales diversos mientras que, con mayores pretensiones de crítica y objetividad, los escritores realistas se esforzaron por pasar de la descripción al análisis de las condiciones sociales; sin embargo, más allá de las diferencias, estas dos corrientes coinciden en haber actuado en un doble sentido: no solo describieron cotidianidades locales sino también atribuyeron ciertos rasgos, características y valores a los habitantes de determinadas regiones contribuyendo así a la formación de nociones sobre raza, región y nación. En ese sentido, este tipo de literaturas se convirtió en una proyección del deseo de las elites letradas y no necesariamente en un reflejo de la realidad.

¹⁴ Sommer explica, sin embargo, que el proyecto nacional en ocasiones aparece truncado o imposible, como es el caso de la novela colombiana *María* de Jorge Isaacs, donde la protagonista, de ascendencia judía, muere al final de la trama. Sommer explica esta anomalía respecto de otras novelas nacionales como la representación del fracaso de las elites colombianas en los intentos por llevar a cabo su proyecto de mestizaje. SOMMER, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 225-262.

En este contexto, la obra que elegí resulta particularmente útil a los propósitos de mi investigación pues desde la publicación de su primera novela en 1896 hasta el presente Carrasquilla ha sido ampliamente reconocido, y no solamente en su tierra, como el escritor que mejor ha retratado la idiosincrasia antioqueña. La revisión crítica de sus obras durante mucho tiempo apareció asociada a las nociones de raza y territorio como en esta cita del escritor y poeta Rafael Maya, quien señala: “Hay en las novelas de Carrasquilla índole regional en lo que concierne con ciertas notas típicamente antioqueñas, ya se trate del medio físico o del carácter de la raza” y más adelante afirma que: “Carrasquilla vale por ser representante conspicuo de su raza y su medio”, para terminar sosteniendo lo que: “De lo que puede hablarse con plena autoridad es de la existencia, en Colombia, de una novela antioqueña, representada no solo por Carrasquilla (...) las otras regiones de Colombia no han producido nunca, a través de nuestra historia, un conjunto tan homogéneo y tan glorioso de escritores. Sólo Antioquia podía dar origen a esta constelación intelectual, y ello se explica por razones de territorio y de raza”.¹⁵ El de Maya es apenas uno de los muchos e innumerables casos en que Carrasquilla es calificado como un escritor genial por quienes simpatizan con la imagen que presentó sobre el pueblo antioqueño, la cual no estuvo exenta por supuesto de toda la elaboración social en torno a la colonización y la “raza antioqueña; como se verá en el capítulo 1, en el proceso de creación y consolidación de su identidad Antioquia recurrió a la literatura como medio privilegiado de circulación de representaciones y con frecuencia la amplia producción literaria local fue asociada a las capacidades de la raza. Es importante decir, sin embargo, que en el contexto de competencia regional por ocupar determinado lugar en la jerarquía que se estaba creando, la

¹⁵ MAYA, Rafael, “Tomás Carrasquilla, creador de la novela hablada”, En: ALAPE, Arturo, *Valoración múltiple de Tomás Carrasquilla*, Bogotá, Alcaldía Mayor, 1990, p. 62.

obra de Carrasquilla, con su marcado tinte localista, no siempre contó con una buena recepción por fuera de Antioquia y fue especialmente criticada por los literatos bogotanos, pues las rivalidades regionales se manifestaron también en el campo literario, tema que ampliaré en el capítulo 1.

Estudiar a carrasquilla resulta fundamental para entender cómo se dio el proceso de conformación de una identidad local antioqueña porque su obra se ubica en un momento en que ha transcurrido ya una buena parte del periodo colonizador y, aunque como señalé más arriba, se podría decir que ese proceso no ha terminado, en el momento en que Carrasquilla empieza a publicar su obra el mito antioqueño se está consolidando. La mayoría de los cuentos y novelas que escribió Carrasquilla se refieren a algún periodo del pasado, desde las décadas finales del siglo XVIII en *La Marquesa de Yolombó*, la única de sus obras que no relata eventos derivados de su propia experiencia sino recolectados mediante la historia oral de su familia, hasta el recorrido por 80 años de historia antioqueña cuya narración aproximadamente a mediados del siglo XIX en el tríptico *Hace tiempos*. Para la época en que nuestro escritor comienza a publicar sus escritos, la sociedad antioqueña se encontraba en un periodo de transición entre la colonización y el establecimiento de haciendas cafeteras a gran escala, que marcó un periodo nuevo, de modo que Carrasquilla se interesó por retratar las transformaciones en las costumbres que implican esos cambios y, aunque quiso escribir también sobre las innovaciones introducidas por el cultivo del café y la construcción del ferrocarril de Antioquia, la muerte lo sorprendió en el intento. En conjunto, estos factores hacen que su obra sea una interesante fuente de información en torno a las representaciones que los antioqueños elaboraron de sí mismos y el papel que los afrodescendientes jugaron en ese proceso.

Por otra parte, el valor que la sociedad colombiana todavía hoy le concede a la obra de Carrasquilla y su importancia como símbolo de la identidad antioqueña siguen siendo indudables. Sobre estas afirmaciones bastan algunas pistas: por un lado, la vasta bibliografía crítica que año tras año se continúa publicando sobre la obra de nuestro autor, especialmente por parte de la Universidad de Antioquia; por otro, el homenaje a los 150 años de su nacimiento que se llevó a cabo durante la 21^o Feria Internacional del Libro de Bogotá mediante la exposición fotográfica titulada “Tomás el Mago”, que se repitió meses más tarde en Medellín y a la cual asistieron miles de personas; en tercer lugar, muchos de los escritos de Carrasquilla, especialmente *La Marquesa de Yolombó* y el cuento *A la diestra de Dios padre*, se siguen leyendo en los programas de educación básica como referencia al pasado, a Antioquia y al costumbrismo, de hecho, en los textos escolares abundan las referencias a sus escritos; la obra ha tenido una mediana circulación en Colombia pero prácticamente nula por fuera del país. Aunque no profundizaré en el tema de la circulación pues escapa a los alcances de este trabajo, es importante señalar que como se verá en el capítulo 1, parte de su marginación se debe al mote de costumbrista con la que fue encasillada por los literatos bogotanos, desde mi punto de vista más por una disputa regional que debido a aspectos formales.

Hay una extensa bibliografía que aborda la obra de Carrasquilla, no sólo desde el punto de vista literario sino con enfoques y énfasis muy variados que abarcan desde el folclor y el habla popular antioqueña hasta análisis históricos, sociológicos y de género. Sin embargo, el tema de la presencia negra en la obra de Carrasquilla ha sido poco explorado hasta ahora, con excepción de tres artículos: “Etnicidad y asimilación en *Simón el mago*, *Rogelio* y *Dimitas Arias*”, “El imaginario afroamericano en *Simón el mago* de Tomás Carrasquilla” y

“Cantos e interacción cultural en *La Marquesa de Yolombó* de Tomás Carrasquilla”,¹⁶ los cuales adhieren a la percepción de que en Antioquia el mestizaje incorporó la herencia de los africanos y sus descendientes hasta difuminarla por completo, sin problematizar estos supuestos; en otro sentido se encuentra el texto “Estudios de negros en la antropología colombiana: presencia e invisibilidad” donde la antropóloga afroamericanista Nina de Friedemann analiza críticamente las representaciones de los afrodescendientes que se hicieron a través de la literatura durante el XIX y entre ellas hace una referencia muy breve a *La marquesa de Yolombó*.¹⁷

La poca importancia que se le ha concedido al tema en la obra del escritor antioqueño es comprensible si tenemos en cuenta la invisibilidad histórica en que ha permanecido la participación de los africanos y sus descendientes en la conformación de la sociedad antioqueña, la cual se ha manifestado incluso en el volumen de las investigaciones sobre el particular. Basta con ojear la reciente compilación bibliográfica sobre los afrodescendientes en Colombia hecha por los antropólogos Axel Rojas y Eduardo Restrepo para notar el desbalance en la producción de textos acerca de los afroantioqueños, respecto del boom que ha tenido la investigación sobre el tema afro en otras regiones del país: apenas 35 títulos entre tesis de grado, artículos de revistas especializadas y unos pocos libros desde la década de 1980.¹⁸ Muchos de esos textos se dedican a analizar desde una perspectiva antropológica

¹⁶ FOGUELQUIST, James, “Etnicidad y asimilación en *Simón el mago, Rogelio y Dimitas Arias*”; En: En: RODRÍGUEZ, Flor María (Ed.), *Tomás Carrasquilla, nuevas aproximaciones críticas*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2000; Edison, “El imaginario afroamericano en *Simón el mago* de Tomás Carrasquilla”, En: Estudios de Literatura Colombiana, Medellín, Universidad de Antioquia, N° 13, julio-diciembre de 2003; RESTREPO, Catalina, “Cantos e interacción cultural en *La Marquesa de Yolombó* de Tomás Carrasquilla”, En: Estudios de Literatura Colombiana, Medellín, Universidad de Antioquia, N° 13, julio-diciembre de 2003.

¹⁷ FRIEDEMANN, Nina S. de, “Estudios de negros en la antropología colombiana: presencia e invisibilidad”, En: AROCHA, Jaime y FRIEDEMANN, Nina S. de, *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*, Bogotá, Etno, 1984.

¹⁸ RESTREPO, Eduardo y ROJAS, Axel, *Afrodescendientes en Colombia: compilación bibliográfica*, Popayán: Universidad del Cauca, 2008, p. 111-114.

la presencia de migrantes provenientes del vecino departamento del Chocó (el cual cuenta con una fuerte presencia negra que sobrepasa el 90% de su población) en la capital antioqueña, como único referente de “negritud” posible para Antioquia.

En mi opinión, el conjunto de argumentos que he presentado, es decir, la importancia de la literatura en la formación de identidades bien sean nacionales o regionales, la invisibilidad de los africanos y sus descendientes dentro de la historiografía dedicada a Antioquia y la autoridad que se le ha reconocido a Carrasquilla y a sus escritos para representar aquello que se ha llamado la “raza antioqueña” o “el alma del pueblo antioqueño” son razones relevantes para considerar esta obra como un objeto susceptible de análisis histórico. Aunque el empleo de obras literarias como referentes históricos no deja de encontrar resistencias entre algunos historiadores, especialmente los más positivistas, es claro que la literatura es un producto cultural que se crea en contextos históricos particulares de cuya influencia no puede estar apartada. Es decir que la literatura, y especialmente aquella del tipo que he escogido analizar, constituye un reflejo de las creencias, aspiraciones y deseos de la sociedad que la produce, representadas a través de la narración.

El análisis que pretendo realizar se ajusta más a la concepción comentada atrás de que la literatura puede ser más eficaz en la tarea de dar cuenta sobre los deseos del sector social que la produce que acerca de la propia realidad a la cual pretender describir y, en ese sentido es tan importante para la historia estudiar lo que “pasó en realidad” como preguntarse por lo que las sociedades imaginaron o desearon que hubiese sucedido, cómo representaron esos aspiraciones, qué elementos escogieron y por qué. Representar es un ejercicio de memoria que implica editar la realidad de acuerdo con ciertos intereses que no sólo pertenecen al autor sino que dependen de la colectividad, es un proceso que se

alimenta de las ideologías dominantes en determinado periodo y al mismo tiempo las reproduce; la literatura, por su parte, es un medio privilegiado para la circulación de representaciones y por tanto tiene un impacto fundamental en la conformación y persistencia del pensamiento social y, quizá más importante, de los comportamientos que de éste se derivan.¹⁹ En este sentido resulta fundamental para la historia estudiar las dinámicas que implica el proceso de construcción de representaciones. En apoyo de mi argumento quiero convocar a Mario Vargas Llosa, quien en torno a la credibilidad que podemos prestarle a la literatura se pregunta y se contesta a sí mismo:

Qué confianza podemos prestar, pues, al testimonio de las novelas sobre la sociedad que las produjo? ¿Eran esos hombres así? Lo eran, en el sentido de que así querían ser, de que así se veían amar, sufrir y gozar. Esas mentiras no documentan sus vidas sino los demonios que las soliviantaron, los sueños en que se embriagaban para que la vida que vivían fuera más llevadera. Una época no está poblada únicamente de seres de carne y hueso; también, de los fantasmas en que estos seres se mudan para romper las barreras que los limitan y los frustran.²⁰

Sin embargo, es necesario tener cautela con la forma de abordar la literatura desde el punto de vista histórico sobre todo con una obra que, como la de Carrasquilla, se basa en muchas de las propias anécdotas y experiencias del autor, y eso es parte de lo que le confiere autoridad a las representaciones que elaboró el escritor. Hay quienes han calificado los cuentos y novelas de Carrasquilla como documentos históricos o etnográficos por la gran cantidad de detalles que aportan sobre la cotidianidad antioqueña y, en efecto, las minuciosas y elaboradas descripciones que hace Carrasquilla sobre los más variados

¹⁹ Ver: SERNA, Justo, “Una historia de la imaginación”, En: BURDIEL, Isabel y SERNA, Justo, *Literatura e historia cultural o Por qué los historiadores deberíamos leer novelas*, Valencia, Eutopías, 1996; SERNA, Justo, “Qué hacemos los historiadores cuando leemos novelas”, En: MANCEBO, María Fernanda (ed.), *Encuentros de historia y literatura. Max Aub y Manuel Tuñón de Lara*. Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003, págs. 201-219; VILA VILAR, Enriqueta, “Historia y Literatura: un largo debate para un caso práctico”, En: Nuevo mundo, *Mundos nuevos*, <http://nuevomundo.revues.org/index52533.html>, en consultada el 1º de agosto de 2009.

²⁰ VARGAS LLOSA, Mario, *La verdad de las mentiras*, Madrid, Santillana, 2002, p. 22.

aspectos de la vida social demuestran el profundo conocimiento que el escritor tenía sobre Antioquia y sus habitantes; como lector crítico en ocasiones es difícil escapar a la tentación de atribuirle a los escritos de Carrasquilla un valor de verdad igual al de una fuente histórica documental lo cual, sin embargo, sería un grave error pues el cuento y la novela costumbristas y realistas transitan entre la realidad y la ficción, entre lo observado y lo atribuido. Una vez claras estas ideas quiero señalar que a lo largo de este trabajo no consideraré la obra de Carrasquilla como una fuente histórica en sentido estricto sino como un objeto que me permitirá, de una parte, comprender cuáles fueron las representaciones que sobre sí mismos elaboraron los antioqueños y el papel que jugaron en éstas los afrodescendientes, por otro lado, los cuentos y novelas que he escogido funcionarán como una ventana para comprender dinámicas como las de las relaciones raciales en la Antioquia que describe Carrasquilla. En ese caso, las afirmaciones que se deriven de sus escritos serán contrastadas, debatidas, afirmadas o controvertidas con el apoyo de trabajos históricos y antropológicos de reconocida autoridad.

El corpus de cuentos y novelas elegido para este trabajo será analizado mediante un cruce conceptual y metodológico entre las teorías sobre representación y los planteamientos propuestos desde el análisis crítico del discurso (ACD), especialmente por Teun Van Dijk y Ruth Wodak. He escogido esta vía en particular debido a que la postura del ACD entiende el discurso, bien sea hablado o escrito, como un fenómeno social que involucra los contextos históricos en medio de los cuales se produce, valida y propaga. De acuerdo con Wodak, el ACD:

Se [ocupa] de analizar, ya sean estas opacas o transparentes, las relaciones de dominación, discriminación, poder, y control, tal como se manifiestan a través del lenguaje. En otras palabras, el ACD se propone investigar de forma crítica

la desigualdad social tal como viene expresada, señalada, constituida, legitimada, etcétera, por los usos del lenguaje.²¹

El ACD se empeña en estudiar las relaciones de poder y su impacto en la generación de sentido para lo cual recurre al concepto de ideología entendida como “un marco compartido de creencias sociales que organizan y coordinan las interpretaciones y prácticas sociales de grupos y sus miembros, y en particular, el poder y otras relaciones entre grupos”.²² Con esto en mente, recordemos también que este trabajo aborda los textos literarios como escenarios de construcción de representaciones sobre Antioquia y sus habitantes marcados racialmente, escenarios situados en unas particulares relaciones sociales derivadas de lo que he denominado ideología del blanqueamiento, en los cuales se emplea el lenguaje escrito -es decir, una forma particular de discurso- para comunicar esas representaciones.

Para evidenciar los instrumentos que emplea el ACD en el estudio de corpus discursivos Wodak señala cinco preguntas básicas, que son justamente las que guiarán mi propio análisis. Estas incluyen: la observación del modo en que se nombra a las personas, las características que se les atribuyen, las estrategias mediante las cuales se legitima la exclusión, la perspectiva desde la que se hacen afirmaciones o atribuciones y la forma cómo éstas se expresan, es decir, abiertamente o de manera velada.²³ En el caso que me interesa estudiaré estas cuestiones teniendo en cuenta, por una parte, el lugar de enunciación desde el cual escribe Carrasquilla, es decir, el contexto familiar y social dentro el cual se produce la obra, sus influencias políticas y las relaciones que mantuvo en el

²¹ WODAK, Ruth, “De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos”, En: Métodos de análisis crítico del discurso, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 19

²² VAN DIJK, Teun, *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa. 1999, p. 22; Ver también: VAN DIJK, Teun, “Ideología y análisis del discurso”, Trabajo presentado en *Ideology Symposium*, Oxford, Septiembre, 2004, publicado en: <http://www.discursos.org/>.

²³ WODAK, Ruth, “El enfoque histórico del discurso”, En: Métodos de análisis crítico del discurso, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 115

ámbito literario; ello me permitirá situar ideológicamente el discurso que elaboró y responderá a las preguntas sobre estrategias de exclusión. Por otra parte, revisaré las asociaciones semánticas y conceptuales que el autor realiza respecto a lo negro con el ánimo de responder a las cuestiones relacionadas con la nominación y caracterización; para ello he aislado todos los extractos de los cuentos y novelas que elegí en los cuales aparecen personajes negros o se hace referencia a éstos, poniendo especial atención a 5 variables: la acción, el escenario, otros personajes que pueden aparecer en la escena, las interacciones que establecen entre ellos y los adjetivos con los cuales unos y otros son descritos o calificados. Como desarrollaré a lo largo de la tesis, el cruce entre la información proveniente de los diversos cuentos y novelas clasificada en torno a estas variables ha evidenciado la existencia de estructuras que se repiten, las cuales tienden a mostrar a los personajes negros en situaciones particulares, en contraste con los personajes blancos, que a su vez encasillan a los primeros en determinadas posiciones sociales. He empleado también extractos que hacen referencia a las concepciones sobre raza, clima y geografía, contrastándolas con fuentes historiográficas para comprender cómo se elaboró la representación sobre esas nociones en la obra de Carrasquilla.

He dividido la tesis en tres capítulos. En el primero de ellos describiré brevemente la manera como se conformó un régimen de representación basado en las antiguas concepciones europeas sobre la supuesta inferioridad moral e intelectual de los africanos que se manifestaba a través de sus características raciales, percepciones que siglos más tarde no solo justificarían la trata atlántica y la esclavización de millones de seres humanos en América sino la construcción de un orden social basado en la hegemonía blanca, la

exclusión de amplios sectores de la sociedad colonial y la formulación posterior de un proyecto nacional que se relacionó con los afrodescendientes con base en el dúo superioridad blanca/inferioridad negra. Evidenciaré en seguida cómo se vincularon los ámbitos político y literario en función de ese proyecto nacional, en particular ubicaré el lugar social desde el cual Carrasquilla escribió sus obras y el papel que éstas jugaron en la conformación de la identidad local antioqueña como correlato exitoso de las formulaciones andinocentristas sobre el mestizaje y la colonización como medidas para asegurar el progreso.

En el segundo capítulo iniciaré un recorrido rápido por la historia antioqueña desde el siglo XVI, que ilustrará al lector sobre la presencia de africanos y sus descendientes en Antioquia y las dificultades estructurales que experimentó la minería en esa región, las cuales constituyen un importante antecedente para comprender las dinámicas de la colonización sucedida durante el siglo XIX. Dedicaré la primera parte del capítulo final a la descripción de los sucesos que rodearon el fenómeno de la colonización antioqueña y las transformaciones que éste implicó en el papel que desde entonces se le atribuyó a Antioquia como la vanguardia económica del país, así como a la asociación entre una población sumamente mestizada y la capacidad de progreso, en un proceso que he denominado “ficción de la democracia racial”. A partir de esos antecedentes exploraré las representaciones que desde diversos lugares de enunciación se elaboraron sobre un tipo antioqueño idealizado tanto en lo racial como en lo moral, para contrastarlas con aquellas que creó Carrasquilla sobre los africanos y sus descendientes en la sociedad antioqueña del siglo XIX para así comprender cuál fue el lugar que los sectores dominantes de la sociedad

antioqueña, en un contexto de nación andinocentrista, le asignaron a los africanos y sus descendientes en la conformación de la identidad local antioqueña.

Dedicaré el último capítulo a analizar las representaciones que elaboró Tomás Carrasquilla. En la primera parte me concentraré exclusivamente en *La marquesa de Yolombó* ya que, debido a sus características de novela histórica, aporta elementos para observar la forma como se representaba lo antioqueño, y en particular la presencia de los africanos y sus descendientes, durante la época colonial en contraste con el periodo republicano en que se desarrolla el resto de sus obras, las cuales serán analizadas en la parte final del capítulo.

El presente trabajo constituye un aporte a la comprensión de los procesos que dieron lugar a las representaciones que guiaron la construcciones de identidades en Colombia, en particular una que se ha caracterizado por la violencia simbólica con que ha colonizado los imaginarios, estimulando fenómenos de racismo y exclusión que se perpetúan hasta el presente en gran parte de los ámbitos regionales colombianos: desde San Andrés, la frontera más septentrional del país, hasta el Pacífico nariñense al sur, por hablar solamente de las zonas de presencia negra. Por otra parte, esta tesis presenta una contribución metodológica al emplear la literatura para evidenciar la forma como se han manifestado las representaciones asociadas a esos proyectos identitarios, mediante el recurso a los planteamientos del ACD.

CAPÍTULO 1

UN PAÍS BLANCO PARA LAS ELITES: LA IDEOLOGÍA DEL BLANQUEAMIENTO COMO PROYECTO DE NACIÓN E IDENTIDAD REGIONAL EN LA OBRA DE TOMÁS CARRASQUILLA

Tras el logro de las independencias en Latinoamérica, las elites culturales, económicas y políticas de las nacientes repúblicas se empeñaron en construir representaciones sobre los habitantes y el territorio de sus respectivos países, en un proceso que abarcó todo el siglo XIX e incluso se extiende hasta el presente. Uno de los objetivos que perseguían era proporcionar elementos que justificaran la independencia y autonomía mediante la construcción de un sentido de identidad colectiva pero al mismo tiempo, les confirieran legitimidad a las nuevas naciones para ocupar un lugar en el orden mundial; las representaciones creadas en ese periodo se debatieron entonces entre el interés por crear unas identidades nacionales originales y la necesidad de que éstas encajaran con las ideas, expectativas y teorías emanadas de las metrópolis europeas; esos condicionamientos tuvieron profundos impactos en las dinámicas de inclusión/exclusión sobre colectivos y territorios que no coincidían con las representaciones de lo que *debía* ser la nación. En Colombia, este proceso se tradujo en una identidad fundada sobre un proyecto nacional racista y centralista, orientado por elites políticas e intelectuales que imaginaron un prototipo nacional blanco y andino. Como veremos a lo largo de este capítulo, el reto de imaginar la nación implicó procesos simultáneos de homogeneización y diferenciación en todos los terrenos: las elites no existen sin el pueblo al cual deben orientar, de la misma manera que los centros no se conciben sin las periferias. Este proceso tuvo como resultado la creación de una jerarquía regional compuesta por zonas caracterizadas como unidades aparentemente homogéneas desde el punto de vista racial, geográfico y cultural, a cada una de las cuales le atribuyeron un papel determinado en la representación del todo nacional. A la par de las identidades nacionales, se formaron y consolidaron también identidades regionales diferenciadas cuyos elementos representativos dependieron de muchos factores, especialmente del poder de las elites locales para autorepresentarse: en el caso de las

regiones aisladas, con economías frágiles, reducidos círculos intelectuales y escasa influencia en la vida política nacional, las imágenes que primaron fueron las emanadas del centro que constituía Bogotá; mientras tanto, regiones como Antioquia, cuya dinámica económica llegaría a ser decisiva para la inclusión del país en el mercado internacional a finales del XIX, tuvieron la posibilidad de disputar su derecho a representarse a sí mismas. Es decir, y esta es una de las premisas fundamentales del presente trabajo, que nación y región son dos conceptos interdependientes y que su formación se da de forma paralela; por esa razón, para comprender a cabalidad el proyecto de identidad regional que se construyó a lo largo del siglo XIX en Antioquia es indispensable tener en cuenta el contexto nacional con el cual éste dialogó, no siempre de manera cordial.²⁴

En este proceso la lengua y los oficios que trabajan con ésta como la literatura y la gramática, tuvieron un papel sobresaliente. El poder de la palabra en la formación de comunidades nacionales ha sido documentado ampliamente: Benedict Anderson ha mostrado por ejemplo cómo en el caso europeo se presentó un largo proceso que permitió la convergencia entre fenómenos lingüísticos, tecnológicos y económicos, los cuales estimularon la aparición de Publicaciones periódicas que contribuyeron a crear un sentido de colectividad que se consolidó durante el siglo XIX con la creación de las *comunidades imaginadas*, como Anderson define los Estados-nación.²⁵

²⁴“ La diferencia poblacional, elaborada en las producciones visuales o escritas (...) tuvo lugar en la medida en que emergió una conciencia nacional y que fue planteada una imagen de una unidad de la nación. Al fin de cuentas, tan sólo plantear lo heterogéneo implica la pretensión de una homogeneidad.” ARIAS, *Nación y diferencia...*, P. 67. Ver también: APPELBAUM, Nancy, *Dos plazas y una nación: Raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948*, Bogotá: ICANH, Universidad de Los Andes, Universidad del Rosario, 2007.

²⁵ En Finlandia, por ejemplo, quienes encabezaban las demandas nacionalistas a comienzos del XIX eran: “personas cuya profesión consistía en gran medida en el empleo del idioma: escritores, profesores, pastores y abogados. El estudio del folklore y el redescubrimiento y la composición de la poesía épica popular iban de la mano con la publicación de gramáticas y diccionarios, y propiciaron la aparición de publicaciones periódicas que servían para uniformar la lengua literaria finlandesa, con la cual podían hacerse demandas políticas más fuertes”. Citado en: ANDERSON, Benedict, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993.

La relación entre lengua e identidad nacional parece haber sido igualmente importante en América Latina, donde la corrección en el habla había sido un importante marcador de distinción social desde la época colonial que perduró después de las luchas independentistas; así lo señalaba el conservador Rufino José Cuervo, en la introducción a su obra *“Apuntaciones críticas sobre lenguaje bogotano”* publicada en 1867, donde afirmó que “Es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida y condición indispensable de cuantos aspiren a utilizar en pro de sus semejantes, ora sea hablando, ora escribiendo, los talentos con que la naturaleza los ha favorecido (...) nadie revoca a duda que en materia de lenguaje jamás puede el vulgo disputar la preeminencia a las personas cultas”.²⁶ En efecto, las elites criollas asumieron el dominio de la lengua como una necesaria estrategia de “educación” que les permitiría poner en marcha el proyecto de nación que imaginaban, pero al mismo tiempo como un ejercicio que marcaba las diferencias entre los letrados/intelectuales/políticos llamados a regir los destinos del país y el resto de sus habitantes. Literatura y gramática constituyeron entonces espacios fundamentales en el proceso de formación de identidades nacionales desde los cuales se produjeron representaciones sobre los habitantes del territorio nacional, pero además sirvieron como legitimadoras de la autoridad que las elites del país se atribuían para gobernar con base en las representaciones que creaban sobre sí mismas y sobre los “otros”.²⁷

²⁶ Citado en: ROJAS, Cristina, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá, Norma, 2001, p. 134 y 135.

²⁷ ACOSTA, Carmen Elisa, *El imaginario de la conquista: Felipe Pérez y la novela histórica*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002, p. 12 y 13. “En el siglo XIX colombiano, la invención de la nación se constituyó en una estrategia discursiva para definirse como élite en el nuevo orden nacional (...) en un país donde el capital económico no tenía la suficiente fuerza como garante de distinción social, y donde ésta estaba fundada en un orden aristocrático y cortesano que entraba en tensión con el ideal democrático de igualdad y con el lento ascenso de lo burgués, dar forma a un capital simbólico en torno a lo nacional permitía posicionarse como élite. Aunque el poder letrado se imponía en los saberes de distinción, su verdadera fuerza en el contexto nacional se deslizó hacia nuevos saberes desde los cuales la elite nacional se proclamaba como tal, en tanto portadora del conocimiento de la nación. Lo letrado se mantenía así como posición de poder, no

En efecto, de acuerdo con Sommer, durante el siglo XIX las novelas románticas, que ella denomina “ficciones fundacionales”, constituyeron un campo que proporcionó libertad para construir, sin pretensiones de objetividad, una historia pasada y presente de las nuevas repúblicas latinoamericanas que en la mayoría de los casos no había sido contada, pero resultaba el sustento fundamental para legitimar la originalidad y autonomía de las naciones independientes, apelando a la identificación sentimental de los lectores con los proyectos nacionales que representaban los protagonistas de las narraciones: “Las novelas románticas se desarrollan mano a mano con la historia patriótica en América Latina. Juntas despertaron un ferviente deseo de felicidad doméstica que se desbordó en sueños de prosperidad nacional materializados en proyectos de construcción de naciones que invistieron a las pasiones privadas con objetos públicos”.²⁸ En este marco, Sommer muestra la existencia de un vínculo claro entre literatura y proyectos nacionales durante el siglo XIX, el cual se encarnó en una particular clase política cuyos miembros también ejercieron como gramáticos y literatos, con un propósito consciente y expresado abiertamente.

En esta relación Colombia no fue la excepción, por el contrario, los programas políticos más importantes del país en el siglo XIX, bien fueran provenientes del liberalismo dominante entre 1850 y 1880 o del conservatismo que rigió los destinos del país entre 1880 y 1930, frecuentemente estuvieron respaldados en publicaciones literarias o gramaticales.

Sobre la relación entre literatura y política, el escritor José María Vergara afirmó que “la

tanto por su rigurosidad y estética, sino por el mismo poder de la escritura y de la palabra para dar un sentido y un orden a las cosas. Los textos (...) se constituyeron en estrategias de poder, por medio de las cuales sus escritores emergían como ‘poseedores del conocimiento de la nación y, por ende, como parte de la elite nacional (...) en el siglo XIX este papel era central, porque, a fin de cuentas, la nación era posible en la medida que fuera narrada y publicada. Los textos decimonónicos (...) se refieren más a la elite nacional que los produce, que al pueblo y las poblaciones que describe directamente. El ejercicio de construir las diferencias, de escribir sobre los múltiples otros internos, es así una estrategia para generar una identidad de élite en oposición discursiva a lo otro. ARIAS, Julio, *Nación y diferencia...*, p. 18 y 34.

²⁸ SOMMER, Doris, *Ficciones fundacionales...*, p. 23-29

literatura en América interactúa tan profundamente con los eventos políticos que es imposible seguir el progreso de la literatura sin buscar sus causas en dichos eventos (...) Aunque parezca difícil de creer, en nuestros países la política llega incluso a definir escuelas literarias”.²⁹

En efecto, el cultivo de un español correctamente hablado y escrito fue presentado en numerosas ocasiones como un importante elemento de identidad. Al analizar la relación entre gramática y poder durante el periodo conservador el historiador inglés Malcom Deas muestra que los representantes de esas elites no siempre fueron hombres acomodados económicamente pero que sí disponían de importantes cantidades de capitales simbólicos y culturales pues la mayoría de ellos eran descendientes de familias peninsulares que habían pertenecido a la burocracia imperial española lo cual les proporcionaba altos grados de poder que no siempre estaba asociado a la riqueza; ello nos ayuda a entender por qué “no les parecía, en lo más mínimo, anormal o inverosímil que este [poder] fuera ejercido por letrados, como muchos de sus miembros, cuyos antepasados habían venido a las Américas a gobernar a cualquier título. Para los letrados, para los burócratas, el idioma, el idioma correcto, es parte significativa del gobierno (...) por eso, para ellos lenguaje y poder deberían permanecer inseparables”.³⁰

En el contexto de la importancia atribuida por las elites a la lengua, la gramática y la literatura como marcadores de distinción social, por una parte, y como poderosos materiales para construir identidades colectivas por otra, Bogotá como centro político de la nación, monopolizó en gran medida la producción de representaciones sobre las regiones; de allí el

²⁹ Citado en: ROJAS, *Civilización y violencia*, p. 289.

³⁰ DEAS, Malcom, “Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia”, en: *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo, 1993, p. 42.

predominio del andinocentrismo en el ideal tanto geográfico como racial de las elites, que con frecuencia escribieron sobre el resto del país sin conocerlo, precisamente con base en una idea imaginada de la nación. Ello, en gran medida, determinó la fragmentación regional de un país que las elites del centro intentaron gobernar con base en sus propios prejuicios.

Dentro del orden regional vigente en la Colombia decimonónica, Antioquia ocupaba una posición privilegiada: protagonista de un gran movimiento migratorio de campesinos pobres desde finales del XVIII, se había transformado en la vanguardia económica del país. Ese proceso había estado acompañado por la creación de una fuerte identidad regional basada en el conservadurismo político y social, así como en la blancura como ideal racial. Ello se reflejó en la producción literaria, que durante toda la centuria se caracterizó por su interés en construir imágenes sobre lo antioqueño que con el tiempo se convertirían en paradigmas de identidad local; tal como sucedía en los aspectos político y económico, la literatura antioqueña del XIX y las primeras décadas del XX se distinguió por su originalidad en una búsqueda constante de los escritores por mantener autonomía respecto del centro, e incluso, por disputarle a las elites bogotanas la autoridad que se atribuían para imponer parámetros de escritura.

Es en este contexto donde se ubica la obra de Tomás Carrasquilla, un hombre que, si bien nunca militó abiertamente en ningún partido, mantuvo relaciones cercanas con las clases políticas y defendió la importancia de mantener una literatura regional que, en su caso particular, estuvo imbuida de todo el proyecto de identidad local. Carrasquilla tuvo una vida literaria prolifera a pesar de que su actividad en ese campo inició en una etapa ya madura de su vida, alrededor de los 32 años. Entre 1890 y 1936 escribió once novelas y dieciséis cuentos además de un número considerable de crónicas, cuadros de costumbres y

artículos de crítica literaria; desde finales del siglo XIX y hasta el presente, su obra ha sido reconocida por propios y extraños como una radiografía de la sociedad antioqueña de la época, que logra retratar desde los sectores campesinos hasta los remanentes de la aristocracia colonial, gracias al estilo de escritura que desarrolló el autor basado en sus ideas acerca de la importancia de vincular la literatura con las formas de hacer, hablar y pensar propias de la cotidianidad. En sus narraciones, caracterizadas por un humor irónico y mordaz, logró crear personajes y situaciones de notable realismo y demostró su habilidad para verter el lenguaje hablado en moldes escritos; la prosa de Carrasquilla es fluida, inteligente y casi siempre divertida, sus textos transmiten imágenes y sensaciones plenas de vitalidad.

En su época, la obra de Carrasquilla tuvo una amplia difusión gracias a que muchos de sus novelas y cuentos aparecieron publicados por entregas en los periódicos y revistas más importantes del momento, tanto en Antioquia como en Bogotá; tal fue el caso del diario *El Espectador*, para el cual Carrasquilla escribió durante varios años mientras residió en Medellín y, más tarde, en la capital del país. Aunque no profundizaré en el tema de la circulación, es importante señalar aquí que la aparición constante de textos de Carrasquilla en publicaciones periódicas contribuyó a su difusión, no sólo entre los círculos literarios e intelectuales urbanos, sino también entre sectores más populares.

Como veremos a lo largo de este capítulo, durante su vida, Carrasquilla defendió la existencia de una literatura nacional original e independiente, libre de los dictados emanados de las metrópolis, capaz de mirar hacia adentro para encontrar belleza en la más simple cotidianidad de los pueblos y ciudades del país. Sin embargo, la obra de Carrasquilla es de carácter netamente regional ya que casi en su totalidad se desarrolla en Antioquia, con

excepción de dos cuentos cortos en los cuales Carrasquilla hace una crítica a la sociedad bogotana: El Rifle y La Mata, los cuales vieron la luz en 1915, durante un periodo en que el autor se encontraba justamente viviendo en Bogotá.

Tanto el acentuado regionalismo de la producción de Carrasquilla como la existencia de sus dos relatos bogotanos dan cuenta de una de las características más importantes de la obra de nuestro autor: ésta se encuentra influida de manera directa por su experiencia vital, de la cual tomó muchos de los temas y personajes que aparecen en cuentos y novelas. En términos formales, el regionalismo de Carrasquilla ha suscitado enconados debates a favor y en contra del autor desde la publicación de su primer cuento en 1896 y a lo largo del siglo XX. Algunos de sus críticos han señalado que sus escritos expresan una cierta incapacidad para superar el apego al terruño y desarrollar temas más universales; en contraste, quienes defienden el valor de su obra han resaltado la capacidad de Carrasquilla para retratar la vida corriente de los antioqueños y su original manejo del lenguaje popular. Sin embargo, como intentaré demostrar, ese debate no se circunscribe al ámbito puramente literario sino que tiene trasfondos que involucran una disputa regional por el régimen de producción de representaciones.

En conjunto, las condiciones de producción, circulación y recepción de la obra que he señalado brevemente contribuyeron a que ésta fuera reconocida en ámbitos muy diversos como una narración certera de lo que *son los antioqueños*. Intentaré demostrar a lo largo de este capítulo que esas particularidades no son casuales ni se deben exclusivamente a las inclinaciones literarias personales de Carrasquilla sino que, como ya anticipé, también responden a un propósito de consolidación de cierta identidad local en la región, que a su

vez se enmarca en el proyecto de nación que se encontraba vigente a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

A lo largo de este capítulo mostraré brevemente cuáles fueron las ideas que originaron la ideología del blanqueamiento que durante el siglo XIX alimentaría los proyectos de nación que idearon liberales y conservadores; repasaré los debates sobre el tema racial, el papel que pretendía jugar Antioquia dentro de la jerarquía regional que se estaba conformando y la manera como la literatura constituyó una herramienta fundamental para la consolidación de estas ideas. En seguida describiré las influencias que recibió la obra de Carrasquilla, comenzaré por situarla en el contexto de la época evidenciando cuáles fueron las experiencias personales que la alimentaron y el lugar social desde el cual escribe nuestro autor, así como sus influencias literarias y políticas, esto me permitirá, por una parte, ubicar las fuentes de las cuales emana el pensamiento de Carrasquilla para así discernir el punto de vista que su literatura expresa, desde dónde lo hace y los mecanismo mediante los cuales Carrasquilla llegó a ser una voz autorizada para representar la región; por otro lado, evidenciará como esta obra ha sido legitimada por diversos sectores sociales como representante del “espíritu” o “esencia” de lo antioqueño y, por tanto, la importancia de estudiarla como referente histórico de una época en la cual se consolidó un proyecto identitario regional en Antioquia. En conjunto, el panorama político y literario nacional que esbozaré abrirá una vía para situar en los capítulos posteriores las representaciones que Carrasquilla elaboró sobre la gente negra en Antioquia.

SUPERIORIDAD BLANCA / INFERIORIDAD NEGRA

La idea de superioridad blanca, con su contraparte de inferioridad negra, venía siendo elaborada desde muchos siglos atrás, cuando las representaciones que Europa tenía sobre el continente africano y sus pobladores se basaban, por un lado, en un conocimiento cercano a la anécdota, y por otro, en la exégesis bíblica; ambas nociones se fueron transformando con el paso del tiempo, adaptándose a los imperativos dominantes en la filosofía y el sentido común de cada época, pero nunca desaparecieron. Por el contrario, para el siglo XVI, en el momento en que las condiciones de la economía imperial así lo exigieron, se instrumentalizaron para justificar la captura y deportación de millones de africanos hacia América en calidad de esclavos. Considero que revisar brevemente la genealogía del dúo superioridad blanca / inferioridad negra y sus consecuencias coloniales es necesario para poder entender a cabalidad como operaba éste en la época y lugar que nos interesa.

Las primeras referencias posibles sobre el tema nos remiten al relato bíblico según el cual, a pesar de que todos los seres humanos son hijos de Dios y descendientes de Adán, los africanos son cualitativamente diferentes debido a que a su vez descienden de Cam, el hijo que deshonró a Noé burlándose de él cuando dormía borracho, como castigo Dios maldijo a Cam y a sus descendientes condenándolos a ser esclavos de sus hermanos; aunque la Biblia no hace mención a su color ni situación geográfica, la interpretación tradicional del mito ha señalado a Cam como poblador de África. En hebreo la porción de tierra poblada por los camitas se denominó *Kus* o “quemado” y fue también conocida mediante la palabra griega *Etiopia* igualmente en relación con el verbo “quemar” o “cara quemada”, ambas nociones articulaban así elementos que debemos tener muy presentes pues se enraizaron profundamente en el pensamiento europeo y posteriormente sustentaron el discurso de la

dominación colonial: un color de la piel anómalo debido al deterioro moral, reforzado por las condiciones del “ardiente” clima africano que a su vez contribuía a la degeneración de los pueblos que allí habitaban.³¹ Este antecedente, apenas el primero de una larga cuenta de discursos mediante los cuales se pretendía cuestionar la integridad de los pueblos del África negra, se vio muy pronto reforzado por otras imágenes construidas desde diversos sitios de enunciación. Entre el siglo I y el momento de los primeros contactos comerciales entre Europa y África, diversos autores habían clasificado a los africanos como seres que, si bien descendían de Adán y por tanto eran hijos de Dios, pertenecían a una raza de monstruos que se había quedado a medio camino hacia la humanidad debido a una anomalía moral que se reflejaba en su aspecto físico. Este truco interpretativo evitaba contrariar la doctrina bíblica pero al mismo tiempo permitía señalar la supuesta “anomalía” de los africanos en comparación con los blancos europeos, hijos privilegiados de Dios.³²

Aunque es evidente que para el momento de los contactos iniciales de los portugueses con la costa occidental africana, durante las primeras décadas del siglo XV, Europa ya contaba con un repertorio de nociones sobre África y sus pobladores heredadas del Medioevo, las primeras relaciones que se establecieron entre unos y otros no parecen haber sido conducidas de manera determinante por las diferencias raciales. Sin embargo a partir del siglo XVI los cambios económicos y tecnológicos que experimentaban Europa y América llevaron a un apremiante incremento en la demanda americana de mano de obra, cuya ausencia amenazaba con ocasionar una profunda crisis en el sistema colonial, mientras

³¹ CHAVES, María Eugenia, “Color, inferioridad y esclavización: la invención de la diferencia en los discursos de la colonialidad temprana”, En: MOSQUERA, Claudia y BACELOS, Luiz Claudio, *Afroreparaciones: memorias de la esclavitud y justicia reparatoria para negros, afrocolombianos y raizales*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007, pp. 73-92.

³² MAYA, Adriana. *Brujería y reconstrucción de identidades entre los africanos y sus descendientes en la Nueva Granada, siglo XVIII*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2005, p. 231-234.

tanto los portugueses avanzaban en el desarrollo de técnicas de navegación que les permitieron incrementar sus contactos con el occidente de África. Para finales de ese siglo, la unión de las coronas de Portugal y Castilla permitió que África se convirtiera en la perfecta proveedora de esclavos para las colonias americanas.

Para los europeos, desde el punto de vista económico la captura, deportación y comercialización de seres humanos hacia América estaban perfectamente justificadas, pero desde la perspectiva moral el negociar con seres humanos, inferiores pero hijos de Dios al fin de cuentas, seguía planteando problemas de conciencia. Ello impuso la necesidad de crear argumentos que justificaran la esclavitud e implicó una actualización de las viejas nociones sobre los pueblos africanos que se habían venido construyendo en Europa a lo largo de la era cristiana, tarea en la que los evangelizadores jugaron un papel definitivo al enunciar la anormalidad de los pobladores de África pero esta vez desde la autoridad teológica, único saber socialmente validado en la época.

Quizá el primero en retomar las viejas nociones y ponerlas al servicio de la empresa colonizadora fue el sacerdote Joseph de Acosta quien para 1589 publicó su *Procuranda Indorum Salute libri sex*, un manual de evangelización para los indígenas americanos en el que clasificó a los pueblos no europeos en una jerarquía que no sólo tenía en cuenta su grado de “civilización” sino también el color de su piel;³³ al comparar a los indígenas con los descendientes de Cam describe a estos últimos como “*gentes imbuidas en una malicia ingénita y como hereditaria, cuyo pensamiento es tan rebelde, y está tan hundido en la maldad, que será muy dificultoso arrancarlo de ella*”.³⁴ Esta obra fue una de las principales influencias para la que posteriormente escribiría el también jesuita Alonso de Sandoval,

³³ CHAVES, “Color, inferioridad...”, p. 77

³⁴ Citado en: CHAVES, “Color...”, p. 78

quien vivió en Cartagena durante la primera mitad del siglo XVII en calidad de evangelizador de los africanos que llegaban al puerto; en el marco de su labor misional, en 1627 Sandoval publicó *“De instauranda aetiopum salute”*, un libro dedicado a señalar caminos para la evangelización de los esclavos, conforme había hecho Acosta años atrás para los indígenas; sin embargo, el aporte excepcional de su obra radica en que, para explicar las características físicas, morales y culturales de los cautivos que llegaban a Cartagena, Sandoval elaboró una descripción de sus culturas de origen basado en informaciones que viajeros, navegantes y sus propias lecturas sobre los filósofos que habían alimentado las ideas acerca los “etíopes” desde la antigüedad, le brindaron sobre el África que nunca visitó. Con esas bases, en su texto Sandoval recurre a viejas nociones como “monstruo” y “etíope” para describir a los pueblos africanos pero además introduce nuevas formas de nombrarlos como los términos “gentil”, “pagano” e “idólatra”, entre otros. Esto es importante porque vincula las ideas tradicionales, que en esencia se mantienen casi sin modificación, con nuevos argumentos que intentan demostrar la inferioridad de los negros respecto de los europeos.

De acuerdo con la historiadora colombiana Adriana Maya, la escala sobre el grado de civilización de un pueblo que instituía como punto culminante a la propia sociedad europea incluía de manera determinante factores como las formas de organización política y la capacidad de registrar la historia. En ambos sentidos, los africanos resultaban mal librados respecto del modelo eurocéntrico establecido: por una parte, aunque en algunos casos poseían estructuras políticas organizadas jerárquicamente, en general éstas no coincidían con la imagen del rey cristiano europeo, por otra, la mayoría de los pueblos africanos involucrados en la trata carecían de escritura alfabética a excepción de aquellos que

profesaban la fe islámica. Ninguno de estos panoramas resultaba alentador: la falta de escritura en un ámbito donde los letrados se convirtieron en la “*encarnación de [una] nueva cultura política de lo escrito, siempre cuidadosa de registrar en el papel los acontecimientos que marcaban el devenir de la metrópoli y de sus reinos*”³⁵ instaurada a finales del siglo XVI durante el reinado de Felipe II, implicaba estar literalmente fuera de la historia, es decir, alejados del dominio de lo humano, lo cual venía a reforzar la idea de que los africanos pertenecían a una raza de monstruos que nada compartía con el modelo de humanidad blanca, europea y cristiana. Sandoval no deja de lado el tema del clima como factor de degradación pues de hecho éste constituye la puntada final de su argumento, al tiempo que sintetiza las elaboraciones previas sobre el tema:

Es pues mi parecer, y sentencia en cuestión tan altercada, que la tez negra en todas, naciones prietas, no provino tan solamente de la maldición que Noé echó a su nieto Chanaan [...] sino también de una calidad predominante, innata e intrínseca, con que crió Dios a Cham, que fue un excesivo calor, para que los hijos que engendrarse saliesen con ese tizne, y como marca de que descendían de un hombre que se había de burlar de su padre con tanto atrevimiento; y así dispuso que en la materia seminal de su primogénito Chuz, y no en la de otros, hubiese tal temperamento de las primeras cualidades, cual era menester para que de ellas resultase aquella cualidad segunda de negrura, para lo cual no le faltaría a su padre Cham aquel exceso de calor, que piden los filósofos para el color negro [...] lo cual a su modo de ver se puede entender en los negros que traen su origen de Cham; que fue el primer siervo y esclavo que hubo en el mundo [...] en quien este calor intrínseco para con él tiznar a sus hijos y descendientes. Y con reparo que aquel color negro que entonces hacía variedad y causaba hermosura se convirtió en mancha³⁶

Quedaba claro así que los africanos no eran del todo humanos. Sin embargo, una pieza faltaba para hacer estos argumentos funcionales a las necesidades económicas del imperio ¿Cómo justificar pues el traslado de los africanos a América en calidad de esclavos? La

³⁵ MAYA, *Brujería y reconstrucción...*, pp. 292

³⁶ Citado en: CHAVES, “Color, inferioridad...”, pp. 77

demonización de la espiritualidad y las ceremonias religiosas de los pueblos de África occidental, en conjunto con la creciente expansión del islam en ese continente, añadieron el ingrediente que faltaba y que vino a reforzar los argumentos sobre la inferioridad de los africanos pero, además, introdujo la cristianización como un medio de redención para éstos: los africanos habían caído en manos del demonio debido a la desobediencia de su ancestro y se habían degenerado física y moralmente hasta convertirse en una especie monstruosa, más aún al entregarse a la religión de Mahoma, pero aún tenían en esperanza: debían ser evangelizados y para ello minas, haciendas y otros oficios los esperaban en América.

Aún así, la “necesidad” de evangelizar a los africanos no implicaba el derecho a negociar con ellos. Para explicar este punto es necesario hacer referencia al salto cualitativo que, según Maya, hizo posible que los africanos pasaran de ser vistos como monstruos sub-humanos a ser considerados bienes. En efecto, sabemos que la trata negrera tuvo unas características muy particulares que la diferenciaron de cualquier otra forma de esclavitud practicada a lo largo de la historia universal, no solo porque implicó el traslado forzado de millones de personas, sino porque estas personas fueron despojadas de su carácter humano y convertidas en mercancías.

Esta conversión -que no excluyó las anteriores visiones sino que vino a sumarse a ellas- empezó a funcionar sobre la base de sistemas de servidumbre previamente existentes en África, pues los portugueses penetraron el continente muy tardíamente, de modo que en muchos casos eran los propios africanos quienes se encargaban de capturar y llevar hasta las factorías portuguesas, apostadas en las costas, los hombres, mujeres y niños que más tarde serían trasladados a América. Ello permitió que en muchos casos los tratantes contaran con la complicidad de jefes africanos que alimentaban el tráfico apoyándose en las

diversas formas locales de organización social, ya fuera estatal o parental, para crear un clima permanente de conflicto interétnico con el objetivo de asegurar un flujo constante de cautivos obtenidos en la guerra que intercambiaban por productos europeos con los negreros, es decir, les asignaba un valor de cambio igual al de cualquier otra mercancía.³⁷

En América la doble noción *monstruo/mercancía* asignada a los africanos y más tarde a sus descendientes, proporcionó a los involucrados en el negocio de la esclavitud un refugio para silenciar sus conciencias y aprovechar las posibilidades que ofrecía la utilización de mano de obra esclava. Las inquietudes sobre su humanidad eran resueltas desde la autoridad teológica y quienes abogaban por la esclavitud no estaban interesados en cuestionar las respuestas, sino que más bien se apuraban en emplearlas a su favor.

Las ideas sobre la inferioridad de los africanos y sus descendientes no pertenecían exclusivamente al ámbito religioso sino que se reflejaban en muchos otros aspectos de la vida colonial y eran compartidas por los sectores dominantes en lo político, lo económico y lo social. En América éstas se tradujeron en la creación de una estratificación basada en el color de la piel dentro de la cual los negros ocupaban el último escalón, mientras que españoles y criollos creaban día con día nuevas formas de distinción social bien fuera desde los ámbitos legales o las maneras más cotidianas de ser y hacer.

No obstante la existencia de estas prácticas e ideas, sabemos que los dos primeros siglos de la colonia trajeron consigo un alto grado de mestizaje en la Nueva Granada. Ese proceso tuvo como resultado una diversificación del panorama racial, con la aparición de sectores

³⁷ MAYA, *Brujería y reconstrucción*, pp. 241; WOLF, Eric, *Europa y la gente sin historia*, México: Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 240-282.

mezclados muy diversos que iban desde los criollos más cercanos al blanco europeo hasta los zambos y mulatos más cercanos al negro y al indio, pasando por todas las combinaciones posibles entre los elementos existentes, las cuales escapaban a la tradicional división blanco/indio/negro; por otra parte, el mestizaje acelerado contribuyó a la intensificación paulatina de los conflictos entre los sectores que luchaban por mantener su estatus social, especialmente los blancos peninsulares, y otras que hacían lo propio con el objeto de ampliar sus posibilidades de ascenso y movilidad, sobre todo criollos y mestizos que no se resignaban a continuar subordinados a los españoles dentro de la pirámide social a pesar de su ascendencia blanca.³⁸

Así las cosas el aumento de sectores mezclados, difíciles de clasificar dentro de parámetros raciales rígidos, trajo consigo un desorden epistemológico que amenazaba la continuidad del dominio blanco-peninsular el cual debía, por tanto, ser restaurado. En ese marco, durante el siglo XVIII los sectores dominantes echaron mano nuevamente de las viejas nociones europeas sobre la superioridad blanca, en esta ocasión enunciadas desde un nuevo lugar de conocimiento y poder: el científico, que en el contexto de la Ilustración había desplazado al ámbito religioso como forma de explicar el orden de la naturaleza y la sociedad.³⁹ Durante la segunda mitad del XVIII en Europa científicos como Linneo, Buffon o Camper, aunque aceptaban el origen común de todos los grupos humanos, seguían preguntándose sobre la diversidad de razas bajo paradigmas que en el siglo siguiente darían

³⁸ Ver: JARAMILLO URIBE, Jaime, “Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII”, En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* N° 3, Bogotá, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, 1965, pp. 28.

³⁹ Ver: MÚNERA, Alfonso, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta, 2005, p. 26 y 27; ARIAS, Julio, “Seres, cuerpos y espíritus del clima, ¿pensamiento racial en la obra de Francisco José de Caldas”, En: *Revista de Estudios Sociales*, N° 27 (Agosto de 2007), Bogotá, Universidad de Los Andes, p. 16-30.

lugar a obras definitivas para la biología como “*El origen de las especies*”. Por su parte, las tesis de Buffon sobre la “degeneración” que producía el clima en razas inferiores, como las de africanos negros e indígenas americanos, fueron ampliamente aceptadas por un sector de la intelectualidad neogranadina que elaboró una versión criolla de las teorías europeas; entre los pensadores de la segunda mitad del XVIII y las primeras décadas del XIX que más influyeron en el desarrollo de una ciencia local basada en los paradigmas europeos encontramos al gaditano José Celestino Mutis, quien arribó a la Nueva Granada en 1761 en calidad de médico del virrey Pedro Messía de la Cerda, así como a los payaneses José Ignacio de Pombo y Francisco José de Caldas, quienes durante ese periodo se dedicaron a reflexionar ampliamente acerca de la geografía y la condición racial de los pobladores de la Nueva Granada. En pocas palabras, estos pensadores sentaron las bases de una ciencia moderna, basada en los principios de degeneración, según los cuales “*el clima determinaba la distribución y los rasgos morales e intelectuales de los seres humanos que poblaban el virreinato*”;⁴⁰ la difusión de estas ideas no solo estimulará un proceso de transformación social durante la época, sino que tendrá un peso fundamental en la construcción de la identidad nacional durante el siglo XIX.

Como veremos más adelante, en *La marquesa de Yolombó* Carrasquilla logra describir con detalle los conflictos sociales surgidos en torno a la defensa de la blancura en la Antioquia de siglo XVIII. La persistencia de éstos muestra que a lo largo del periodo colonial la diversidad racial de la Nueva Granada había sido considerada como un lastre que retrasaba o impedía el progreso y por lo tanto de alguna manera sus representantes debían desaparecer del panorama nacional pero al mismo tiempo revela que, pese al

⁴⁰ MÚNERA, *Fronteras imaginadas...*, p. 72.

aniquilamiento físico y el cambio cultural violento a que habían sido sometidos indígenas, africanos y afrodescendientes, trescientos años de colonización no habían logrado asimilar, difuminar ni eliminar sus evidentes presencias no solo en el campo sino también en las ciudades más grandes e importantes del virreinato.⁴¹

Vemos entonces cómo desde la época colonial, Europa había desarrollado un modelo de interpretación del mundo según el cual ni las tierras calientes, ni los africanos e indígenas aptos para el desarrollo. Esta forma de pensamiento alimentó los proyectos de nación que se plantearon durante el siglo XIX; el territorio de lo que hoy es Colombia se convirtió en un terreno fértil para establecer jerarquías de unas regiones sobre otras debido a su gran diversidad geográfica que abarca el sinnúmero de montañas que componen las tres cordilleras en las cuales se ramifican los Andes, dando así lugar a la existencia de amplias regiones de tierra caliente como los litorales Caribe y Pacífico, los llanos orientales y la Amazonía, que en su mayoría han estado pobladas por indígenas y afrodescendientes desde la época colonial hasta periodos muy recientes. A continuación mostraré brevemente cómo operaron esas ideas.

LA IDEOLOGÍA DEL BLANQUEAMIENTO COMO PROYECTO NACIONAL

El siglo XIX colombiano se caracterizó por un permanente clima de inestabilidad política que se reflejó en una gran cantidad de guerras civiles a lo largo de toda la centuria. Los dos partidos que desde entonces han dominado el ámbito político nacional, liberal y conservador, formalizaron sus programas en 1848 y 1849 respectivamente, pero sus postulados venían ejerciendo influencia tanto en el gobierno central como en las distintas

⁴¹ MÚNERA, *Fronteras imaginadas*, p. 113.

regiones desde el inicio del periodo independiente, cuando se empezaron a perfilar inclinaciones regionales por uno de los dos partidos de acuerdo con la vocación económica, las particularidades sociales y los intereses políticos de cada provincia; ello no implicó hegemonías regionales absolutas pues en muchos casos ambos partidos se sucedieron en el gobierno en periodos de duración variada, a pesar de lo cual es posible establecer tendencias generales en cuanto a las preferencias políticas locales que nos ayudan a comprender el papel de la región en el escenario político nacional.

Con independencia de su afiliación partidista, las elites políticas colombianas defendieron desde muy temprano la conformación de una identidad mestiza, un proyecto de nación de referentes europeos, aunque basado en argumentos divergentes, como expondré en seguida. En las décadas posteriores a la independencia, dominó el pensamiento científico promovido por los liberales, que vendría a ser desplazado por la supremacía conservadora de finales de siglo, basada en el convencimiento de que el orden social dependía de la capacidad de los gobiernos para mantener ciertas instituciones y costumbres asociadas a la moralidad, la religión y la tradición. Conozcamos pues, brevemente, cuáles fueron los postulados en los cuales liberales y conservadores basaron sus proyectos sobre la nación, sus habitantes y territorios.

Después de tres siglos de colonialismo europeo, es comprensible que nuestros intelectuales criollos se vieran influenciados por las ideas en boga en las décadas finales del siglo XVIII y los primeros años del XIX, justo cuando la Nueva Granada⁴² atravesaba por un periodo de tensión social que desembocaría más tarde con la declaración de independencia de 1819.

Por otra parte, existía entre los intelectuales de la época la “tradición del viaje a Europa”

⁴² Denominación colonial de un amplio territorio que incluía lo que actualmente es Colombia, parte de Ecuador, Perú y Venezuela

como fuente conocimiento personal pero también -y esto es lo más importante- como proceso formador de la nación que se estaba gestando. En la primera década del siglo XIX la sociedad colonial neogranadina, que no había logrado españolizar a miles de indios, negros, mestizos y mulatos que vivían al margen del orden, había entrado en una profunda crisis, la cual fue heredada por los intelectuales criollos que asumieron el control del país luego de la independencia, quienes se encontraban en una disyuntiva que de un lado les presentaba las recientes ideas liberales sobre la necesidad de modernizar la economía nacional, y por otro la heterogeneidad racial del país.

Para asumir este reto, nuestros intelectuales idearon una versión criolla de las teorías naturalistas que les permitiera legitimar el derecho de Colombia a pertenecer al grupo de naciones civilizadas.⁴³ Si bien la existencia de razas “primitivas” en el territorio nacional era indudable, ello no significaba que todo el país estuviera condenado al atraso pues los pueblos caracterizados como inferiores estaban circunscritos únicamente a las tierras bajas y calientes como los llanos orientales, las costas y las selvas, cuyas condiciones climáticas eran la causa principal de sus bárbaras costumbres mientras que las ciudades andinas de clima frío eran el escenario perfecto para la civilización y el progreso.

Uno de los pensadores liberales que más influyó en la formación y difusión de estas ideas en el XIX fue Francisco José de Caldas. Conocido como “el sabio Caldas”, nació a finales del siglo XVIII y fue uno de los naturalistas más destacados del XIX, participó de las luchas independentistas y contribuyó a la elaboración de teorías científicas que respaldaban la relación entre geografía y progreso, las cuales se convirtieron en uno de los antecedentes más importantes de los textos escritos por los pensadores liberales. En sus textos

⁴³ MÚNERA, *Fronteras Imaginadas*, p. 111.

“Geografía de la Nueva Granada” e “Influencia del Clima sobre los seres organizados”, escritos en 1807 y 1808 respectivamente, Caldas señalaba el impacto negativo del clima sobre los pueblos negros y mulatos:

El africano de la vecindad del Ecuador vive desnudo bajo de chozas miserables. Simple, sin talentos, lascivo hasta la brutalidad, se entrega sin reserva al comercio de las mujeres. Éstas, tal vez más licenciosas, hacen de ramerías sin rubor ni remordimientos, ocioso, apenas conoce las comodidades de la vida, a pesar de poseer un país fértil. Pasa sus días en el seno de la pereza y la ignorancia. Vengativo, celoso, cruel con sus compatriotas.⁴⁴

Al mismo tiempo que alababa a los pobladores de los Andes, presentándolos con características totalmente opuestas:

[los indios y castas andinos] son más blancos y carácter más dulce. Las mujeres delicadas tienen belleza, y se vuelven a ver los rasgos y perfiles delicados de ese sexo (...) los campos, las mieses, los rebaños, la dulce paz, los frutos de la tierra, los bienes de una vida sedentaria y laboriosa están derramados sobre los Andes. Un culto reglado, unos principios de moral y de justicia, una sociedad bien formada y cuyo yugo no se puede sacudir impunemente; un cielo despejado, una temperatura benigna han producido costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas. El amor de esta zona tórrida del corazón humano, no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa (...) las castas todas han cedido a la influencia del clima, y el morador de nuestra cordillera se distingue del que esté a sus pies por su carácter brillante y decidido.⁴⁵

Este aparte del texto muestra el camino que escogió Caldas para explicar los casos contrarios a su propuesta, como la existencia del pueblo indígena Muisca, con un evidente grado de complejidad social y cultural, en las tierras altas del altiplano cundiboyacense. El “sabio” Caldas resolvió la contradicción afirmando que los indígenas del altiplano eran más

⁴⁴ Caldas, Francisco José de. “Del influjo del clima sobre los seres organizados”. En: *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, mayo de 1808. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942, p. 166-167.

⁴⁵ CALDAS, “Del influjo del clima...”, p. 145-146.

blancos que aquellos habitantes de las tierras bajas, de ahí que hubieran logrado alcanzar un mayor grado de desarrollo, afirmación que permitía mantener la correspondencia raza-clima-desarrollo pero al mismo tiempo explicaba la presencia de “indígenas civilizados” en los Andes. Este esquema se mantendría aún hasta una época tan tardía como la segunda mitad del siglo XIX, cuando se conservaban las alusiones a “un tiempo inicial en el que existieron una razas míticas, pacíficas, bondadosas y cultas en nuestras cordillera, y la referencia a unas razas belicosas, caníbales e incultas en las tierras bajas”.⁴⁶

Ideas similares serían defendidas por los ideólogos liberales durante todo el XIX. Claros ejemplos los constituyen José María Samper, cundinamarqués nacido en 1828 que se destacó como uno de los liberales más radicales de mediados de siglo aunque hacia 1879 aparece firmando el programa del partido conservador, lo cual no era excepcional en medio de la inestabilidad política que señalé más arriba,⁴⁷ y Salvador Camacho Roldán, reconocido economista liberal que a lo largo del siglo fungió como representante, senador y gobernador de Panamá. Estos políticos e intelectuales no eran ajenos a los avances científicos y las discusiones sociológicas que se libraban en Europa, las cuales intervinieron de manera definitiva no solo el pensamiento político del siglo XIX sino también la imagen contemporánea que tenemos los colombianos sobre nuestras regiones y sus habitantes. El análisis de los documentos escritos por Pombo, Caldas y Samper revela que la consolidación de esa percepción acerca de la geografía nacional se logró mediante la atribución, con el concurso de grandes dosis de fantasía e imaginación, de ciertos rasgos a los habitantes blancos de las tierras altas andinas y características opuestas a negros e

⁴⁶ CALDAS, “Del influjo del clima...”, p. 77.

⁴⁷ URREGO, Miguel Ángel. *La crisis del Estado nacional en Colombia, una perspectiva histórica*. Morelia: Instituto de Investigaciones Históricas, UMSNH, 2004, p. 40.

indios, quienes ocupaban las costas, llanos y selvas de las tierras bajas.⁴⁸Un claro ejemplo de la relación jerarquización geográfico-racial que elaboró Samper se encuentra en su *Ensayo sobre las revoluciones políticas i la condición social de las repúblicas colombianas*, donde afirma que

(...) la introducción de la esclavitud y las diferencias de los climas y raza determinaron una distribución de la población muy distintamente marcada, escalonada según las exigencias de la topografía. La raza europea se fijó casi totalmente sobre las altiplanicies más o menos elevadas y los pliegues de las montañas; la raza africana, esclava, fue condenada a la explotación de las minas y a los desmontes de colonización, en los valles profundos y ardientes; y las razas indígenas, explotadas y abrumadas donde quiera, permanecieron en sus respectivas comarcas. Así se tuvo, pues: arriba, la civilización; hacia el medio, el abandono; abajo, la violencia y los horrores de la esclavitud.

En virtud de esa distribución de las razas y de las condiciones sociales, todo el trabajo de la civilización en Nueva Granada debía resumirse en un doble movimiento de descenso y ascensión. La civilización tenía que descender hacia las faldas y los valles para propagarse allí (...) La barbarie debía subir hacia las altiplanicies para desaparecer o modificarse profundamente.⁴⁹

En esta misma vía, para resolver la tensión que les producía la aspiración de modernizar el país frente a la realidad de su inmensa heterogeneidad racial y cultural, los liberales de la época plantearon el mestizaje como un camino hacia el mejoramiento de la composición racial de Colombia mediante la colonización de las zonas de frontera por parte de blancos provenientes de las regiones civilizadas: europeos, norteamericanos o andinos. Por la época en que Samper escribió su texto "*La confederación granadina y su población*", elaborado para la sociedad etnográfica de París, ya se planteaba el mestizaje como la tarea redentora de las razas inferiores, especialmente la indígena, y la puerta de la nación hacia el desarrollo:

⁴⁸ MÚNERA, *Fronteras imaginadas...*, p. 33.

⁴⁹ Citado en: ROJAS, *Civilización y violencia*, p. 287.

(...) todo el porvenir de la civilización en Nueva Granada se funda en este doble hecho providencial: la mezcla de las razas y sus variedades, que sin dejar de hacer predominar el elemento europeo, ha hecho surgir y hacer crecer día por día todo un pueblo esencialmente democrático, tanto por derecho de nacimiento como por virtud de los climas; y la absorción progresiva, más y más evidente y necesaria, por las fuertes razas blanca y negra, de las razas indígenas puras, las únicas que oponen seria resistencia a la conquista de la civilización, a causa de su indolencia y debilidad y de la degeneración a que las redujo el régimen colonial.⁵⁰

De acuerdo con la consideración de que los atributos físicos, morales, psicológicos e intelectuales de cada raza estaban asociados con una conformación biológica resultado del clima en que habitaban, se consideraba que los contactos sexuales de blancos con negros e indios les transmitirían de manera mecánica a los seres humanos producto de las mezclas los rasgos dominantes que caracterizaban a cada grupo racial. De esa manera, la raza blanca aportaría la capacidad racional que le era propia mientras que la negra contribuiría con su fuerza bruta para producir así unos mulatos emprendedores y dispuestos para el trabajo; al parecer, los rasgos atribuidos a los indígenas no encajaban dentro del modelo de ciudadanos productivos que se pretendía promover pues eran considerados más bien melancólicos, indolentes y débiles es decir, poco adecuados para el trabajo, razón por la cual después de la segunda mitad del siglo XIX José María Samper propendía por la total asimilación de las razas indígenas puras por parte de “las fuertes razas blanca y negra”.⁵¹

Aunque ya desde finales del siglo XVIII la Nueva Granada se percibía como una colonia de mayorías mestizas, esa imagen respondía más al deseo de las elites dominantes que a la realidad. Un ejemplo de ello son las cifras que arrojó el censo de 1778-1780 en la región Caribe, según las cuales para la época la población estaba constituida por un 62.12% de

⁵⁰ Samper, citado en: Múnica, *Fronteras imaginadas...*, p. 149.

⁵¹ Samper, citado en: MÚNERA, *Fronteras imaginadas...*, p. 149.

libres de todos los colores, es decir mulatos y mestizos.⁵² La relectura crítica del censo que llevó a cabo el historiador Alfonso Múnera demuestra que la imagen de región mestiza que reflejan las cifras es una ficción que se debió, entre otros factores, a la dificultad que supuso censar a grandes masas de poblaciones indígenas rebeldes y negras cimarronas o manumisas rurales que se encontraban fuera del control colonial, especialmente teniendo en cuenta que el objetivo del censo era establecer a cuánto ascendía la población de contribuyentes sujetos al dominio de la corona para implantar urgentes reformas fiscales.⁵³ Sin embargo, más allá de las cifras, el censo refleja el anhelo de las élites por borrar del mapa nacional a los negros e indios quienes, aún pese a sus deseos y esfuerzos constituían una parte importante de los habitantes de país que permanecía fuera del dominio de las instituciones coloniales.⁵⁴

De forma paralela, el mestizaje fue presentado como un mecanismo de democratización racial que disminuiría la desigualdad social al producir una única clase de ciudadanos en todo el territorio nacional.⁵⁵ En efecto, a diferencia de lo que sucedía durante la época colonial, el mestizaje era considerado como un fenómeno positivo que le permitiría a la nación distanciarse de la herencia española en la definición de las relaciones sociales.⁵⁶ Sin embargo, el evidente desprecio que expresan en sus escritos Pombo, Caldas y Samper por los rasgos característicos de las razas “inferiores”, los cuales eventualmente aportarían a la mezcla son claros ejemplos de la contradicción que presenta esa ideología democrática y la realidad de un Estado-nación que “(...) predicó como base de su existencia su carácter universalista y ajeno a todo tipo de segregación racial, pero cuya élite criolla mantuvo sus

⁵² Citado en: MÚNERA, *Fronteras imaginadas...*, p. 176.

⁵³ MÚNERA, *Fronteras imaginadas...*, p. 137 y 138

⁵⁴ MÚNERA, *Fronteras imaginadas...*, p. 142

⁵⁵ MÚNERA, *Fronteras imaginadas...*, p. 144.

⁵⁶ ARIAS, Julio, *Nación y diferencia...*, p. 46.

privilegios raciales y practicó al mismo tiempo una brutal discriminación contra la generalidad de los negros e indígenas, y contra una amplia variedad de los mestizos.”⁵⁷

De esta manera podemos ver cómo a finales del siglo XIX el mestizaje era un proyecto elitista de identidad nacional que pretendía modernizar el país manteniendo los estatus raciales de la sociedad colonial, a costa de dejar por fuera a la mayoría de los colombianos lo cual contribuyó a la fragmentación nacional, el colonialismo interno y las disputas interregionales.

Claros ejemplos de la influencia negativa de estos problemas que aquejan a Colombia encontramos por doquier: de acuerdo con Múnera, a ellos se debe en cierta medida la pérdida de Panamá, así como el abandono y la marginalidad a los que aún hoy están condenadas amplias regiones del país, especialmente aquellas de mayorías indígenas y afrodescendientes donde aún se propende por modelos andinos de colonización y desarrollo. El caso de Panamá es sorprendente. Pese a haber sido gobernador de ese estado en la década de 1850, Salvador Camacho Roldán opinaba que Panamá no progresaba porque las razas inferiores de negros y mulatos ejercían una fuerte influencia sobre su gobierno y los criollos blancos de Panamá habían perdido el vigor necesario para gobernar, afectados por el clima. Añadía que el progreso y la civilización no podían llegar a Panamá desde la capital, Bogotá, porque las élites andinas, por estar lejos, desconocían por completo la realidad del istmo. Solo quedaba entonces “(...) entregarles el gobierno de Panamá a los blancos extranjeros, capaces de civilizar esas tierras.”⁵⁸ Exportar el modelo blanco-andino a las tierras bajas mediante estrategias de colonización era entonces la

⁵⁷ MÚNERA, *Fronteras imaginadas...*, p. 135.

⁵⁸ MÚNERA, *Fronteras imaginadas...*, p. 41.

solución que los pensadores liberales propusieron en muchas ocasiones a lo largo de la centuria para “redimir” a los negros e indígenas que las habitaban.

Durante la primera mitad del siglo XX, estas ideas continuaban vigentes entre quienes regían los destinos de la nación. Luís López de Mesa, científico y político colombiano con una fuerte influencia de las academias europeas, ministro de educación y de relaciones exteriores durante los gobiernos liberales de Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos en 1934 y 1938 respectivamente, para ese momento aún reconocía una relación directa entre el clima, las razas y el subdesarrollo de la nación pero particularmente de las zonas de tierras bajas:

Es verdad que el clima frío de la altiplanicie predispone al recogimiento; verdad es que el ardor del trópico comunica a la sangre precoces apetitos y saca al hombre de su techo y de su yo; que el agro andino exige perseverante amos para rendir sus dones, y que el río y el mar invitan a peregrinar y a vivir efusivamente. Paréceme sin embargo, que estas influencias no crean la índole de aquellos grupos raciales, sino que a ellas se añaden para exaltarlas más aún.⁵⁹

Aunque recurría a los mismos estereotipos que, sobre negros e indios se habían construido durante el siglo XIX, para López de Mesa, la salvación del país se hallaba en el mestizaje redentor que esparcía las ventajas de la raza blanca por toda la nación:

La raza española es el segundo eslabón que articula la entidad nacional. Enemigas y desemejantes, las [razas] aborígenes que poseían el territorio precolombino. [...] no delimitaban la extensión geográfica de Colombia. Fue el español el elemento aglutinante para ella y para la inmigración de origen africano que luego hubo en el período de la colonia. Raza demócrata, de un gran corazón hospitalario, sufrida en la adversidad y generosa en la bonanza, ella supo, y quizá solo ella pudo, mezclar su sangre con la de los vencidos y a ellos comunicar el fermento de una común aspiración a ser algo, y algo

⁵⁹ LÓPEZ DE MESA, Luís. 1975. *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Bogotá: Editorial Bedout. p. 39.

siempre mejor, en el individuo, en la familia, en la municipalidad y en la república⁶⁰

Por su parte, los políticos conservadores no fueron refractarios a este tipo de ideas y contribuyeron a su consolidación. A partir de 1880 se inició un largo periodo de gobiernos conservadores que se extendieron hasta 1930 solo con una breve pausa entre 1904 y 1909 con el gobierno de Rafael Reyes; sin embargo dentro de estos cincuenta años se distinguen varios momentos. El primero de ellos, entre 1880 y 1904 es conocido dentro de la historiografía colombiana como “La Regeneración”, y se caracteriza porque los conservadores restituyeron el centralismo abolido por la Constitución de 1863, restringieron libertades civiles y establecieron un Concordato con la Iglesia católica; el segundo periodo que va hasta 1930 se denomina “la hegemonía conservadora”.

El dominio de los conservadores supuso la concentración de todos los poderes en Bogotá y por tanto, la necesidad de señalar la diferencia de la ciudad respecto del resto del país para lo cual se utilizó el recurso a “la creación de un mito en decadencia y carente de toda posibilidad de integración de la nación: en de Bogotá como la Atenas suramericana, el cual se fundaba en otra ficción: el cachaco como arquetipo nacional”;⁶¹ con el nombre de “cachaco” se conoce al estereotipo del bogotano “culto” que a partir de entonces empieza a aparecer como modelo de lo que debe ser el ciudadano colombiano. Paradójicamente, sumado a la defensa a ultranza de la tradición hispana que encabezaron los conservadores de finales del XIX y principios del XX, el centralismo resultó en la utilización por parte de

⁶⁰ LÓPEZ DE MESA, *De cómo...*, ibíd.

⁶¹ Urrego, *Intelectuales...*, p. 56

éstos de un modelo para organizar e interpretar al país muy parecido al que empleaban, por razones totalmente diferentes, los liberales que los habían precedido en el gobierno del país.

Para los conservadores, aquello que definía la “colombianidad” y aseguraba la estabilidad nacional era la herencia de la raza española la cual se concentraba en el centro andino y cuya mayor realización era la ciudad de Bogotá. Un ejemplo muy dicente sobre el carácter de la ideología conservadora de esta época es el Miguel Antonio Caro, presidente de Colombia en 1892 y uno de los conservadores más radicales de la historia nacional. Como es obvio, su pensamiento no se basa en argumentos científicos -de hecho entra en discusión abierta con la teoría darwinista debido a que sus afirmaciones sobre el “parentesco” entre el mono y el hombre desconocen los postulados del creacionismo- sino que parten de la superioridad de la religión católica, una de las más claras herencias hispanas, como factor de civilización:

El catolicismo es la religión de Colombia, no solo porque los colombianos la profesan, sino por ser una religión benemérita de la patria y elemento histórico de la nacionalidad y también porque no puede ser sustituida por otra. La religión católica fue la que trajo la civilización a nuestro suelo, educó a la raza criolla y acompañó a nuestro pueblo como maestra y amiga en todos tiempos. Si Colombia dejase de ser católica, no sería para adoptar otra religión, sino para caer en la incredulidad, para volver a la vida salvaje⁶²

Debido a la carencia de argumentos y explicaciones científicas sobre el mundo, la jerarquización racial y geográfica de las regiones colombianas en el pensamiento de Caro resulta bastante incipiente. Sin embargo, en él es posible intuir por lo menos tres ideas básicas: la primera es que los pueblos indígenas y negros son inferiores: “¿cómo el indio no se identifica nunca con la raza anglosajona, sino que sucumbe a ella por destrucción, o se le

⁶² CARO, Miguel Antonio. “La religión de la Nación”. En: *Obras Completas*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1962, pp. 1044.

va asimilando por cesión de su sangre y de sus rasgos orgánicos en los frutos de enlaces mixtos (...)?”;⁶³ la segunda es que esos pueblos inferiores se hallan en zonas selváticas y la tercera es que esos pueblos solamente podrán redimirse mediante la evangelización y la educación: “Hemos visto que el gobierno, la familia y la propiedad son requisitos fundamentales para la fundación de los Estados. El tránsito de la forma selvática a la civilizada no puede verificarse sino determinándose esas condiciones: ellas son lo delineamientos que denuncian la paz social”.⁶⁴ Sin embargo, esta educación no puede ser de cualquier tipo, ni provenir de cualquier fuente, no puede estar basada en los principios científicos que promueve el liberalismo sino en los valores hispánicos heredados de la época colonial ya que “los pueblos se civilizan recibiendo ciencia y costumbres de otros mejor dotados”⁶⁵ de modo que el camino hacia la civilización es la religión, principal herencia de la tradición hispánica; Rufino José Cuervo lo expresó en estas palabras: “(...) sostenemos [la religión católica] porque es el único y poderoso elemento de moral y civilización para nuestras ignorantes y heterogéneas masas populares, dispersas en extensas y ásperas regiones; la sostenemos, en fin, porque es el verdadero principio conservador del orden social”.⁶⁶

Estas ideas alimentaron el pensamiento del conservatismo colombiano a lo largo de todo el periodo en que éste se mantuvo en el poder. Prueba de su continuidad es el hecho de que para finales de la década de 1920 todavía es posible hallarlo, aunque con algunas modificaciones, en el discurso de Laureano Gómez, quizá el representante del Partido Conservador más recordado por su extremismo y beligerancia. En 1928, Gómez pronunció

⁶³ Caro, *Ibid.*, p. 696.

⁶⁴ CARO, “Jesuitas y artesanos”, en: *Obras...* *ibíd.* pp. 686

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ Citado en ROJAS, “*Violencia y civilización...*”, p. 139.

una serie de conferencias en el Teatro Municipal cuyo objetivo era explicar el atraso de Colombia; en ese contexto actualizó la referencia al hispanismo histórico de ese sector político: “Nuestra raza proviene de la mezcla de españoles, de indios y de negros. Los dos últimos caudales de herencia son estigmas de completa inferioridad. Es en lo que hayamos podido heredar del espíritu español donde debemos buscar las líneas directrices del carácter colombiano contemporáneo”.⁶⁷

Gómez enfatizó también en las dificultades que la existencia de indígenas y afrodescendientes representaba para el desarrollo nacional. Haciendo comparaciones de las variadas condiciones geográficas y ambientales del territorio colombiano con el de otros países más asociados con la “europeidad” y el progreso como Argentina, Chile, Uruguay, la parte sur de Brasil y los Estados Unidos.⁶⁸ Entre tanto, describía las regiones de selva y a sus habitantes de esta manera:

En la selva amazónica, las razas primitivas que la habitan viven llenas de terror. Vense aisladas entre un cosmos hostil y los seres fantásticos y tenebrosos que son las divinidades de su ruda mitología. Los mitos son de índole salvaje [...] Esta metafísica primitiva tiene una consecuencia forzada que podemos observar entre nosotros, en algunas comarcas de Bajo Magdalena y de los otros ríos tropicales. Tal consecuencia es el estado de inmovilidad en que permanece el alma de los hombres, sometidos a este medio geográfico.⁶⁹

Resulta llamativo que, en la búsqueda de la hispanidad, Gómez terminó repitiendo casi en los mismos términos el discurso de los liberales decimonónicos, no solo en lo relacionado

⁶⁷ GÓMEZ, Laureano. *Interrogantes sobre el progreso de Colombia. Conferencias dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá*, Bogotá: Editorial Minerva, 1928, p. 47.

⁶⁸ *Interrogantes...*, p. 37.

⁶⁹ *Interrogantes ...*, p. 20.

con el predominio de unas razas y unas geografías sobre otras, sino también en la necesidad urgente del mestizaje como posibilidad de salvación nacional:

Sólo en los cruces sucesivos de estos mestizos primarios con europeos, se manifiesta la fuerza de caracteres adquirida del blanco [...] En las naciones de América, donde preponderan los negros, reina también el desorden. El mulato y el zambo, que existen en nuestra población, son los verdaderos híbridos de América. Nada les debe a ellos la cultura americana. [...] tienen una voluntad débil dominada por pasiones groseras. A la flaqueza de carácter unen una inteligencia poco lúcida, incapaz de análisis profundo [...] el amor al bullicio, el hábito de hablar a gritos, cierta abundancia de oratoria y una retórica pomposa que es precisamente lo que se llama tropicalismo. [...] ni por las influencias africana y americana, es la nuestra una raza privilegiada para el establecimiento de una cultura fundamental ni la conquista de una civilización independiente y autóctona⁷⁰

En estos extractos es posible ver como el discurso de Gómez se actualiza frente al de sus antecesores. Mientras Caro se ocupaba mucho más de la “pobreza espiritual” de la nación y alentaba la religión, las instituciones tradicionales y la propiedad como formas de superarla, Gómez ya hace elaboraciones alrededor del tema que a lo largo del siglo XIX había sido exclusividad de los liberales: el progreso y las razones climáticas y geográficas del atraso local e incluso llega a sugerir una asimilación mediante el mestizaje biológico, asunto que en el pensamiento de Caro se había limitado más a la evangelización y la enseñanza de los valores heredados de España. En realidad, a pesar de que Gómez es recordado como un conservador obstinado, sus formulaciones sobre la construcción de la identidad nacional terminan siendo casi indistinguibles de las de los liberales del XIX y principios del XX.

Este breve recuento sobre el proyecto de nación que imaginaron quienes regían los destinos políticos de Colombia evidencia que, aunque basados en argumentos distintos, en el fondo liberales y conservadores colombianos imaginaron un país similar, habitado por gentes muy

⁷⁰ *Interrogantes...*, p. 55-56.

parecida -a ellos mismos-. Si bien es cierto que los liberales privilegiaban la libertad del individuo sobre la de las instituciones, aquellos colombianos que encajaban con la idea liberal de individuo constituían la inmensa minoría ya que, como hemos visto indios, negros, mulatos, mestizos y, en general, los habitantes de las tierras calientes eran considerados prácticamente como seres humanos “inviabiles”. De ese modo, el reducido grupo de colombianos que podían acceder al estatus de ciudadanos eran prácticamente las propias élites que habían elaborado un imaginario de la nación justo “a la medida”, en el cual no cabía nadie más.

El caso de los conservadores no era muy diferente. La referencia a las instituciones, la propiedad y los valores como fuentes de la nacionalidad, derivadas de la raíz hispánica que había dejado la colonia, excluía de inmediato a quienes no la portaban. Sobra decir que el proyecto conservador era excluyente: sus simpatizantes se consideraban defensores naturales de la idea de una nación construida con base en la tradición de la cual eran herederos, los demás sectores sociales quizá podrían redimirse mediante una transformación moral resultante de la acción de la iglesia, pero jamás constituirían el sustento de un prototipo o modelo nacional.

En este sentido resulta claro que más allá de sus diferencias de forma, en el fondo liberales y conservadores soñaban con una nación de pobladores lo más blancos posibles. Ninguna de estas dos tendencias logró apartarse del añejo pensamiento colonial europeo sobre la inferioridad de ciertas razas y territorios, de la organización socio-racial que se derivó de éste ni del sistema de castas mediante el cual clasificó y ordenó el mundo. En efecto, como lo ha señalado Von der Walde: “[Las] diferencias ideológicas entre los dos partidos políticos en Colombia durante el siglo XIX no tenían mucho que ver con políticas concretas

referidas a la administración, el gobierno o la inserción del país en la economía mundo. En lo económico protegían básicamente los mismos intereses. La diferencia se encontraba en el tipo de ideas que adoptaban para legitimar su derecho al poder⁷¹; como ya vimos, en buena medida éstas se referían a la pertenencia racial.

Los argumentos, bien fueran científicos o religiosos, que alimentaban la relación entre clima y capacidad intelectual contribuyeron a la naturalización de los estereotipos sobre afrodescendientes e indígenas, los cuales aún hoy dominan las relaciones raciales, sociales, culturales e interregionales en Colombia; los dos elementos constitutivos de esa estereotipia produjeron una geografía nacional fragmentada compuesta por un centro civilizado rodeado de periferias salvajes que eran consideradas como tierras vacías y sin historia, susceptibles de ser colonizadas para que así se sumaran al modelo andino de desarrollo, el único que se consideraba posible.⁷²

Estas zonas que, pese a su riqueza natural y cultural, no revestían ninguna importancia para el resto de Colombia, fueron gobernadas con desidia y condenadas al olvido por los gobiernos centrales. No olvidemos que la mayoría de los personajes cuyo pensamiento he reseñado fueron en algún periodo presidentes de Colombia y, con seguridad, desde su cargo promovieron acciones tendientes a hacer realidad la idea que tenían de Colombia como una nación blanca, bien fuera dominada por los ideales europeos de progreso o por los valores morales hispánicos. A pesar de las aparentes diferencias, unos y otros asumieron lo blanco como el sino poderoso que le permitiría al país superar sus dificultades en todos los aspectos.

⁷¹ VON DER WALDE, Erna, “Lengua y poder: el proyecto de nación en Colombia a finales del siglo XIX”, En: Estudios de Lingüística del Español N° 16, Universidad de Barcelona, <http://elies.rediris.es/>.

⁷² VON DER WALDE, “Lengua y poder...”, p. 112.

En este contexto, al contrario de lo sucedido con las zonas de tierras bajas, una suma de ficciones raciales y regionales convirtieron a Antioquia en modelo de lo que “debían” ser Colombia y sus habitantes. Hasta finales del siglo XVIII, había sido una provincia minera pobre y aislada debido en parte a sus condiciones geográficas y, pese a poseer importantes recursos auríferos, durante el periodo colonial no logró ser considerada como un centro económico de importancia para el virreinato. Sin embargo, a partir de la década de 1780 se convirtió en exitoso caso de aplicación de las políticas borbonas, primero, y de las ideas del progresismo liberal, después; éstas estimularon el movimiento migratorio más importante de la historia colombiana, el cual va desde 1780 hasta 1950 aproximadamente. Durante ese largo periodo, miles de campesinos pobres se desplazaron hacia el suroriente de la provincia ampliando la frontera agrícola e incorporando tierras antes hostiles al imaginario nacional. Ese proceso, conocido como la “Colonización Antioqueña” fue el origen de una identidad regional muy fuerte, caracterizada por ser progresista, conservadora, tradicionalista, patriarcal y blanca, que se reunía en el concepto de “raza antioqueña”; de este modo, la colonización antioqueña transformó el papel que ocupaba Antioquia en la jerarquía nacional que se estaba construyendo durante el XIX.⁷³ Producto de ese fenómeno, Antioquia se convirtió en la vanguardia económica del país pero además, se impuso una identidad blanca y andina consecuente con una imagen de campesinos laboriosos y buenos comerciantes, pese a que durante la época colonial africanos y sus descendientes, así como las tierras bajas, fueron los protagonistas de la historia local.

⁷³ Este proceso será abordado con mayor profundidad en los capítulos siguientes. Sin embargo, es importante señalar aquí que desde el siglo XVI, debido a su vocación minera, Antioquia había tenido una fuerte presencia de mano de obra esclava. En efecto, los africanos y sus descendientes eran allí una población mayoritaria hasta el XVIII. Sin embargo, curiosamente, a partir del XIX, las personas de origen africano parecían esfumarse de la historia antioqueña. Como trataré de demostrar en esta tesis, en realidad este importante sector de la población antioqueña no desapareció sino fue marginado de las representaciones que se crearon sobre la historia local debido al tipo de identidad que allí se construyó.

A diferencia de otras regiones, como los litorales, los llanos orientales y la selva amazónica, cuya incorporación a la nación se produjo mediante los estereotipos que sobre ellas ideó el centro, en Antioquia las elites políticas e intelectuales lograron crear una identidad propia; sin embargo, ésta estuvo determinada por los parámetros emanados del andinocentrismo. Los retos que imponía su nuevo lugar dentro de la jerarquía nacional trastocaron las representaciones que se crearon sobre Antioquia desde entonces, muchas de las cuales sobreviven hasta el presente: historiadores, políticos, viajeros, literatos, han hecho de éste un departamento de pobladores blancos, montañeros y colonizadores; por su parte, los pobladores negros e indígenas y las tierras calientes fueron desvirtuados como elementos constitutivos de la identidad regional. En este proceso, se llegó incluso a crear una leyenda en torno a los orígenes judíos de la población antioqueña que justificaran sus habilidades comerciales y los diferenciaron racial y culturalmente del resto del país, hoy está demostrado que esa leyenda es infundada.⁷⁴

Antioquia se ha caracterizado además por un conservadurismo social que el historiador Fernando Botero ha explicado como resultado de la experiencia colonizadora que durante la época que me interesa analizar se manifestó en el terreno político mediante principios como la defensa de la propiedad privada y la religiosidad como rectores de las relaciones sociales; por otra parte, pese a haber sido una provincia de tendencias claramente conservadoras, el acentuado regionalismo imperante en Antioquia llevó a los políticos locales a apoyar durante casi todo el siglo la causa federalista que encabezaban los liberales, con excepción de la guerra que se libró en 1876 mediante la cual los conservadores iniciaron su largo periodo en el poder y restituyeron el centralismo. Pese a haber apoyado a la facción

⁷⁴ TWINAMM, Ann, "From Jew to Basque: ethnic myths and antioqueno entrepreneurship", En: *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 22, No. 1 (Feb., 1980), Miami, Center for Latin American Studies at the University of Miami, pp. 81-107.

vencedora, muy pronto los antioqueños entraron en conflicto con el gobierno central debido a la pérdida de autonomía que el nuevo régimen administrativo implicó. En 1873, José María Samper cuestionaba la actitud de los conservadores antioqueños atribuyendo su inclinación por el federalismo a motivos partidistas, aunque en su crítica se vislumbran elementos de la relación entre identidad y política que he descrito:

“[...] los conservadores de Antioquia, antes que conservadores y antes que todo *antioqueños*, quisieron hacer de su Estado un pueblo aparte, una especie de *Paraguay* minero y medio israelita encerrado en el corazón de la república; poniéndolo a cubierto en cuanto fuera posible, del contagio del radicalismo y de la acción de las instituciones liberales. Por eso se tornaron en *federalistas* para asegurar en su propia tierra el ultraconservadurismo (...) Pero también por interés de *partido*, formando mayoría con los demás conservadores.

Veremos a continuación cómo las elites legitimaron sus proyectos identitarios, ya fueran centralistas o regionalistas, así como su autoridad para representarse a sí mismas y a los demás mediante el poder de la palabra escrita.

LITERATURA E IDENTIDAD

De acuerdo con Fabio Zambrano, para la segunda mitad del siglo XIX debido a la urbanización asociada a un incipiente proceso de modernización nacional la aristocracia bogotana veía con horror cómo crecientes oleadas de campesinos migrantes amenazaban con desdibujar las fronteras étnicas, raciales y culturales de la capital. En respuesta a esa situación, las elites bogotanas se empeñaron en construir para la capital una imagen de ciudad letrada, refinada, de moral intachable y muy correcta en el uso del lenguaje, que la distinguiera del resto del país, e incluso de otras capitales latinoamericanas, siempre teniendo en mente referentes europeos como modelos deseables de urbe, ciudadano y

nación. Ello se logró mediante la apropiación de espacios públicos dedicados a actividades “cultas” como la música y la lectura, y la creación de instituciones y espacios informales que buscaban estimular la actividad intelectual, como la primera sede de la Academia de la Lengua del continente en 1871 y las tertulias literarias públicas y privadas. Este es un claro ejemplo de la manera como en la Colombia decimonónica, igual que sucedía en otras naciones latinoamericanas, literatura y política constantemente encontraban campos de coincidencia en el marco de los cuales trabajaban por propósitos comunes. En conjunto, todo esto contribuyó para que durante mucho tiempo Bogotá fuera considerada como una ciudad integralmente culta, lo cual le valió el mote de “Atenas suramericana”.⁷⁵

Sin embargo, el proyecto de las elites letradas capitalinas iba más allá de la restauración del orden social interno en la ciudad y rebasaba el ámbito puramente literario; buscaba consolidar el proyecto de transformación de la realidad nacional que ya he descrito, mediante la incorporación de extensos territorios considerados como bárbaros, atrasados, salvajes, hostiles e incultos. El orden geográfico-racial que resultó de este proceso terminó por construir a lo largo del siglo XIX una imagen de Colombia como “país de regiones” organizadas jerárquicamente en torno al ideal de progreso.⁷⁶ Esta pretensión clasificatoria, emanada del centro que se consideraba a sí mismo como superior, incluía el control de los cánones literarios y las representaciones sobre la nación que éstos debían elaborar.⁷⁷

⁷⁵ ZAMBRANO, Fabio, “De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá”, En: *Revista de Estudios Sociales*, N° 11, febrero de 2002, Bogotá, Universidad de los Andes, p. 9-16.

⁷⁶

⁷⁷ Ver: RAMOS JÚNIOR, Dernival Venâncio. *Narrativa e geografia no Caribe colombiano (1962-1984)*. Brasília: Universidade de Brasília (tese de doutorado), 2009; PINEDA, Álvaro, *La esfera inconclusa: la novela colombiana en el ámbito global*, Medellín: Universidad de Antioquia, 2006, p. 45; VON DER WALDE, Erna, “El cuadro de costumbres y el proyecto de unificación hispano-católica en Colombia”, En: *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXIII 724 marzo-abril, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007, p. 243-253

Hay que decir, sin embargo, que a pesar del intenso centralismo de la capital, en el terreno político para comienzos de la década de 1880 Colombia era un país federalista, dividido en nueve provincias cada una con su propia fuerza armada, moneda y gobierno, lo cual contribuyó a que regiones fuertes consolidaran sus propios imaginarios de identidad local. En este contexto, Antioquia era reconocida y representada aún por las elites bogotanas como un modelo deseable para el resto del país pero no como un igual capaz de disputar la autoridad simbólica del centro.

El centralismo político y cultural del país se profundizó a partir de 1886, con el arribo al poder del presidente Rafael Núñez quien inauguró un periodo de dominio conservador conocido como la “Regeneración” el cual se mantendría vigente hasta la década de 1930. Este proyecto se caracterizó, entre otras cosas, por el cambio de un régimen federalista a uno centralista que le proporcionó a Bogotá más poder no sólo desde el punto de vista político y administrativo, sino también en el campo simbólico y cultural.

Como ya había señalado, Antioquia por su parte se resistía al dominio centralista tanto en lo político como en lo cultural. Las auto-representaciones que Antioquia construyó, derivadas de su epopeya colonizadora, contrastan fuertemente con aquellas que, al mismo tiempo, Bogotá pretendía elaborar sobre sí misma. Frente a la ciudad refinada y culta se contraponían las imágenes de campesinos, arrieros o comerciantes emprendedores que privilegió Antioquia. Ello se debe a que, si bien durante la época colonial, y aun a lo largo del siglo XIX, el linaje familiar, la pertenencia racial y los vínculos con España habían sido un factor determinante para establecer la posición social en la provincia, el escaso grado de desarrollo económico limitó el poder de la aristocracia local.⁷⁸ Esta es una pista muy

⁷⁸ Por supuesto, no quiere decir esto que no hubiese campesinos o trabajadores en el altiplano central o en la propia Bogotá, o que no existiesen letrados e intelectuales en Antioquia. Mi apreciación se refiere a las

importante para comprender por qué los temas populares que Carrasquilla escogió para sus obras calaron tan profundo en el proceso de construcción y consolidación de la identidad local antioqueña; como lo manifestó en muchas ocasiones, él no escribía para los letrados sino para la gente común pues lo que buscaba la literatura local era estimular el sentimiento de pertenencia a ese colectivo regional denominado Antioquia, incluso antes que la identificación con el proyecto nacional.

En efecto, el conjunto de fenómenos que acabo de describir tuvo obvias repercusiones sobre la literatura local. Para finales de siglo, el campo literario antioqueño era un reflejo de la autonomía política y cultural que reclamaba la región; había una amplia producción de libros, periódicos y revistas, y abundaban tertulias como la del *Casino Literario* a la que pertenecía nuestro autor. En esos espacios los escritores antioqueños procuraban encontrar un estilo que, al mismo tiempo, los caracterizara como colectividad y distinguiera sus obras de las que se escribían en el resto del país. Antioquia estaba embelesada consigo misma, y aunque sus escritores conocían los obras universales, su literatura expresaba claramente que a la hora de escoger tema no necesitaban mirar hacia afuera; allí las corrientes derivadas del romanticismo de mediados del XIX, surgidas en un periodo de creación de identidades nacionales en toda Latinoamérica, siguieron vigentes hasta finales de siglo cuando en Bogotá se imponía ya el modernismo de corte francés.

Todo este escenario no podía aparecer ajeno al proceso social por el cual atravesaba Antioquia, sino que por el contrario se explicaba como producto del carácter que la colonización había forjado en los habitantes de la región, de modo que la literatura

imágenes que una y otra escogieron como representativas de lo que eran o querían ser. De acuerdo con Appelbaum: “Con frecuencia se definía a la elite de Medellín como empresarial, compuesta por hombres forjados por sí mismos y quizá toscos, pero ciertamente más vitales que los aristocráticos patricios de Popayán o los cultivados burócratas de Bogotá”. APPELBAUM, *Dos plazas...*, p. 74.

contribuía a reforzar la autoimagen que los antioqueños estaban formando de sí mismos como una “raza” diferenciada. Ello revela los estrechos vínculos que existían entre literatura e identidad local:

Raro parece a primera vista, y ha sido apuntado más de una vez, que el pueblo antioqueño, consagrado por la naturaleza estéril de su suelo al trabajo penoso, y dedicado al comercio y a la minería, se haya formado una literatura propia que se distingue de la de las demás secciones de la República. La originalidad de los escritores antioqueños depende en mucha parte de la idiosincrasia de esa raza, que tiene a conservarse sin mezcla de elementos extraños y en donde se encuentran diversos tipos que, hermoseados, pasan a las producciones artísticas, con matices diversos, y ha dado margen a una literatura muy bien designada con el nombre de “regionalismo”.⁷⁹

Este fue pues el contexto en medio del cual surgió la obra de Tomás Carrasquilla; este marco, aunque breve, nos permitirá entender con mayor profundidad la posición que asumió Carrasquilla mediante su teoría literaria y los textos derivados de ella con respecto al dominio centralista de Bogotá y cuál fue el papel que, como resultado de su postura, los círculos bogotanos le asignaron en el campo literario nacional. A continuación veremos entonces cuáles fueron las influencias personales y literarias que conformaron el pensamiento de nuestro autor. En conjunto, todo este panorama nos permitirá comprender, por una parte, cuál fue el proyecto literario que Carrasquilla defendió y por qué lo hizo, y por otra, cómo fue que su obra aún hoy en día se considera como un emblema de la identidad antioqueña.

⁷⁹ Citado en: URIBE

LA OBRA DE TOMÁS CARRASQUILLA Y EL PROYECTO REGIONAL ANTIOQUEÑO⁸⁰

Tomás Carrasquilla nació en Santodomingo (Antioquia) el 17 de enero de 1858 en el seno de una familia acomodada, como él mismo lo señala en una corta autobiografía que escribió en 1914 para el periódico El Gráfico de Bogotá, luego de haber rechazado peticiones de entrevistas que le habían hecho varios periodistas capitalinos. En el segundo párrafo de la autobiografía Carrasquilla se refiere a su origen familiar en estas palabras: “Mis padres eran entre pobres y acaudalados, entre labriegos y señorones y más blancos que el Rey de las Españas, al decir de mis cuatro abuelos. Todos ellos eran gentes patriarcales, muy temerosas de Dios y muy buenos vecinos”.⁸¹ Aunque el párrafo tiende un manto de ambigüedad sobre el origen del escritor, dejando la impresión de que éste “no se atreve” a atribuirse una posición social clara, que dice pero niega al mismo tiempo, Flor María Rodríguez ha demostrado que esa imprecisión es un recurso retórico para establecer empatía con los lectores, evitando que la descripción sobre su origen familiar sea vista como una pretensión de superioridad, especialmente teniendo en cuenta que el texto fue publicado por primera vez en Bogotá.⁸² Es importante resaltar que, a pesar de la cautela con que Carrasquilla afirma la posición económica de su familia, es firme al establecer su condición racial e incluso vincularla con una suerte de herencia hispánica y, en seguida, con

⁸⁰ Vale la pena señalar que no pretendo hacer una biografía del autor sino un repaso breve, más o menos cronológico pero no riguroso en detalles, sobre los aspectos más importantes de su trayectoria vital. Reconstruirla toda es una intención que excede los alcances de esta tesis y un trabajo que, por demás, ya ha sido realizado anteriormente. Para profundizar en aspectos biográficos de Carrasquilla ver: LEVY, Kurt, *Vida y obras de Tomás Carrasquilla. Genitor del regionalismo en la literatura hispanoamericana*, Medellín, Bedout, 1958. La mayor parte de los datos biográficos que traigo a cuenta en el presente capítulo están tomados de este texto.

⁸¹ CARRASQUILLA, Tomás, “Autobiografía”, En: *Obras Completas*, Tomo I, Medellín, Bedout, 1958, pp. xxv.

⁸² RODRÍGUEZ, Flor María, “La autobiografía de Tomás Carrasquilla, entre autos y graphé”, En: RODRÍGUEZ, Flor María (Ed.), *Tomás Carrasquilla, nuevas aproximaciones críticas*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2000, pp. 11 y 12.

la observancia de al menos dos de las características más resaltadas de lo antioqueño: el patriarcado y la religiosidad.

De entrada, este detalle nos sugiere pistas para comprender la forma como se configuraba la pertenencia social en Antioquia a principios del siglo XX a partir de un conjunto de valores tradicionales que no se limitaban al éxito económico y entre los cuales sorprende la adscripción racial de tinte colonial en una época tan tardía. Aunque en sus escritos Carrasquilla cuestionó el conservadurismo moral de la sociedad antioqueña, difícilmente podía escapar a su influjo, de modo que a la hora de presentarse echó mano de las convenciones sociales para situarse mediante este párrafo de la autobiografía en un determinado sector de la sociedad antioqueña acomodado, blanco, católico y en general respetuoso de las normas, lo cual le permitió legitimar su autoridad de enunciación.

A pesar del “truco” retórico de Carrasquilla sabemos bien que nuestro autor perteneció a una familia dueña de minas de oro desde la época colonial y, por tanto, de tradición esclavista; esto resulta importante para el análisis de su obra pues los periodos que Carrasquilla pasó en este ambiente durante su infancia le proporcionaron un sinnúmero de experiencias que posteriormente quedarán retratadas en sus textos. Sobre este tema el crítico español Federico de Onis afirmó que “en rigor, su vida toda, aunque no se lo propusiera nunca, fue una preparación para la producción literaria, que creció conforme avanzaba su vida y llegó a ser su única actividad en sus postrimerías”;⁸³ en ese sentido, la crítica ha considerado que una buena parte de la obra de Carrasquilla tiene tintes autobiográficos, en especial los abundantes escritos cuyos protagonistas son niños, como es el caso de los cuentos “Simón el mago” (1890), “En la diestra de Dios padre” (1897) y

⁸³ ONIS, Federico de, “Genial precursor de la novela americana”, En: ALAPE, *Valoración múltiple...*, p. 87

“Rogelio” (1926), y las novelas “Blanca” (1897), “Dimitas Arias” (1897), “Entrañas de niño” (1906) y “El zarco” (1925), en los que se insinúan apartes pertenecientes a su vida como las relaciones con el padre ausente, los primeros años escolares, el tenebroso ambiente de la gran casa colonial de su familia, la fascinación que sentía por santos, procesiones y en general todo el tema religioso, así como una que otra travesura infantil.

En ese mismo sentido podemos reseñar las novelas *La marquesa de Yolombó* (1926) y “Hace tiempos” (1936),⁸⁴ las cuales recrean el ambiente de los pueblos mineros del nordeste antioqueño en dos momentos: la primera se desarrolla aproximadamente entre 1770 y 1830, mientras que la historia de “Hace tiempos” inicia en la primera mitad del siglo XIX y narra parte de la transformación social y económica que experimentó Antioquia durante esa centuria. Ambas novelas contienen descripciones detalladas sobre aspectos tecnológicos, económicos y sociales de la minería, las cuales fueron posibles en parte gracias a que la infancia de Carrasquilla transcurrió en pueblos mineros como Santodomingo y Yolombó. Aunque Santodomingo fue fundado en una época tardía, a finales del siglo XVIII, cuando el esplendor de la economía minera en Antioquia había pasado, se ubicó justo en la zona que desde finales del XVI se había volcado por completo hacia la economía minera basada en mano de obra de esclavizados africanos.⁸⁵ Cuando Carrasquilla era apenas un niño, su familia aún poseía algunas de las minas que se habían explotado durante el siglo anterior y esa experiencia, sumada a un periodo posterior en que el escritor se vio obligado a administrar la mina de San Andrés, también propiedad de su

⁸⁴ “Hace tiempos” es un tríptico que narra el proceso vital del protagonista, Eloy Gamboa, en diversas regiones de Antioquia. La primera parte de la novela titulada “Por aguas y pedrejones”, que en concreto se refiere al escenario de la minería, resultó ganadora del Premio Nacional de Literatura en el año en que fue publicada. Carrasquilla la había *dictado* en medio de unas pésimas condiciones de salud, inválido y ciego, de modo que no pudo asistir a la entrega del premio y en cambio, envió a su pariente Miguel Moreno Jaramillo para que lo representara.

⁸⁵ Para mayores referencias sobre el contexto histórico de la economía colonial antioqueña y la presencia de africanos sus descendientes en la región ver los capítulos 2 y 3.

familia, le brindaron abundante material para recrear el ambiente de la vida minera en sus escritos, incluyendo las relaciones que en ese contexto tenían lugar entre blancos, negros, indígenas, mestizos y mulatos.⁸⁶ Sobre la influencia del ámbito minero sobre su producción literaria, Carrasquilla diría en 1897 refiriéndose al cuento “A la diestra de Dios padre”:

Hace como treinta años lo oí por primera vez a un peón de las minas de “El criadero”, donde viví de niño. Después, por allá en el 80, me lo contó mana Teresa Roldán (...) una señora de mi parroquia que asistía un ventorrillo de comestibles (...) desde que me dio por escribir mis bobadas, se me venía el tal cuento. Por eso, no bien los *Montañeses* me salieron con que necesitaban un cuento popular, a estilo maicero, enteramente de tu’el maíz, opté por Peralta.⁸⁷

Vemos entonces como, en su empeño por producir una literatura capaz de acercarse a la vida cotidiana para retratarla con la mayor fidelidad posible, Carrasquilla con frecuencia echó mano de sus recuerdos; las representaciones que elaboró sobre el pasado están mediadas por la memoria, gran aliada y compañera que nuestro autor siempre reconoció como parte fundamental de sus escritos, tejidos con unos retazos de recuerdos que Carrasquilla vertió en personajes de ficción. Con el tiempo, éste se convertiría en el rasgo distintivo de su obra.

⁸⁶ En 1904 la situación económica de Carrasquilla, que hasta entonces había transcurrido sin dificultades, cambió por completo debido a la quiebra del Banco Popular donde guardaba los ahorros de su vida y la herencia que le había legado su abuelo. A partir de entonces, Carrasquilla se vio obligado a trabajar para subsistir y durante cinco años lo hizo como despensero en la mina de Sanandrés, cercana al municipio de Sonsón. Ver: LEVY, Op. Cit., p. 40; CARRASQUILLA, “Epístolas”, Op. Cit., p. 761-778

⁸⁷ Al hablar de los montañeses, Carrasquilla se refiere a los redactores del periódico *El Montañés* de Medellín, donde apareció el cuento por primera vez en 1897. En cuanto al maíz, durante el siglo XIX éste fue utilizado como uno de los símbolos más importantes de la identidad antioqueña, lo cual se evidencia en obras como “Memoria sobre el cultivo del maíz” publicada por Gregorio Gutiérrez González en 1866, texto que apunta a exaltar la pertenencia al colectivo antioqueño. Sobre el empleo del maíz como símbolo de antioqueñidad, Appelbaum anota: “El uso de palabras como maicero para referirse al antioqueño en la década de 1820 refleja la importancia de los patrones de consumo (por ejemplo los productos de maíz en la alimentación) y otras prácticas culturales compartidas que acompañaron la migración y expansión de redes comerciales”. APPELBAUM, Nancy, *Dos plazas...* Op. Cit., p. 89. Peralta, por su parte, es el protagonista del cuento “A la diestra de Dios padre”. CARRASQUILLA, Tomás, Carta a Max Grillo, Santodomingo, 21 de abril de 1898, En: *Obras Completas*, Tomo II, Medellín, Bedout, 1958, p. 687.

En más de una ocasión Carrasquilla se presentó a sí mismo como un hombre memorioso. Un ejemplo de ello es la declaración que, por medio del protagonista, hace el escritor al principio de “Hace tiempos”: “Para las cosas menudas e insignificantes, tengo una memoria tamaña de grande. Cuanto en la vida me ha impresionado, lo guardo en el archivo de mi cabeza tal como ha acontecido; lo que me entró por mis oídos puedo repetirlo hasta textualmente. Merced a este don, tan inútil como ingrato, puedo volver a vivir los varios episodios de mi infancia”.⁸⁸ El carácter autobiográfico de esta afirmación queda claro en una carta que Carrasquilla le envió a Miguel Moreno Jaramillo en 1936 pidiéndole que lo representara en la entrega del Premio Nacional de Literatura. Al referirse a la novela, Carrasquilla manifiesta que

...no me he propuesto en estas páginas más que hilvanar un esquema, silueta, delíneo, o como se diga, de la Antioquia de hace ochenta años, en relación con la minería, la pedagogía y los signos generales de ese tiempo. De la veracidad de las circunstancias y caracteres, de las modalidades en el hablar, de las coplas y las canciones, respondo. Que lo digan los viejos de estos lados que aún viven.

Haz constar que escribí esto porque sólo un viejo memorioso, testigo de vista, que ha nacido en minas y permanecido en varias como este tu amigo y pariente, puede hablar de la Antioquia que fue.⁸⁹

Por su parte, *La marquesa de Yolombó* se escribió con base en recuerdos familiares que habían sido transmitidos de generación en generación. Esta novela prácticamente recoge la historia oral de la familia materna del autor durante la época colonial, que él escuchó también a lo largo de su infancia en boca de parientes que habían sido testigos e incluso protagonistas de ciertos pasajes que luego quedaron consignados en el relato. En el prólogo

⁸⁸ CARRASQUILLA, Tomás, “Hace Tiempos”, En: *Obras Completas*, Tomo II, Medellín, Bedout, 1958, p. 211.

⁸⁹ CARRASQUILLA, Tomás, “Epístolas”, En: *Obras Completas*, Tomo II, Medellín, Bedout, 1958, pp. 807

a la obra, Carrasquilla atribuye la inspiración y documentación de ésta a las narraciones sobre el Yolombó colonial de las “coloristas y memoriosas” viejas yolombras, a quienes de niño escuchó muchas veces a la luz de las estrellas.⁹⁰ Una de las influencias familiares que más impacto tuvo sobre la obra de Carrasquilla fue la de su bisabuelo, Martín Moreno Caballero, cuya infancia y juventud aparecen retratadas en la última parte de la novela. La importancia de don Martín y la identidad de las viejas narradoras las cuenta el propio Carrasquilla en una carta que le envió a su pariente Ricardo Moreno Uribe en 1939 como respuesta a los comentarios elogiosos que, sobre la obra, le había hecho éste en una misiva anterior:

Dirá usted que de dónde y cuándo saqué yo tanta cosa y tantas vejeces. Le diré: alcancé a mi padre Martín tanto, que yo tenía once años cuando él cumplió noventa y siete. Yo vivía pegado a él como un perrito. Me enseñaba versos y cuentos (...) alcancé también a don Basilio Ceballos, gran narrador, y a las tías Nicolasa y Antonia, no menos historiadoras y detallistas. En mi pueblo de Santodomingo, y en casa de mi abuela, solían reunirse todas esas viejas a contar y comentar cosas de Yolombó, y yo, con esa sopería con que Dios me dotó, las oía extasiado. Luego, ya mozo, hecho y derecho, tuve la dicha de oír a su tía Rudesinda, que fue un archivo y una delicia. De ella y de mi tía Nicolasa tomé yo las coplas y jácaras que en el libro saco. De éstas, unas las conservaba copiadas, y otras en la memoria. ¡Tanto las oí!⁹¹

Dentro de la descripción de los hitos familiares que alimentaron esta novela es imprescindible señalar la definitiva influencia de don Juan Bautista Naranjo, abuelo materno de Carrasquilla, a quien el autor reconoce no sólo en calidad de “historiador empírico” sino como la persona que le estimuló para escribirla. Pese a que Carrasquilla

⁹⁰ CARRASQUILLA, Tomás, “A guisa de prólogo”, En: *Obras Completas*, Tomo II, Medellín, Bedout, 1958, p. 18.

⁹¹ CARRASQUILLA, Carta a Ricardo Moreno Uribe, Medellín, mayo 7 de 1939, “Epístolas”, Op. Cit., p. 811 y 812

tardó casi cincuenta años en publicar *La marquesa de Yolombó*, cuando lo hizo tenía presente el aporte de su abuelo:

Mi abuelo Naranjo, sin haber sido testigo presencial de esos episodios, vivió enterado en todo y por todo; era viejo inteligente, erudito y de mucha lectura. Tenía una memoria tan prodigiosa que se sabía a Cantú de pe a pa y todas las guerras y gestas nacionales. Varias veces le insinué la idea de que escribiera sobre esas cosas, y siempre me decía que escritos de chambones no merecen la pena leerse y mucho menos de publicarse y que él no tenía facultades ni propiedades literarias.

Me encargó, eso sí, que ya que yo me había metido a novelista, novelara algo sobre Yolombó y su marquesa.⁹²

Este extracto de la carta no sólo deja ver la influencia directa del abuelo sobre la actividad de Carrasquilla como novelista, sino un detalle que sería fundamental para la formación de su personalidad literaria: el hábito familiar de la lectura, que a su vez estimuló su inclinación por la escritura a pesar de que, como él mismo declaró cada vez que tuvo la oportunidad, toda su vida fue perezoso y mal estudiante.⁹³ En efecto, desde temprana edad Carrasquilla inició su formación en distintos colegios de la región; más tarde, a los 15 años, su familia lo envió al Colegio del Estado en Medellín con el objetivo de que preparara su ingreso a la carrera de derecho en la Universidad de Antioquia, lo cual efectivamente sucedió en 1875. Sin embargo, nuestro escritor no se destacó académicamente en ninguna de las instituciones a las que acudió, ni siquiera en las materias relacionadas con las letras;

⁹² *Ibíd.*

⁹³ Sobre su famosa pereza y la importancia de la lectura para su vida, diría en otro aparte de la *Autobiografía*: “La indolencia, la pereza y algo más de los pecados capitales a los que he rendido ardiente culto, no me dejaban tiempo para estudiar cosa alguna ni hacer nada en formalidad. Más Por allá en esas Batuecas de Dios [se refiere a Santodomingo], a falta de otra cosa peor en que ocuparse, se lee muchísimo. En casa de mis padres, en casa de mis allegados, había no pocos libros y bastantes lectores. Pues ahí me tenéis a mí, libro en mano a toda hora, en la quietud aldeana de mi casa. Seguí leyendo y creo que en el hoyo donde me entierren habré de leerme la biblioteca de la muerte, donde debe estar concentrada la esencia toda del saber hondo. He leído de cuanto hay, bueno y malo, sagrado y profano, lícito y prohibido, sin método, sin plan ni objetivos determinados, por puro pasatiempo”. CARRASQUILLA, “Autobiografía”, *Op. Cit.*, p. xxv

por el contrario, paradójicamente en 1874 José María Gómez Ángel, rector de la universidad, observaba que “la lectura de novelas perjudicó mucho a este alumno”.⁹⁴

Los compañeros de estudios, por su parte, tampoco parecían ver a Carrasquilla con simpatía. Así lo reconoció Antonio José Restrepo en una remembranza que escribió en 1916, cuando su antiguo condiscípulo en la Universidad de Antioquia ya era famoso, en la cual no duda en calificarlo como un estudiante de pueblo petimetre, filipichín, con ínfulas de *cachaco* y poco interesado por los asuntos académicos.⁹⁵ Su periodo universitario duró únicamente hasta 1876, año en que estalló una de las tantas guerras civiles que tuvieron lugar en Colombia durante el siglo XIX. El conflicto fue particularmente intenso en Antioquia y obligó al cierre de la universidad; ante esta situación Carrasquilla no se enlistó dentro ninguno de los bandos en disputa porque, como declararía sin pudor años después “en estas cosas prefiero que otros peleen por mí”.⁹⁶

Aunque su periodo universitario no fue muy prolífero en el ámbito académico, sin duda su posición social privilegiada le dio a Carrasquilla la oportunidad de involucrarse con los sectores de escritores e intelectuales más importantes de la capital antioqueña, lo cual más adelante estimularía el comienzo de su actividad literaria. Durante su estancia en Medellín,

⁹⁴ LEVI, *Vida y obras...*, p. 25

⁹⁵ **Cachaco, ca.**

1. adj. *Col.* Dicho de un joven: Elegante, servicial y caballeroso.

2. m. y f. *Col.* Persona bien educada.

Diccionario de la Lengua Real Academia Española, <http://buscon.rae.es/>

Desde finales del XIX el *cachaco* se convirtió en un tipo descrito como un personaje contradictorio: “superficial y profundo, perezoso y activo, alegre y melancólico, abierto a toda corriente ideológica y rigidamente tradicionalista. Pero lo que lo diferencia de los personajes de otras ciudades es su discreción, su caballerosidad, su ingenio, sus maneras”. PÉREZ, Amada Carolina, *La invención del “cachaco” bogotano: Crónica urbana, Modernización y Ciudad en Bogotá durante el Cuarto Centenario de Fundación, 1938*, Tesis para obtener el título de historiadora, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2000, p. 31. Con el tiempo, el uso del término se extendió a otras regiones.

⁹⁶ PERDOMO, Orlando, “Yo sueño con un 20 de julio literario” (entrevista a Tomás Carrasquilla), En: ALAPE, Arturo (Comp.), *Valoración Múltiple sobre Tomás Carrasquilla*, Bogotá: Alcaldía Mayor, 1990, p. 52.

mantuvo una amistad muy cercana con Francisco de Paula Rendón, también oriundo de Santodomingo y a la sazón estudiante de derecho que más tarde se convertiría, al igual que Carrasquilla, en uno de los escritores más reputados de Antioquia. Por otra parte, su acudiente fue Enrique Ramírez quien, de acuerdo con Kurt Levy, biógrafo de Carrasquilla, tuvo una brillante carrera como abogado que lo condujo a ser magistrado, profesor y rector de la Universidad de Antioquia; al tiempo, Carrasquilla mantuvo estrechos vínculos con los círculos literarios de la época mediante la tertulia del *Casino literario* en Medellín y la fundación de la Biblioteca del Tercer Piso en Santodomingo. Ambos escenarios resultarían fundamentales para el desarrollo de su carrera como escritor y la formación de su peculiar estilo.⁹⁷

Con la guerra como excusa Carrasquilla regresó a Santodomingo, donde ejerció durante varios años como juez municipal y también se dedicó a la sastrería, un oficio por el que al parecer sentía mucho gusto, según lo sugieren los abundantes apartes de sus obras en los que se extasía en la descripción de telas, vestidos y accesorios. De acuerdo con sus propias declaraciones, para entonces ya había empezado a escribir desde una fecha indeterminada, pero sin ánimo de publicar porque la mayoría de sus escritos siempre le parecieron mediocres. Durante esta época alternó entonces sus actividades laborales, el ejercicio de la escritura informal, por puro pasatiempo e igual que había dicho sobre el hábito de la lectura “por no tener otra cosa peor en que ocuparme”.⁹⁸

Los últimos años de la década de 1880 marcaron su ingreso a los círculos literarios y la difusión pública de sus obras. Gracias a que sus escritos eran conocidos por amigos y familiares, en una fecha sin establecer entre 1888 y 1890 Carrasquilla fue invitado por

⁹⁷ LEVY, *Vida y obras...*, p. 25

⁹⁸ CARRASQUILLA, Carta a Joaquín E. Yepes, Santodomingo, Agosto de 1896, “Epístolas”, p. 750.

quien más adelante sería presidente de la república, el también antioqueño Carlos Eugenio Restrepo, a participar de la tertulia del *Casino Literario*. Como requisito de ingreso todo nuevo miembro debía presentar un texto para ser leído en una de las reuniones, de modo que para la ocasión Carrasquilla escribió su cuento “Simón el Mago” el cual narra la aventura de un niño que, estimulado por las historias fantásticas que le cuenta su nana negra, se propone adquirir la habilidad de volar como las brujas, con pésimos resultados. Entre risas la historia, que ha sido señalada por algunos como una anécdota verídica de la infancia del autor, fue aprobada de manera unánime por los integrantes de la tertulia y, más tarde, por los lectores antioqueños.

A partir de entonces Carrasquilla saltaría a la arena pública, adquiriendo peso y reconocimiento entre los literatos de su época, no sólo en Antioquia son también en Bogotá. Su pertenencia a la tertulia, le permitió formular y discutir una teoría literaria que resaltaba la importancia del vínculo entre escritura y vida real, siempre con el recurso a la observación y la memoria, posición que defendería hasta su muerte.

La combinación entre su pertenencia a una clase social privilegiada y su interés por establecer puentes entre la literatura y la cotidianidad de los antioqueños fue uno de los factores que hicieron posible que la obra de Tomás Carrasquilla fuera reconocida como representativa de la identidad regional, pues abrió una vía de intercambio mutuo entre la “realidad” imaginada y representada por los círculos letrados y la vivida por los sectores populares. Es decir que, de alguna manera, se convirtió en una literatura al alcance de amplios segmentos de la población antioqueña.

El *Casino Literario* constituyó el escenario desde el cual el autor hizo públicas por primera vez algunas de las ideas que sustentaban esa teoría. En su autobiografía Carrasquilla narra como una noche en que se discutía allí si en Antioquia había “materia novelable”, es decir, si la cotidianidad de la región ofrecía temas susceptibles de ser tratados literariamente, él defendió una posición afirmativa mientras que el resto de los miembros, con excepción del presidente de la tertulia, Carlos E. Restrepo, se inclinaron por la opinión contraria. Los argumentos que ambos presentaron a favor de la idea, aunque minoritarios al comienzo, fueron tan contundentes que al final el debate se resolvió de forma unánime por el “sí”. En vista de ello, Restrepo encargó a Carrasquilla que pusiera en práctica sus ideas, escribiendo una novela.

El producto de ese debate fue “Frutos de mi tierra”, la historia paralela de dos familias de clase alta de Medellín: los Alzate, representantes de un sector de la burguesía comerciante en ascenso, y los Escandón, vestigios de la rancia aristocracia colonial; con su peculiar estilo de crítica Carrasquilla retrata los vicios y virtudes de la sociedad de la época a través de ambos linajes. A pesar de que la novela evidencia prácticas reprochables, como la hipocresía y el arribismo de ciertos sectores sociales, esta primera novela fue muy aplaudida no sólo en Antioquia sino también en Bogotá, a donde el autor viajó a finales de 1895, estimulado por sus colegas del *Casino*, con la intención de publicarla.⁹⁹

⁹⁹ Carrasquilla era consciente de que, en su intento por retratar la realidad lo más fielmente posible, la novela mostraba ciertos aspectos negativos de la sociedad local. Ello se evidencia en una carta dirigida a su familia, en la que el autor reflexiona sobre el título de la novela pues, aunque la había bautizado originalmente “Jamones y solomos”, algunos críticos bogotanos que la leyeron antes de que empezara la labor editorial le sugirieron un cambio, de allí el título con que el escrito vio la luz. Sin embargo, ciertos sectores de las elites antioqueñas no parecieron conformes. Sobre el tema Carrasquilla escribió: “Nada contento está este señor [Rafael Uribe, abogado, periodista, diplomático y militar antioqueño muy reconocido] con el nuevo título de la novela: le parece depresivo para la tierra nuestra (...) Yo me he puesto a repasar y he visto que, si bien es cierto que hay en la cosa mía cuatro frutos muy podridos y hediondos, hay también otros de regular sabor, y algunos hasta gratos y perfumados”. CARRASQUILLA, Tomás, Carta a papá Bautista y Mercedes, Bogotá enero 14 de 1896, En: Obras Completas, Op. Cit., p. 749.

Pese a su postura regionalista, que contrastaba con el universalismo que pretendían los literatos bogotanos, fue bien recibido en la ciudad y, tal como había sucedido durante su estancia en Medellín, el viaje le permitió acercarse a los círculos más importantes de la época. Las cartas que le remitió a su familia en aquel periodo revelan que con frecuencia asistió a tertulias y reuniones sociales con escritores y poetas de la talla de Julio Flórez (1867-1923), José Asunción Silva (1865-1896), Rafael Pombo (1833-1912) y Maximiliano Grillo (1868-1949), entre otros, quienes además leyeron la novela que estaba en ciernes. Carrasquilla cosechó muchos reconocimientos durante los cuatro meses que duró el trabajo editorial de la novela, e incluso logró la publicación de un extracto de la obra en la *Revista Gris*,¹⁰⁰ cuyo director por entonces era Max Grillo.

A pesar de la buena acogida que el autor y su obra tuvieron en Bogotá, y de las relaciones aparentemente cordiales que mantuvo con los círculos literarios más relevantes de la época, Carrasquilla no se dejó impresionar por el ambiente capitalino y en varias ocasiones expresó a través de sus cartas apreciaciones negativas sobre la ciudad, sus habitantes y el ambiente literario, enfatizando en lo mucho que extrañaba *su parroquia*. Vale la pena citar en extenso sus propias palabras para evidenciar cómo vivió y transmitió Carrasquilla su experiencia en la capital.

En una larga misiva dirigida a su amigo Pacho Rendón, Carrasquilla, con su talante siempre irónico, desvirtuó los usos corrientes dentro del campo literario bogotano, de cuya

¹⁰⁰ “... les contaré que en la *Revista Gris* me publicaron un pedacito -el cuento de la procesión de las cuarenta horas- y dizque les ha parecido a los sabidos cosa muy buena. Al menos eso es lo que me han dicho muchos prójimos sin yo preguntárselo. Y como aquí felicitan a uno porque come o porque pasa hambre, por gordo o por flaco, he estado del viernes pacá felicitado de parriba y depabajo!”. CARRASQUILLA, Tomás, Carta a Amalia y Alicia, Bogotá diciembre 10 de 1895, En: Obras completas, Op. Cit., p. 744.

corrección y refinamiento sus integrantes se sentían tan orgullosos. Sobre la tertulia de Max Grillo, por ejemplo afirmó:

Del tertulión de Grillo te diré solamente que es el rendez-vous de los periodistas, y que allí se desguazan unos a otros del modo más inicuo y más sin gracia (...) En esa tertulia, que es por momentos y de un modo muy irregular, se chismea sobre política menuda, sobre lo que dice el periódico del día, de un modo tan pendejo y cominero, que me atengo a la tienda de Titos y a la Notaría de Pachito.¹⁰¹

Carrasquilla no sólo se mostraba escéptico frente al escenario, sino también acerca de sus colegas, a quienes les criticó desde sus modales hasta su ignorancia literaria. De Grillo escribió que “Es (...) una criatura menuda, ojos de sapo, desairado y un poco encogido de actitudes. Habla con cierta bobería y simpleza, y es a ratos muy enfático y conceptuoso a ratos muy tímido y vacilante. Emite juicios inapelables (...) pero (...) se vuelve atrás con que uno le replique. En sociedad es muy desgarbado y hasta simplote”; sobre Jorge Roa, dueño de la Librería Nueva, una de las más prestigiosas del país, comentó:

Concurro diariamente a (...) la librería de Roa, que me queda vecina (...). [Allí] oficia Roa, como Víctor Hugo en su tertulia; todos giran alrededor de este hombre infalible en asuntos literarios. Oye ahora cómo es la infalibilidad: de literatura rusa no conoce sino algo de Tolstoi; no ha leído ni a Palacio Valdés, ni a Galdós (!!); de doña Emilia sólo conoce el *San Francisco*, y de Daudet *El Nabab*, y este último porque vino ahora hace poco a su librería. Zola le parece muy poquita cosa, aunque lo vende mucho; y de Rueda, como novelador, no tenía noticia. Para él sólo existen Paul Bourget, Pereda, y no sé qué autor italiano, cuyas obras en francés tiene en su librería, y que a mí no se me antoja gran cosa.¹⁰²

Asó, una tras otra, todas las brillantes estrellas del firmamento literario bogotano desfilaron ante la pluma implacable de Carrasquilla. A Pombo lo llamó “curiosidad arqueo-

¹⁰¹ CARRASQUILLA, Carta a Pachito, Bogotá, diciembre 2 de 1895, En: Obras completas, Op. Cit., p. 744.

¹⁰² *Ibíd.*

antropológica” y cuestionó la afectación del famosísimo José Asunción Silva en estos términos: “Es muy culto y muy amable; pero con una cultura tan alambicada y una amabilidad tan hostigosa, que se puede envolver con el dedo, como cuenta Goyo de del dulce de duraznos de Santarrosa¹⁰³ (...) Es un prójimo tan compuesto y afectado, que causa risa e incomodidad al mismo tiempo”. De la dura crítica sólo se salvaron el poeta Julio Flórez (1867-1923) y el ensayista Carlos Arturo Torres (1867-1911), cuya valía Carrasquilla reconoció abiertamente.

Las apreciaciones negativas sobre la artificialidad de los modales que encarnaba Silva las hizo extensivas a toda la ciudad en una carta que escribió para su familia apenas dos semanas después:

Decididamente Bogotá es una ciudad muy fea, según mi modo de verla. Es una vieja emperifollada a quien los adornos la empeoran. La piedra real e imitada de los edificios, el apeñuscamiento de las casas, la poca amplitud en todo, le dan un aire muy deslucido. El sol es aquí un astro enfermo que no alumbrá; el aire no vibra, ni las campanas suenan; pero ni las flores perfuman nada. El color dominante es uno de mugre o polvo; el pantano es negro, y negro el gentío de las calles. En fin, Niña: es una ciudad de medio-luto, o un entierro en forma de ciudad! Yo tengo nostalgia por la cal, por el bolo y por las ventanas apartadas, y por la gente vestida de color. El otro día vi dos niñas de color de rosa y me pareció la cosa más linda.¹⁰⁴

Las múltiples críticas de Carrasquilla van más allá del chiste, la anécdota o el previsible extrañamiento que experimenta en la ciudad un hombre que nunca había salido de su *parroquia*; al analizarlos con detenimiento, salta a la vista el hecho de que no están escritos de forma inocente, sino que contienen una estrategia textual. En efecto, los escritos están llenos de contrastes entre lo que “ellos”, a pesar de su pretendida universalidad, ignoran contra lo que “nosotros”, aún en la región, sabemos (como en el caso de Roa); entre la

¹⁰³ Probablemente se refiere a Santa Rosa de Osos, municipio del norte de Antioquia.

¹⁰⁴ CARRASQUILLA, Carta a la Niña, Bogotá diciembre 6 de 1895, En: Obras Completas, Op. Cit., p. 743.

artificialidad de Bogotá y la naturalidad de “la parroquia”: en el aparte sobre Silva su corrección resulta hostigante por postiza, en contraste, la localidad no tiene necesidad de artificialidades para hostigar, le basta con la naturalidad de un dulce de durazno; o entre la penumbra de la ciudad a la que sus falsos atavíos de vieja emperifollada no logran disimularle el mugre y los pantanos, como si se estuviera pudriendo por dentro, en contraste con el alegre colorido de la provincia evocada. Al analizarlas en conjunto, resulta evidente que esta serie de apreciaciones apuntan a cuestionar los valores que sustentaban la autoridad de la capital como centro político y cultural autoproclamado como modelo nacional: su erudición no es tanta, su corrección es falsa, sus espacios públicos pretendidamente europeos son sucios y oscuros; por otra lado está Antioquia, ascendiendo económica y culturalmente en la jerarquía nacional, con una conciencia de identidad regional ya clara y reconocida. Así impugnada la capacidad del centro para representar a toda la nación ¿Por qué no sería entonces la región capaz de disputarle la autoridad para *representarse a sí misma*? Carrasquilla inicia pues, en este periodo, la demostración de que Antioquia está preparada para producir su propia literatura, libre de los dictados del centro, postura que mantendría a lo largo de toda su vida. Después de cuatro meses en la capital Carrasquilla logró su cometido pues no sólo publicó su novela, sino que confirmó el argumento que había dado lugar a la discusión de la cual ésta fue producto: en Antioquia sí había materia novelable.

Tras su regreso a Antioquia con la novela publicada, Carrasquilla trasladó sus apreciaciones del terreno privado de las cartas personales al ámbito público de la crítica literaria. La discusión ya no se basó, por supuesto, en los pantanos de la ciudad emperifollada, sino en argumentos sobre la posibilidad, y aún más, la necesidad de producir una literatura

regional. En 1897 con ocasión de la publicación de la novela “Tierra Virgen”, una obra regionalista que se desarrolla en Remedios -otro histórico pueblo minero del nordeste antioqueño- del escritor antioqueño Eduardo Zuleta (1864-1937), la cual recibió duras críticas por parte de los literatos bogotanos, Carrasquilla agitó el debate mediante la publicación de un artículo titulado “Herejías” en el cual hace una audaz defensa en torno a la valía del regionalismo, al tiempo que cuestiona los valores estéticos pregonados por el modernismo imperante en la capital.

Las ideas que Carrasquilla planteó en “Herejías” se concretaron más adelante en otros dos textos de crítica publicados en 1906 bajo el título de “Homilias”, en los cuales también interpela a los círculos bogotanos, así como en una entrevista que concedió en 1936 y, lo que es más importante, en absolutamente toda su obra. Para 1896, Carrasquilla ya parece haber sentado las bases fundamentales de la que sería una teoría que se negó a inscribir en alguna de las corrientes literarias vigentes por entonces, pues él mismo la calificó como de su “propia cosecha”.¹⁰⁵ En esta teoría elaborada por nuestro escritor a lo largo de su vida destacan por lo menos dos aspectos: las ideas sobre la función del arte y, de acuerdo con éstas, las estrategias para escribir sus novelas. Para Carrasquilla el arte consistía en transmitir la belleza de la realidad, entendida ésta como la cotidianidad más simple y natural; consideraba la fidelidad a lo real como un mérito artístico y el principio rector de su estética era “lo verdadero en lo bello”.¹⁰⁶ Para Carrasquilla escribir era un proceso que involucraba tanto las habilidades intelectuales como la capacidad sensible de los seres humanos. La novela entonces tenía implicaciones emotivas:

¹⁰⁵ CARRASQUILLA, Carta a Joaquín Yepes, Agosto de 1896, En *Obras Completas*, Op. Cit., p. 751

¹⁰⁶ PERDOMO, “Yo sueño con un 20 de julio literario”., p. 46.

Novela es la aplicación de conocimientos y de sensaciones al hombre y a cuanto lo rodea, combinada de forma narrativa (...) es un pedazo de la vida reflejado en un escrito por un corazón y una cabeza (...) [Esta fórmula] hace de la novela la manifestación suprema de la facultad humana. Suprema porque conocer implica ciencia, y sentir implica belleza (...) Esta fórmula todo lo recibe excepto la mentira. Ávida de lo verdadero recoge el espíritu de la verdad donde quiera que lo halla.¹⁰⁷

En su definición Carrasquilla señala repetidamente que la novela también debe ser producto de un mayor o menor grado de conocimiento científico sumado al sentimiento como elemento insoslayable, según él “el mejor novelador sería aquel que adunase a toda la ciencia todo el sentimiento”, desafortunadamente nunca señala el carácter de esta ciencia, aunque al examinar conjunto de su teoría literaria no es difícil suponer que se trata de una ciencia para observar de manera “objetiva” la realidad, pues la concepción de Carrasquilla sobre “lo verdadero” incluía la gente, los paisajes, las costumbres y el habla de su tierra; en efecto, como lo señala Jozef: “El siglo XIX y su sociedad individualista establecieron un método para la trasposición, al plano literario, de la vida cotidiana; un método para trasladar lo real a lo literario (...) la objetividad realista procuró la negación de la fantasía en beneficio de la exactitud y de la realidad en su evidencia lógico”.¹⁰⁸ Esta posición ya había sido defendida por nuestro escritor en su crítica a “Tierra virgen”, donde destacó la capacidad para crear imágenes realistas, sin añadir ni quitar nada, como uno de los méritos más importantes del escritor:

En efecto: dar con la manera de reproducir con la pluma escenas y episodios tan comunes; sostener un volumen con hechos vulgares, que no arrancan lágrimas ni carcajadas; en que no se cuenta ni con la nota cómica ni con la dramática; tratar asuntos de esta clase sin trivialidad, sin humorismo y sin gracejos de gusto dudoso; no incurrir en sublimidades ni en chabacanerías

¹⁰⁸ CARRASQUILLA, Tomás. *Historia de la literatura hispanoamericana*, Guadalajara: UDG, 1991, p. 90.

impertinentes, son partes que requieren el aplomo, la sangre fría, el amor a la verdad de un verdadero artista.¹⁰⁹

Carrasquilla prefería las novelas que retrataran la realidad con un estilo sencillo y accesible a la gente común, detestaba la literatura críptica que abordaba “honduras psicológicas” y con frecuencia criticó a los escritores que intentaban convertirla en un arte para iniciados;¹¹⁰ por eso, se empeñaba en elegir temas que estuvieran al alcance de sus coterráneos, sin importar su formación o proveniencia social. Aunque nunca postuló para el arte, la estética, o la literatura alguna labor edificante o moralizadora, sí consideraba que los escritores tenían un compromiso social pues se debían a su tierra y su retribución debía consistir en esforzarse por hacer una literatura que se acercara a la realidad de la manera más objetiva posible aunque, como es obvio -y el propio Carrasquilla lo hace evidente-, la percepción de esa realidad estaba mediada por la experiencia subjetiva del escritor al ser éste un producto de su medio. Sin embargo, pese a haber surgido en un contexto social determinado, el escritor ostentaba cierto tipo de superioridad pues gozaba de una excepcional capacidad de percepción que, en todo caso, debía dirigir al “pueblo”.

Esta consideración de las ideas de Carrasquilla sobre el vínculo entre literatura y sociedad nos ayuda a comprender mejor la importancia de la memoria, el recuerdo y la vivencia personal para la creación de imágenes cercanas a la cotidianidad local dentro de su obra y como un aspecto que le confirió legitimidad a la misma como representativa de la identidad local. Sin embargo, sin una estrategia narrativa consecuente con sus propósitos,

¹⁰⁹ CARRASQUILLA, “Herejías”, *Ibíd.*, p. 631.

¹¹⁰ “Hacer del arte otra masonería, una como religión esotérica, un misterio accesible, si mucho, a unos cuantos iniciados, es más que desmentir el arte misma: es renegar de ella. Este arte debería, si ha de ser consecuente, quedarse inédito, hermético, puramente interior, cual la psicología de un místico solitario. ¿A qué echarlo, entonces, en libros o recitados? Sacar a la calle un tapujo, un enigma que nadie ha de tomarse el trabajo de descifrar, se me antoja una mentecatez insigne” CARRASQUILLA, “Homilía N° 1”, *Op. Cit.*, 668.

Carrasquilla probablemente no habría acertado a construir un vínculo tan convincente entre literatura y realidad. Las técnicas que empleó para lograr su particular estilo fueron básicamente dos: la creación de personajes y situaciones tipo, y un manejo literario del habla popular.

Al hablar de tipos, Carrasquilla se refiere a personajes y situaciones en los cuales sintetizaba acciones, creencias, eventos y costumbres, bien fueran individuales o colectivas, que observaba en determinados sectores de la sociedad; nuestro autor los definió así: “La novela, tal como hoy se escribe, es a la historia, lo que el Álgebra a la Aritmética: ésta toma en concreto, aquella generaliza; la historia consigna hechos, individuos y tiempo determinados; la novela abraza a la humanidad en su conjunto. Para pintar a los héroes, la historia toma a Alejandro, Napoleón, a Bolívar, etc.; la novelas toma de todos éstos lo que quiera, lo funde en un personaje, y resulta el tipo: el héroe”.¹¹¹

En 1898 Carrasquilla escribió una carta en respuesta a un estudio crítico sobre “Frutos de mi tierra” que el antioqueño Joaquín Yepes publicó en el periódico “El Repertorio”. La réplica resulta especialmente interesante porque, al comentar un aparte de la obra, Carrasquilla expuso mediante un ejemplo el modo en que construía los tipos: al comienzo de la novela los hermanos Alzate despojan a su madre muerta de la ropa y los zapatos con que la velaron para venderlos, cosa que impresionó a Yepes; Carrasquilla entonces optó por explicarle que esta práctica era casi una costumbre que él había observado en muchas ocasiones entre sus coterráneos y cómo la había conocido desde la infancia, después de narrar varios casos que recordaba, terminó diciéndole: “En cuanto a vender cosas de muertos sé tantos casos, pero tantos, ya no en la plebe, sino en gentes que se tienen en

¹¹¹ CARRASQUILLA, “Herejías”, Op. Cit., p. 630.

mucho y se dan pisto, que enumerártelos solamente, sería contarte el cuento de nunca acabar”.¹¹²

Al analizar la definición y el ejemplo mediante los cuales Carrasquilla explica cómo funcionó la creación de tipos en su obra bajo la luz de las teorías antropológicas sobre el mito se evidencia parte de los mecanismos que aseguraron su eficacia. Los *tipos* de Carrasquilla funcionan de manera similar a como lo hacen los denominados *paradigmas míticos*, concepto desarrollado por el antropólogo colombiano Guillermo Páramo, quien ha señalado que “en el estudio del mito (y de la poesía), cuando se tiene un modelo o ejemplo idealizado, preciso, económico y claro de algo, se suele decir que es un *paradigma*; especialmente cuando, además, el ejemplo se ha hecho *típico* dentro de un cierto ámbito cultural”; al igual que sucede con los *tipos* de Carrasquilla, para Páramo, el concepto de *paradigma mítico* es susceptible de aplicarse a entidades, personajes, propiedades, situaciones y relaciones.¹¹³

El otro aspecto relevante para comprender la eficacia de esta obra es el manejo del lenguaje. En repetidas oportunidades, Carrasquilla defendió la utilización de las formas cotidianas de hablar para la creación de textos literarios y, en efecto, convirtió esa idea en una de las características más notables de su obra, donde aparecen retratadas con gran realismo las hablas antioqueñas desde los aristócratas medellinenses, hasta las de arrieros, mineros y campesinos de las montañas e incluso, en unos pocos pasajes, las de los africanos y sus descendientes.¹¹⁴ Sobre este punto, el literato antioqueño consideraba que el lenguaje

¹¹² CARRASQUILLA, Carta a Joaquín E. Yepes, Agosto de 1896, p. 752.

¹¹³ PÁRAMO, Guillermo, “Mito; Matemáticas y Poesía. A propósito de un Parlamento de Ricardo III de W. Shakespeare”. En: *Estética y Matemática*, BONILLA et. al. Bogotá, Gaia, 2001, p. 58.

¹¹⁴ Un pasaje de “Hace tiempos” en el cual el protagonista de la novela, Eloy Gamboa, conversa con un campesino montañero acerca de la presencia de las brujas en el campo, ilustra la manera como Carrasquilla puso en práctica sus ideas sobre el tratamiento del lenguaje popular:
-Y no han venido las brujas, ño Matica?

era el mecanismo mediante el cual se expresaba el alma del pueblo, de modo que si un escritor pretendía retratarla debía apegarse a las hablas cotidianas, aún por encima de las reglas gramaticales que imponía el oficio y de este modo lo expresó en la primera de sus

Homilias:

Quando se trata de reflejar en una novela el carácter, la índole propia de un pueblo o de una región determinada, el diálogo escrito debe ajustarse rigurosamente al diálogo hablado, reproducirse hasta donde sea posible. Nos fundamos en que, siendo la palabra lo que mejor da a conocer al individuo y a la colectividad, dado que la palabra es el verbo, el alma de las personas, no debe esta palabra cambiarse por ninguna otra más correcta ni más elegante, porque entonces se les quita a los personajes pintados o descritos la nota más precisa, más genuina de su personalidad. De ello resultarían pasajes bárbaros, falta absoluta de sintaxis; pero indudablemente ganaría en colorido y fidelidad. ¿Que es esto chabacano e incorrecto? Lo será; pero no siempre lo pulido, lo culto, lo correcto, es lo hermoso.¹¹⁵

En este punto, de nuevo, Carrasquilla evidencia los rasgos más significativos de su personalidad literaria: defiende con vehemencia la adhesión a lo real independientemente de los formalismos académicos como vía para lograr el objetivo de encontrar lo verdadero en lo bello a través de la escritura. De acuerdo con estas ideas, no se abstuvo de criticar en múltiples ocasiones obras de autores reconocidos autores nacionales y extranjeros -entre los que incluyó al clásico costumbrista español José María de Pereda- quien, según su consideración, aparentemente guiados por pretensiones de realismo, vertían el lenguaje oral en rígidas normas gramaticales que terminaban por quitarle originalidad y convertirlo en un artificio acartonado. La defensa del habla antioqueña en la obra de Carrasquilla no es casual

-En estos días no. A ellas siempre les da trabajo asentasen en los caballetes d'esta casa y hacer picardías en esta fundación: esta casa está bendecida. Nu'ha visto, pues, clavada la Santa Cruz, arribita del portalón? Pues es pa que no se cuelen ni los duendes, ni las brujas, ni los malinos. Yo li'hago rezar a Gorgonito l'oración del'huyento, a mi padre San José, porqu'el está en edá muy peligrosa. Y también me da recelo qu'esas vagamundas echen a volar por aquí, agora qui'hay pionada minera por aquí cerca. CARRASQUILLA, "Hace tiempos"..., p. 300.

¹¹⁵ CARRASQUILLA, Homilía N° 1, p. 635

ni se limita a un simple recurso literario, sino que por el contrario, juega un papel fundamental en cualquier intento de representación eficaz de la antioqueña como una identidad de contraste; esto se evidencia claramente en la obra sobre el cultivo del maíz de Gregorio Gutiérrez González, la cual inicia con la afirmación de que “como sólo para Antioquia escribo, yo no escribo español sino antioqueño”.¹¹⁶ Teniendo en cuenta este contexto, es claro que el tema del habla regional no podía quedar excluido de las representaciones literarias sobre Antioquia que elaboró Carrasquilla. Por otra parte, es importante señalar que éste constituyó también un factor que contribuyó a que lectores de todas las proveniencias sociales lograran identificarse con la obra y, de ese modo, le confirió legitimidad dentro del régimen local de representación.

Sin embargo, pese a la eficacia de las estrategias narrativas que empleó Carrasquilla, en el ámbito nacional el conjunto de los planteamientos que alimentaron su teoría literaria lo “condenaron” al costumbrismo, una escuela derivada del romanticismo que, si bien tuvo un auge importante durante el siglo XIX tanto en Europa como en América Latina, para finales de esa centuria empezaba a ser percibida por los militantes del modernismo como parroquial, limitada y superficial en sus planteamientos estéticos. Si se analiza con cuidado el debate en torno a la obra de Carrasquilla, teniendo en cuenta además de los aspectos puramente formales el contexto político y social en que ésta se desarrolló, es posible evidenciar que el papel que críticos y literatos, especialmente los afiliados con el proyecto centralista bogotano, le asignaron a Carrasquilla dentro del campo literario nacional no sólo respondió a las dinámicas propias de la actividad artística sino que tuvo un trasfondo político enmarcado en la disputa entre el centro y la región.

¹¹⁶ GUTIÉRREZ, Gregorio, Memoria sobre el cultivo del maíz, En: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/literatura/mecul/mecul1.htm>.

El romanticismo latinoamericano y las tendencias derivadas de éste como el costumbrismo, el realismo y el naturalismo, mantuvieron una relación muy cercana con la creación de proyectos identitarios de tinte nacional prácticamente en todo el continente, por lo que constituyeron las tendencias más relevantes del XIX y se mantuvieron vigentes casi hasta finales de esa centuria, cuando los modernistas pretendieron sustituirlas, no siempre con éxito, como veremos más adelante. En el contexto de las búsquedas de independencia, originalidad y autonomía política y cultural en América Latina el romanticismo se caracterizó, entre otras cosas, por su búsqueda de inspiración en los temas locales, la exaltación del sentimiento y el recurso a las historias de amor que combinaban ambos temas, pues como lo ha señalado Sommer, el vínculo entre drama y política se logró mediante la creación de personajes que encarnaban ideas sobre la nación, los cuales apelaban a la identificación emotiva de los lectores con el proyecto de nación que representaban los protagonistas inmersos en la trama sentimental. Aunque en contradicción con algunos planteamientos del romanticismo, la asociación entre literatura y escenarios locales derivó en otras tendencias literarias nacionalistas: en primer lugar apareció el costumbrismo, que buscaba describir los usos cotidianos de sectores sociales diversos con el objeto de conocer, clasificar y documentar los elementos constitutivos de la nación, pero también y de manera muy importante, de *imaginarlos* y en esa medida se convirtió en un espacio mediante el que las elites letradas expresaban sus expectativas en torno al proyecto nacional. En Colombia esta tendencia tuvo gran influencia en el ámbito literario desde mediados del XIX con la creación de la tertulia de *El Mosaico* que funcionó en Bogotá entre 1858 y 1872 bajo la orientación de algunos de los políticos conservadores más importantes del momento y con el objetivo de resaltar la influencia hispánica como pilar de

la identidad nacional;¹¹⁷ la importancia que adquirió *El Mosaico* evidencia de nuevo que la literatura no es un ámbito inocente sino que, por el contrario, constituye una arena en la que se escenifican y transmiten de manera eficaz las dinámicas de la vida política.

La otra tendencia que resultó como producto del romanticismo fue el realismo. Aunque es casi imposible establecer una diferenciación tajante entre periodos, propuestas y escritores relacionados con las tendencias costumbrista y realista, y de hecho no es raro que un mismo escrito presente características de ambas, Jozef afirma que en Colombia el costumbrismo romántico se deslizó hacia el regionalismo realista que, si bien se basaba en ideas muy cercanas a las de la tendencia que lo antecedió, se diferenciaba de ésta en su propuesta de emplear técnicas científicas para observar la realidad -característica que se intuye en Carrasquilla- y de manera importante, aunque no en todos los casos, su pretensión de analizarla e incluso convertirse en un medio de crítica y denuncia social, y no únicamente describir escenas pintorescas como sucedía con el costumbrismo.¹¹⁸

Con la aparición del modernismo en las últimas décadas del XIX, las tendencias emanadas del romanticismo no desaparecieron pero fueron relegadas a los márgenes del campo literario. En concreto, el modernismo se ha definido no solamente como un movimiento literario sino como una actitud intelectual que ya no buscaba retratar la realidad de manera objetiva y convincente sino más bien volcó hacia el subjetivismo evasivo, lo cual se manifestó en el recurso a temas exóticos, trágicos y oscuros, tiempos pasados, así como el empleo de símbolos y lenguaje recargado; por otra parte, en su búsqueda de una

¹¹⁷ PEREZ, Amada Carolina, “Imágenes sobre la cotidianidad de los campesinos del altiplano central. Colombia 1910-1940”, En: URREGO, Miguel Ángel y TORRES, Javier (Eds.), *La nación en América Latina. De su invención a la globalización neoliberal*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2006, p. 298; VON DER WALDE, “El cuadro de costumbres...”, Op. Cit.

¹¹⁸ JOZEF, *Historia de la literatura...*, op. cit., p. 54-89; PEDRAZA, Felipe (Coord.), *Manual de literatura latinoamericana Tomo III Modernismo*, Pamplona, Cenlit, 1998.

originalidad creativa, los modernistas propendieron por tornar cosmopolita la literatura latinoamericana, desestimando la influencia hispana y acercándose muchísimo más a sus contemporáneos franceses; de acuerdo con Joset, “con el modernismo la literatura hispanoamericana se afirma por fin soberana y se otorga una nueva definición. Como tal ingresa en la literatura universal. Más aún, el modernismo provoca por primera vez en la historia literaria un choque de rechazo en las letras peninsulares”.¹¹⁹ Curiosamente, el periodo modernista marcó el inicio de una época en la que los escritores miraron al mismo tiempo hacia adentro -de sí mismos y ya no a la sociedad en que vivían- y hacia afuera -de sus fronteras nacionales y la influencia de las letras españolas en el ámbito cultural latinoamericano-. En esta medida, el modernismo implicó una reacción en contra de algunos de los presupuestos que habían guiado a las escuelas que le antecedieron.

Aunque en Colombia los poetas José Asunción Silva (1865-1896) y Guillermo Valencia (1873-1943) han sido reconocidos como los exponentes más importantes del modernismo, dentro de los círculos literarios bogotanos hubo algunos otros que defendieron su pertenencia a esta escuela, entre ellos de manera importante Maximiliano Grillo, como se recordará amigo cercano de Carrasquilla. Por su parte los escritores antioqueños, con Carrasquilla a la cabeza parecen haberse resistido a la influencia del modernismo hasta las primeras décadas del XX pues continuaron defendiendo los postulados del costumbrismo y el realismo hasta entonces, aunque sin afiliarse abiertamente a ninguna de esas tendencias, por lo menos en el caso de Carrasquilla, quien diría en varias oportunidades que no tenía escuelas ni autores predilectos; de hecho, en su corta autobiografía tomó distancia frente al costumbrismo al señalar refiriéndose a *Frutos de mi tierra*, que “En verdad que a esa

¹¹⁹ JOSET, Jaques, *Manual de literatura latinoamericana Tomo III Modernismo*, Pamplona, Cenlit, 1998, p. 64.

abrilla, por más que haya gustado, le concedo muy poco mérito artístico. De tener alguno, será, probablemente, como documento literario, por ser ésa la primera novela prosaica que se ha escrito en Colombia, tomada directamente del natural, sin idealizar en nada la realidad de la vida. Y digo que la primera, porque *Manuela*, si muy hermosa, meritoria y realista, es más bien un estudio de costumbres”,¹²⁰ declaración que, en conjunto con sus consideraciones acerca del empleo de la ciencia en la descripción literaria de la cotidianidad, lo acercan más al realismo. Pese a ello nuestro autor se negó deliberadamente a encasillar su obra dentro de los parámetros que proponían los “ismos” predominantes en la época, defendiendo la libertad creativa del escritor frente a las limitadas parcelas del formalismo académico.

Pese a ello, es evidente que los planteamientos de Carrasquilla sobre “lo verdadero en lo bello” y el uso del habla popular en la literatura convergen en muchos puntos con las propuestas costumbrista y realista; sin embargo, más significativo aún es el debate que encabezó con los modernistas bogotanos, y entre ellos especialmente con Max Grillo, acerca de la influencia del modernismo en Colombia, en el marco del cual pide revalorar el escenario local como fuente de inspiración frente a la creciente influencia francesa y no perder de vista que la literatura es un arte público y en esa medida el escritor debe garantizar que permanezca al alcance de todos los sectores sociales y no se convierta en un fenómeno esotérico destinado únicamente a los iniciados. Aunque no se declaró nunca como militante de un único movimiento literario, Carrasquilla defendió una posición clara que elaboró tomando, con gran audacia desde mi punto de vista, matices y propuestas provenientes de escuelas diversas y, lo que resulta fundamental aquí, poniéndolas al servicio de su propio y original proyecto literario.

¹²⁰ CARRASQUILLA, “Autobiografía”, p. xvi.

Esa toma de posición, discreta y concreta al mismo tiempo pero en todo caso consecuente durante toda su vida, le ha traído múltiples implicaciones tanto al autor como a su obra, las cuales se prolongan hasta el presente. De acuerdo con intereses particulares propios del campo literario, la producción de Carrasquilla ha sido calificada de maneras múltiples y contradictorias: desde costumbrista, por las características que ya he mencionado, hasta modernista por su defensa de la libertad del escritor. Para aclarar un poco este punto, vale la pena señalar que el modernismo no fue sólo una tendencia literaria sino incluso una actitud intelectual de rebeldía y búsqueda,¹²¹ y fue en este marco que Federico de Onís denominó a Carrasquilla como un genial precursor del modernismo contra el que tanto combatió pues de acuerdo con su interpretación, Carrasquilla “defendió y practicó toda su vida otra tendencia más honda y definitiva en el modernismo: la expresión subjetiva de la personalidad individual en el arte”.¹²² Sin embargo, la opinión que ha primado entre la mayoría de los críticos dentro y fuera de Colombia es la de que la obra de Carrasquilla se enmarca dentro de un costumbrismo ya anacrónico en su época e incluso hay quien llegó a calificarlo como un “naufrago del siglo de oro español”.¹²³ Estos calificativos “condenaron” a Carrasquilla al costumbrismo y restringieron las posibilidades de circulación de su obra, que es muy poco conocida fuera de Colombia aunque al interior del país sigue haciendo parte del grupo de lecturas obligadas dentro de los programas académicos de las escuelas, especialmente en Antioquia.

Ni los calificativos que ha recibido la obra de Carrasquilla ni su destino son casuales pero mi propuesta es que, para comprender el impacto que ésta ha tenido en la historia tanto

¹²¹ *Ibíd.*, p. 29

¹²² ONIS, “Genial precursor...”, p. 98; Carlos García Prada coincide con esta opinión. Ver: GARCÍA, Carlos, “Un clásico antioqueño”, En: ALAPE, *Valoración...*, p. 144.

¹²³ PEROZZO, Carlos, “Asombroso naufrago del siglo de oro (1858-1940)”, En: ALAPE, p. 151-168.

nacional como local debe ser leída, más allá de los aspectos puramente formales, teniendo en cuenta los contextos políticos en el marco de los cuales fue elaborada, en el entendido de que la actividad política no sólo se circunscribe a una determinada pertenencia partidista o institucional sino que implica formas culturales de gestión del poder y la identidad, como la literatura. Para clarificar mi idea debo mencionar lo siguiente: en el plano de la política institucional varios detalles indican que Carrasquilla tendió hacia el liberalismo, Levy señala que su familia estaba inscrita en ese partido y Carrasquilla heredó esa pertenencia, que se hizo evidente en las críticas que hizo el escritor a la hipocresía del conservadurismo político y moral antioqueño en su cuento “El padre Casafús”, así como al proyecto regeneracionista del conservador Núñez en “Frutos de mi tierra”.¹²⁴ Sin embargo, su liberalismo político nunca fue rígido, de hecho en varias ocasiones reconoció su admiración por el político conservador Pedro Justo Berrío, quien ejerció como gobernador de Antioquia; por otra parte, hacia el final de su vida Carrasquilla se describiría a sí mismo como “un viejo semanasanto y conservero”; en efecto, como lo evidencian muchos de sus textos, desde la infancia Carrasquilla se había sentido fuertemente atraído hacia los temas religiosos y en sus últimos años, ciego y sin poder caminar, se refugió en una religiosidad exaltada. En ese sentido, es posible afirmar que la obra de Carrasquilla no tuvo como bandera ningún proyecto partidista, pero no por ello deja de ser política en la medida en que defendió un proyecto colectivo de identidad regional que se alimentó de las propuestas sobre la relación entre raza y geografía que idearon las elites andinocentristas. El carácter del proyecto identitario antioqueño permitió que la obra de Carrasquilla alcanzara una legitimidad entre sus coterráneos que se mantiene hasta hoy pues uno y otra se basaron en

¹²⁴ RESTREPO, Luis, “Tomás Carrasquilla y la resistencia al proyecto centralista de la Regeneración”, En: RODRÍGUEZ, *Tomás Carrasquilla. Nuevas aproximaciones...*, p. 163-191.

imágenes de un pueblo emprendedor y no de una intelectualidad aislada de su contexto más amplio: en ese sentido la literatura como la representación del colectivo antioqueño de Carrasquilla fue eficaz porque sus temas eran populares.

Lo que quiero decir con esta reflexión final es que Carrasquilla no defendió ideas liberales o conservadoras y no se afilió al costumbrismo ni al modernismo porque su interés sobrepasaba esos límites. Su apuesta era por el proyecto de una sociedad orgullosa y embelesada consigo misma que rehusaba mirar hacia afuera, no porque careciera de las capacidades para hacerlo, sino porque se encontraba inmersa en un proceso de consolidación hacia adentro. No en vano, en su *Manual de Literatura Hispanoamericana*, Pedraza sitúa a Carrasquilla como el líder del debate, no solo literario sino regional, entre el modernismo defendido por la Bogotá que se esforzaba por ser cosmopolita y el realismo del que echaron mano los antioqueños que desde el terruño defendían no sólo la posibilidad, sino más aún la necesidad de narrar su propia historia; Antioquia fue la zona de Colombia que más escritores costumbristas y realistas produjo y aquella donde estas escuelas pervivieron durante más tiempo.

En el capítulo siguiente haré un breve recorrido por la historia antioqueña con el fin de evidenciar los procesos económicos y socioculturales que desencadenaron la importación masiva de africanos a la provincia de Antioquia, así como las dinámicas de apropiación del territorio que antecedieron a la Colonización Antioqueña.

CAPÍTULO 2

LOS AFRICANOS Y SUS DESCENDIENTES EN ANTIOQUIA ENTRE LOS SIGLOS XVI Y XVIII

Existe entre los historiadores una gran reserva alrededor de los intentos por “remontarse a los orígenes” para explicar el porqué de ciertos fenómenos sociales observables en un periodo particular. Las ideas que pretendo desarrollar a lo largo de este capítulo no estuvieron exentas de tal debate pues parece un poco excesivo empezar en el siglo XVI para comprender la historia antioqueña de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX; sin embargo en este caso resulta necesario dado que la naturaleza de los procesos de poblamiento que vivió Antioquia hasta el siglo XVIII estimularon el surgimiento de una sociedad con características muy diferentes a las del resto de las regiones del Reino, que vivió hasta finales de ese siglo en condiciones económicas muy precarias las cuales llevaron a sus miembros a emprender durante el XIX el movimiento migratorio más grande e importante de la historia colombiana. Como ya lo había mencionado, ese periodo, conocido genéricamente en la historiografía colombiana como *La colonización antioqueña*, se extiende entre comienzos del XIX y las primeras décadas del XX y constituye el pilar en torno al cual en esta época los antioqueños empezaron a construir una identidad blanca, católica y conservadora.

Como lo señalé en el capítulo anterior, uno de los aspectos más relevantes de las obras de Tomás Carrasquilla es su capacidad para recoger los acontecimientos cotidianos que dan forma a la historia antioqueña; de ese modo, procesos de transformación social y territorial como los que se presentaron en el marco de la colonización antioqueña constituyen el escenario que ambienta las narraciones locales a las cuales recurre Carrasquilla para transmitir el espíritu del pueblo antioqueño. La sociedad que describe el autor en *La*

marquesa de Yolombó se enmarca precisamente en los ciclos de auge y decadencia de la explotación aurífera colonial en la segunda mitad del siglo XVIII, mientras que el resto de sus obras se desarrollan entre las décadas de 1880 y 1920 aproximadamente, es decir, durante uno de los periodos más intensos de la colonización antioqueña.

Por esas razones, sin intentar vanamente irme a los orígenes para explicar cómo estaba constituida la sociedad antioqueña que Tomás Carrasquilla va a describir en sus obras, sí considero fundamental señalar algunos antecedentes que ayudarán al lector a comprender las dinámicas económicas y sociales que dieron lugar a la Antioquia que plasmará Carrasquilla. La primera etapa de poblamiento del territorio antioqueño, articulada a la explotación de oro en los siglos XVI y XVIII, será entonces el tema de este capítulo; veremos los factores locales que estimularon la importación de cautivos africanos, para así comprender la importancia de la presencia negra en la economía extractiva antioqueña y en la conformación del panorama cultural de la región. Ello me permitirá delinear posteriormente las particulares dinámicas mediante las que se configuró una conciencia racial blanca durante este periodo, a través de la obra de Tomás Carrasquilla.

LA ILUSIÓN DE “EL DORADO”: PRIMERA ETAPA DE POBLAMIENTO EN ANTIOQUIA

Como ya lo señalé, la historia del territorio que hoy conocemos como Antioquia está marcada por dos periodos de colonización. El primero de éstos abarca desde comienzos del siglo XVI hasta finales del XVII y el segundo desde finales del XVIII hasta las primeras décadas del XX.

El poblamiento de Antioquia en sus dos etapas estuvo fuertemente condicionado por las características geográficas del terreno. Ya desde el siglo XVI, Antioquia abarcaba una

región situada al noroccidente de la Nueva Granada y era conocida también como la *Provincia de Entreríos* debido a su ubicación entre los ríos Cauca y Magdalena, los cuales constituyen las arterias fluviales más importantes del país ya que lo atraviesan casi totalmente de sur a norte.¹²⁵ El abundante caudal del Magdalena le permitió ser la principal vía de comunicación entre el interior del reino y las provincias costeras durante el periodo colonial. Así mismo, Antioquia se encuentra flanqueada por las derivaciones central y occidental de la Cordillera de los Andes, lo cual le ha implicado un aislamiento que determinó en gran medida la dinámica de sus procesos de colonización, la vocación económica de la provincia, su composición étnica y racial, e influyó la imagen que desde finales del siglo XVIII los antioqueños comenzaron a formar acerca de sí mismos y de su región.

Durante las tres primeras décadas del siglo XVI la penetración de esta región por parte de los conquistadores fue bastante precaria. Desde 1510 los españoles habían financiado la empresa colonizadora mediante las *cabalgadas*¹²⁶ en poblados indígenas de la costa Caribe neogranadina, que aplazaron el inicio de la expansión territorial; hacia 1530 el saqueo se

¹²⁵ Aunque historiadores como Germán Colmenares se refieren a la Antioquia del XVI en términos de provincia, la organización administrativa y territorial de la Nueva Granada en ese siglo continúa siendo un tema complicado y no existe un consenso sobre aspectos como la denominación de las diversas fracciones en que se dividía el Reino o las fronteras de éstas. En el caso de Antioquia, para el siglo XVI la colonización de esa región neogranadina estaba apenas en sus inicios, sus fronteras eran móviles y aún no constituían una entidad administrativa independiente, de modo que las pocas fundaciones que allí existían estaban sujetas a la provincia de Popayán, situada al suroccidente del Reino. Teniendo en cuenta estas limitaciones opté por definir a la *Antioquia* del XVI en términos geográficos, de modo que en este aparte cuando menciono a Antioquia me refiero al territorio delimitado por las cordilleras central y occidental, entre los ríos Cauca y Magdalena, y hasta el siglo XVI constituido por los distritos mineros de Cáceres, Zaragoza, Remedios y Santa Fe de Antioquia. Por otra parte, resulta necesario aclarar aquí que empleo el concepto de región a diferentes niveles de acuerdo con el referente territorial que en cada momento guía mi análisis; es decir, al hablar sobre la Nueva Granada, la Provincia de Antioquia puede constituir una región del reino, al igual que en otro caso la zona minera constituye una región respecto del todo territorial más amplio que implica la provincia. Desde esta perspectiva, a la región la caracterizan procesos históricos, factores geográficos, tendencias económicas y elementos culturales compartidos.

¹²⁶ Las cabalgadas eran excursiones de saqueo a poblados indígenas comúnmente practicadas durante la primera época de la colonización española.

tornó más sistemático con el descubrimiento de las ricas tumbas de los indígenas zenúes, lo cual aumentó las noticias sobre la desbordante riqueza que había “al otro lado de la cordillera” pues en la región Caribe el oro era inexistente, así que los españoles bien interpretaron que para los pueblos de esa región la única forma de obtener oro era mediante el intercambio. El cronista Juan de Castellanos narra de esta manera las primeras referencias sobre la abundancia aurífera en Antioquia:

Porque quebradas, ríos, vertederos,
Y cualquiera lugar que se catea,
Manifiestan auríferos veneros
Con quel avaro pecho se recrea,
Y la solicitud de los mineros
Saca bien proveida la batea (...)
Por estos indios y otros mas cercanos
Al Nuevo reino y a sus señoríos,
Tuvieron gran noticia los cristianos
De la riqueza dentre los dos ríos,
Y cómo poseían ricos granos
En cualquiera provincia sus gentíos;
Y así los incitaba la cudicia
A querer ver por ojos la noticia.¹²⁷

Sin embargo, la sed de oro de los españoles en esta zona tuvo que esperar todavía medio siglo para ser saciada pues los intentos por fundar asentamientos estables en Antioquia tardaron por lo menos cuatro décadas más en dar sus primeros frutos debido fundamentalmente a dos razones. La primera de ellas fue la belicosidad, rebeldía y

¹²⁷ CASTELLANOS, Juan de. *Historia de la Gobernación de Antioquia y de la del Chocó*. Bogotá: Biblioteca de Cultura Popular Colombiana, 1942, p. 7-8. Juan de Castellanos nació en España en 1522 pero fue traído al Nuevo Mundo desde la infancia. En América se incorporó a las huestes conquistadoras y como resultado de esa experiencia escribió la famosa crónica titulada *Elegía de varones ilustres de Indias*, la cual se divide en cuatro partes que narran la exploración y conquista de diferentes regiones del que más tarde se llamaría Reino de la Nueva Granada. La tercera de estas secciones se titula “*Historia de la Gobernación de Antioquia y de la del Chocó*” y muestra los hechos que tuvieron lugar durante el más temprano poblamiento de la Provincia de Antioquia.

capacidad de resistencia de los pueblos indígenas de la región -catíos, nutabes y tahamíes-, los cuales fueron descritos como caníbales por parte de los cronistas.¹²⁸

Entiendo las montañas adyacentes
al Darién o a las tierras de Ballano,
que son de las de arriba descendientes,
donde no hallareis asiento sano,
antes en general todos dolientes,
eso me da en invierno que en verano,
porque los altos es tierra sanía,
desde comienza la catía,
que es lo de Antioquia mas cercana,
y todas las provincias comunmente,
son caribes que comen carne humana.¹²⁹

De otra parte, resalta una desordena política de fundaciones que parecía: "responder más bien a la sed de oro que al deseo de fijar una frontera destinada a defender actividades pacíficas de colonización".¹³⁰ Así las cosas, los primeros asentamientos de los españoles siguieron a una lógica territorial poco estratégica y más bien improvisada, guiada por la brillante ilusión del oro pero sumamente frágil debido a las constantes incursiones indígenas.

Castellanos reseña innumerables intentos emprendidos aproximadamente entre 1550 y 1580 por los españoles para lograr la ampliación de su área de influencia, los cuales la mayoría de las veces resultaron infructuosos. Las batallas que describe el cronista retratan la crueldad de las estrategias guerreras que pusieron en marcha tanto indios como españoles y, aunque seguramente muchos de los relatos responden a al interés del autor en exaltar el heroísmo de los conquistadores y señalar el salvajismo de los nativos, algunos datos que

¹²⁸ COLMENARES, Germán. *Historia social y económica de Colombia 1537-1717, Tomo I*. Bogotá: Tercer Mundo, 1999, p. 32 y ss.

¹²⁹ CASTELLANOS, *Historia de la Gobernación...*, p. 3.

¹³⁰ *Ibíd.*, p. 19.

expondré más adelante sobre el rápido descenso demográfico de los pueblos indios en esta región permiten suponer que los feroces enfrentamientos que muestra Castellanos no estaban tan alejados de la realidad.

Hasta 1570 la provincia de Antioquia continuaba prácticamente fuera del control colonial y la única población estable que existía en su interior era Santa Fe de Antioquia, un modesto centro minero fundado por Jorge Robledo en 1541 en las montañas de la cordillera central y sobre la margen occidental del río Cauca. Esta ciudad constituyó el punto a partir del cual se emprendieron la mayoría de empresas de expansión territorial. Fue hasta las décadas finales del siglo XVI cuando el descubrimiento de ricos yacimientos auríferos en las márgenes de los ríos Cauca y Nechí, al norte de la provincia, -catalogados como los más productivos de la historia colombiana- estimuló la fundación de las ciudades de Remedios en 1560, Zaragoza en 1561 y Cáceres en 1577.¹³¹

En efecto, la providencial abundancia de oro en esta región relegó a un segundo plano a los distritos mineros más antiguos del reino, al superar su producción en una proporción de 3 a 1 y desencadenó un periodo de extracción masiva del metal durante el denominado *Primer ciclo del oro*,¹³² el cual se desarrolló precisamente en la región del nordeste antioqueño, escenario privilegiado de algunas de las obras literarias que constituyen el objeto de esta investigación.

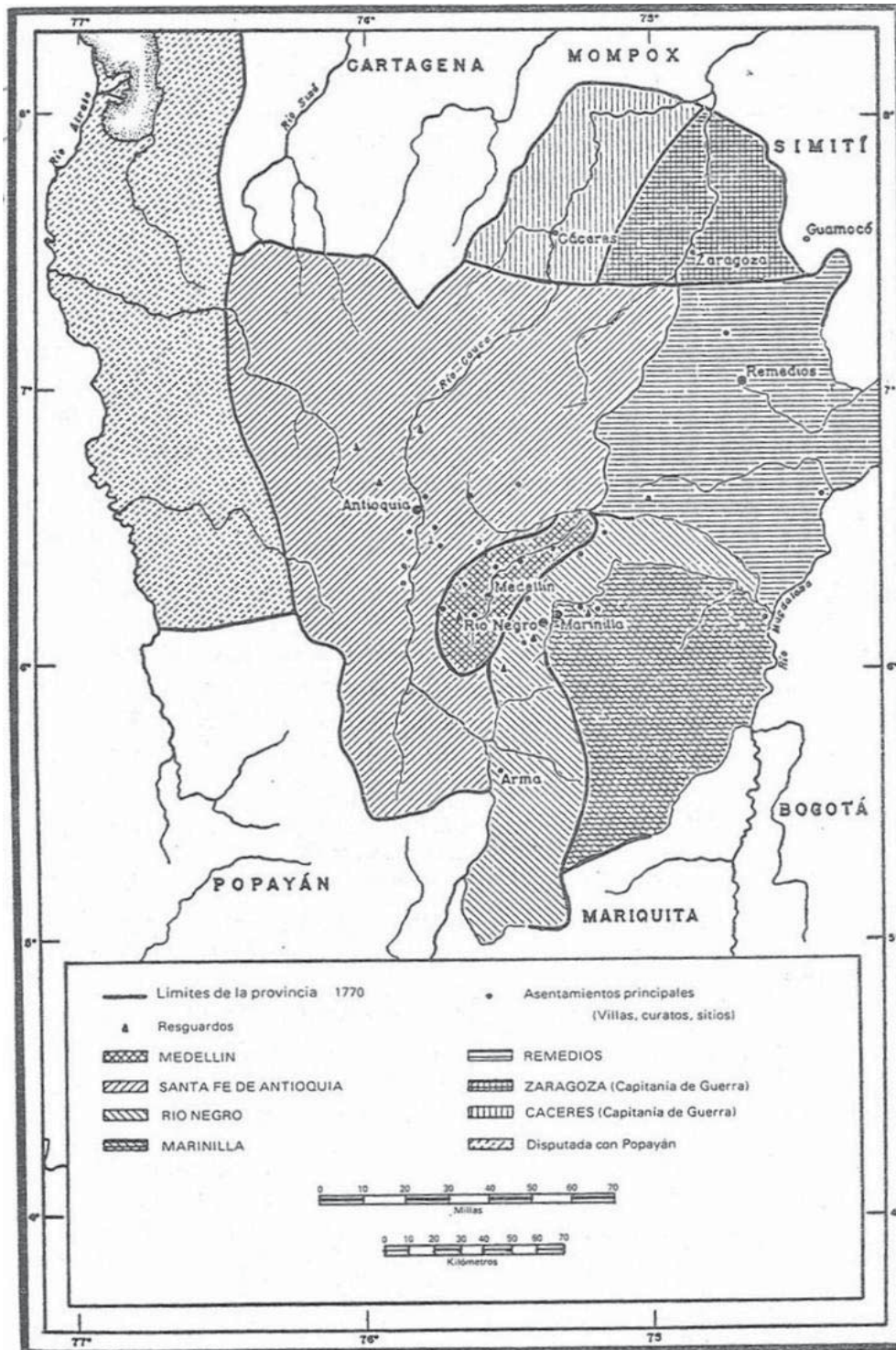
¹³¹ A partir de su fundación en 1560, la ciudad de Nuestra Señora de los Remedios fue trasladada en cuatro ocasiones desde el suroriente de la provincia hasta su actual ubicación más al norte. Durante sus primeros años de existencia estaba sujeta administrativamente a la provincia de Mariquita pero ya desde entonces hacía parte del complejo económico y cultural antioqueño. Esta relación se consolidó con los traslados de la ciudad, los cuales la acercaron cada vez más a Antioquia.

¹³² MAYA, Adriana. *Brujería y reconstrucción...* p. 93.

A lo largo del siglo XVI la extracción minera en esa zona de Antioquia se realizó de manera irregular con base en mano de obra nativa, como sucedía en el resto del Reino; sin embargo, aproximadamente hacia 1570 la situación demográfica de los pueblos indígenas en toda la Nueva Granada era realmente alarmante y las cifras de la minería amenazaban con entrar en decadencia. En 1588 se presentó en Zaragoza una epidemia de viruela que prácticamente arrasó con los indígenas de la región; en otras zonas, esta situación se agravó debido a que muchos nativos preferían el suicidio a la sujeción.¹³³ De acuerdo con Colmenares, para el periodo comprendido entre 1558 y 1564 el número de tributarios de toda la provincia ascendía tan solo a 6.000 personas y los vecinos de Santa Fe de Antioquia se quejaban por la falta de mano de obra; según la información de Fray Jerónimo de Escobar en 1590 de los 100.000 nativos que debía haber antes de la conquista, solo quedaban 800 familias.¹³⁴ En medio de esta coyuntura, el descubrimiento de las minas de Cáceres, Zaragoza y Remedios se tradujo en un aumento de la producción minera en la Nueva Granada, lo cual contribuyó a prolongar durante algunas décadas el primer ciclo del oro, aunque las deficiencias que dificultaban el desarrollo de la minería continuaron.

¹³³ PARSONS, James. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979, p. 69.

¹³⁴ COLMENARES, *Historia social ...*, Tomo I, p. 89.



MAPA 1. Divisiones administrativas de Antioquia colonial

Tomado de: PARSONS, James. *La colonización antioqueña...*, p. 21.

La ausencia de pueblos indígenas numerosos y el veloz descenso demográfico de los existentes implicó que la institución de la encomienda fuera inoperante en Antioquia; en muchas ocasiones a los soldados que habían participado en la empresa de conquista les eran otorgadas encomiendas imaginarias para apaciguar sus demandas pero ésta en realidad no constituyó una forma importante de trabajo ni de acumulación de capital o prestigio social para lo encomenderos.¹³⁵ La presencia de la iglesia en Antioquia tampoco fue muy relevante durante la época colonial. Allí no existía una diócesis independiente sino que la Provincia estaba sujeta a las autoridades eclesiásticas de Cartagena y Popayán, las cuales recibían los diezmos que provenían de esta región pero no parecían preocuparse mucho por la salud espiritual de sus habitantes ya que poco los visitaban. De hecho, para 1785, hacía 43 años que los obispos de Popayán no iban a la diócesis de Antioquia, esto influyó en que no existieran tampoco grandes latifundios eclesiásticos.¹³⁶

En general, la estructura, las autoridades y las instituciones sociales, políticas y económicas de la colonia no se arraigaron en Antioquia con tanta fuerza como en el resto de la Nueva Granada: “El sistema implantado en Antioquia no fue propicio para que allí asentase sus reales el caudillo militar, el terrateniente, el obispo o el alto representante de la corona. Antioquia aparecía como una región pobre, sin ricos palacios, sin iglesias revestidas en oro, sin mansiones lujosas de virreyes ni prelados, es decir sin todo el esplendor del aparato colonial”.¹³⁷ Ello no impidió, sin embargo, que los sectores

¹³⁵ FAJARDO, Luis, *La moralidad protestante de los antioqueños. Estructura social y personalidad*, Cali, Departamento de Sociología, Universidad del Valle, 1966, p. 28

¹³⁶ Ver: OSPINA, Tulio, *El oidor Mon y Velarde, Regenerador de Antioquia*, pp. 3, En: Biblioteca virtual de la Universidad de Antioquia, <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/colections.php>, consultada el día 17 de mayo de 2008, LÓPEZ TORO, Álvaro, *Migración y cambios social en Antioquia durante el siglo XIX*, Bogotá, Universidad de los Andes, Facultad de Economía, Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico, 1976, p. 28.

¹³⁷ *Ibíd.* p. 41.

acomodados se esforzaran por mantener su estatus, sobre todo desde el punto de vista racial, como veremos más adelante.

Por otra parte, desde las primeras décadas del siglo XVI los españoles estaban al tanto de la rápida disminución demográfica de los indígenas en el territorio de la Nueva Granada y otras colonias americanas. Ante las continuas evidencias sobre el tema y las noticias que recibía sobre el particular, el emperador Carlos V formuló entre 1526 y 1548 diversas disposiciones que buscaban proteger a los indígenas del exterminio total, prohibiendo su esclavitud, limitando los servicios personales y el trabajo en las minas, así como sugiriendo la importación de esclavos africanos.¹³⁸ Sin embargo, aún hasta el siglo XVII estas medidas respondieron más a la buena voluntad de la Corona que a una intención real por parte de los mineros en llevar a cabo la sustitución;¹³⁹ la persistencia del trabajo indígena resultaba fundamental para la rentabilidad de las minas: por una parte, eran los indígenas quienes les enseñaban a los esclavos negros la dinámica de la explotación de oro, por otro lado, eran ellos los que poseían los conocimientos para construir los acueductos elevados necesarios para lavar las arenas auríferas.¹⁴⁰ Estas razones llevaron a que en la mayoría de los casos la realidad no se ajustase a las normas y la esclavitud de los indígenas persistió con el consecuente descenso demográfico. Para 1580 la minería se hizo insostenible y entró en crisis debido a la escasez de mano de obra disponible.

Aunado a estas razones, un conjunto de factores aceleraron la importación masiva de cautivos africanos hacia la Nueva Granada. Uno de ellos fue el debate que se adelantaba en Europa alrededor de la humanidad de los indígenas americanos y la pertinencia teológica de

¹³⁸ MAYA, *Brujería...*, p. 97; CASTELLANOS, *Historia de la Gobernación...*, p. 13.

¹³⁹ COLMENARES, *Historia social... Tomo I.*, p.175 y 176.

¹⁴⁰ PARSONS, *La colonización...*, p. 72.

su esclavización. Éste fue encabezado por el fraile dominico Bartolomé de las Casas quien desde muy temprano en el siglo XVI había defendido la humanidad de los indios, cuestionando su esclavitud y señalando la necesidad de protegerlos de la extinción total mediante la formulación de las *Leyes Nuevas*, destinadas a tal fin.¹⁴¹ En la Nueva Granada esto se tradujo en la formulación de las *Ordenanzas de la Audiencia de Santa Fe sobre el trabajo de los indios en las minas* durante la segunda mitad del siglo XVI, según las cuales, las autoridades neogranadinas consideraban a los indígenas como *libres*:

Primeramente, que los dichos indios sepan y entiendan que contra su voluntad no han de ser llevados ni apremiados a sacar oro, ni piedras, ni plata, ni otra cosa contra su voluntad, sino que como personas libres que son, queriéndolo ellos hacer, lo han de hacer libremente y para su aprovechamiento, de manera que todo el oro o plata y piedras y otra cosa que sacaren sea para ellos mismos, pues les cuesta su trabajo para comer y vestir y sustentar su casa y familia y pagar lo que debieren de sus tributos (f. 956 r.) y demoras, y finalmente hacer dello como de cosa suya propia lo que quisieren y por bien tuvieren.¹⁴²

El recurso a la importación de esclavos se vio favorecido por la anexión de Portugal a la Corona de Castilla. En efecto, España no desaprovechó la experiencia de los portugueses, quienes tenían un vasto conocimiento previo sobre la navegación marítima, la geografía, las sociedades del occidente de África y la trata esclavista; el negocio benefició a ambas partes: les aseguró a los españoles el abastecimiento de un mercado al cual no podían acceder debido al Tratado de Tordesillas, y a los portugueses una constante demanda de esclavizados.¹⁴³

¹⁴¹ CASAS, Bartolomé de las, 1992: *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid, Edición de Isacio Pérez Fernández - Editorial Tecnos; COLMENARES, op.cit. p. 176.

¹⁴² Varios autores. *Lecturas de Historia Colonial III. El problema indígena en el periodo colonial (1540-1614)*, 1967, Universidad de Los Andes.

¹⁴³ Maya, *Brujería...*, p. 97.

Aunque esta época marca el inicio de la importación masiva de africanos hacia la Nueva Granada, allí había presencia de cautivos ya desde las primeras décadas del XVI. Para 1571 Castellanos reporta la participación de africanos en las huestes colonizadoras que buscaban ampliar el área de influencia española en las cercanías la ciudad de Remedios:

Allí se detuvieron en el campo
 Algunos días e hicieron lista
 Del número de gente que venía:
 Hallaron ser los españoles ciento,
 Hasta seis menos, pero todos ellos
 De todas buenas armas pertrechados;
 Los caballos pasan de trescientos;
 Setecientos los indios de servicio,
 Y algunos etíopes, aunque pocos,
 Pero para cualquier trance dudoso
 Arrojadizos y determinados¹⁴⁴

Estos africanos habían sido introducidos a la Nueva Granada a partir de 1530 bajo regímenes de *licencias*, es decir, autorizaciones individuales expedidas como un privilegio a favor de funcionarios civiles, eclesiásticos y conquistadores. Los esclavos que llegaron a la Nueva Granada a través del puerto de Cartagena de Indias entre 1580 y 1640 para suplir la demanda de mano de obra que implicó la fundación de Remedios, Cáceres y Zaragoza provenían de África central y centro-occidental, pero de acuerdo con los registros históricos no llegaron a esta parte de América cautivos provenientes de África oriental, como si sucedió por ejemplo en Brasil. En este periodo, la importación de africanos se hizo bajo un régimen de *asientos*, es decir, convenios mediante los cuales un particular se comprometía a abastecer a las colonias por cierto número de esclavos y aseguraba el monopolio mediante el pago de un impuesto por cada africano introducido en América.¹⁴⁵ Entre 1580 los asientos fueron privilegio de los portugueses, quienes “no solo abastecieron de esclavos el

¹⁴⁴ CASTELLANOS, *Historia de la Gobernación...*, p. 47.

¹⁴⁵ MAYA, *Brujería...*, p. 82.

*primer ciclo azucarero del nordeste brasilero sino que, a través de los grandes asientos, fueron responsables de proveer mano de obra al imperio español”.*¹⁴⁶

Como señalé más arriba, los portugueses desde largo tiempo atrás habían iniciado su exploración del continente africano y poseían factorías esclavistas en Cabo Verde, Cacheo, Loanda, Cabinda y Santo Tomé.¹⁴⁷ Por su parte, Cartagena de Indias fue el principal puerto negrero de la Nueva Granada y uno de los más importantes del continente entre 1580 y 1640, fechas en las que se extendió el dominio portugués del tráfico negrero y que coinciden con el ascenso y la decadencia del primer ciclo del oro en la Nueva Granada, al cual arribaron cautivos africanos que provenían básicamente de Guinea, Angola y el Antiguo Reino del Kongo y pertenecían a naciones congo, monicongo, ánzico y angola. De acuerdo con la revisión sobre las cifras de la trata que lleva a cabo Maya, con base en los documentos de la Casa de Contratación de Sevilla que reposan en el Archivo General de Indias la historiadora Enriqueta Vila Vilar ha calculado que la cifra de personas africanas que llegaron a América a través del puerto de Cartagena puede estar alrededor de las 192.000 en el periodo comprendido entre 1595 y 1680, mientras que Pierre Chaunu, con base en los Libros de Registros Generales sugiere la cifra de 350.000 personas entre 1551 y 1640.¹⁴⁸

Es muy difícil determinar cuántos de estos africanos desembarcados en Cartagena permanecieron en el territorio de la Nueva Granada y más aún qué cantidad de personas fue destinada a las labores de extracción minera en el nordeste antioqueño; el cálculo de estas cifras se complica aún más si tenemos en cuenta el gran volumen de esclavizados

¹⁴⁶ COLMENARES, *Historia social... Tomo II*, p. 21.

¹⁴⁷ MAYA, *op.cit.*, p. 98.

¹⁴⁸ MAYA, *Brujería...*, p. 157-167.

introducidos de contrabando por parte de ingleses y holandeses durante este periodo.¹⁴⁹ Sin embargo, con base en las crónicas de la época y algunos documentos que reposan en archivos colombianos y españoles, autores como Nicolás del Castillo y Robert West han mostrado que durante las primeras dos décadas del siglo XVII la provincia de Antioquia albergaba la nada despreciable cantidad de aproximadamente 10.000 esclavizados africanos.¹⁵⁰

Aunque el descubrimiento de las minas en el nordeste antioqueño vino a darle un nuevo aire al Primer Ciclo del Oro, los problemas estructurales que habían provocado la crisis de 1570-1580 no desaparecieron con la importación de esclavos. La vocación económica de Antioquia se había volcado completamente hacia la minería, de modo que la agricultura era virtualmente inexistente: “La sucesión de acontecimientos en la vida económica de la región de Antioquia determinó para ésta, desde las épocas iniciales de la conquista, la existencia de una actividad minera que, lejos de estimular el surgimiento local de otros sectores productivos complementarios, los excluyó”.¹⁵¹ Esta afirmación es corroborada por la información sobre la naturaleza de los tributos indígenas en esta región: desde el comienzo de la colonización, éstos se hacían en oro y no en productos de la tierra, de modo que la simbiosis que existió en otras regiones de la Nueva Granada entre mano de obra esclava en las minas y mano de obra indígena en la agricultura, no tuvo lugar en Antioquia. Adicionalmente, la pobreza de los suelos y las dificultades propias del trabajo de la tierra en laderas montañosas contribuyeron al abandono de la producción agrícola allí.

¹⁴⁹ COLMENRES, *Historia económica y social... tomo I*, p. 304 y 305.

¹⁵⁰ MAYA *Brujería...*, Pp. 164 y 165

¹⁵¹ GONZÁLEZ, Margarita. “El resguardo minero de Antioquia”. En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, volumen 9. Bogotá: Departamento de Historia, Universidad nacional de Colombia, 1979, p. 17.

Por supuesto, esto dificultó enormemente el abastecimiento de las minas, agravado por las complejas condiciones geográficas y los problemas de comunicación que mantuvieron a Antioquia aislada del resto del reino. Las distancias entre Santa Fe y los distritos mineros de esta región eran demasiado grandes: 92 leguas y 15 jornadas en el caso de Remedios, 117 leguas y 30 jornadas para Santa Fe de Antioquia, 143 leguas y 38 jornadas hasta Cáceres y 176 leguas y 47 jornadas para Zaragoza. Así las cosas, en la época de mayor productividad, los productos empleados en las minas de la provincia venían de Cartagena o Santa Fe, en ambos casos a través del río Magdalena; los abastecimientos traídos desde el interior del Reino tardaban hasta treinta días en llegar a Zaragoza, de modo que las grandes distancias que debían recorrer encarecían su transporte.¹⁵²

En esas condiciones, las consecuencias de este exclusivismo económico se empezaron a ver rápidamente. Para las primeras décadas del siglo XVII la crisis en los reales de minas desencadenó en una hambruna generalizada entre los esclavizados que en ellas trabajaban.¹⁵³ De hecho, se considera que para esa época los índices de mortalidad entre los esclavos de Cáceres y Zaragoza fue muy alta debido a la falta de sustento agrícola en la región,¹⁵⁴ con lo cual las pérdidas económicas para los mineros eran considerables y la minería poco rentable.

Por otra parte, y quizá derivadas de las difíciles condiciones de vida a las que estaban sujetos los esclavizados, se hicieron frecuentes las rebeliones; en 1598 el cronista Antonio Vásquez de Espinosa relató una gran revuelta de que se presentó en las inmediaciones de Zaragoza, mientras que para 1607 tuvo lugar un levantamiento de la ciudad de Nuestra

¹⁵² COLMENARES, *Historia social... Tomo I*, p. 353.

¹⁵³ MAYA, *Brujería...*, p. 69.

¹⁵⁴ COLMENARES, *Historia social... Tomo I*, p. 306.

Señora de los Remedios. Estos eventos ponían en riesgo el orden colonial ya que disminuían la producción, estimulaban la rebeldía de otros cautivos y trastornaban la ya de por sí precaria infraestructura de caminos en la zona.¹⁵⁵ De hecho, para finales del XVI ya había noticias sobre la existencia de comunidades de cimarrones en Antioquia, cuya formación y permanencia se veían favorecidas por las condiciones del terreno: cercanía a las minas y vegetación abundante.

La escasez de mano de obra en la región constituyó un problema estructural que se profundizó con el paso del tiempo y fue otro de los factores que contribuyó a la decadencia del primer ciclo del oro en Antioquia. La cantidad de africanos que se introducían en la Nueva Granada mediante contratos de asiento se calculaba sobre una demanda esperada, de modo que para asentistas, tratantes y comerciantes era fundamental asegurar la venta de las mercancías humanas pero, especialmente, el pago de éstas; por su parte, los mineros de Antioquia dependían totalmente de los comerciantes para el desarrollo de su labor pero en ocasiones experimentaban serias dificultades para el acceso a la mano de obra que asegurara el mantenimiento de la minería. Por lo general, el único medio de capitalización de los mineros era la propia productividad de sus minas de modo que, cuando éstas no alcanzaban las cifras esperadas, debían endeudarse para adquirir más esclavizados y de ese modo aumentar la producción, estrategia que no siempre funcionaba y se veían obligados a hipotecar sus esclavos o adquirir nuevas deudas. Los mineros de Antioquia estaban entonces atrapados en un círculo vicioso: el rendimiento de las minas dependía del volumen de mano de obra disponible y éste se encontraba sujeto a su vez al aumento de la producción, de modo que ambos factores crecían a un ritmo muy limitado.

¹⁵⁵ NAVARRETE, María Cristina, “Cimarrones y palenques en el Nuevo Reino de Granada”, en: *Tzintzun Revista de Estudios Históricos*, N° 33, enero-junio de 2001, Morelia: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, p. 126-127.

En este contexto los beneficiados fueron los comerciantes pues en su papel de mediadores obligados entre la provincia y el exterior controlaban toda la introducción de mercancías en la región y eran quienes finalmente se quedaban con los pocos excedentes de ganancia que producía la minería: “Lo que ni el terrateniente ni el concesionario de reales de mina pudieron lograr en Antioquia, pudo entonces realizarlo el grupo comerciante, y ello fue, mediante los instrumentos de la compraventa, reducir el nivel de vida del minero libre al mínimo de subsistencia, extrayendo de su producción de oro un considerable excedente de ganancia bruta comercial”.¹⁵⁶ Con el tiempo, estos comerciantes se convertirán en un sector fuerte que impulsará el movimiento migratorio del XIX y constituirá una clase empresarial capitalista, quizá la única que se distinguió en el panorama socioeconómico antioqueño desde la época colonial.

Durante la segunda década del XVII, la crisis se agravó debido a los constantes enfrentamientos entre mineros y comerciantes pues cada uno de estos sectores buscaba defender sus propios intereses, especialmente en el distrito de Zaragoza. Para asegurar sus ganancias, los comerciantes ejecutaban las deudas mediante el embargo de los esclavos; los mineros, con el ánimo de defenderse, recurrieron a una Real Cédula proferida por Carlos V en 1549 según la cual no podían “ser ejecutados judicialmente en sus instrumentos de trabajo”,¹⁵⁷ lo cual implicaba una falta de garantías para los comerciantes que los llevó a amenazar constantemente con que no volverían a llevar esclavos ni abastecimientos a Zaragoza.¹⁵⁸ La disputa legal se prolongó hasta la primera década del XVII, agravándose cada vez más hasta el momento en que, al parecer, los comerciantes cumplieron sus amenazas: en 1608 los mineros protestaban ante la Corona porque hacía aproximadamente

¹⁵⁶ LÓPEZ TORO, Álvaro, *Migración y cambio...*, p. 28.

¹⁵⁷ COLMENARES, *Historia social... Tomo I*, p. 308.

¹⁵⁸ *Ibíd.*, p. 310.

tres años que no se vendían esclavos allí. La conjunción de estos factores dio lugar a una progresiva caída de la producción minera, cuyas cifras hablan por sí solas. Veamos:

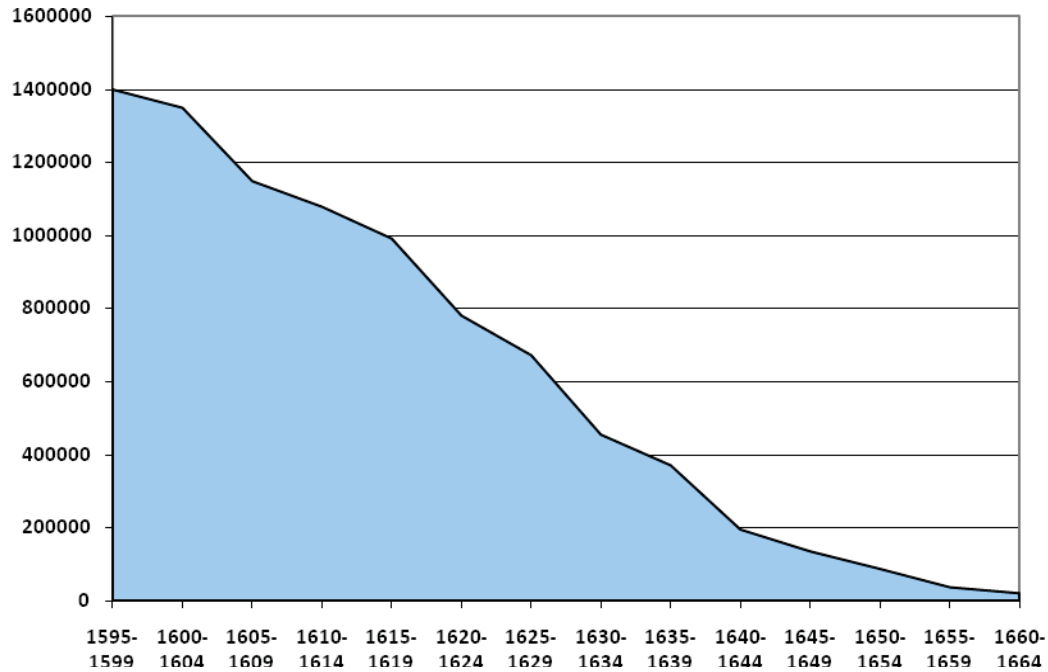


Tabla 1. Decadencia de la producción minera en el distrito de Zaragoza. Valores en pesos oro de 22.5 quilates. Datos tomados de: COLMENARES, Germán, *Historia económica y social de Colombia, tomo I, 1537-1719*, Bogotá: Tercer Mundo, 2001.

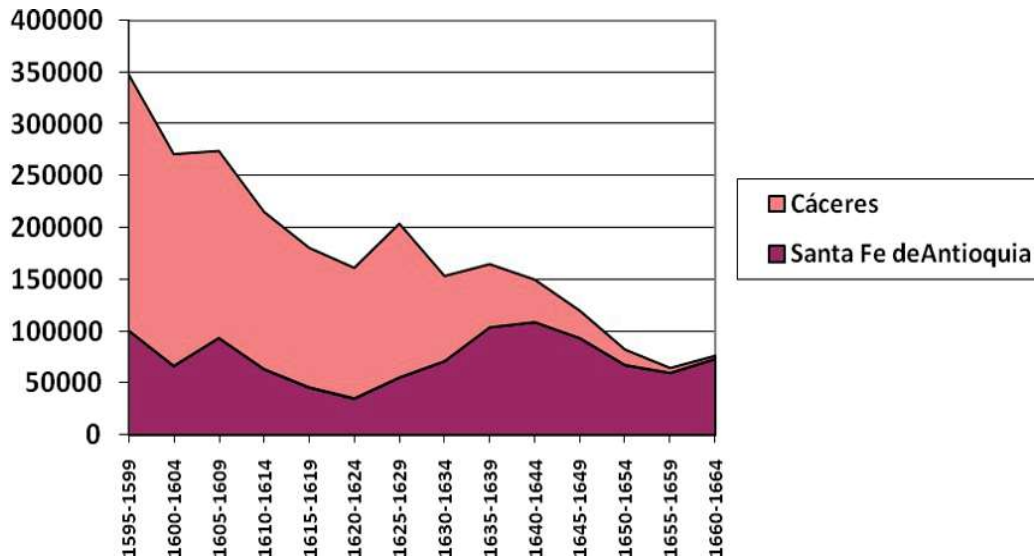


Tabla 2. Decadencia de la producción minera en los distritos de Cáceres y Santa Fe de Antioquia. Datos tomados de: COLMENARES, Ibíd._

El desplome de la producción es evidente. De acuerdo con estas cifras la actividad minera continuó en Antioquia a lo largo del XVII pero los efectos de la crisis se evidencian en la drástica disminución de la productividad en todos los distritos. Por esta razón, desde 1680 hasta 1750 el interés de los mineros se desplazó hacia otras regiones del Nuevo Reino, especialmente el litoral Pacífico, dando lugar al segundo ciclo del oro, cuyo sistema también descansaba en la utilización de mano de obra de esclavizados africanos.

Pese a la decadencia de la minería en Antioquia, y quizá debido a que ésta parecía ser la única actividad posible en la mayor parte del terreno de la región, en el transcurso de los dos siglos siguientes la dependencia económica de la provincia respecto de la actividad minera continuó. Prácticamente hasta finales del siglo XVIII la apropiación del territorio siguió una lógica parecida a la de los primeros tiempos de la conquista en cuanto a la búsqueda incansable de nuevas minas, pero se diferenció en que la expansión estuvo

dirigida hacia el altiplano ubicado al sur y el oriente del río Cauca primero, y hacia el centro de la provincia más tarde en el denominado “Valle de los Osos”, en donde se consolidó la ciudad de Santa Rosa, que había sido fundada en 1636, como nuevo centro minero. Este desplazamiento implicó la fundación de otras ciudades mineras en zonas frías y montañosas, a diferencia de lo sucedido durante el siglo XVI.

Fue precisamente durante este periodo expansivo de la minería de menor escala cuando se fundaron Medellín, la actual capital del departamento de Antioquia, en 1675, Rionegro, muy cerca a esta ciudad, en 1642 y Marinilla en 1690; por estar situadas en el valle de Aburrá, territorio más propicio para el desarrollo de la agricultura y la ganadería que otras zonas de laderas montañosas, ambas ciudades constituyeron centros de abastecimiento durante los siglos posteriores lo cual las llevó a ocupar un lugar muy relevante en los planos social, económico y político de Antioquia.¹⁵⁹ Fue también durante este periodo cuando se constituyeron ciudades como Yolombó -donde se desarrolla *La marquesa de Yolombó*, la más famosa novela de Carrasquilla- cuya fecha exacta de fundación es desconocida debido al deterioro de los archivos documentales de la población anteriores a 1670; y Santo Domingo, tierra natal de Carrasquilla, poblado constituido oficialmente en 1778 sobre el preexistente entable de minas consagrado a *Santo Domingo de Guzmán*.

Sin embargo, los problemas estructurales que experimentó la minería en Antioquia durante el siglo XVI y principios del XVII no desaparecieron sino que, por el contrario, la crisis se fue profundizando con el paso del tiempo. Luego del esplendor que tuvo lugar allí durante el primer ciclo del oro, la región no logró recuperar su relevante lugar dentro de la producción colonial de oro. Pese a la gran profusión de fundaciones en los siglos siguientes,

¹⁵⁹ PARSONS, *La colonización...*, p. 71

la provincia continuó sumida en el aislamiento y sin otra esperanza que el descubrimiento y la explotación de nuevos filones de oro, la minería se tornó una actividad de subsistencia cuya situación no cambió con la expansión territorial. Por otra parte, aunque como señalé un poco más arriba, Rionegro y Medellín constituyeron centros de abastecimiento agrícola importantes, hay que tener cuidado a la hora de considerar el crecimiento agrícola y comercial de Antioquia, que siguió siendo muy limitado prácticamente hasta el final del periodo colonial; en efecto, de acuerdo con Parsons, el abastecimiento de las minas de tierra fría explotadas durante los siglos posteriores al primer ciclo del oro resultaba incluso más costoso que el de las minas del siglo XVI.

Este conjunto de condiciones demográficas, económicas y geográficas de Antioquia tuvo como resultado un desarrollo prácticamente inexistente en todos los planos. Quienes han estudiado el tema coinciden en afirmar que para la época esta era una de las provincias más pobres del reino, su población minera se encontraba al borde de la indigencia y sus habitantes en general eran los más “atrasados” e “ignorantes” del país.¹⁶⁰ De hecho para finales del siglo XVIII, la actividad minera en Antioquia había dejado de ser vista como positiva y se consideraba por el contrario como un factor que impedía el desarrollo de la provincia; en 1783 el sacerdote Joaquín de Finestrada lo expresaba así: “Lejos de persuadirme de que las minas son el ramo más feliz de la corona, soy de parecer que son la causa de los atrasos más sensibles de las provincias. La de Antioquia que está toda lastrada en oro, es la más pobre y miserable de todas”.¹⁶¹

¹⁶⁰ Ver: COLMENARES, *Historia social... Tomo I*, p. 164; GONZÁLEZ, *El resguardo...*, p. 17; PARSONS, *La colonización...*, p. 20; OSPINA, *El oidor...*, p. 3.

¹⁶¹ Citado en PARSONS, *La colonización...*, p. 80.

A lo largo de esa centuria otras autoridades habían manifestado la difícil situación por la que atravesaba la provincia. En 1729 el gobernador Don Antonio Manso Maldonado le dirigió al Virrey un oficio en el que solicitaba ayuda para la reactivación de la minería en Antioquia en los siguientes términos: “Hágalo Vuestra Majestad por bien de esta provincia ya casi en los últimos términos de aniquilarse”, por su parte en 1783 el Gobernador Francisco Silvestre Sánchez afirmaba que “Esta Provincia, se advierte, con lastimera compasión del que la ve y conoce, en las últimas agonías de su ruina”.¹⁶² De este modo se evidencia que entre los siglos XVI y XVIII paradójicamente, la abundancia del oro llevó a Antioquia a ser quizá la provincia con menor desarrollo del reino.

Acerca de la mano de obra que se empleó en la minería después de la crisis del primer ciclo del oro Parsons señala que, debido justamente a la pobreza que dominaba la región, muchos blancos peninsulares y criollos emprendieron actividades productivas por su propia cuenta pues, aunque hubo un sector de españoles acomodados sobre todo en la recién fundada Medellín, los descendientes de soldados y vagabundos que habían quedado allí luego de las expediciones de conquista eran la población de blancos más numerosa.¹⁶³ Sin embargo, también sabemos que durante todo el siglo XVII se siguieron destinando esclavizados negros para el trabajo minero; la fundación de Medellín implicó el traslado de las cuadrillas desde los antiguos distritos de Cáceres, Remedios y Zaragoza a las minas de tierra fría recién descubiertas, mientras que las antiguas ciudades perdieron su pasada importancia y pasaron a ser pequeñas aldeas pobladas por negros libres y mulatos que se dedicaron a la minería de subsistencia.¹⁶⁴ Para finales del XVIII, pese a que la decadencia del primer ciclo del oro había tenido lugar hacía más de 150 años, encontramos todavía un buen número de

¹⁶² OSPINA, *El oidor*..., p. 4.

¹⁶³ PARSONS, *La colonización*..., p. 90.

¹⁶⁴ PARSONS, *Ibid.*, p. 69.

minas trabajadas por cautivos negros pues, de acuerdo con Escalante “hacia 1797 se contaban en ese departamento cien reales de minas, distribuidos así: 20 en la jurisdicción de Antioquia, que comprendía a Santa Rosa, San Pedro y Arma; 16 en la de Zaragoza; 17 en la de Cáceres y 7 en la de Remedios, que comprendía a Yolombó. En cada real de minas trabajaban una o más cuadrillas de esclavos negros”.¹⁶⁵

A pesar de que estos datos muestran que la esclavitud basada en el sistema de cuadrillas seguía vigente todavía para finales del XVIII, el empleo de mano de obra libre parece haber sido determinante después de la crisis minera. La pobreza de la Provincia implicaba solo unos pocos de sus habitantes más pudientes estuvieran en capacidad de pagar los altos precios que valían los esclavizados; en 1776 el Gobernador Francisco Silvestre lo hace explícito cuando señala que algunos mineros preferían pagar un salario diario a los trabajadores negros antes que asumir los gastos que implicaba su compra y mantenimiento.¹⁶⁶ En efecto para 1784 solo una de las minas del otrora opulento distrito minero de Remedios era trabajada mediante el sistema de cuadrillas, mientras que Cáceres y Zaragoza se habían convertido en pequeños pueblos habitados por mayorías de negros libres y probablemente muchos de los esclavos que antes habían trabajado en estos distritos fueron trasladados a las minas del occidente durante el segundo ciclo del oro, de modo que la población esclava disminuyó notablemente en el nordeste antioqueño;¹⁶⁷ por su parte Santa Fe de Antioquia había perdido su prominencia local después de la fundación de Medellín.

¹⁶⁵ ESCALANTE, Aquiles, *El negro en Colombia*, Barranquilla: Corporación Educativa Mayor del Desarrollo Simón Bolívar, 2002, p. 70.

¹⁶⁶ PARSONS, *La colonización...*, p. 77

¹⁶⁷ Comunicación personal con la historiadora María Cristina Navarrete, junio 4 de 2008

Sabemos también que la proporción para esta época la cantidad de africanos y afrodescendientes en los campos y ciudades antioqueñas podía llegar a ser mucho mayor que la de blancos, en una proporción aproximada de 10 a 1. Según Parsons, el censo de 1797 muestra que en la jurisdicción de Santa Fe de Antioquia había 6% de blancos contra 65% de “gentes libres de color” -es decir tanto mulatos como mestizos-, mientras que en Medellín, la capital de la provincia desde hacía más de un siglo, había 18% de blancos, 27% de mestizos, 35% de mulatos y 20% de esclavos.¹⁶⁸ Además de hacer evidente en ambos casos la existencia de unas mayorías de gente perteneciente a las castas, estas cifras también muestran que en efecto los negros, mestizos y mulatos libres sobrepasaban ampliamente a los esclavos; esta amplia población libre se dedicó sobre todo al mazamorreo,¹⁶⁹ el servicio doméstico y el trabajo asalariado en las minas.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, veremos a continuación cuáles fueron los factores históricos que dieron lugar a la conformación en Antioquia de un régimen regional de representación, orientado por los principios del andinocentrismo pero al mismo tiempo moldeado por las dinámicas propias del fenómeno conocido como la *colonización antioqueña*.

COLONIZACIÓN Y BLANQUEAMIENTO

Progresar es violar. El indio, el monte, la cascada ululante, el bosque puro, la azul diafanidad del horizonte, la Fauna, el océano... todo eso, en pro del vellocino del futuro, sufre las violaciones del Progreso. Progresar es violar. Y sin embargo, bienvenido a mi patria, tú, el amargo

¹⁶⁸ PARSONS, *La colonización...*, p. 73.

¹⁶⁹ Explotación de oro en minas aluviales, individual e independiente.

violador del paisaje rumoroso...
Bienvenido a mi patria, tú, el de pies
de hierro para el valle florecido,
Bienvenido a mi patria, tú el Burgués
de las fraguas, del sórdido alarido:
a pesar del paisaje, silencioso
de la Belleza herida,
de la trémula esencia de la vida...¹⁷⁰

De acuerdo con diversos trabajos académicos, la falta de jerarquías socioeconómicas rígidas surgida como consecuencia de la pobreza generalizada en la región, la inexistencia de latifundios familiares heredados y el rápido aumento de la población de negros libres en Antioquia estimularon el surgimiento de una organización social que permitía un alto grado de intercambio entre las castas. Según esas interpretaciones, los blancos pobres, descendientes de esos soldados colonizadores que de pronto se vieron convertidos en encomenderos sin encomienda, habrían tenido que trabajar hombro a hombro con negros, mulatos y mestizos libres para subsistir lo cual implicaría que la antioqueña fuera una economía “individual, de agricultores y mineros libres y bajo un régimen de autonomía local y derecho común”.¹⁷¹

Desde el punto de vista racial, este argumento ha alimentado la idea de que durante el siglo XIX se produjo un mestizaje rápido que diluyó la herencia negra del pueblo antioqueño tanto en lo biológico como en lo cultural, de modo que allí se constituyó una sociedad en la cual la adscripción racial fue eliminada como elemento distintivo: “Es lógico suponer que este mestizaje en grado escala eliminara de la estructura de clases el componente racial que

¹⁷⁰ Citado en: ROLDÁN, Mary, “Violencia, colonización y la geografía de la diferencia cultural en Colombia”, En: *Análisis Político*, N° 35, Sep-Dic de 1998, Bogotá, IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, p. 8.

¹⁷¹ PARSONS, *La colonización*, p. 40.

en otras zonas de Colombia jugó un papel importante, al introducir ciertas características de casta en el cuadro de las relaciones entre las clases”.¹⁷² El sociólogo colombiano Luis Fajardo defiende el igualitarismo de los antioqueños poniendo como ejemplo la diferencia entre las formas de denominar a las personas de clase baja en Antioquia en contraste con otras zonas del país:

Cabe observar la connotación económica implícita en las palabras que se usaban en Antioquia para identificar la clase social de una persona. A los de la clase alta se les decía: “los de la banca”, “ricachones”; a los de la clase baja: “desarrapados”, “arrastrados”, “muertos de hambre”. Estos calificativos difieren mucho de los usados en otras partes del país, en donde las palabras que se utilizan conllevan connotaciones de tipo racial o establecen una barrera para identificar a aquellas clases que por tradición y apellido se consideraban las más altas. A los de arriba se les solía llamar: “gente bien”, “los de la sociedad”, “encopetados”, “de buena familia”, “los de la high”; y a los de abajo: “chusma”, “plebe”, “indio”, “negro”, “zambo”, “mugroso”, “de mala clase”, “peón”.¹⁷³

Sin embargo esta idea del mestizaje a gran escala parece haber sido más un truco ideológico generado en el marco de los profundos cambios que sufrió la sociedad antioqueña durante el siglo XIX que un fenómeno demográfico incuestionable.

LA EPOPEYA DEL HACHA. COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

“(…) soy producto de una de esas migraciones que, a mediados del siglo XIX, partió de la vieja Antioquia, se internó en las selvas inhóspitas, traspasó a lomo de buey las serranías nevadas del Ruiz y penetró en las fértiles vertientes de la Cordillera Central de los Andes (...) Mis antepasados fueron, pues, en su gran mayoría, colonizadores, arrieros, aserradores, mineros, pero, principalmente, sencillos labradores, a través de muchas generaciones de esfuerzos colectivos. Tuve la fortuna de nacer en una pequeña aldea, parte de esa constelación de fundos creados por la acción vigorosa de los pioneros antioqueños, y de verla crecer, poco a poco, hasta convertirse en ciudad próspera y fecunda. Tanto mi infancia como mi adolescencia discurrieron por sus calles soleadas y sus campos aledaños, conforme a los preceptos de las más ortodoxas costumbres de los genitores,

¹⁷² FAJARDO, *La moralidad...*, p. 50. Para otras referencias acerca del papel del mestizaje en Antioquia ver: PARSONS, op.cit., pp. 75; WADE, Peter, *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*, Santa Fe de Bogotá: Siglo del Hombre, Universidad de los Andes, 1997, capítulo 8.

¹⁷³ FAJARDO, op.cit., pp. 52

escuchando de sus propios labios los múltiples episodios de esa aventura prodigiosa y los relatos relacionados con la fundación. Al calor de la lumbre hogareña, en los viejos fogones de tierra pisada, en las cocinas penumbrosas donde borboteaba el fríjol y se tostaba la arepa, o bajo la sombra de los árboles frondosos, dominando con la vista los extensos territorios colonizados por mis antepasados, cruzados por caminos de herradura por donde desfilaban las recuas de mulas que llegaban a los mercados sabatinos del pueblo, cargadas de frutas y esperanzas, pude saborear lentamente, con deleite inenarrable, la miel de sus leyendas y sus mitos, en lo que los fantasmas salían de los bosques umbrosos y de los arroyos cristalinos para poblar la fértil imaginación de los campesinos que habían logrado convertir selvas en ciudades.”¹⁷⁴

Este texto recoge de manera sintética muchos de los elementos que caracterizan el fenómeno de la Colonización, el movimiento colonizador que constituye el orgullo de la gente antioqueña y el mito fundante de su identidad. Al emplear el término *Colonización Antioqueña* me refiero a un fenómeno que tiene sus antecedentes a finales del siglo XVIII pero cuyo punto culminante se ubica en el XIX y se extiende hasta las primeras décadas del XX. Se trata del movimiento migratorio más grande e importante de la historia colombiana ya que movilizó a miles de campesinos sin tierra hacia zonas deshabitadas, amplió la frontera agrícola en proporciones gigantescas y sentó las bases para el desarrollo de una economía capitalista basada en la exportación de café. La colonización antioqueña ha sido considerada como la reforma agraria de hecho más importante de Latinoamérica en el siglo XIX, como un fenómeno de democratización espontánea en el reparto de las tierras, y como la gran revolución económica del siglo, que logró romper con todas las estructuras coloniales en cuanto a la relación entre tierra, trabajo y propiedad.¹⁷⁵ Desde el punto de vista cultural, la Colonización no solo marcó la historia de Antioquia sino que dio lugar a la creación del tipo nacional conocido como “paisa”, un campesino humilde pero aguerrido,

¹⁷⁴ SANTA, Eduardo, *La colonización antioqueña: una empresa de caminos*, Bogotá: Tercer Mundo, 1993, p. 9 y 10.

¹⁷⁵ SANTA, *Ibíd.*, p. 90 y 91.

fuerte, tradicionalista, muy religioso, progresista y blanco el cual con el tiempo se convirtió en un modelo a seguir en el resto del país.

Para entender el proceso que dio lugar a la Colonización y sus consecuencias para la imagen que Colombia tiene de sus regiones y de sí misma como Nación es necesario conocer brevemente los antecedentes de la migración. Como mencioné en el apartado anterior, a finales del siglo XVIII la pobreza en que estaba sumida Antioquia había llegado a niveles extremos; en 1784 el gobernador Francisco Silvestre, incapaz de sostener la situación por más tiempo, solicitó a la Audiencia de Santa Fe el envío de un oidor. El designado fue don Juan Antonio Mon y Velarde, decano de oidores y doctor en derecho, quien se desplazó a la Provincia entre 1885 y 1889 con el objeto de evaluar la situación, determinar sus causas e iniciar acciones que contribuyeran a su solución.¹⁷⁶ Entre las transformaciones y propuestas que realizó el oidor se encuentran la remoción de funcionarios corruptos que defraudaban la Provincia, la organización de las rentas de aguardiente, degüello y tabaco, el impulso a la creación de la diócesis de Antioquia y la formulación de ordenanzas que regularan el ejercicio de la minería pues las más recientes con que contaba la provincia habían sido formuladas en 1587.

Sin embargo, las medidas que tuvieron más impactos económicos y sociales en la transformación de Antioquia fueron aquellas relacionadas con la promoción de la agricultura. Recordemos que la excesiva importancia de la minería y la falta de trabajo agrícola habían sido los factores que tenían sumida a la Provincia en una crisis estructural que se profundizaba cada vez más hasta alcanzar niveles dramáticos. Por otra parte, la ocupación excesiva de las únicas tierras aptas para el cultivo que hasta entonces existían en

¹⁷⁶ OSPINA, *El oidor*, p. 5.

la provincia -las de valle de Aburrá, que circundaban las ciudades de Medellín, Rionegro y Marinilla- acrecentaba la desocupación y el hambre de los antioqueños. De hecho, cuando los vecinos de Santa Fe de Antioquia evidenciaron el aumento de importancia de la Medellín en detrimento de su propia ciudad, se opusieron a su elevación a la categoría de Villa señalando que no había allí “un palo de tierra desocupada, sin dueño”.¹⁷⁷

En vista de estos problemas, el oidor Mon y Velarde comprendió que la mejor forma de reactivar la economía antioqueña era superar la dependencia de la minería estimulando la colonización de nuevas tierras, más aptas para el cultivo y diversificar la producción agrícola. En uno de los documentos producidos durante su permanencia en la Provincia Mon y Velarde manifestaba que:

Respecto de hallarse muchos pobres de esta provincia sin tierras necesarias para su laboreo en lugares de su residencia, cediendo esto en perjuicio suyo, pues se ven mendigando y sus familias del todo abandonadas resultando gran perjuicio al servicio de ambas Majestades y a los intereses de Ntro. Soberano, se hace preciso consultar y remediar este daño y proporcionar terreno donde puedan establecerse y buscar su alimento con el sudor de su rostro.¹⁷⁸

Las palabras del oidor evidencian la estrategia a seguir, que fue muy sencilla: se promovió la ampliación de la frontera agrícola a manos de campesinos pobres que iban abriendo parcelas de tamaños limitados en tierras vírgenes pertenecientes a terratenientes y mineros; los títulos territoriales otorgados siglos atrás a los conquistadores o funcionarios reales perdían validez una vez se implantaba en determinado sitio una colonia de tamaño considerable que se organizaba para solicitar derechos sobre las tierras.¹⁷⁹ Luego del establecimiento de un nuevo pueblo cada familia obtenía un lote en el perímetro urbano y

¹⁷⁷ PIEDRAHITA, Javier, *Documentos y estudios para la historia de Medellín*, Medellín: Colina, 1983, p. 56.

¹⁷⁸ Citado en SANTA, *La colonización antioqueña: una empresa...*, p. 44.

¹⁷⁹ FAJARDO, *La moralidad...*, p. 44; LÓPEZ, *migración y cambio...*, p. 44 y 45.

una parcela en la zona rural, las extensiones de estas propiedades correspondían con el número de integrantes del grupo familiar y de su capacidad para hacerlas productivas.¹⁸⁰

La fundación de un nuevo poblado era un esfuerzo colectivo que implicaba de todos los involucrados compromisos como cuotas mínimas de producción pero también bonificaciones para la introducción de nuevos cultivos; de este modo, las transformaciones que introdujo Mon y Velarde implicaron también una revaloración del trabajo y el que éste se convirtiera en el mecanismo más válido para la adquisición de tierras, aún por encima de los títulos de propiedad. La ideología que impulsó la empresa colonizadora contribuyó también a solucionar otro serio problema social que atravesaba Antioquia a finales del XVIII: entre 1776 y 1782 se había calculado allí la existencia de al menos cuatro mil vagos y mendigos que deambulaban por los centros urbanos o reunidos en grupo en las áreas rurales de la provincia; estas personas fueron sumadas a las tareas de apertura de caminos y fundación de nuevos asentamientos.¹⁸¹ En el marco de este modelo fueron fundados por orden del oidor los pueblos de San Luis de Góngora, (hoy Yarumal), San Antonio de Infante, Don Matías y Carolina del Príncipe en 1788 al norte y el oriente del territorio original de la provincia.

Las fundaciones que precedieron a los cuatro poblados que acabo de nombrar siguieron las instrucciones que Mon y Velarde había transmitido a las autoridades locales para el establecimiento de nuevos pueblos. En ellas se contemplaba que quienes deseaban hacer parte del movimiento migratorio debían empadronarse para emprender camino, la escogencia del sitio donde se ubicaría la población estaba sometida a una discusión

¹⁸⁰ SANTA, *La colonización antioqueña: una empresa...*, p. 45.

¹⁸¹ JARAMILLO, Roberto Luis, “La colonización antioqueña”, en: MELO, Jorge Orlando (Comp.), *Historia de Antioquia*, Bogotá: Ed. El Colombiano de Medellín, 1979, p. 178.

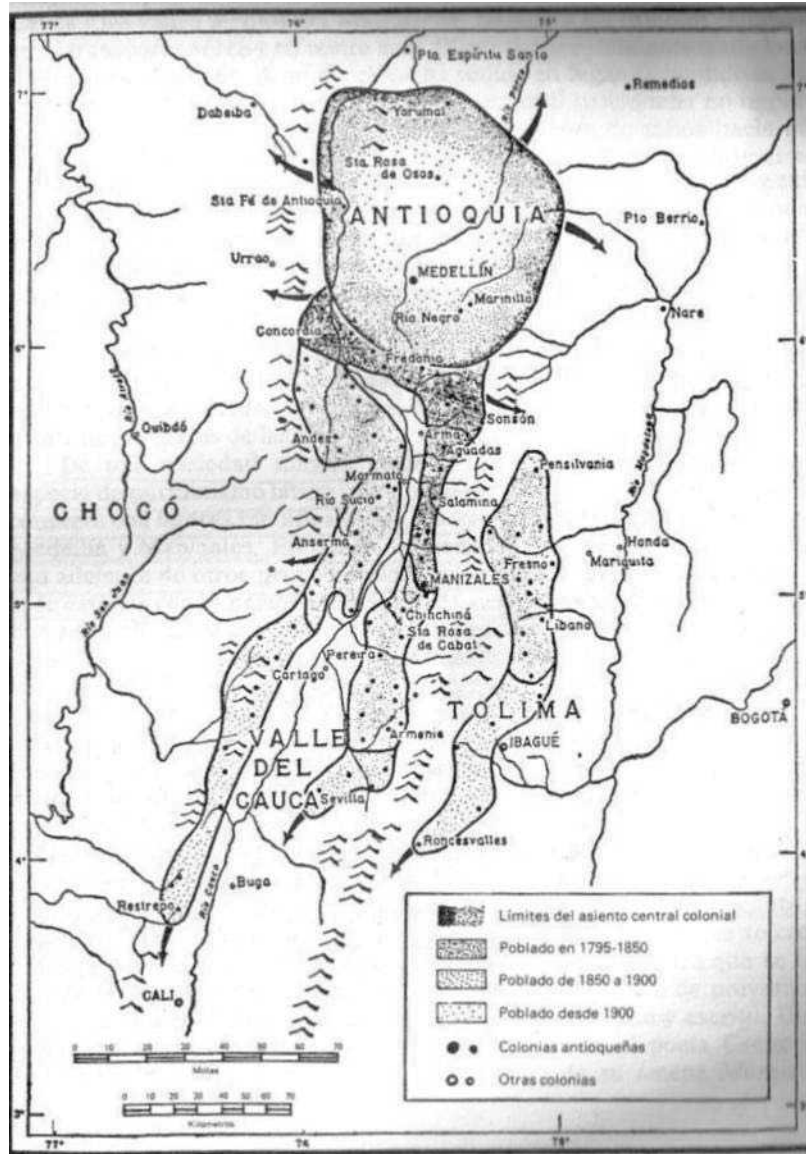
colectiva luego de la cual los colonizadores emprendían la planificación de los sitios públicos: plaza central, iglesia, un solar para su Majestad y la cárcel. Una vez distribuidos los terrenos necesarios para estos edificios la comunidad comenzaba con la medición de cuadras que permitía la repartición de los solares y por último se asignaban tierras de trabajo para cada familia.

Los elementos que acabo de describir corresponden a la primera de las cuatro etapas que el historiador colombiano Eduardo Santa distingue dentro del fenómeno de la colonización. Como vemos, abarca desde el arribo de Mon y Velarde a la provincia hasta comienzos del siglo XIX y se caracteriza por sus antecedentes de miseria generalizada como motor del movimiento migratorio, la formulación de unas políticas que guían la acción social para garantizar el éxito de las fundaciones, y la aparición de los primeros poblados.¹⁸²

Siguiendo este modelo y como producto de un movimiento que partió desde Rionegro y Marinilla se fundó Sonsón en 1797, al sur del actual departamento de Antioquia. Durante el siglo XIX Sonsón fue el punto más estratégico desde donde se originaron movimientos masivos de campesinos hacia el sur, de modo que Eduardo Santa no duda en ubicar allí el punto de inicio de la colonización; la importancia de Sonsón dentro de este fenómeno también se evidencia en el estudio clásico del geógrafo inglés James Parsons, quien señala que a comienzos del siglo XIX los sonsoneños empezaron a centrar su interés en las tierras vacías del otro lado de la cordillera central y, de hecho, en 1808 solicitaron permiso para fundar la población de Abejorral al norte de Sonsón, en 1814 la de Aguadas y en 1817 Sabanalarga, ambas situadas al sur.¹⁸³

¹⁸² SANTA, *La colonización antioqueña: una empresa...*, p. 60.

¹⁸³ PARSONS, *La colonización...*, p. 97-101.



Mapa 2. Colonización antioqueña.

Tomado de: Parsons, James, *La colonización...*, p. 21.

En general, estas fundaciones coinciden con la segunda etapa de la Colonización, que inicia con el siglo, y está enmarcada en las luchas de independencia, las cuales concentran toda la energía de los gobernantes sin dar espacio a la formulación de nuevas políticas agrarias de modo que, aunque no se detiene, el ritmo de las fundaciones es más bien lento. Una vez

consolidada la Independencia, los gobernantes criollos que asumen el poder se interesan en poblar las grandes extensiones de tierras vírgenes que existen en la naciente República y empiezan a legislar para conseguirlo. En la Constitución de 1821 se incluyen cuatro puntos tendientes a promover el poblamiento: 1. Adjudicación de tierras en reconocimiento a quienes lucharon del lado del ejército patriota durante las guerras de independencia 2. Venta de baldíos a particulares para cubrir las deudas adquiridas durante la guerra 3. Otorgamiento de tierras a extranjeros dispuestos a poblar y 4. Adjudicación de baldíos a las provincias que se comprometan a estimular el poblamiento.

En el periodo que va hasta mediados del siglo XIX estas estrategias de promoción de la colonización se acompañaron de otras iniciativas legales como la ley “Sobre colonización y repartimiento de tierras baldías”, sancionada por el entonces Presidente Francisco de Paula Santander el 6 de mayo de 1834 “por la cual se fomenta el establecimiento de poblaciones y se dan medios de subsistencia a parte laboriosa y desgraciada de la población que por falta de empresas no encuentra ocupación”.¹⁸⁴ Esta ley contemplaba la adjudicación de hasta 60 hectáreas de terreno de acuerdo con el número de habitantes, la obligación que tenían de los adjudicatarios de fijar su residencia en la zona, la exención del pago de diezmos por 20 años, la exoneración del servicio militar y de la obligación de prestar servicios al concejo fuera del distrito.

Sin embargo, el mayor auge del fenómeno colonizador en Antioquia tiene lugar entre mediados del siglo XIX y la década de 1880. Durante este periodo, una vez lograda una mayor estabilidad dentro de la joven república, sucesivos gobiernos dictan un gran conjunto de normas que estimulan las fundaciones; entre éstas destacan las leyes 1834 aprobada por

¹⁸⁴ SANTA, *La colonización antioqueña: una empresa...*, p. 78.

el Congreso en 28 de abril de 1848 y la 1879 del 28 de marzo de 1849. La primera, buscando promover la apertura de nuevos caminos que comunicaran las poblaciones más importantes, señala que “queda facultado el Poder Ejecutivo para adjudicar en plena propiedad hasta diez fanegadas de tierras baldías, a la orilla de los caminos nacionales, a cada familia que allí se establezca, bajo la condición de que habite y cultive el terreno adquirido”. La segunda ley estableció un mecanismo para que quienes habían estado en posesión de terrenos sin títulos pudieran legalizarlos mediante el recurso a testigos que lo acreditaran.¹⁸⁵

La formulación de estas leyes no garantizó sin embargo que los campesinos colonizadores no tuvieran que enfrentarse con familias terratenientes que poseían títulos coloniales o los habían adquirido en épocas recientes haciéndolos pasar por documentos antiguos. Las disputas entre ambos sectores fueron abundantes durante casi todo el tiempo que duró el movimiento colonizador y estuvieron signadas por largos pleitos judiciales que terminaban resolviéndose gracias a la corrupción de algunos funcionarios públicos que favorecían a los terratenientes aunque las leyes defendieran a los campesinos, incluso no faltaron acciones violentas cometidas por unos y otros en el marco de la lucha: asesinatos, incendio de casas y cosechas, desalojos por parte de la fuerza pública.

Esta tercera fase de la colonización se extiende hasta 1880, cuando el número de fundaciones decrece notablemente pero las existentes ganan estabilidad pues inicia la transformación hacia una economía capitalista gracias a la introducción del café y el establecimiento exitoso de haciendas cafeteras, el precio de las tierras colonizadas sufre un incremento y la región empieza a articularse al mercado internacional.

¹⁸⁵ SANTA, *Ibíd.*, p. 94.

La cuarta y última etapa abarca desde 1880 hasta las primeras décadas del siglo XX y se caracteriza porque hay un cambio en las dinámicas de colonización, en el empleo de las tierras que se vinculan y en los protagonistas del fenómeno. Como ya lo mencioné, en el plano agrícola el énfasis se concentra en el crecimiento de haciendas cafeteras pero además comienzan a hacer su aparición los ganaderos interesados en establecer hatos ganaderos en los valles de los ríos Cauca y Magdalena; ambos casos implican que quienes se dedican a la colonización no son ya campesinos pobres que migran con la ilusión de mejorar su calidad de vida, sino personas con recursos de capital que buscan diversificar sus inversiones y competir en el mercado.

De alguna manera es posible decir que la Colonización Antioqueña no ha terminado. Durante las primeras décadas del siglo XX el movimiento migratorio siguió avanzando hacia el sur e involucró la fundación de nuevas poblaciones al norte de los departamentos de Valle y Tolima, e incluso se ha extendido por el occidente tocando el departamento del Chocó e incluyendo a la región de Urabá, fronteriza con Panamá. Aunque hoy en día las grandes oleadas colonizadoras de campesinos pobres ya no tienen lugar en Colombia, los antioqueños siguen desplazándose individualmente por todo el país en busca de oportunidades económicas y para cualquier viajero es habitual encontrarse un antioqueño hasta en el pueblo más apartado.

La Colonización Antioqueña fue entonces un fenómeno que no sólo transformó la sociedad de Antioquia en todos los niveles sino que tuvo un impacto nacional; movilizó más de cien mil hombres y mujeres campesinos, que desmontaron la espesa selva del centro de

Colombia, y se lanzaron a las entrañas de la cordillera para abrir algunos de los caminos que todavía hoy comunican pequeños pueblos y grandes capitales. Ellos le aportaron al país casi 2 millones de fanegadas para la agricultura, y fundaron por lo menos 58 poblados: 12 entre 1797 y 1850, 31 entre 1850 y 1900, y 15 hasta la década de 1960.¹⁸⁶ Producto de la Colonización Antioqueña se crearon en las laderas de la cordillera central las ciudades de Manizales (1849), Pereira (1863), y Armenia (1889) las cuales posteriormente se convirtieron en capitales de los departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío respectivamente. Junto con Antioquia estos tres departamentos, hijos de la colonización antioqueña, conforman lo que en Colombia se conoce como *eje cafetero*, una región articulada en torno a la producción de café, que constituye también una unidad cultural conocida como *paisa* cuyos miembros se distinguen por unas particulares características de emprendimiento, dedicación al trabajo, habilidad para el comercio, vocación migrante y un marcado orgullo por su historia y sus tradiciones. La *paisa* es quizá la identidad regional más fuertemente definida y arraiga del país.

Como hemos visto Antioquia es una región que pasó de ser una de las más pobres y atrasadas del país a constituir la vanguardia industrial, agrícola y económica de Colombia. La Colonización Antioqueña es un fenómeno que se encuentra en el corazón de esta transformación radical, pero además es la fuente de la cual se alimentan los mitos fundantes de una identidad de características tan bien definidas. La construcción de esa identidad implicó la elaboración de tradiciones, versiones oficiales de la historia y, por supuesto, una edición de la realidad que permitiera un cambio en la visión que el resto de las regiones, del Reino primero y luego de la Nación, tenían sobre Antioquia.

¹⁸⁶ OSPINA, *El oidor...*, p. 12 y 19.

Ficciones de la ideología del blanqueamiento: mestizaje y democracia racial¹⁸⁷

Desde el siglo XIX el proceso de conformación de una identidad antioqueña basada en los valores morales e intelectuales asociados a una condición racial y una ubicación geográfica determinadas tuvo como resultado la creación de representaciones hegemónicas sobre los habitantes de la región las cuales se han manifestado en todos los ámbitos imaginables, desde los discursos literarios, políticos, científicos, el arte, las crónicas de viaje y periodísticas hasta los documentos académicos. Los ejemplos sobre la eficacia y permanencia de esas representaciones son innumerables, de modo que he escogido apenas unos pocos para ilustrar cuál fue la imagen sobre Antioquia que se presentó como resultado del fenómeno de la colonización no sólo por parte de los propios antioqueños sino también por colombianos de otras regiones, e incluso por viajeros extranjeros, en periodos históricos diversos.

En 1861 uno de los más destacados políticos liberales de su época, humanista, literato y periodista, y recordemos, promotor del mestizaje quien formuló algunos de los postulados del andinocentrismo según referí en el capítulo I, el tolimense José María Samper, describió a los antioqueños como sigue:

El antioqueño es blanco, muy poco sonrosado, delgado, membrudo y fuerte, y su fisonomía es notablemente angulosa o de rasgos pronunciados; su nariz es recta y de muy fino perfil; el ojo negro, burlón, meditabundo y luminoso; su porte bastante distinguido y su expresión reservada. Se casa a los 19 ó 20 años, es muy fecundo, excelente padre y esposo, se le halla siempre

¹⁸⁷ El término de *Democracia racial* es resultado del aporte de diversos intelectuales como Roger Bastide, Gilberto Freyre y Abdias no Nascimento y ha sido utilizado para describir la sociedad brasilera como libre de conflictos, prejuicios y barreras raciales y con igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos, independientemente de su color. A pesar de que su contenido ha sido cuestionado, el concepto se sigue empleando para denominar las ideas que surgieron en torno a un supuesto paraíso racial en Brasil. Ver: GUIMARÃES, Antonio Sergio Alfredo, "Democracia racial: el ideal, el pacto, el mito", En: *Estudios Sociológicos*, XX, 2002, p. 23-45. He optado por utilizar de manera crítica este término para describir las ideas sobre el tema racial en Antioquia, que comparten grandes similitudes con el caso brasilero.

andariego, soldado valiente de infantería, trabajador sufrido, viajero infatigable a pie, laborioso, inteligente para todo, frugal, poco sobrio, aficionado al juego como todos los pueblos mineros, apasionado por el canto, ascético y poco accesible en su país, notablemente ortodoxo, rumboso y gastador como individuo pero parsimonioso y algo egoísta en comunidad. Además, en todo tiempo lo hallareis comerciante hábil, muy aficionado al porcentaje (sic), capaz de ir al fin del mundo por ganar un patacón, conocido en toda la Confederación por la energía de su tipo y por el cosmopolitismo de sus negocios, burlón y epigramático en el decir, muy positivista en todo, poco amigo de innovaciones y muy apegado a los hábitos de la vida patriarcal.¹⁸⁸

Por su parte, en 1884 el geógrafo alemán Ernst Röthilsberger hizo una serie de viajes por el territorio de Colombia en el marco de los cuales visitó Antioquia y esta fue la visión que nos legó sobre sus habitantes:

El antioqueño es musculoso, esbelto y de talla aventajada; sus facciones son regulares y en general hermosas, particularmente los ojos y la recta nariz. Le caracteriza su aversión a la pobreza y su marcada afición al lucro y la adquisición de bienes (...) El antioqueño es muy trabajador y nada exigente no pretencioso. Aunque católico ferviente, tiene (...) la energía y el amor al trabajo propio de los pueblos protestantes. Sus profesiones principales son la minería y las faenas del campo. En cuanto a éste último trabajo, el antioqueño es el perfecto granjero que no omite esfuerzo alguno en la tala de selva virgen y que gusta, incluso, de esa tarea, pues ella le brinda la posibilidad de una nueva plantación. Y sigue incesantemente en busca de nuevas tierras. Es el “yankee” de este país.¹⁸⁹

Por su parte, en 1901 el ingeniero de minas, historiador y científico antioqueño Tulio Ospina escribió un pequeño texto que mostraba la actividad de Juan Antonio Mon y Velarde como precursor de la Colonización Antioqueña. Al evaluar el impacto social de las reformas introducidas por el oidor, Ospina escribía lo siguiente:

En aquellos rústicos miserables, la mayor parte descendientes de campesinos vascongados y de las montañas de Burgos, se hallaban latentes la ambición y

¹⁸⁸Citado en SANTA, *La colonización antioqueña, una empresa...*, p. 30 y 31.

¹⁸⁹ RÖTHILSBERGER, Ernst,

el genio comercial semíticos de los éuscaros; y el haber tenido que disputar con ímprobo trabajo á las selvas el terreno que pisaban y á los torrentes pedregosos y caudalosos ríos el oro que les procuraba el sustento, había fortalecido sus facultades morales, fortaleciendo á su vez su constitución física. La vida aislada y semibárbara que llevaban contribuyó á reforzar en ellos el espíritu digno é independiente que caracteriza á todos los montañeses, mientras que su extrema pobreza le había impuesto hábitos de economía, de orden y frugalidad, elementos indispensables para el enriquecimiento de un pueblo. Y como suma de todas estas circunstancias felices, la familia, ese *sancta sanctorum* de las sociedades, se había conservada entre ellas sana, digna y respetada (...) de revoltoso que era éste [pueblo], se hizo proverbial en él el respeto á las autoridades, fundando la rectitud y eficacia de éstas; y la cortedad y el apocamiento dejaron campo á la dignidad y altivez de los ciudadanos, fruto del respeto nunca desmentido á sus derechos; en los que antes eran inertes y rutineros, brotaron el espíritu colonizador y el amor al trabajo, que se había hecho remunerador con el estímulo dado á las industrias; y la moralización del clero, levantando el espíritu religioso, libre de fanatismo, fue prenda segura de sanas y arregladas costumbres. Luego vinieron, como consecuencia natural de esta regeneración moral, el espíritu público en todas sus manifestaciones, el amor al estudio, el aseo y el decoro.¹⁹⁰

En tiempos más recientes y desde posiciones académicas, esa visión de los antioqueños se ha mantenido vigente. En 1949 el geógrafo inglés James Parsons señalaba que

Las montañas templadas de los Andes más septentrionales del occidente de Colombia son la morada de los más sobrios y enérgicos antioqueños, quienes a sí mismos se titulan “los yanquis de Suramérica”. Son sagaces, de un individualismo enérgico, y su genio colonizador y vigor han hecho de ellos el elemento dominador y más claramente definido de la república. Su aislamiento geográfico, largo y efectivo, en las montañas del interior de Colombia, se refleja en un definido tradicionalismo y en rasgos culturales peculiarísimos. Ser antioqueños significa para ellos más que ser colombianos.¹⁹¹

Por su parte, el historiador tolimense Eduardo Santa actualiza muchas de las ideas sobre los antioqueños que, con el tiempo y la repetición, se convirtieron prácticamente en un lugar común. En sus descripciones abundan calificativos como “resueltos”, “emprendedores”,

¹⁹⁰ OSPINA, *El oidor...* p. 16 y 17, cursivas en el original.

¹⁹¹ PARSONS, *La colonización*, pp. 17.

“pujantes”, “valientes”, “heroicos”, “ambiciosos”, “tenaces”, etc. Según Santa “sociológicamente, esas poblaciones, nuevas todas, hijas del siglo XIX y del hacha antioqueña, forman un conglomerado social étnicamente homogéneo y triplemente unido por la sangre, por la tradición y las costumbres”.¹⁹²

En conjunto estos discursos, producidos en ámbitos y épocas distintos evidencian que en el marco del andinocentrismo, la leyenda de la colonización antioqueña se convirtió en el punto de partida para elaborar una identidad local basada en representaciones conducidas por la invisibilidad y la estereotipia de los aportes de los africanos y sus descendientes en la formación de la misma.¹⁹³ En efecto, los elementos comunes en todas las descripciones son evidentes y corresponden a las características culturales que ya había señalado más arriba. Sin embargo, éstas aportan dos elementos sumamente significativos para comprender los mecanismos mediante los cuales se construyó esta imagen de los antioqueños: sus características raciales y su proveniencia geográfica; las citas muestran al pueblo antioqueño como un todo homogéneo de campesinos *blancos* y *montañeros*, articulado en torno a los valores que estimulan el orden y el progreso. En este marco, es curioso observar cómo los otros grupos étnicos y raciales que hasta finales del XVIII habitaban en Antioquia de repente desaparecen de su historia; como veremos más adelante, en las pocas ocasiones en que aparecen, son descritos mediante estereotipos o caricaturas.

Con la notable excepción del texto de la historiadora Adriana Maya titulado “*Brujería y reconstrucción étnica entre los africanos y sus descendientes en la Nueva Granada, siglo*

¹⁹² SANTA, *La colonización antioqueña: una empresa...*, p. 17.

¹⁹³ FRIEDEMANN, Nina S. de, “Negros en Colombia: identidad e invisibilidad”, En: *Revista América Negra*, N° 3, Junio de 1992, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana; ALMARIO, Oscar y PÉREZ, Edgar, “Negros en tierra de blancos”, En: HERMELIN, Michael (Ed.), *Geografía de Antioquia. Geografía histórica, física, humana y económica*, Medellín, EAFIT, AÑO, p. 223-236.

XVII”, no existen trabajos especializados que estudien el papel de los negros esclavos y libres como individuos productores de cultura y formas creativas de resistencia frente a la esclavización en esta región; a pesar de esto, en los trabajos históricos referidos al periodo colonial la referencia a los africanos y sus descendientes en Antioquia resulta fundamental para comprender la manera cómo funcionaba allí la economía minera de modo que ellos sí aparecen, apenas como piezas de un engranaje productivo, pero es imposible ignorar su presencia. Sin embargo, en los trabajos referidos al siglo XIX y específicamente en aquellos que analizan el fenómeno de la Colonización Antioqueña, negros e indios son virtualmente invisibles, ¿cómo se logró esto?

Como señalé hace ya varias páginas, existe un consenso académico alrededor de la idea de una supuesta flexibilidad de la sociedad antioqueña en cuanto a lo racial como elemento diferenciador, así como la inexistencia de clases cerradas y excluyentes. Esta particularidad de Antioquia habría eliminado el racismo existente en otras regiones donde las jerarquías socio-raciales dictaban con gran precisión el lugar de cada individuo en la sociedad de acuerdo con su grado de mezcla y habría permitido un mestizaje más eficaz con tendencia al blanqueamiento. Para el XIX negros e indios habrían sido totalmente asimilados y biológicamente habrían desaparecido de Antioquia, de modo que su aporte a las transformaciones sociales que vivió la región durante el XIX habría sido insignificante. En este sentido, Antioquia sería una democracia racial en donde todos los individuos tenían las mismas oportunidades de ascenso social independientemente de su color.

Al estudiar los textos referentes a la fábula de la Colonización Antioqueña uno puede llegar a la conclusión de que efectivamente para el siglo XIX en Antioquia no había negros pues éstos no aparecen por ninguna parte. Sin embargo, un análisis un poco más detallado del

asunto nos puede llevar por caminos diferentes; recordemos que a finales del XVIII la población de esclavos, negros libres y mulatos sobrepasaba a los habitantes blancos de la Provincia en una relación numérica muy desigual,¹⁹⁴ ¿será posible que en menos de cincuenta años ya no existieran negros en Antioquia? De entrada, la obra de Tomás Carrasquilla nos da una pista: su apuesta era por demostrar que la cotidianidad de los pueblos antioqueños, con todas sus manifestaciones, podría convertirse en materia prima para la literatura y en esa obra la presencia de los afroantioqueños es un elemento fundamental. Así las cosas, la interpretación que deseo plantear no adhiere a la idea de que en Antioquia los negros desaparecieron sino busca más bien demostrar que allí lo que se presentó fue un *mestizaje ficticio*, derivado de la ideología del blanqueamiento, más que una mezcla racial o cultural y señalar las razones que llevaron a ese fenómeno.

Para empezar es importante discutir el supuesto igualitarismo racial. Según los autores que hasta ahora hemos estudiado, en Antioquia se daba mayor relevancia a lo ganado mediante el esfuerzo personal que a lo heredado, de modo que todas las personas tenían las mismas posibilidades de mejorar su posición social, económica, etc. Sin embargo, si analizamos las cifras sobre tenencia de la tierra a finales del XVIII encontramos que aunque “algunas actividades como el comercio abrieron a los mestizos y mulatos posibilidades de adquirir tierras, ganado y esclavos”¹⁹⁵, quienes menos accedían a ésta eran precisamente los afrodescendientes pese a que, según las interpretaciones comúnmente aceptadas, en esa región la población libre había aparecido relativamente pronto. Veamos:

¹⁹⁴ PATIÑO, Beatriz, “La provincia en el siglo XVIII”, en: MELO, Jorge Orlando (Comp.), *Historia de Antioquia*, Bogotá: Ed. El Colombiano de Medellín, 1979, p. 69.

¹⁹⁵ PATIÑO, *Ibíd.*, p. 75.

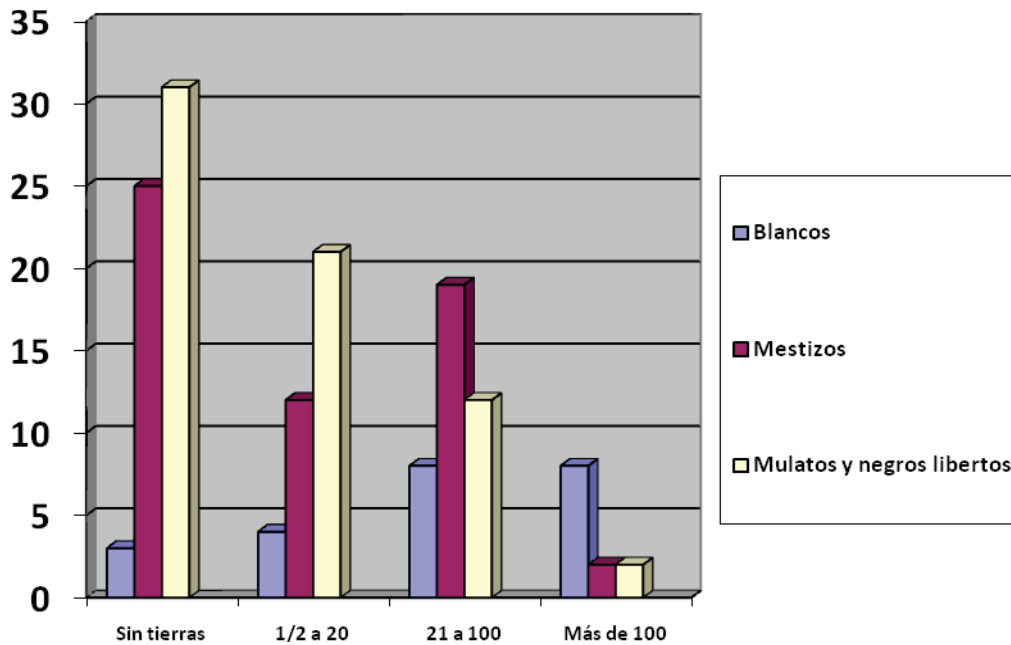


Tabla 3. Tenencia de la tierra en el partido (municipio) antioqueño de La Miel, 1786. Número de fanegadas por cabeza de familia. Datos tomados de: PATIÑO, Beatriz, “La provincia en el siglo XVIII”, en: MELO, Jorge Orlando (comp.), *Historia de Antioquia*, Bogotá: Ed. El Colombiano de Medellín, 1979, pp. 69

Las cifras evidencian que, en vez de que su calidad de libres fuera una posibilidad para que los afrodescendientes alcanzaran mejores condiciones de vida, eran ellos quienes menos acceso tenían a la tierra. De hecho, de acuerdo con Patiño, “el rápido crecimiento de la población mestiza y mulata durante la segunda mitad del siglo XVIII y el acelerado proceso de manumisión de esclavos dieron origen, entre otras causas, al surgimiento de un núcleo apreciable de pobladores sin tierra”.¹⁹⁶ En efecto la idea de que “las posibilidades de adquirir tierra eran menores para las castas que para la población blanca” contradicen las afirmaciones sobre la democracia racial en Antioquia y demuestran que en la sociedad antioqueña los afrodescendientes seguían siendo el sector más desposeído de la provincia.

¹⁹⁶ PATIÑO, *Ibíd.*, p. 78.

Este pequeño ejemplo nos muestra que la democracia racial en Antioquia parece ser una falacia pero no es suficiente pues la transformación de las jerarquías sociales pudo haber ocurrido durante el XIX. Sin embargo, el trabajo sobre las relaciones interraciales en Antioquia que la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda publicó en 1960 demuestra que allí este tema no está superado sino que por el contrario, el factor racial continúa vigente como característica de diferenciación y exclusión. Según Gutiérrez de Pineda, la permanencia del sistema de clasificación social de la colonia “nos explica que dentro del complejo cultural antioqueño se llame *negros*, sin distinciones sociales, a los elementos de extracción popular y a los pobres”;¹⁹⁷ esta idea contrasta con la que manifestaba el sociólogo Fajardo en texto que cité páginas atrás cuando afirmaba que en Antioquia, a diferencia de otras regiones, lo racial no era utilizado para señalar la clase social. De hecho, parte de las reflexiones de Gutiérrez sobre el racismo latente en Antioquia se basan en las expresiones del habla regional como fuente de información. Así, aporta los siguientes dichos, refranes y coplas: “negro ni el caballo”, “Negro que se pone el saco, se pierde el negro y se pierde el saco”, “Si ves a un negro comer / de un blanco en la compañía / o el blanco le debe al negro / o es del negro la comida”, “Él no tiene la culpa sino la piel que lo cubre”, etc;¹⁹⁸ estos datos evidencian nuevamente que la supuesta desaparición de las diferencias raciales en Antioquia no fue tal; por el contrario, para esta autora “es dentro de las pequeñas comunidades que conforman el complejo cultural antioqueño, donde se sienten con más fuerza las tensiones que separan al descendiente blanco y sus afines de los elementos de mezcla negra”.¹⁹⁹

¹⁹⁷GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia, “Tensiones del odio en la pequeña comunidad: antagonismo en los estratos sociales”, en *Revista Colombiana de Antropología*, volumen IX, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1960, pp. 293.

¹⁹⁸GUTIÉRREZ DE PINEDA, *Ibíd.*, pp. 293 y ss.

¹⁹⁹ GUTIÉRREZ DE PINEDA, *Ibíd.*, p. 294.

Por otra parte, los análisis de Gutiérrez ponen de relieve el hecho de que la población negra de Antioquia siguió existiendo durante los siglos XIX y XX, y no desapareció por efecto del mestizaje como quieren hacer ver la mayoría de análisis sobre la Colonización: “Antioquia no alcanzado a asimilar del todo, en la biología, ni en las normas socio-económicas ha logrado aculturar al elemento negro. Aún sigue la gente de color en los bajos estratos de la sociedad”.²⁰⁰ El hecho de que Antioquia ha intentado blanquearse desde el punto de vista ideológico pero no lo ha logrado en el plano biológico ni el cultural lo evidencia el siguiente extracto, tomado de un texto escolar de geografía de Colombia de 1901:

Predomina en la República la raza blanca, de origen latino, venida a América con los conquistadores. La raza indígena pura se encuentra en los territorios habitados por salvajes (...) *La raza negra, originaria de África, abunda en el valle del Cauca, en Antioquia, en Bolívar en el Atlántico, en Panamá y en la costa del Pacífico.* Hay allí también muchos mulatos y mestizos. En los departamentos del interior son muy escasos los negros.²⁰¹

De modo que Antioquia, el departamento representado como un todo étnico y racial heterogéneo durante más de un siglo, para comienzos del siglo XX continuaba siendo en realidad habitación de una de las poblaciones negras más grandes de Colombia e incluso figuraba al lado de las regiones que tradicionalmente se han destacado por su presencia negra: los litorales Caribe y Pacífico.

²⁰⁰ *Ibíd.*

²⁰¹ Citado en: CUBIDES, Fernando, “Representaciones del territorio, de la nación y de la sociedad en el pensamiento colombiano del siglo XIX: cartografía y geografía”, En: SIERRA, Rubén, (Comp.) *Miguel Antonio Caro y el pensamiento de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, pp. 336 y 337.

El blanqueamiento de la conciencia histórica antioqueña

Pese a la amplia y evidente presencia de afrodescendientes en su territorio, Antioquia estaba en camino a convertirse en la vanguardia del país y por tanto era el ejemplo perfecto de que la naciente República podía ingresar en la era del progreso siempre y cuando existieran las condiciones adecuadas. Sin embargo, Antioquia tenía dos problemas: un pasado indígena y un presente negro muy evidentes que entraban en contradicción con el modelo, ¿cómo transformarlos?

En cuanto a la influencia indígena, Antioquia había tenido la fortuna -de acuerdo con las ideas del modelo que describo- de la desaparición temprana de casi todos los pueblos nativos que habitaban ese territorio antes de la llegada de los españoles y para los pocos que habían quedado se aplicó la estrategia del mestizaje, ya fuera biológico o ficticio. Sin embargo, ya que su presencia pasada no se podía ignorar por completo, la estrategia fue parecida a la empleada para explicar la presencia de los Muisca en el altiplano central: en vez de presentarlos como salvajes, guerreros y caníbales -recordemos que de esa manera describía el cronista Juan de Castellanos a Catíos, Nutabes y Tahamíes, grupos indígenas que mayormente habitaban el territorio de Antioquia-, los pensadores nacionales se esforzaron por exaltar imágenes sobre los pueblos indígenas basadas en rasgos que en vez de envilecerla, contribuyeran a reforzar la idea sobre lo aguerrido y hermoso de la “raza” antioqueña como en el caso de Ramón Franco quien en su *Antropogeografía colombiana* señalaba que: “las entrañas de las más bellas y arrogantes jóvenes indias fueron los crisoles donde se modeló la nueva raza”.²⁰²

²⁰² FRANCO, Ramón, *Antropogeografía colombiana*, Manizales, Imprenta del departamento, 1941, p. 165.

Por su parte, el asunto de la herencia negra en Antioquia presentaba problemas un poco más difíciles de resolver pues, como hemos visto, la presencia tanto física como cultural de los afrodescendientes allí estaba lejos de haber sido eliminada mediante el mestizaje. La región había dado un salto cualitativo hacia adelante y como bandera del progreso en Colombia, no podía permitirse reconocer en sí misma signos de “debilidad”. Para comprender esta afirmación resulta importante observar brevemente como cambió la percepción que diferentes sectores de la sociedad expresaban sobre la transformación que vivieron Antioquia y su gente antes y después de la colonización.

Un ejemplo claro lo encontramos en los informes que el oidor Mon y Velarde rindió sobre su visita a Antioquia, en los cuales resaltaba el hecho de que: “unos hombres sin costumbres, bien hallados y contentos con su pobreza y desdicha; adormecidos en el regazo de la ociosidad, criados en un país donde todo se ejecuta por imitación, y se desprecia cuanto tiene visos de novedad, hayan querido hacer casas, arrasar montes, experimentar nuevos climas y vivir en fin como los más industriosos, es empresa que después de realizada la miro como fabulosa”,²⁰³ y más adelante expresaba que “Es necesario conocer la índole de estos habitantes y el idiotismo y preocupaciones de que se hallan todos poseídos, pues en este, como en los demás puntos que pueden adoptarse para la felicidad de esta Provincia es preciso luchar con la ignorancia y total falta de instrucción que se observan en estas gentes, aún en aquellas que debieran ser más cultas”.²⁰⁴

²⁰³ ROBLEDO, Emilio, *Sucinta relación de lo ejecutado en la visita de Antioquia por el oidor Juan Antonio Mon y Velarde, Separata del Tomo 12 del Archivo de la Economía Nacional*, s/f, pp. 29, En: Biblioteca virtual de la Universidad de Antioquia, <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/colections.php>, consultada el día 17 de mayo de 2008.

²⁰⁴ OSPINA, *El oidor...*, p. 13.

En efecto, la imagen que en otras regiones del Reino existían sobre la provincia no era nada alentadora. En las palabras del oidor se evidencia que la visión sobre esta región antes de la colonización, no difería mucho de la que expresaban intelectuales y pensadores durante el XIX para describir a negros e indios: pereza, indolencia, pobreza y atraso eran los calificativos más comunes. De hecho, según Ospina, los Oficiales Reales llegaron incluso a comparar la falta de “cultura” de los antioqueños con la de algunas provincias africanas.²⁰⁵ Sabemos que África, los africanos y sus descendientes representaban exactamente lo opuesto a las ideas de progreso con que funcionarios e intelectuales asociaron a Antioquia desde finales del XVIII y de las cuales esta región se convirtió en modelo. En este contexto, Antioquia debió blanquearse eliminando a los negros de su historia o minimizando la importancia de sus aportes tanto económicos como culturales, no solo mediante un mestizaje biológico presentado como señal de su supuesto igualitarismo racial, sino también a través de la ficción del mestizaje, reelaborando versiones del pasado y el presente que poco a poco fueran marginando la presencia negra en todos los niveles.

Un proceso similar al que describo ha sido estudiado por la historiadora Nancy Appelbaum para el caso de las relaciones entre antioqueños y caucanos en el marco de la colonización antioqueña del oriente de la entonces denominada Provincia del Cauca. Appelbaum explica cómo la leyenda rosa creada alrededor de la Colonización Antioqueña la ha presentado como un fenómeno protagonizado exclusivamente por campesinos blancos antioqueños; sin embargo, en seguida demuestra que en el caso del oriente caucano, una región que se caracteriza por su diversidad étnica y racial, la colonización implicó la participación de personajes pertenecientes a otras clasificaciones étnicas y raciales, tema que ha sido

²⁰⁵ OSPINA, *ibíd.*

marginado de la historia de la Colonización.²⁰⁶ Este es un ejemplo que, en conjunto con la hipótesis sobre el mestizaje ideológico que he planteado, contribuye a delinear lo que parece haber sido una estrategia consciente de blanqueamiento de la historia de Antioquia.

Una vez claras las dinámicas de la presencia negra en Antioquia y cómo ésta ha sido vista por sectores mayoritarios de la sociedad, podremos entender más claramente las formas en que los negros aparecen representados en la obra de Tomás Carrasquilla. Por otra parte, frente a la carencia de investigaciones especializadas sobre historia cultural de los negros en esta región, los textos de Carrasquilla brindan información fundamental para acercarnos a su cotidianidad, nos ilustran sobre la posición que ocupaban en la sociedad y acerca de las imágenes que sobre ellos crearon y transmitieron sus vecinos blancos y mestizos. Veamos entonces cuáles fueron las representaciones resultantes de este proceso, mediante el análisis de buena parte de los escritos de Carrasquilla.

²⁰⁶ APPELBAUM, Nancy, “Whitening the región: caucano mediation and “Antioqueño Colonization” in nineteenth-century Colombia”, en: *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 79, N° 4 (Nov 1999), Duke University Press, pp. 631-667

CAPÍTULO 3

INVISIBILIDAD Y ESTEREOTIPIA EN LA PLUMA DE TOMÁS CARRASQUILLA

Hasta ahora he analizado la obra de Tomás Carrasquilla teniendo en cuenta los interrogantes que según señalé en la introducción emplea el ACD para examinar discursos en los que están en juego relaciones de poder, como es el caso de los temas raciales. He delineado con detalle los factores extratextuales que rodean los escritos de Carrasquilla, es decir, los contextos sociales en el marco de los cuales se produjeron sus cuentos y novelas, para responder así a la pregunta sobre la perspectiva desde la cual en determinado discurso se hacen afirmaciones o atribuciones sobre clases particulares de sujetos. Teniendo en cuenta los antecedentes políticos, sociales, económicos y culturales que rodearon al escritor, planteé la existencia en Antioquia de un régimen de representación que combinó los postulados raciales y geográficos del andinocentrismo con el proyecto de identidad local que se presentó debido a la transformación experimentada en esta región durante el siglo XIX como resultado de la colonización antioqueña.

Para el desarrollo del presente capítulo es preciso recordar que, entre otras cosas, el ACD se pregunta por las estrategias mediante las cuales los discursos hegemónicos legitiman la exclusión del otro. En el caso que me interesa he hecho notar mediante la referencia a representaciones elaboradas en ámbitos diversos, desde el político hasta el científico, que en Colombia, y de manera muy evidente en Antioquia, éstas se basaron en la invisibilización del aporte negro a las identidades nacional y local. Carrasquilla emplea además otras estrategias, que en su momento señaló la antropóloga afroamericanista Nina S. de Friedemann como parte de las formas en que las elites nacionales y regionales en el

país representaron a los grupos negros y se relacionaron con ellos. Se trata de los estereotipos,²⁰⁷ una forma de “visibilidad condicionada” que, lejos de ser incluyente, se adapta a las necesidades del régimen de representación imperante.

Este capítulo está dividido en dos partes. En la primera me concentraré exclusivamente en el examen de *La marquesa de Yolombó*, pues considero que por ser la única novela de Carrasquilla que refiere al pasado colonial antioqueño, evidencia el reconocimiento parcial que se otorgó a la participación de los africanos y sus descendientes en la historia de la región, sobre todo como mano de obra, en contraste con la invisibilización de los mismos en las representaciones elaboradas para el periodo republicano, que abordaré en la segunda parte mediante el análisis del resto de los cuentos y novelas escogidos, los cuales proporcionarán elementos de contraste. Conozcamos entonces cómo operaron la invisibilización y la estereotipia en las representaciones que sobre los negros en la colonia y la época republicana elaboró Carrasquilla.

ANTIOQUIA COLONIAL: UNA SOCIEDAD DE NOBLES Y SIRVIENTES

Aunque fue hacia el final de su vida cuando Tomás Carrasquilla publicó *La Marquesa de Yolombó*, su obra más reconocida, ésta se gestó durante largos años de experiencia vital no solo del autor sino también de algunos de sus familiares y allegados pues la historia que narra la novela se desarrolla durante un periodo anterior al nacimiento de Carrasquilla. *La Marquesa de Yolombó* es la única novela de Carrasquilla que refiere a un pasado que el autor no vivió pero logró documentar a lo largo de muchos años mediante conversaciones familiares espontáneas con lo cual la novela transita entre la ficción y la historia oral, constituyendo un ejercicio empírico de memoria colectiva que aporta abundante

²⁰⁷ FRIEDEMANN, “Negros en Colombia...”, p. 134.

información sobre la forma como, más de un siglo después, se recordaba y representaba la Antioquia de la época que describe la narración. Con ello no quiero decir que la novela pueda ser asumida como una fuente incuestionable de información histórica pues, como sabemos, la memoria actúa de forma selectiva y situacional, sino más bien quisiera señalar la importancia de entenderla como una especie de palimpsesto en el cual se reúnen y entrecruzan las percepciones, recuerdos e interpretaciones de diversos actores vinculados entre sí por su pertenencia a un sector acomodado de la sociedad local, descendiente de los antiguos mineros y esclavistas españoles que protagonizan la obra.

La idea de escribir las historias de sus mayores rondó a Carrasquilla durante mucho tiempo. Las primeras noticias públicas sobre esa intención datan de 1916 y, aunque no redactó la novela formalmente sino hasta 1925 y 1926,²⁰⁸ de acuerdo con sus propias palabras no es descabellado afirmar que “La Marquesa de Yolombó” se gestó, aún sin saberlo el autor, durante un larguísimo periodo de su vida que habría iniciado alrededor de la década de 1870. En efecto Kurt Levy, biógrafo de Carrasquilla, lo calculó en unos 55 años.²⁰⁹ Mientras tanto, la documentación “formal” habría empezado por lo menos tres décadas atrás coincidiendo con el fallecimiento de su abuelo Juan Bautista Naranjo, es decir hacia 1890.

Cuando empezó a acariciar la idea de escribir una obra sobre el pasado Yolombero, Carrasquilla parecía inclinarse más por el género de la crónica histórica que por el cuento o la novela, de modo que se esmeró en recolectar de forma sistemática datos que pudiese contrastar con las memorias de sus mayores. Sin embargo se encontró con la dificultad de

²⁰⁸ NARANJO, Jorge, “La Marquesa de Yolombó”, en: *Revista Credencial Historia*, No. 110, Bogotá: febrero de 1999.

²⁰⁹ LEVY, “La única novela histórica de Carrasquilla”, En: ALAPE, Arturo, *Valoración múltiple de Tomás Carrasquilla*, Bogotá, Alcaldía Mayor, 1990.

que, pese a que Yolombó había sido un centro minero de alguna relevancia durante la época colonial, no contaba con un archivo que le brindara al escritor documentos que le permitiesen confrontar la historia oral, que conocía de sobra, con otro tipo de fuentes:

Todas estas últimas circunstancias, así como alguna parte de los sucesos que pretendemos referir, se conocen por tradición oral, únicamente. Sobre ello nada se ha escrito, que sepamos, al menos; ni existen, tampoco, por acá, archivos ni cosa tal, en qué documentarse lo más mínimo. Todo el papelorio oficial, lo mismo que los libros parroquiales del antiguo Yolombó, desaparecieron como celajes del ocaso.²¹⁰

De este modo el relato que pretendía Carrasquilla no encontraba sustento en ningún documento escrito, conforme lo exigía la práctica histórica de la época, sino que apenas aparecía desparramada por el paisaje yolombero pues, a las historias de viejas que constituían sus datos empíricos solamente podían confirmarlas “(...) los pedazos de muro de algún templo, trozos de columnas, capiteles, puertas y muebles historiados, fragmentos de altares; confirmábanlas los derrumbamientos, enmarañados con la maleza, cascotes de tejas y de loza, vigas maestras dispersas acá y allá y que aún respetaban el hacha del labriego”.²¹¹ Así las cosas, Carrasquilla optó por dejarles a los historiadores la tarea de escribir una historia “incuestionable” de Yolombó y dedicarse más bien a la evocación de los antioqueños en la época colonial mediante una narración que oscila entre la ficción y la realidad verificable: “Al fin venciendo mi pereza ingénita, di a rebuscarme por aquí y por allá, y por cualquier parte. No fueron pocos los libracos y viejos que he tenido que consultar. Comprendí al fin que si no estaba documentado para escribir una historia seria y auténtica, bien pudiera estarlo para una leyenda o cosa así. De allí el tal libro”.²¹²

²¹⁰ CARRASQUILLA, Tomás, “A guisa de prólogo”, En: *Obras Completas de Tomás Carrasquilla Tomo II*, Medellín: Editorial Bedout, 1964, p. 17.

²¹¹ CARRASQUILLA, *Ibíd.*, p. 19..

²¹² Citado en LEVY, *La única novela...*, p. 234.

Pese a ello, Carrasquilla no le resta credibilidad a las historias que había oído a lo largo de su vida, sino que por el contrario aprovecha el breve prólogo que le escribió a la novela para justificar la validez de las fuentes orales señalando que difícilmente se podían atribuir los cuentos de sus viejos a “ficciones de fantasías ilustradas” pues, como muy bien lo retrata posteriormente en algunos apartes de la obra, la circulación local de libros era casi nula ya que apenas un puñado de personas sabían leer en el Yolombó de entonces.

La Marquesa de Yolombó se desarrolla durante los promedios del siglo XVIII, según aclara Carrasquilla al comienzo de la novela, aunque sin fijar con exactitud el año. Tomando como coordenada algunos sucesos históricos que Carrasquilla refiere dentro de la narración como la muerte de Carlos III en 1789 y la revolución de 1810, en relación con las edades de los personajes, Levy ha llegado a la conclusión de que la obra inicia en la década de 1770 y finaliza con la muerte de la marquesa hacia 1830.

La trama ocurre en San Lorenzo de Yolombó, poblado del cual la novela toma su nombre, fundado sobre un asentamiento de indígenas tahamíes en el año de 1560 en medio del desenfreno por el oro que protagonizaron los colonizadores españoles en esta región durante el siglo XVI. Con el tiempo, Yolombó fue adquiriendo mayor relevancia ya que constituía una parada obligada en el camino que unía puntos fundamentales de la extracción y el comercio del oro como Zaragoza, Santa Fe de Antioquia y Bogotá, y se convirtió en un centro minero de relativa importancia poblado en su mayoría por esclavos negros, los pocos indios que sobrevivieron a la hecatombe colonizadora, y un puñado de españoles y criollos blancos que constituían la élite local. Sin embargo, a pesar de los esplendores que vivió Yolombó durante el siglo XVII y buena parte del XVIII, de acuerdo con diversas fuentes entre las que se cuenta el propio Carrasquilla, para la época de la crisis colonial el oro que

alumbraba la opulencia local empezaba ya a escasear, así que para el siglo XIX la imagen de Yolombó la constituían apenas

(...) un viejo trémulo cavando unos matojos; negritos tuntunientos, tendidos a la vera, que, en su desnudez, imploraban la limosna, con la miseria de sus harapos y la tristeza de sus ojos agrandados; gallinas flacuchentas persiguiendo saltones y gusarapos; perros tirados al sol, rascándose la sarna, mas por espantar el hambre que por la pica; caras rugosas, asomadas en ventanillos, en atisba del viandante.²¹³

Ese es el contexto en medio del cual se desarrolla “La Marquesa de Yolombó”. La novela narra la historia de Bárbara Caballero, una adolescente criolla de padre aragonés -Don Pedro Caballero- y madre andaluza -Doña Rosalía Alzate-, ambos emigrados hacia América en su juventud debido a que Don Pedro fue enviado por la corona para ejercer el cargo de Regidor Mayor y Capitán a Guerra del lugar. Es también dueño de ricos reales de minas ubicados en las cercanías del pueblo, esclavista y miembro prominente de la elite local.²¹⁴ Aunque el árbol genealógico de la familia muestra que Bárbara tuvo al menos cinco hermanos, en la novela solamente aparece Doña María de la Luz quien contrajo matrimonio con Don Vicente Moreno, hijo de José María Moreno -como lo bautizó Carrasquilla pues su verdadero nombre era Juan José-, quien a su vez era abuelo de Martín Moreno Caballero, el bisabuelo del autor.²¹⁵

²¹³ CARRASQUILLA, *A guisa...*, p. 17.

²¹⁴ De acuerdo con la genealogía de Gabriel Arango Mejía “Don Pedro caballero fue el fundador de la familia de este apellido conocida en Antioquia. Dice en su testamento, otorgado en la parroquia de San Lorenzo de Yolombó, el 6 de julio de 1799, que era natural de Málaga en los reinos de España... vino a Remedios por los años de 1750 a 1755, y por los de 1756 y 57 pasó a ejercer los oficios de tenientes de oficiales en los sitios de Cancán y Yolombó. Desempeñó luego el puesto del Alcalde Mayor y capitán de guerra y justicia mayor de Yolombó”. Citado en: LEVY, *La única novela...*, p. 236.

²¹⁵ Sobre la familia Moreno, la misma genealogía nos aporta lo siguiente: “Desde los tiempos de la conquista aparecen algunos individuos de este apellido en Antioquia... blancos españoles y sus familias: Juan José Moreno y su esposa Lorenza Cataño... entre sus hijos el más importante fue don Vicente Moreno, vecino de Yolombó, quien figuró en los primeros años de la independencia y le tocó representar en el primer congreso de Antioquia a sus coterráneos. Contrajo matrimonio don Vicente con doña María de la Luz, hija de don Pedro Caballero, español, y de doña Rosalía Alzate”. Citado en: LEVY, *La única novela...*, p. 237.

El referente temporal que guía el desarrollo de la novela es el periodo vital de Bárbara Caballero. La historia inicia cuando ella promedia los 16 años y su dinamismo juvenil se manifiesta en forma inesperada: Bárbara sueña con ser minera, oficio hasta entonces destinado exclusivamente a los hombres de la familia, en particular a Don Pedro y Don Vicente, quienes se encuentran frente a la administración de las minas. Después de una discusión en la que Bárbara insinúa sus pretensiones ante su padre y su cuñado, revelando una gran inteligencia, carácter y capacidad, ellos resuelven permitir su participación en el negocio. La decisión de presenta contra todo pronóstico en una época en que se consideraba que las mujeres de la alta sociedad solo podían desenvolverse en el ámbito privado, como sucedía con la mamá y la hermana de Bárbara quienes de hecho se oponen a la idea. Pese a las restricciones sociales, a las dudas de los hombres y los temores de las mujeres de la familia, con el tiempo gracias a sus habilidades y a algunas “ayudas” sobrenaturales extras que le brinda Sacramento, su criada negra más cercana, Bárbara terminará administrando minas de manera independiente y se convertirá en una mujer muy rica, caracterizada por su nobleza en el trato con los demás, especialmente con *sus* esclavos, y por una lealtad al rey que terminará significándole el que éste le otorgue el título de Marquesa de Yolombó.

Sin embargo el éxito de Bárbara se verá empañado constantemente por su imposibilidad de encontrar el amor, a pesar de los buenos oficios de Sacramento para lograrlo. La situación cambia hacia el final de la novela cuando Bárbara ya en su madurez conoce a Don Fernando, un español aparentemente de buena familia, con quien se casa y decide viajar a España para realizar por fin el sueño de toda su vida: conocer el rey a quien venera y la tierra de sus padres. Esta unión marcará la ruina de la minera y el desenlace de la novela pues Don Fernando resulta ser un estafador que en el camino a Cartagena, puerto de salida

hacia Europa, abandona a Bárbara en una posada y huye con toda su fortuna. El impacto del suceso lleva a Bárbara a perder la razón y de regreso a Yolombó, en medio de la pobreza, su vida pierde la antigua opulencia que la había caracterizado. Hacia el final de la novela, ya anciana, Bárbara recupera poco a poco la lucidez solo para darse cuenta de que, así como el brillo de su vida se opacó para siempre, el esplendor de la época colonial ha terminado y las personas que amaba han desaparecido. El relato termina con la muerte de la protagonista hacia 1830.

Aunque sabemos que para finales del XVIII la actividad económica y comercial de la provincia se concentraba en ciudades de tierra fría o templada fundadas más recientemente como Medellín, Rionegro y Santa Rosa, las cuales habían desplazado a las primeras poblaciones coloniales que se desenvolvían en torno a la minería como Zaragoza, Cáceres, Remedios y Santa Fe de Antioquia, Carrasquilla escogió el ámbito de la minería rural para la única de sus novelas referente al pasado. De acuerdo con su propio testimonio su interés por contar la historia de su familia fue determinante en esa elección, por otra parte, ese escenario le permitía un amplio grado de libertad descriptiva pues debido a su trabajo como administrador de minas, Carrasquilla conocía de primera mano los pormenores del trabajo minero. Adicionalmente Yolombó, con sus particularidades históricas y geográficas constituía un contexto perfecto para vincular la presencia negra en zonas mineras de tierras bajas con el pasado colonial, posteriormente superado con todas sus eventualidades gracias al movimiento colonizador, según el mito identitario antioqueño. Como veremos a lo largo de este capítulo, la reiteración de esa lógica que asocia minería, tierras bajas y gente negra en otras obras referidas al presente del autor nos permite señalar que ésta se convirtió en un *modelo andinocéntrico de representación* sobre lo negro.

A lo largo de su novela, Carrasquilla describe una sociedad blanca sumamente conservadora en lo político que idolatraba a ese lejano y difuso rey que gobernaba las colonias americanas desde el otro lado del océano y celebraba fastuosamente coronaciones, bodas, bautizos y en fin, todos los eventos concernientes a la vida pública y privada de sus majestades españolas; entretanto, los africanos y sus descendientes se presentan relacionados con ámbitos de subordinación –como mineros, cocineras, criados-, festivos o misteriosos y brujescos. Desde el punto de vista de la organización social, resalta una lógica bastante rígida donde la adscripción racial, asociada a un sinnúmero de rituales, estrategias y dispositivos tendientes a mantener la distancia entre las castas resulta ser el factor fundamental de distinción. Carrasquilla empieza a construir esta representación muy rápido en el relato, el cual inicia situando el origen familiar de sus protagonistas blancos:

Entre las familias españolas establecidas en San Lorenzo de Yolombó, descuella en primera línea la de Don Pedro Caballero y Doña Rosalía Alzate (...) [quienes] han traído consigo varios esclavos y sendas ejecuciones de nobleza. De tales pergaminos levantados en Zaragoza y Sevilla, respectivamente, resulta: la heráldica de ambas familias con todo y pintura; la reseña y descripción de ambos solares; y la constancia fehaciente de que no gota de sangre morisca o judaica circula por las venas de Caballeros y Alzates. Los dos mamotretos se guardan en una caja muy labrada, con grandes cerraduras y enchapados de plata. Eso es como el Arca de la Alianza.²¹⁶

En efecto, durante la segunda mitad del XVIII se empezaron a aplicar en América nociones que se habían originado en otros contextos de dominación como el de la sociedad feudal europea y la reconquista española para distinguir al señor del campesino y a cristianos de árabes y judíos. Con el objetivo de justificar el dominio español -muy al estilo del dúo superioridad blanca-inferioridad negra-, aparecieron entonces conceptos como “nobleza”, “Hidalguía” y “pureza de sangre”. Aunque para 1611 las palabras “nobleza” e

²¹⁶ CARRASQUILLA, Tomás, “La marquesa...”, op. Cit., p. 23.

“hidalguía” aparecían ya en el diccionario de Sebastián de Covarrubias, ambas referidas al noble ancestro o ascendencia,²¹⁷ en América no parecen haber funcionado de manera rígida durante los primeros dos siglos de colonización. Sin embargo para la segunda mitad del siglo XVIII, el desorden clasificatorio introducido por el mestizaje impuso una especialización en las formas de nombrar a los individuos resultantes de la mezcla para ejercer sobre ellos mayor control social: se trata de la famosa sociedad de castas. Aparecen entonces en las colonias españolas más de una docena de términos encaminados a situar la posición social de cada individuo según la “cantidad” de sangre blanca, indígena o negra que poseyera y, de acuerdo con ello, delimitar muy claramente sus posibilidades de ascenso y movilidad social.²¹⁸

La “limpieza de sangre” se convirtió entonces en un factor definitivo a la hora de aspirar a cargos públicos, cupos en las escasas y prestigiosas instituciones educativas existentes en el virreinato o, simplemente, reconocimiento social. En este contexto, la relevancia de los certificados de nobleza como forma de distinción social se revitalizó, pues constituían prácticamente la única forma de probar la limpieza de sangre, así como acceder a las prebendas y beneficios destinados exclusivamente a las elites blancas. Antioquia parece haberse destacado por las pretensiones de sus elites pues para 1780 Francisco Silvestre, gobernador de la provincia, señalaba que allí los criollos mostraban “gran entusiasmo de nobleza y engreído orgullo y apego a títulos colorados y pomposos”.²¹⁹

²¹⁷ COVARRUBIAS, Sebastián de, *El tesoro de la lengua española*, Fol 51 v. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/>.

²¹⁸ CHAVES, “Color, inferioridad...”, p. 82-86.

²¹⁹ Citado en: JARAMILLO, “Mestizaje y diferenciación...”, p. 28.

Sin embargo, no significaba lo mismo tener títulos de nobleza, haber sido reconocido como hidalgo por el rey o, simplemente, ser limpio de sangre. Un estado no necesariamente implicaba los demás, así que la capacidad de demostrar que se poseían esos honores, o al menos uno de ellos, era fundamental para sustentar el prestigio; de ahí la importancia de los certificados, no siempre fáciles de conseguir, especialmente para los criollos, pues la Corona evitó al máximo avalar y estimular el surgimiento de una clase que pudiese cuestionar la superioridad europea.

En ese orden de ideas, no alcanzar el reconocimiento legal sobre la pureza de sangre no solo implicaba para el individuo permanecer excluido de los beneficios concedidos al sector blanco, sino quedar de plano clasificado como mestizo o mulato, con las consecuentes limitaciones que esa calificación implicaba. A ello se debió que durante la época aumentaran los pleitos por difamación ya que se convirtió en una práctica común acusar a reputados miembros de las elites blancas de ser producto de la mezcla racial con el ánimo de minar su prestigio social, impedir su ingreso a ciertas instituciones o el ejercicio de algunos cargos públicos; asimismo, se presentaron innumerables casos de falsificación de los documentos probatorios del “noble ascendiente”. Según el historiador colombiano Jaime Jaramillo Uribe, la sociedad antioqueña fue especialmente proclive a estos conflictos:

En ciertas regiones, donde llegaron a formarse pequeñas aristocracias municipales de supuesta o real pureza de sangre, como Santander o Antioquia, la crónica judicial conservó el testimonio de aquellas pugnas, verdaderas ferias de vanidades y orgullos que envenenaban la atmósfera social y con frecuencia terminaban en forma cruenta. Los actores que defendían sus hidalguías y noblezas lo hacían (...) con la convicción de estar defendiendo así el orden social y la justicia.²²⁰

²²⁰ JARAMILLO “Mestizaje y diferenciación...”, p. 34

En uno de los pasajes de “La Marquesa de Yolombó”, Carrasquilla logra retratar con maestría ambas situaciones: una familia de blancos pobres venida de Ríonegro, excluida del reconocimiento social y envidiosa por la preeminencia del que goza de la familia Caballero en Yolombó, acusa a los blancos del lugar de haber falsificado sus ejecuciones de hidalguía y no ser de sangre limpia:

Esto no es Ríonegro, donde sí habemos (sic) muchos blancos, por los cuatro costaos: aquí, el que no tiene de cinga, tiene de mandinga. Eso lo sé yo muy bien sabido. Mi tío, el Padre Benito Lertzundi, lleva un apunte de toítas las familias nobles de todos estos cantones, y cuasi no figuran las de aquí... casi todos los pergaminos que nos entregan aquí en el hocico son falsificaos. Los levantan en Cartagena unos escribanos que viven d’eso. Vea: los Castellanos, que son los más orgullosos y altaneros, son presidiarios fugitivos, que se escaparon de unas galeras que tiene el rey en África. No son nacidos en España sino unos zambos de Santa Cruz de Tenerife, que queda también por el África. Los González y los Montoyas, ya los ve: son unos zambos de Cuba, que compraron el Don en Santa Marta (...) Los Caballeros tampoco son nobles (...) fueron muchos y se han regao. Sí nacieron en España; pero son de sangre gitana y aquí se han mezclao con negros. El rey puso de Alcalde Mayor a Don Pedro, por ser muy buena persona, pero no por noble (...) A los Caballeros se les ve el zambo a leguas.²²¹

Este pasaje muestra cómo operaba el trasplante de los viejos conceptos europeos en las nuevas condiciones americanas: no ser de sangre limpia implicaba tener, por ejemplo, herencia gitana –o en su defecto judía, o árabe- y mezcla de indio o negro pues recordemos que la palabra zambo servía para denominar a los descendientes de padre mulato con madre india o negra.²²² Los ríonegreros lanzaban entonces acusaciones que constituían una grave ofensa, más aún cuando se atrevían a cuestionar el nombramiento de Don Pedro como Alcalde Mayor, pues en la época nobleza, hidalguía y pureza de sangre eran atributos

²²¹ CARRASQUILLA, “La marquesa”, p. 97

²²² CHAVES, “Color, inferioridad...”, p. 85.

indispensables para aspirar a un cargo público; en efecto, cualquier oficio que no estuviese relacionado con la burocracia, la escribanía, la jurisprudencia y los servicios eclesiásticos, era considerado innoble.²²³

La relación entre clima y raza, surgida en la época antigua y reactualizada durante el siglo de las luces, también aparece plasmada en la obra de Carrasquilla pero referida no exclusivamente a las castas, sino al sector que durante el periodo de la crisis colonial más claramente amenazaba el dominio peninsular: los criollos. En su novela, Carrasquilla refiere que “[Los españoles] se daban sus filos de infanzones y de hecho lo eran,²²⁴ si no de fuero: nacieron nobles; no tenían ningún gravamen; mandaban en esas tierras, como señores naturales, fuera de que los españoles, de natividad se sentían superiores a los criollos, por más que estos fuesen sus propios hijos. Bien hecho: la geografía da o quita mérito”.²²⁵ El merito que proporcionaba la geografía estaba, por supuesto, atado al clima, recordemos la premisa del andinocentrismo: temperaturas más benignas producirían razas más avanzadas. El inclemente medio americano no parecía ser el más apropiado para el desarrollo de esos seres superiores, pues en los ardientes climas de las tierras bajas hasta los blancos se degeneraban, no los españoles por supuesto, quienes se veían afectados por la influencia del clima pero no gravemente, al fin de cuentas habían nacido en Europa. Desafortunadamente, no sucedía lo mismo con sus descendientes. Así lo discute don José María, quien opina que

Yo no sé qué diablos tienen estas malditas Indias del rey. Viene uno aquí, lleno de bríos y de muchos calzones, dizque a conseguir con qué volverse a

²²³ JARAMILLO “Mestizaje y diferenciación...”, p. 4.

²²⁴ Infanzón, na. (Del b. lat. *infantĭo*, *-ōnis*): 1. m. y f. Hidalgo que en sus heredamientos tenía potestad y señorío limitados. Tomado de: Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. Disponible en: <http://buscon.rae.es/draeI/>

²²⁵ CARRASQUILLA, “La Marquesa...”, p. 58, subrayado mío.

su tierra, a vivir bien holgado y a todo taco. Qué arrogancia y qué cosa aquella! Le parece a uno que es un demonio, capaz de agarrar esta tierra maldita, y dominarla como mula cerrera, y arrancarle por la fuerza todos los tesoros que a uno le dé su gana. Pero pasan los días, y los orales no parecen, y los planes se desbaratan, y los ánimos se van acabando y uno se va volviendo un insulso, un pendejete, un indolente boquiabierto. Será que los negros nos pegan su pereza o que esta tierra nos va atembando, con tanta plaga ponzoñosa, tanto árbol venenoso, tanta fiebre y tanto tuntún.²²⁶

Explicaciones a las que su nuera Doña María de la Luz, obsesionada por las supuestas aventuras sexuales de su esposo con negras e indias, añade la brujería que éstas practicaban para “atar” a los blancos. Sin embargo, don José María desestima la acción de las brujas y más bien busca otra respuesta a su propia pregunta, lo que tienen estas malditas Indias del rey es el clima:

(...) esas mujeres no tienen la culpa. Ni de eso pende la zoncera de los que vivimos aquí: es del clima. Por eso, todos los que nacen en estas tierras, por más que vengan de gente de arranque y de canela, resultan unos sorombáticos, unos enteleridos que parecen tuntunientos. Por eso los llaman criollos, porque gallos finos mal podrían llamarlos.²²⁷

Muy al contrario de la hipótesis sobre la flexibilidad de las relaciones raciales en Antioquia, estas representaciones sobre la sociedad regional apuntan a definir un orden rígido que legitima la exclusión de unos “otros” ajenos a dispositivos de distinción social como los certificados de nobleza y los oficios que se les asociaban. Carrasquilla emplea los personajes blancos como referente a partir del cual se establecen las categorías que determinan el orden social mediante postulados propios del andinocentrismo sobre la relación entre clima y superioridad racial; la escala que resulta de esta jerarquización es

²²⁶ CARRASQUILLA, “La Marquesa...”, p. 39.

²²⁷ CARRASQUILLA, “La Marquesa...”, p. 40.

clara: los españoles ejercían un dominio indisputable, seguidos por los criollos que aun habiendo nacido en América no dejaban por ello de ser blancos, por último estaban las castas con las que los dos primeros sectores evitaban mezclarse. Aunque Carrasquilla parece sugerir el conflicto existente entre blancos americanos y peninsulares hacia el final del periodo colonial y los apartes que hablan sobre la degeneración producida por el clima hacen referencia a los criollos, como efectivamente sucedía durante la época en que se desarrolla la novela, en el resto de la misma se impone el sentido común propio del periodo vital del autor, quien termina por elaborar una representación contradictoria pues al tiempo que muestra la relación clima/raza en referencia a los criollos, les atribuye a los personajes blancos, independientemente de su proveniencia geográfica, cualidades de las que carece la gente negra, las cuales expresan la superioridad física, moral e intelectual de los primeros que les permite sobreponerse aún a los escenarios indómitos de selvas y ríos donde se desarrolla la actividad minera. Carrasquilla sitúa éstos como ámbitos opuestos a las características asociadas con la blancura:

Don Pedro se ausenta con frecuencia, unas veces solo y otras con su yerno, a sus trabajos de minería, y, aunque en ellos mantiene negras que le sirven con toda fidelidad, Doña Bárbara se da a entender que, a pesar de ello, todo debe de andar por allá, si no manga por hombro, de modos muy ordinarios y poco gratos; que ayuda y asistencia de esclavas no bastan a la categoría y a la delicadeza de su padre y su cuñado.²²⁸

Esa estrategia narrativa también se evidencia cuando, gracias a su persistencia, Bárbara logra que su padre y su cuñado la lleven por primera vez a trabajar con ellos en las minas. Carrasquilla dice que:

²²⁸ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 24.

Tan sólo por matarle el antojo, se la llevan consigo, los mineros, pensando que no aguanta una semana en aquellos vericuetos tan lóbregos. Cuenta, a la sazón, diez y seis años; y vieras como, luego al punto, se van despertando, en ese medio, rudo e inclemente, las energías de aquel carácter y los recursos de aquella cabeza. Espíritu de sacrificio, de orden, de disciplina, de administración, va sacando, uno tras otro, así en lo grande como en lo pequeño, lo mismo en lo moral que en lo físico, y todo con un brío y una jovialidad que más parece cosa de diversión que de ayuda. Interviniendo en todo lo doméstico hace de aquellos ranchos, a veces trasladables y siempre improvisados, algo limpio e higiénico; de aquella culinaria primitiva, platos sazonados; de trapos en jirones, ropa llevadera; de esa negrería negligente y desidia, servicio ordenado y distribuido por capacidades.²²⁹

Debido a la naturaleza literaria de sus escritos, en contraste con otros textos de tipo científico o periodístico, Carrasquilla emplea un discurso narrativo que pretende describir antes que argumentar para construir sus personajes y a través de éstos elaborar sus representaciones. Ello le permite establecer relaciones entre elementos diversos del relato que no requieren ser demostradas o comprobadas sino que simplemente se dan por ciertas, es decir, naturaliza esas representaciones. De ese modo, el análisis de interacciones entre los personajes caracterizados racialmente como las que acabo de citar evidencia una estrategia narrativa que Van Dijk ha llamado *polarización*, propia de discursos en los que se crean representaciones en torno a identidades en conflicto, sobre todo aquellas que tienen que ver con diferencias raciales, étnicas o culturales; el término polarización se refiere a la construcción de un “otro” que difiere y se contrapone al yo que enuncia, este último perteneciente a un determinado sector social que caracteriza como “nosotros”; la diferenciación se realiza mediante la asociación de valores positivos al grupo de pertenencia en contraste con las atribuciones negativas que se adjudican a los “otros”.²³⁰

Van Dijk ha señalado la polarización como la estrategia global propia de los discursos

²²⁹ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 25.

²³⁰ Ver: VAN DIJK, Teun, “Discurso racista”, En: IGARTUA, Juan José y MÚÑIZ, Carlos (Eds.), *Medios de comunicación y sociedad*, Ediciones Universidad de Salamanca, 2007; VAN DIJK, Teun, “Análisis del discurso ideológico”, En: *Versiones*, N° 6, UAM-Xohimilco, 1996, p. 15-46.

ideologizados. En el caso que me interesa analizar, la polarización se manifiesta mediante la creación de sistemas de oposiciones múltiples que asocian estatus raciales con cualidades o defectos aceptados como propios del ser blanco o negro.

Las citas sobre la minería muestran cómo operó dentro del relato el sistema de oposición en la construcción de las equivalencias entre tres elementos básicos del andinocentrismo: el medio geográfico, la pertenencia racial y las características asociadas a la raza. Mediante la adjetivación Carrasquilla se empeña en caracterizar la geografía minera como lóbrega, ruda e inclemente al tiempo que, a través de las descripciones contrastivas, naturaliza la idea de que, en armonía con ese medio, los negros son ordinarios, poco gratos, negligentes y perezosos mientras que los blancos con su delicadeza, categoría, energía, orden, disciplina, higiene, etc., están llamados a transformar ese escenario salvaje al que, a diferencia de los negros, no pertenecen. De este modo, el relato va construyendo una identidad blanca colonizadora en la medida en que divide la sociedad entre un “nosotros” dentro el cual se inscribe el propio autor²³¹ que se caracteriza por su pureza racial, sus títulos de nobleza, su riqueza, su emprendimiento, etc., y unos “otros” negros que se sitúan en una geografía racializada, inhóspita y salvaje.

A lo largo de toda la novela, la polarización actúa de variadas maneras que también han sido previamente señaladas por Van Dijk como manifestaciones posibles de esa estrategia

²³¹ Vale la pena recordar que en el primer párrafo de su autobiografía Carrasquilla se atribuye a sí mismo un lugar dentro de la jerarquía social al situarse como descendiente de españoles blancos; así mismo, el escritor evidencia su pertenencia al colectivo blanco al utilizar expresiones como “nuestras condiciones étnicas” o “nuestra raza” al referirse al prototipo homogéneo del antioqueño blanco. En ese mismo sentido, en una serie de crónicas sobre Medellín, el escritor delimita claramente el “nosotros” al cual pertenece al afirmar que durante la época colonial “Pocas familias tenían esclavos o indios paniaguados; aquellos ascendientes de *nosotros* los blancos, que gastamos tantos melindres, lo hacían todo”. Ver: CARRASQUILLA, Tomás, “Medellín”, En: Obras completas..., p. 779 y 803, las cursivas son mías.

global de representación: mientras que los valores positivos asociados al grupo de pertenencia son resaltados, las acciones o afirmaciones negativas tienden a ser desestimadas o minimizadas en particular cuando se trata de reconocer la existencia de actitudes o prácticas racistas. La polarización implica también el otorgamiento de posiciones sociales a los sectores involucrados en el discurso que, en este caso, están orientadas por los preceptos del andinocentrismo; éstas señalan no solamente el lugar geográfico al que de manera aparentemente natural pertenecen los africanos y sus descendientes, sino que los sitúan en las posiciones más bajas de la escala social.

La inferiorización se evidencia tanto en la estructura como en el argumento. Al analizar la estructura de la narración se encuentra que, pese a que el número de personajes negros que aparecen en *La marquesa de Yolombó* es relativamente amplio en comparación con el resto de obras de Carrasquilla y ello podría significar un intento por hacer visible su participación dentro de la sociedad antioqueña, la forma como éstos interactúan con el resto de los sujetos del relato los ubica siempre en papeles de servidumbre y subordinación, no parecen tener una existencia independiente sino que sus acciones y apariciones en el relato siempre giran en torno a los blancos, hablan cuando se les inquiera pero nunca se les presenta, por ejemplo, reflexionando en soledad como sí sucede constantemente con los blancos, especialmente con Bárbara; es decir que Carrasquilla construye el carácter de los personajes negros únicamente gracias al diálogo que éstos mantienen con los blancos pero en ninguna ocasión les da voz propia, no les otorga la oportunidad de expresarse por sí mismos a través de un monólogo y en la novela no existe ningún diálogo protagonizado exclusivamente por negros. Adicionalmente, desde el punto de vista narrativo Carrasquilla muestra una sociedad homogénea en la cual los blancos son

amos y los negros sirvientes, sin la existencia de términos medios y sin que nadie cuestione, impugne o desafíe esa jerarquía pues, aunque con frecuencia se presentan negros libres como Sacramento, su esposo Guadalupe, Pacho Castellanos y la criada Narcisa, reiteradamente se les hace aparecer como seres que no solo aceptan sino que añoran, desean y celebran la subordinación al orden preestablecido. Sobre Sacramento y Guadalupe, Carrasquilla narra que:

Mediante buen salario, desempeña la cocina como mandataria y jefe, la fogonera Sacramento. Es una liberta de Remedios, que, en los tiempos de su servidumbre, dio varios hijos a sus diversos amos. Libre del yugo y la procreación, rescató al mulato Guadalupe, veinticinco años menor que ella; y hechizándolo con sus embrujos y buenos servicios, elevólo a la categoría de esposo idolatrado (...) tal es la soberana del fogón, en la mina de don Pedro caballero. Sirve la garita su carísimo y entongado Guadalupe. Disfrutan, a más de la paga, las sisas y gangas, consigüentes a todo gobierno, las dichas del mandato y de sentirse necesarios. Cuando ven que la intervención de doña Bárbara puede menoscabarles la privanza y el merodeo, arman viaje. Mas ella les declara, muy tranquila, que se larguen con viento fresco, cuando a bien lo tengan (...) pero que, si quieren ver cómo se maneja ella con sus inferiores, demoren el viaje una semana, por vía de ensayo. Tragando hiel y vinagre se quedan. Y qué sucede? Que a los pocos días la llaman “Mi Amita de Oro”, “La madrecita de sus negros”; y que, libres y todo, se quedan con ella para siempre, cual si fueran sus esclavos más adictos.²³²

Por vía de los libertos y gracias a la caridad que expresan las acciones de su ama, los esclavos de las cuadrillas también aprenden a apreciarla:

(...) a “La Madrecita de sus negros” la veneran: la maga Sacramento y su hechizado Guadalupe han transmitido su amor por la chica, a todos esos corazones africanos. Razón les sobra para tanto culto: Doña Bárbara los trata a todos con esa benevolencia, hija de la caridad y madre de la nobleza (...) ¡Amita más llena y más bizarra! Que su divina Majestad la coronara de gloria desde esta vida. Pues ¿y cuando alguno estaba enfermo? Sin ascos, sin extremos, por las acres emanaciones de la raza de Cam y de todo cuartel o enfermería, se apersona allá, con la insigne curandera, sin que nadie la ataje, para todo remedio o tratamiento que el caso demande. Y ella misma, con esas manitas marfileñas, tiene cara de aplicar emplastos y cataplasmas, sobre esos pellejos tenebrosos y ardididos por la fiebre. Ni las súplicas de Sacramento, ni la vergüenza del paciente, ni los gruñidos del padre son poderosos a impedir las obras de este Pedro Claver con enaguas.²³³

²³² CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 26.

²³³ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 28.

Más adelante, Carrasquilla insiste en el tema de la bondad de la esclavista y la fidelidad de sus sirvientes mediante el caso de Pacho Castellanos, que narra de la siguiente manera:

Para hacerse querer y respetar de los esclavos propios o ajenos, tenía la joven un secreto: la justicia suavizada por la caridad. En su primera salida a Yolombó, el liberto Pacho Castellanos fue acusado, con pruebas casi palmarias, de hurtos en el canalón. Tocar el oro del rey era casi un delito de lesa majestad. Vieira, que como director de minas tiene atribuciones policiales, lo hace poner de patas en el cepo, le echa la carlanca en el cuello y lo amarra al palo, mientras lo llevan al pueblo para juzgarlo. Al día siguiente regresa Doña Bárbara y, no bien la imponen del suceso, vuela al rancho que hace las veces de cárcel. Se queda a solas con el acusado; y el infeliz entre lágrimas y suspiros, se lo confiesa todo y donde oculta el dinero.

Lo casaron los amos a los quince años; no hubo hijos en el matrimonio; pudieron rescatarse él y su mujer; murió ella y él se casó, entonces, por su libre elección, con una india de quien tiene seis hijos, muy pequeños todavía. Ella es una enferma que no puede trabajar. Lo que él gana no le alcanza; y sus hijos y su mujer viven con hambre. Por eso ha robado.

Doña Bárbara, enjugándose el llanto que no puede contener, le dice:

-Bueno Pacho: te regalo el oro, sea el que fuere, y te suelto con tal de que no vuelvas a tocar lo ajeno. Si en tu casa hay hambre, yo veré cómo se acaba.

(...) De ahí en adelante, Pacho gana jornal triple. Él, Guadalupe y Sacramento forman, desde entonces, esa trinidad de libertos, más fieles y sumisos a Doña Bárbara que sus esclavos legales.²³⁴

El tema del liberto que desdeña su condición se reitera de nuevo cuando Carrasquilla describe a Narcisa, camarera mayor de Bárbara: “Muchas onzas le ofrecen a Doña Bárbara por Narcisa; pero es el caso, que, hace tiempos le ha dado carta de libertad; y la negra, que es viuda, no quiere volver a casarse ni dejar a su señora”.²³⁵ En otro aparte de la novela el negro Patricio, “el más hablantino y zalamero del Congo” es enviado por don José María Moreno, quien lo tiene a su servicio, a llevar regalos a casa de la familia Villaciento, una

²³⁴ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 78.

²³⁵ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 101.

de cuyas hijas pretende el amo; con el ánimo de convencer a los padres para que den el sí, Patricio se refiere a don José María diciendo que: “Después de mi dios, él! Lo dice este triste negro que lo conoce más que toíto Yolombó junto. Liberto como soy y con mi amo tengo que morirme. Iba yo a dejarlo? Ni porque fuera él a tirarme de la torre de Santa Bárbara. No tengo más que mi cuerpo gentil; si más tuviera, toíto era pa mi amo”.²³⁶

El conjunto de apartes que he citado evidencia que, con excepción del caso de Narcisa, el resto de los ejemplos responden nuevamente al patrón del discurso polarizador pues oponen características negativas asociadas a los negros a valores positivos encarnados en los blancos para así resaltar la superioridad física y moral de estos últimos: frente a los ingratos Sacramento y Guadalupe quienes pretenden marcharse a ejercer su condición de libres, la bondad de la “amita de oro” que los compromete a quedarse; ante los pellejos pútridos, tenebrosos y enfermos de la raza de Cam, las delicadas y blancas manos de la criolla caritativa que se atreve a tocar un negro destinado por la historia bíblica a la servidumbre; en contraste con el zalamero Patricio, que se califica a sí mismo como un triste negro, aparece don José María cuya presencia casi divina solo era superada por el mismísimo dios.

Por otra parte, ante la perspectiva de la libertad, los negros optan permanecer subordinados a los amos, vinculados a éstos emocionalmente por una deuda de caridad y dependientes económicamente. Desde el punto de vista de las representaciones, la reiteración de este modelo construye al menos dos ideas: por un lado muestra una curiosa versión “moderada” de la esclavitud como un mal necesario no solo porque la mano de obra cautiva era el motor de la economía colonial, sino porque los negros no sabían vivir de otra forma, es |

²³⁶ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 43.

decir, naturaliza la equivalencia entre pertenencia racial y subordinación o, lo que es lo mismo, la ecuación negro = esclavo. Por otra parte, Carrasquilla desconoce la existencia de amplios sectores libres que para entonces se empeñaban en alcanzar autonomía económica y social, así como de los cimarrones y palenques que existían en la región desde el siglo XVI y por esa vía invisibiliza los diversos tipos de resistencia tanto armada como simbólica que ejercieron los africanos y sus descendientes, bien fueran libres o esclavos, frente a la exclusión que les impuso la sociedad colonial.

Es claro entonces que Carrasquilla se empeña a lo largo de toda la novela por presentar una sociedad de jerarquías claramente establecidas en torno a la pertenencia racial, la cual sin embargo se encuentra libre de conflicto no porque operen los valores de igualdad a los que se ha atribuido el mestizaje en Antioquia, sino debido a la bondad con que los amos blancos “toleran” los muchos defectos de los negros con quienes conviven y a la agradecida resignación con que éstos reciben su condición de subordinados. Esta última idea se refuerza en un aparte durante el cual Bárbara evalúa la posibilidad de que sus criados le consigan un objeto mágico llamado “familiar” que le permita obtener mayores ganancias en la minería; frente a las dudas de su ama, Guadalupe pretende convencerla de las ventajas que le traería tenerlo diciéndole que:

Si su Mercé quisiera, no tan solamente se sacaba toíto el oro de estas playas y di-otros ríos, sino que que fundaría pueblos y levantaría iglesias y componería libros. ¡Figurese su Mercé con esa capacidá que manija para todo! Si los negros, que semos unos micos sin cola, aprendemos ¿qué no aprendería su Mercé?

-Eso sí no lo digas Guadalupe! Los negros, aunque tengan la color oscura (sic), son tan cristianos como todos los blancos: están bautizados y redimidos por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

-Asina mesmo lo creo, Amita. Yo era por decir que semos unos tristes inorantes, muy brutos y muy fieros.

-Eso tampoco Guadalupe; hay negros buenos mozos y negras muy bonitas, lo mismo que entre los blancos. Ni tampoco les faltan entendederas a los negros. Ya ves: tú las tienes mejores que muchos blancos.

-Dios le pague, Amita, ese dicho. Su mercé es tan buena con los negros que hasta les alevanta cualidades.²³⁷

Tanto en este como en los otros apartes que he referido, resulta interesante observar que aunque Carrasquilla pretende presentar una sociedad donde la diferencia racial no implicaba conflicto sino que, por el contrario, blancos y castas vivían pacífica y armónicamente, no por ello evita las polarizaciones inferiorizantes, es decir, no deja de adjetivar a los personajes negros como ignorantes y brutos, e incluso, cuestiona su humanidad al asociarlos con micos y fieras pues de no hacerlo tendería un manto de duda sobre la superioridad blanca. Sin embargo, esto coincide con otra de las manifestaciones de la polarización que ha señalado Van Dijk, la cual apunta a desestimar las acciones o ideas negativas asociadas con el grupo de pertenencia de modo que, probablemente para evadir acusaciones de racismo, Carrasquilla se cuida de hacer atribuciones raciales por medio de sus personajes blancos y más bien las traslada a los propios negros, quienes en casi todos los ejemplos son los encargados de señalar su propia inferioridad en contraste con las virtudes y valores de los blancos. Así, el escritor elabora una imagen sumamente paternalista de la esclavitud, la cual ignora la carga de violencia física y simbólica que implicaba la sujeción, a la vez que minimiza la responsabilidad histórica de los amos y la transfiere a los africanos y sus descendientes, a quienes muestra como felices y agradecidos autores de su propia situación de sometimiento.

²³⁷ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 85.

Esa parece haber sido una forma común de representar a la gente negra en las escasas obras literarias que abordaron el tema durante el siglo XIX. Entre éstas, las que mayor circulación y reconocimiento han alcanzado son *María* de Jorge Isaacs y *El alférez real* de Eustaquio Palacios. Ambas se desarrollan en el Valle del Cauca, una región del occidente colombiano que contó con gran presencia de esclavizados debido a la existencia allí de haciendas azucareras y guardan ciertas similitudes con *La marquesa de Yolombó* pues todas fueron escritas durante la segunda década de la centuria en 1886 y 1863 respectivamente, en el marco del romanticismo la primera y el realismo histórico la segunda. Mientras Palacios buscó retratar la sociedad vallecaucana de finales del siglo XVIII documentado su novela a través de la revisión de los archivos coloniales de la ciudad de Cali, Isaacs escribió una historia basada en su propia experiencia personal, que se tiene lugar en la primera mitad del siglo XIX cuando la esclavitud se encontraba aún vigente;²³⁸ tanto *María* como *El alférez real* se desarrollan en torno a historias de amor cuyo telón de fondo en buena medida está ambientado por la cotidianidad de los esclavos negros y, al igual que sucede con la novela de Carrasquilla, se empeñan en mostrar la imagen de una sociedad carente de conflicto racial en la cual los esclavos viven agradecidos bajo la regla y el azote del amo. En la novela de Palacios son los esclavos quienes señalan y reproducen las ideas sobre su carácter subhumano; un aparte donde Toribia suplica perdón para su compañero es revelador en ese sentido:

Toribia, al ir al cuarto del Padre a buscar defensa para su marido, había llevado su hijo en el cuadril, que tenía apenas un año, y lo dejó afuera en el corredor para entrar a hablar con el Padre; pero el negrito al verse solo, se asustó y comenzó a llorar a gritos. El Padre le dijo a la negra:

—Oye cómo grita ese niño; ve y álzalo para que no lllore.

²³⁸ Aunque desde 1821 se había declarado la ley de libertad de vientres, en Colombia la esclavitud solamente fue abolida hasta el 21 de mayo de 1851.

–No es niño, mi amo, es el negrito (...)

Mientras tanto, Toribia contentísima refería a sus compañeras su entrevista con el Padre.

–Porque lloró el negrito (les decía) me dijo: "alza ese niño para que no llore". Yo le contesté: no es niño, mi amo, es el negrito"; entonces me dijo: "simple, ese negrito es niño". Figúrense ustedes. ¡que dizque el negrito es niño! ¡Qué cosas dice mi amo el Padre!²³⁹

Otra estrategia narrativa que vale la pena analizar es la visibilidad condicionada mediante el empleo de estereotipos,²⁴⁰ la cual se encuentra relacionada de manera muy cercana con las formas de representación de los africanos y sus descendientes que he explicado hasta ahora. En efecto, la asignación a los “otros” de atributos estereotipados que emanan del imaginario compartido por un “nosotros” profundiza las diferencias entre ambos sectores, bien sea con oposiciones directas y evidentes como las que señalé más arriba o a través de afirmaciones que limitan el lugar social de los individuos o grupos dominados, por ejemplo cuando se presenta a la gente negra únicamente como criados, esclavos o sirvientes.

La inferiorización de los africanos y sus descendientes en el marco de una sociedad colonial que los convirtió en mercancías se encuentra estrechamente relacionada con los estereotipos sobre sus cuerpos, que son los que con más frecuencia se emplean para describirlos. Los imaginarios sobre el cuerpo y la corporalidad negra son variados pues van

²³⁹ PALACIOS, Eustaquio, *El alférez real*, Bogotá, Panamericana, 1997, p. 194 y 196.

²⁴⁰ “Detrás de las palabras y las imágenes se oculta siempre un conjunto de ideas o creencias que traducen e interpretan nuestra relación con nosotros mismos y con los demás. El sentido común, siempre presente en nuestras interacciones sociales, descansa en gran parte sobre los prejuicios y los estereotipos. Los estereotipos son las ideas que nos hacemos de alguien o de alguna cosa, las imágenes que surgen automáticamente cuando evaluamos una persona, un grupo o un acontecimiento. No son adquiridos por la experiencia, sino transmitidos y recibidos a través de la comunicación de masas o del medio social y cultural en el cual se desenvuelven las personas”, VIVEROS, Mara, *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002, p. 277.

desde la fortaleza física hasta la hipersexualización, pasando por la resistencia sobrehumana al dolor, la fealdad y la habilidad para el baile.

Como hemos visto en los capítulos pasados, el contexto histórico en el marco del cual se presentaron la trata y esclavización de millones de africanos y afrodescendientes implicó procesos de deshumanización y demonización de los capturados, los cuales siguieron determinando en buena medida las relaciones que los sectores hegemónicos establecieron con los cautivos en América. La deshumanización que hizo posible el comercio de esas personas tuvo como consecuencia el que las condiciones y capacidades morales e intelectuales de los esclavizados fueran ignoradas y éstos reducidos a simples cuerpos dentro del engranaje colonial. Las particulares manifestaciones de la corporalidad de los africanos constituyeron, en conjunto con la palabra, uno de los soportes más importantes de sus memorias culturales y se presentaron en espacios rituales, lúdicos y cotidianos de formas muy diversas las cuales fueron interpretadas como desviaciones que contravenían las normas y preceptos cristianos de la época pero que, sin embargo, causaban simultáneamente tanto rechazo como deseo y atracción;²⁴¹ el cuerpo negro se convirtió entonces en un lugar de encuentros sexuales y desencuentros culturales. Muchos de los estereotipos elaborados por las sociedades coloniales americanas en torno a la corporalidad de los africanos y sus descendientes continúan presentes en los imaginarios nacionales, donde existe una tendencia a reconocer su presencia únicamente en ámbitos como el deporte, persisten ideas sobre una supuesta sexualidad desbordada o acerca de que todos los afrodescendientes son buenos bailarines.²⁴² En *La marquesa de Yolombó* este conjunto de

²⁴¹ MAYA, Adriana “Brujería y reconstrucción étnica de los esclavos del Nuevo reino de Granada”, En: MAYA, Adriana (Comp.), *Geografía Humana de Colombia Tomo IV, Los Afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de cultura hispánica, 2000.

²⁴² “Al respecto, vale la pena tener en cuenta una constatación que el imaginario sobre las personas negras como particularmente sexuales puede ser analizado también como una de las huellas de la esclavitud que

imágenes se manifiesta con frecuencia. Una escena festiva en la que un grupo de cautivos baila mapalé constituye un buen ejemplo:

Son doce; formándose en filas, negros de un lado, negras del otro; alzan los blandones, a igual altura y a un solo golpe; se cruzan, se alternan, los brazos se entrelazan, se traban las llamas. Cara a cara, blanqueando los ojos, vibrando las jetas, se magnetizan. Acentúan el compás con pie experto, ya hacia adelante, ya hacia atrás. Bordan y dibujan sin desligarse un ápice. Se alzan, se menean, se doblan, se agachan. Van a caer. Mas, a un tiempo mismo, se desprenden en rueda, levantan las diestras y las acumulan en el centro de un solo foco, mientras las siniestras forman, junto al suelo, un círculo concéntrico. El molinete gira y gira, en vértigo de llamas. Rómpele de pronto y aquello sigue en parejas. Es el desvanecerse supremo. Remenean las caderas, en convulsivo zarandeo; tiemblan los senos, cual si fueran gelatina. Jadean aquellas bocas; serpean aquellos cuerpos, barnizados por el sudor; relumbran los ojos, los aros y las gargantillas. Se estrechan los cuerpos en un espasmo; tornan a inclinarse, tornan a erguirse; se afianzan en los remos, lanzan los bustos hacia atrás; arrojan las teas, y terminan. Es un brote de esa África lejana que llevan en su sangre y que sus ojos nunca vieron: es un rito sagrado ante un Eros cruel y dolorido.²⁴³

En este aparte la asociación entre baile y sexualidad es evidente, así como la naturalización del estereotipo sexual, que se logra mediante la alusión a África como fuente de una corporalidad exótica y casi salvaje que se ubica en las fronteras de la cultura dominante. En efecto, como lo ha señalado Viveros “La imaginación colonial relaciona la sexualidad desviada con la diferencia racial y cultural y con las tierras lejanas, así que los colonizados —y/o esclavizados— se representan como excesivamente libidinosos y sexualmente incontrolables”.²⁴⁴ Sin embargo, al mismo tiempo se naturaliza esa relación pues África aparece como un referente abstracto que no necesita ser conocido por sus herederos

permanece presente en los imaginarios sociales. Lavou- Zoungbo plantea en un artículo reciente que el mito del vigor y las proezas sexuales del varón negro es el corolario del mito de su vigor y fuerza físicos y constituye un metarrelato, en el sentido de que es una narración con una función legitimante. En efecto, estos imaginarios cumplían y siguen cumpliendo el objetivo de legitimar los hechos mismos de la colonización y la esclavización, y su espíritu "civilizador". VIVEROS, Mara, *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002, p. 307.

²⁴³ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 65 y 66.

²⁴⁴ VIVEROS, *De quebradores...*, p. 79.

desposeídos ya que las cualidades que se le asignan “se llevan en la sangre” lo cual implica no un aprendizaje cultural sino una transmisión mecánica, como si fuera esa una característica intrínseca e inseparable del “ser negro”.

En su obra clásica *Casa grande y senzala* al analizar la situación de los cautivos en el contexto esclavista brasilero, Gilberto Freyre afirma que la creación y reproducción de ese estereotipo fue producto de una sociedad patriarcal que buscaba justificar la dominación sexual que ejercían los propietarios en contra de sus esclavizadas, más que de una particularidad natural de la gente negra. En mi opinión, Carrasquilla pretende algo similar mediante la referencia al baile como un rito destinado al Eros cruel y dolorido de los negros, una sexualidad deteriorada por el salvajismo y signada por la violencia que legitima el goce sexual de las mujeres negras por parte de sus amos, el cual se retrata en un par de oportunidades a lo largo de la novela, una de ellas cuando María de la Luz se enfada debido a que al “puerco” de su esposo gusta de “negriar” durante sus estadías en las minas y suspira diciendo que “¡Si tan siquiera fuera con blancas!” quizá la afrenta no sería tan grande,²⁴⁵ o un aparte en el cual Martín, sobrino de la marquesa, a quien de camino a la mina un esclavo le dice que: “Allá topa con quien consolase (sic): su Mercé no le hace asco a las mulatas y allá están agora, unas zambas muy apropiadas, d’esas de cencia secreta, que no le hacen maleficio ni a los mocitos que encomienzan” ante lo que interviene otro negro diciendo que “para el garañoncito de los patrones de la mina y del pueblo, la yegua que escoja”, por su parte Martín les agradece diciendo “Sí, negros (...) A los monos nos gusta el cuero jumao”.²⁴⁶ Es importante resaltar que nuevamente Carrasquilla coloca a los esclavos como promotores de los abusos cometidos por los amos, al ser éstos quienes le

²⁴⁵ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 36 y 40.

²⁴⁶ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 160.

sugieren a Martín practicar el desahogo sexual con sus compañeras cautivas bajo la consideración de que se merece lo que quiera por ser el patrón.

La supuesta lubricidad de los negros se asocia también con su hipersexualización y constituye otro de los argumentos que parece justificar el empleo sexual de las mujeres negras por parte de los blancos. A lo largo de la obra constantemente encontramos mujeres, niños y hombres bailando en las calles de Yolombó, tocando instrumentos musicales, cantando o disfrazados en comparsas; en contraste los indios, el otro sector marginado de la sociedad, son descritos mediante el estereotipo del buen salvaje pasivo y melancólico:

En las sancochas (...) desborda la alegría africana en este día de las venturas: bailes, cantos, cohetes, alternan con los atracones de carne asada y de aquellos ajiacos que alimentan con el vaho.

Entretanto, en la parte occidental de la plaza, donde se han agrupado los indios, sólo se les ve comer, sin que interrumpa su mutismo ni siquiera la risotada de un chicuelo. Ni el expendio de sus mercancías les anima esas caras tan acartonadas y amarillentas, que sólo expresan apatía, inocencia y el no ser. Y ¡como impresiona esa melancolía de los indiecitos!²⁴⁷

Teniendo en cuenta esta matriz representacional, llama la atención que las mujeres indias en ningún momento aparecen como objeto de deseo o empleo sexual por parte de los blancos. En ese sentido, se reitera la impresión de que las mujeres negras eran violadas por sus amos no debido a la coerción que éstos ejercían en su contra, sino porque eran naturalmente proclives a ello debido a su pretendida alegría y desparpajo.

Otra idea estereotipada que la sociedad colonial les legó a los imaginarios nacionales sobre los africanos y sus descendientes tiene que ver con la asociación entre éstos y brujerías o ritos demoniacos. Como lo ha señalado Adriana Maya, la mayoría de pueblos africanos traídos a América practicaban el culto a sus ancestros como parte fundamental no solo de

²⁴⁷ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 75.

sus creencias religiosas sino de su organización social en general; sin embargo, la incompreensión europea sobre la naturaleza e importancia de ese tipo de prácticas sagradas así como la necesidad de justificar el cautiverio llevaron a su asociación con cultos demoniacos y brujescos. Maya ha mostrado la existencia de varios casos inquisitoriales en contra de mujeres negras en Zaragoza durante el siglo XVII, acusadas de practicar diversas formas de magia y brujería que ella y otros estudiosos del tema como el historiador Rafael Díaz han interpretado como formas de *cimarronaje simbólico* a la dominación, despersonalización y fragmentación cultural que les imponía el sistema esclavista; en muchos casos los africanos y sus descendientes comprendieron tanto el poder que los blancos atribuían al diablo, como el hecho de que éste era asociado con los negros y lo emplearon como forma de resistencia para infundir terror entre los amos.²⁴⁸ Al parecer, el nordeste antioqueño continuó siendo un centro simbólico famoso por la eficacia de sus hechiceras negras hasta el siglo XIX pues, no solo en *La marquesa de Yolombó* sino en algunas de sus obras referidas a la época republicana, Carrasquilla relaciona los primeros poblados antioqueños de la zona como Cáceres, Zaragoza y Remedios con prácticas de magia amorosa, curanderismo, etc.

El mejor ejemplo de ese conocimiento imputado a la gente negra lo constituye Sacramento, la fiel criada de Bárbara, a quien desde su primera aparición en la novela Carrasquilla la presenta como bruja y curandera:

Sacramento goza de gran renombre como curandera o cosa tal. Cuéntase que en sus andanzas de Remedios a Zaragoza, hoy en una mina, mañana en otra, se ha hecho a muchísimos secretos (...) cuéntase, asimismo, que viene de una raza predestinada a la

²⁴⁸ DÍAZ, Rafael, “Entre demonios africanizados, cabildos y estéticas corpóreas: aproximaciones a las culturas negra y mulata en el Nuevo Reino de Granada”, En: *Universitas Humanistica*, Julio-diciembre, Año/Vol. XXXII, N° 060, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, p. 29-37; MAYA, Adriana, “África: legados espirituales en la Nueva Granada, siglo XVII”, En: *Historia crítica*, N° 12, enero-junio de 1996, p. 29-42.

magia más aguda y extraordinaria (...) la negra, con sus andróminas y agüeros, levanta enfermos muy postrados, propinándoles cualquier porquería de las suyas.²⁴⁹

Esa raza de la cual proviene Sacramento y que le permite acceder al saber esotérico que implican las prácticas mágicas y curativas no es otra que la negra, derivada del África que por encontrarse fuera del dominio de la Europa civilizada constituye el perfecto ámbito para el desarrollo de éstas. En varias ocasiones Carrasquilla insiste en presentar el continente africano como referente de una espiritualidad poderosa y maléfica: “Alguna vez el África acoyundada por los ladrones civilizados, raptos de sus hijos, debía imponérseles a los malvados, si no por las armas, por el poder de su siquis (sic) tenebrosa. ¡quieran sus dioses que se venguen, todavía, con otros maleficios más negros y letales!”²⁵⁰ sin embargo, aunque las “oscuras” deidades de los esclavos pertenecen al ámbito africano, ni los cautivos ni sus hijos se han librado del influjo maligno de esos dioses demonizados, ya que pese a la intervención de los civilizadores europeos las memorias de su “psiquis tenebrosa” han viajado con ellos y se han instalado en los nuevos espacios:

Los terribles genios del África no dejan en paz a los negros, arrancados de su suelo por los civilizados, cazadores de hombres. Con los barcos negreros han atravesado en Atlántico Océano para venir a colonizar estos montes intertropicales de los Andes, a oír sus nombres traducidos al castellano, a mezclarse con las deidades indígenas. Aquí habita lo más ínclito de su corte infernal y selvática.²⁵¹

En efecto la selva y el trópico americanos, opuestos a los valores de la cultura dominante como se los describe en otros apartes de la novela, se presentan como lugares de habitación naturales para las demonizadas deidades africanas, lo cual refuerza la idea de que las tierras bajas son escenario de hábitos propios de gente negra, que Carrasquilla no duda en

²⁴⁹ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 26.

²⁵⁰ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 66.

²⁵¹ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 29.

adjetivar como salvajes en boca de don Pedro quien, frente a los temores de su esposa por la posibilidad de que Bárbara se vaya a trabajar en las inhóspitas minas, trata de consolarla diciéndole que Sacramento protegerá a su hija pues “(...) aunque sea con todas sus mojigangas y salvajadas, sabe hacer menjurjes (sic) que curan y preservan”.²⁵²

El tópico de la brujería sintetiza varios de las estrategias de representación que he mostrado hasta ahora. Por una parte, contribuye a inferiorizar los saberes botánicos y la espiritualidad que portaba la gente negra en América al señalarlos como salvajes en repetidas ocasiones; debido a la incomprensión europea acerca del sistema de creencias y prácticas sagradas de los pueblos involucrados en la trata, éstas se convirtieron simplemente en cultos demoniacos que en ocasiones los cautivos supieron utilizar a su favor, bien fuera para crear un halo de misterio y terror en torno suyo como forma de resistencia simbólica o para insertarse en la sociedad de la época pues, a pesar de la marginalidad y estigmatización a la que ésta los sometía, en varias oportunidades se ha podido documentar con base en las declaraciones realizadas en el marco de procesos inquisitoriales por brujería que blancos y mestizos constituían los usuarios más frecuentes de los servicios mágicos que ofrecían los negros, especialmente los relacionados con magia amorosa.²⁵³

Por otra parte, en referencia a los saberes mágicos y curativos de los africanos y sus descendientes, se reitera la relación entre tierras bajas y salvajismo que implícitamente justifica la creación de una identidad antioqueña colonizadora ubicada en las montañas. En la cita sobre África y sus terribles genios vengadores, Carrasquilla explica la persistencia de las primitivas deidades africanas en América, aún a pesar de la intervención de los

²⁵² CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 36.

²⁵³ MAYA, *Brujería y reconstrucción...*, p. 378.

europeos que esclavizaron un sinnúmero de pueblos africanos con el ánimo de redimirlos de la mancha de Cam y la religión de Mahoma, debido a que en el nuevo espacio americano encontraron también un ámbito que permanece por fuera del orden civilizador: las selvas y los montes intertropicales, que de acuerdo con el sentido común de la época en que Carrasquilla escribió su novela constituían las fronteras simbólicas y geográficas de la colonización, donde habitaban los negros y sus cortes infernales.

JUNTOS PERO NO REVUELTOS. RELATOS SOBRE LA “BLANCA” ANTIOQUIA REPUBLICANA

Con excepción de *La marquesa de Yolombó* el resto de las obras de Carrasquilla transcurren ya en la Antioquia republicana en una temporalidad coincidente con el periodo vital del escritor, es decir, en diferentes momentos durante la segunda mitad del siglo XIX y parte del XX. Como veremos en seguida, los modelos a los que acude Carrasquilla para representar a los afrodescendientes presentan muchas similitudes con los que ya hemos visto, pero las transformaciones históricas que sufrió Antioquia debido a la colonización le proporcionan nuevos temas en torno a los cuales va construyendo una identidad donde la imagen del antioqueño blanco, resultante de la oleada migratoria, se convierte en la representación homogénea del colectivo regional confinando aún más a la gente negra a espacios y escenarios muy restringidos; por otra parte, tanto la adjetivación de los temas asociados a lo negro como el empleo de marcadores raciales a manera de insulto que aparecen con frecuencia en el grupo de textos que analizaré cuestionan la flexibilidad racial que se le ha atribuido a la sociedad antioqueña.

En primer lugar mostraré rápidamente cómo estaba operando el proyecto de identidad local en la obra de Carrasquilla tanto al interior de Antioquia como en las relaciones que ésta

mantenía con Bogotá en su disputa por ganar un lugar en el régimen de representaciones sobre la nación y sus regiones. Sobre este último punto una pista importante la proporciona el hecho de que Carrasquilla escribiera toda su vida casi exclusivamente sobre Antioquia, por su parte, los escasos textos que tienen como escenario a Bogotá -apenas dos cuentos: El rifle y La mata ambos escritos en 1915- presentan una ciudad sombría en la que los protagonistas de los relatos Tista Arana y María Engracia, un niño y una anciana pobres y abandonados a su suerte, se aferran a la vida a través de los objetos que dan título a los cuentos. En el primer relato Tista, un pequeño lustrabotas cándido pero sufrido, recibe de manos de un caballero solitario y melancólico que no encuentra con quien compartir la navidad un flamante rifle nuevo que lo hace feliz apenas por un instante pues su madrastra, una mujer que vive permanentemente borracha de chicha²⁵⁴ y quien lo maltrata a diario, destruye el regalo. El segundo cuento responde a un patrón parecido: María Engracia es una mujer campesina que llegó a Bogotá en su juventud, la ciudad le arrebató la inocencia y lo poco que tenía, día a día muere de hambre y tristeza hasta cuando decide sembrar una mata frente a la ventana de su pequeño y austero cuarto para que le haga compañía, la mata crece frondosa y la comunica de nuevo con el mundo pues los transeúntes la admiran y se detienen para conversar con la mujer, quien por fin se siente útil y renovada, sin embargo un día cualquiera llega el dueño del lugar y arrasa con la mata bajo el argumento de que ésta arruinará la habitación, lo cual le causa a María Engracia una pena tal que acaba con su vida. Ambos relatos están ambientados en los barrios pobres del centro de la ciudad, transcurren en ambientes hostiles que Carrasquilla parece privilegiar como referentes de la vida urbana; los tópicos que emplea presentan la ciudad como un lugar desalmado, solitario

²⁵⁴ Bebida de maíz fermentado propia de los pueblos indígenas del altiplano donde se ubica Bogotá y a comienzos del siglo XX asociada con la supuesta criminalidad y violencia de los sectores bajos urbanos.

e individualista y están a tono con las descripciones sobre Bogotá que Carrasquilla elaboró en sus cartas familiares como una ciudad sucia, oscura y poco instruida.

Por otra parte, en una serie de Crónicas que escribió sobre Medellín Carrasquilla presenta la capital antioqueña como la síntesis de los valores atribuidos a ese pueblo:

¡Oh Medellín! (...) el sortilegio indecible de tu conjunto, y el prestigio de las innumerables, diversas habitaciones que te circundan, y la vida infatigable de tus hijos, el sudor cotidiano, ya en el surco, ya en la fábrica, ya en la lid solitaria del campesino hogar, forman de tus alrededores una síntesis de poesía y sugerencias que ilustran y embellecen la mente.

Juzgada desde este punto de apreciativa, eres tú, ciudad risueña y soleada, comarca bendecida.²⁵⁵

La sensación de tragedia permanente que transmiten los cuentos sobre Bogotá se opone por completo a la imagen que Carrasquilla elaboró sobre Medellín, el centro simbólico, político y económico de la vida e identidad antioqueñas que a pesar de su carácter urbano se presenta como una urbe trabajadora pero al mismo tiempo poética, risueña y soleada en contraste con la oscuridad que irradia la primera.

Carrasquilla encarna claramente estas oposiciones mediante el personaje de César Pinto, un cachaco bogotano que aparece en la novela *Frutos de mi tierra*. Recordemos que esta es la historia de dos familias medellinenses de clase alta que representan los sectores de la burguesía urbana de la época: los comerciantes que han ascendido socialmente y logrado riqueza gracias a su trabajo -los Alzate-, y los aristócratas herederos de fortunas y apellidos coloniales -los Escandón-. La parte más interesante de la historia se desarrolla alrededor de

²⁵⁵ CARRASQUILLA, “Medellín”..., p. 777.

la familia Alzate, que está compuesta por cinco hermanos: Augusto (sic), Filomena, Belarmina, Nieves y Juana pero son únicamente los dos primeros quienes montan una tienda y prendería mediante la cual amasan un patrimonio considerable, Nieves y Belarmina fungen como sus criadas y Juana se casó en su juventud con un militar bogotano. Pese a su dinero los dos primeros Alzate no son felices, Carrasquilla utiliza estos personajes para ilustrar los vicios y defectos comúnmente imputados a los antioqueños: son tacaños y envidiosos, viven recluidos en su casa, Augusto es ordenado hasta extremos obsesivos y Filomena, ya madura, sufre por permanecer soltera; son, sin embargo, la imagen del antioqueño trabajador y perseverante.

La situación cambia hacia la mitad de la trama cuando aparece César Pinto, hijo de Juana quien es presentado como un cachaco atractivo y calculador sobre el cual el dinero ejerce una gran atracción, no así el trabajo, para el que no se siente muy dispuesto. Piensa entonces en tesoros escondidos y matrimonios ventajosos como forma de conseguir riqueza, se dedica al juego y emplea sus encantos para conquistar mujeres acaudaladas a quienes exprime para luego abandonarlas. Sin embargo, cuando sus argucias encuentran límite en la capital, César empieza a avizorar nuevos rumbos y sus tíos, a quienes imagina tan ricos como ignorantes, le parecen vías perfectas para materializar sus pretensiones de grandeza; con esa idea llega a Medellín donde previsiblemente Filomena se enamora de él, eventualidad que el bogotano aprovecha al instante. Contra viento y marea Filomena organiza la boda y se marcha con su nuevo esposo a Bogotá, donde éste la abandona llevándose los caudales conseguidos a lo largo de toda una vida de trabajo, el dolor de la traición le causa la muerte a Filomena.

El papel de César, único personaje bogotano que Carrasquilla emplea en sus relatos, nuevamente muestra un prototipo urbano opuesto a la representación del antioqueño, un vividor que anhela riqueza y comodidades pero desprecia el trabajo. De acuerdo con Sommer, las ficciones fundacionales latinoamericanas con frecuencia acudieron al tópico de la relación amorosa entre personajes pertenecientes a diferentes razas o clases sociales para ilustrar los proyectos nacionales que alentaban, en particular las posibilidades de reconciliación a través del mestizaje, encarnadas en los frutos de esas uniones. Por el contrario, dentro del proyecto de identidad antioqueña que se manifiesta en los escritos de Carrasquilla el intercambio interregional no parece posible, el único enlace que se presenta en toda la obra entre Bogotá y Antioquia no logra consolidarse debido exclusivamente a las malas intenciones del bogotano que se aprovecha de la ingenuidad y trabajo de la antioqueña; la unión, por supuesto, no produce frutos que simbolicen la capacidad de diálogo entre Bogotá como corazón de la representación nacional y Antioquia como región en ascenso que lucha por ganar su lugar.

Algo parecido sucede en toda la obra con las uniones que implican relaciones interraciales pues a pesar de que en *La marquesa de Yolombó* Carrasquilla hace referencia a las relaciones sexuales entre blancos y negras, los resultados de esas uniones permanecen prácticamente invisibles en las novelas, apenas representados mediante algún personaje mulato que aparece eventualmente en la trama sin ninguna otra distinción ni incidencia dentro de la historia; el celebrado mestizaje antioqueño no tiene entonces cabida dentro de la obra más representativa de la identidad local.

Otra pista que nos permite cuestionar la idea de la sociedad antioqueña como una democracia racial en la que el color no constituía un factor de distinción importante es la

abundante utilización en las novelas y cuentos de marcadores raciales a manera de insulto o descalificación, en particular la palabra *zambo*, con la cual se nombraban los seres producto de la unión entre negros(as) e indígenas, considerados como la más envilecida de las mezclas posibles por provenir de individuos pertenecientes a los sectores más bajos de la sociedad, de los cuales se creía heredaban los peores defectos. En la novela corta *Luterito*, escrita en 1899, se presenta la interesante historia del Padre Casafús, el sacerdote de un pueblo conservador antioqueño que es tildado de liberal y perseguido debido a sus ideas progresistas; en un aparte de la novela doña Quiteria, matrona del pueblo y enemiga acérrima de Casafús se traba en una lucha verbal con las hermanas Valderrama, liberales a quienes espeta “¡Ah *zambas!* (...) ¡Diz que están muy triunfantes estas rojas sinvergüenzas! ¡Ah creídas! ¡Se han de quedar con las piernas juagadas!”.²⁵⁶ Otro tanto sucede en *Entrañas de niño*, novela escrita en 1906 a la cual se le han atribuido pasajes autobiográficos en la que Paco, su protagonista, narra las aventuras de una parte de su infancia; en uno de los apartes iniciales Paco, quien a pesar de su edad se daba muchas ínfulas, desprecia los coqueteos de Cándida, una cuarterona hija del mayordomo:²⁵⁷ “(...) se me acercó con disimulo y (...) me dijo arrulladora: ‘Paquito, vusté por qué no es novio mío...?’ Me quedo pasmado (...) *Zambas* a mí, que iba a casarme con princesa?”.²⁵⁸ Un tercer ejemplo lo encontramos en la novela de 1920 titulada *Ligia Cruz* que narra la historia de Petrona, una jovencita nacida en Segovia, pueblo minero, quien llega a la casa de don Silvestre, su padrino, en Medellín para curarse de un paludismo que la aqueja hace tiempo, allí Ernestina, la esposa de su protector, la desprecia por su origen humilde, su carácter parlanchín y desparpajado; la novela empieza narrando el malestar de la mujer: “A la gran

²⁵⁶ CARRASQUILLA, “Luterito”, En: *Obras completas*, Tomo I..., p. 158. Las cursivas son mías.

²⁵⁷ Cuarterón(a): Descendiente de mestizo y española o viceversa.

²⁵⁸ CARRASQUILLA, “Entrañas de niño”, En: *Obras completas*, Tomo I, p. 201. Las cursivas son mías.

señora se le iba dañando el hígado con la última barbaridad de su marido (...) ¿Qué iba a hacer ella con el emplasto de la ahijada? (...) Porque una montuna, hija de *zambos* mineros y que nunca había salido de Segovia, tenía que ser una calamidad abominable”.²⁵⁹

En el mismo sentido se encuentra la novela *Grandeza* de 1910, donde se narra la historia de doña Juana Barrameda de Samudio, una mujer de Medellín arribista y con aires de superioridad que hace hasta lo imposible por lograr figuración social para ella y sus hijas Magdalena (Magola) y María de la Cruz (Tutú), mientras que su único hijo (Chichí) prefiere los trabajos del campo y desprecia las pretensiones de su mamá. *Grandeza* evidencia la manera cómo funcionaban los signos de estatus en la sociedad antioqueña de la segunda mitad del XIX, la importancia de los alianzas matrimoniales como estrategia para mantener y aumentar el capital no sólo económico sino simbólico y la permanencia de sistemas de clasificación propios de la colonia para designar el lugar social que le correspondía a cada individuo; sobre este particular, por ejemplo, se desarrolla una interesante conversación entre Magola y doña Leonilde, una vecina rica pero envidiosa que defiende los matrimonios por conveniencia mientras que la chica se inclina por el amor como motivo para las uniones, la señora entonces le contesta: “-Qué ideas tan raras y tan horribles! (...) De modo que se casaría con un negro o con un bandido?”.²⁶⁰ Más adelante al discutir sobre Arturo, un pretendiente de Tutú al que apodan *grandeza* debido a que, sin ser de familia aristócrata ha conseguido dinero y una posición social que le ha permitido viajar a Europa así como refinar el trato y el guardarropa, el diálogo se desarrolla así:

²⁵⁹ CARRASQUILLA, “Ligia Cruz”, En: *Obras completas*, Tomo I, p. 381. Las cursivas son mías.

²⁶⁰ CARRASQUILLA, “Grandeza”, En: *Obras completas*, Tomo I..., p. 283.

(...) Arturo como que no es, en últimas, tan de lo peor. Como lo llaman Grandeza, creía que sería por ahí algún ñapango cavilosito de estos de pueblo,²⁶¹ que han inventado la suma con la guerra y con los negocios tan raros de ahora.

(...)

-Y por qué lo ridiculizan con ese apodo?

-Pues no será por tan rico, Leonilde?

-No será por eso, Juana, no lo crea!

-Es por eso, señora -arguye Magdalena.- Cómo nó? Los que pasan de pobres a ricos, quedan como si fueran expulsados del infierno: ni San Pedro les abre, ni el Diablo los vuelve a recibir.

-Sí, niña; lo que es San Pedro no le abre a Grandeza, por lo menos en Medellín. Porque, aunque tenga mucha plata, es un zambito.²⁶²

Un último ejemplo lo encontramos en la novela *Hace tiempos* cuya primera parte, titulada *Por cumbres y cañadas*, escrita en 1935 y que le mereció a Carrasquilla el premio nacional de literatura, narra la infancia de Eloy Gamboa, un niño blanco cuyo padre en determinado momento decide dedicarse a la minería y emprende un viaje con su familia, algunos socios descritos como blancos montañeros y Cantalicia, la nodriza india de Eloy, por diversas zonas donde ésta se practica. Ante una traición que sufre el señor Gamboa a manos de otros mineros Cantalicia opina que: “Todú’esto no son sinó disculpas que sacan él y sus sobrinos, pa blanquiar esa negrada qui’han hecho con un señor tan afligido”.²⁶³

Los ejemplos sobre el empleo de la palabra zambo y en el último caso, la referencia a lo negro como calificativos negativos o marcadores sociales son abundantes en la mayoría de los textos de Carrasquilla, sin embargo he escogido apenas unos cuantos que ilustran la variedad de tópicos a los que podía estar asociada. Como se observa en las citas, para la

²⁶¹ Ñapango(a): Adj. Col. Mulato, mestizo. En: www.buscon.drae.es/drael/.

²⁶² CARRASQUILLA, “Grandeza”..., p. 287.

²⁶³ CARRASQUILLA, Tomás, “Hace tiempos”, En: *Obras completas*, Tomo II..., p. 331.

época en que transcurren las novelas la palabra zambo se había alejado del referente exclusivamente racial para convertirse en una forma de calificar a algún “otro” que se distanciaba u oponía a la representación homogénea sobre lo antioqueño: el zambo puede ser un otro liberal, pobre, pueblerino, negro o racialmente mezclado pero, en todo caso, alguien diferente que se salía de la norma social dominante. La reiteración de esas asociaciones en toda la obra de Carrasquilla funciona como un modelo de clasificación que estructura las relaciones sociales entre diversos sectores, especialmente los aristócratas -sea por herencia o por adscripción- y el resto; sin embargo, la cita de *Grandeza* evidencia que al interior de la sociedad antioqueña, y sobre todo en Medellín como corazón de la representación regional, ni los nuevos ricos del comercio, ni los descendientes de indígenas y negros se libraban de la “mancha” racial aunque lograsen ascender socialmente. Por otra parte, la proveniencia geográfica también parece ser un factor que influía a la hora de determinar que tan “zambo” podía ser un individuo, en particular las zonas mineras de origen colonial y tierras bajas, como Segovia o los históricos poblados del nordeste. Aunque resulta obvio que el término había sido apartado de su significado original, el empleo de éste no parece inocente sino más bien muestra una asociación implícita entre lo malo, lo feo, lo desviado y la inferiorización que experimentaron los individuos racializados en la sociedad antioqueña; probablemente con el trascurso del tiempo y la implantación de la república, una vez inoperantes los antiguos términos creados por el sistema de castas, la utilización del término zambo se amplió a otros sectores que la sociedad local identificaba como extraños a la auto-representación hegemónica que estaba en construcción. Paradójicamente, esta forma de nombrar tan común en la obra de Carrasquilla se opone por completo a los argumentos tradicionalmente aceptados sobre la blancura antioqueña, en particular las afirmaciones del sociólogo Luis Fajardo acerca de la

ausencia de términos raciales como calificativos sociales en la sociedad antioqueña, que habíamos visto en el capítulo 2.

Por otra parte, es importante decir que la parodia y la ironía ha sido señaladas como las principales estrategias narrativas que Carrasquilla empleó en sus textos para llevar a cabo ejercicios de crítica social sobre temas como el conservadurismo en *Luterito*, o los vicios de la burguesía urbana en *Frutos de mi tierra* donde el escritor supo utilizar hábilmente su famoso humor negro para retratar las contradicciones, defectos, chismes y habladurías de la sociedad de la época. Sin embargo, Carrasquilla no parece tener la misma posición crítica frente a temas como la esclavitud o la servidumbre -recordemos que en *La marquesa de Yolombó* las presenta como resultado de una relación amable y cariñosa entre blancos y negros- ni sobre la presencia negra en general pues en el resto de su obra se reiteran los casos que presentan a los afrodescendientes como sirvientes naturales de los blancos aún a pesar de que los textos retratan épocas posteriores a 1851, es decir, cuando ya se había abolido la esclavitud. La diferencia fundamental entre las obras sobre la Antioquia republicana y *La marquesa de Yolombó* consiste en que en las primeras la participación e importancia de personajes negros en las tramas es mucho menor y se podría decir que casi marginal, no aparecen ya personajes como Sacramento y Guadalupe, cuya intervención fue definitiva para el desarrollo de la historia que narra *La marquesa de Yolombó*; en ese sentido, la producción de Carrasquilla en su conjunto parece reforzar la idea de que después de la colonización, los africanos y sus descendientes quedaron ausentes de la sociedad antioqueña, pasaron a hacer parte de su pasado y no sujetos del presente a partir de los cuales fuera posible elaborar una representación regional. Adicionalmente, mediante los pocos afrodescendientes que aparecen -uno o dos en novelas de más de cien páginas-

Carrasquilla insiste en la imagen del negro servil, sometido a los blancos por voluntad propia. La única excepción la constituye la trilogía *Hace tiempos* cuya primera parte se desarrolla casi por completo en las históricas zonas mineras antioqueñas y cuenta con una amplia presencia de personajes secundarios negros; sin embargo, como veremos más adelante, Carrasquilla acudió a éstos para completar el modelo de representación que asocia la presencia negra con la barbarie de las zonas mineras de tierra caliente fundadas antes de la colonización.

Dos ejemplos son reveladores en la construcción de la imagen del negro servil, el primero es el de *Fraciquí* (Francisquín), negro sirviente en *Salve, Regina*, novela de 1903 que narra el malsano amor que experimenta la joven Regina por Marcial Rodríguez, amo del negro. Allí, luego de un altercado con su amo Fraciquí dice que: “¡Si calai! Amito pegó a su negó, porque le ijo su veldá! ¡Amito lo lumbó e la casa, como a un pelo gusaniento! ¡Ay! ¡Qué hala sin Amito el negó *Faciquí*! ¡Qué halá en la vida! *Faciquí* se güelve ponde *Amito*, manque lo mate a las patalas (...)”, la voz del narrador explica, entonces, el contexto:

[Faciquí] Adoraba en *Amito*; era *Amito* su religión. En ese espíritu triste y caótico no existía más noción precisa que Marcial Rodríguez. Era el ser providente, que imperando en él por ley de soberano, le daba hasta la vida. Su negra existencia dividíala en dos partes: antes y después de *Amito*. Antes: azotes, hambre, miseria, la crueldad del blanco, el yugo horrible del que sin ser esclavo por ley, lo es por raza y por herencia, por estupidez e inutilidad. Después, un ser humano que le dispensa atenciones, que lo eleva a la categoría de persona, que le da el pan, que le arroja un mendrugo de cariño. Todo esto, sin explicárselo, por supuesto, sentíalo el negro en su propio embrutecimiento; y la gratitud reventaba en sus entrañas como chorro de agua comprimida.²⁶⁴

²⁶⁴ CARRASQUILLA, “Salve, Regina”, En: *obras completas*, Tomo I..., p. 189 y 190.

El segundo caso lo encontramos en *Entrañas de niño* donde Tula, la liberta que había criado a la madre del protagonista a quien Carrasquilla describe como “*genio de la fidelidad*”,²⁶⁵ reniega de su “raza” en un diálogo con el sacerdote, quien le dice:

-Tóma tú, para que compres una novena... a San Benito.
 -Dios se lo pague a su mercé, mi dotor... Será recebile, Pero no pa San Benito, a yo me gustan más los santos blancos.
 -¡Hola!... ¡Negra más zumbada!
 -No, dotor –interviene papá- ésta reniega hasta del santo de su raza.
 -Si no conviene con la abolición de la esclavitud! –corrobor a mi madre-. Dice que negro sin amo es como hijo sin padres.
 -¿De veras?
 -Asin'es, su mercé, mal que los pese a tanto negro como habemos.²⁶⁶

Más adelante, Tula se admira de la bondad del sacerdote afirmando que: “(...) Eso sí eran curas, que lo mismo trataban a los blancos que a un simple negro”. Por su parte la criada Bernabela en *Frutos de mi tierra* reconviene a su amo Augusto por trabarse en luchas estériles con sus vecinos diciéndole: “¡Un blanco como sumercé... ise a enredar con esa gentualla! Nó, mi amo: los negros semos negros y los blancos son blancos; los negros en la cocina, los blancos en la tarima”.²⁶⁷ Los ejemplos exponen con claridad la continuidad de la estrategia narrativa que ya habíamos visto en el apartado anterior mediante la cual Carrasquilla desplaza las atribuciones raciales a los propios personajes negros; esto sucede en el primer extracto donde vemos cómo aún sin ser esclavo, Fraciquí es presentado como un criado servil debido a una supuesta disposición a ello asociada a su pertenencia racial, unos caracteres propios de ésta como la estupidez y la inutilidad, y la herencia histórica; en el caso de Tula, el diálogo infantiliza a la gente negra al presentarla como un hijo sin más criterio que aquel que le puedan proporcionar sus amos. La única redención posible es a

²⁶⁵ CARRASQUILLA, “Entrañas de niño”, p. 216.

²⁶⁶ CARRASQUILLA, “Entrañas de niño”, p. 234.

²⁶⁷ CARRASQUILLA, “Frutos de mi tierra”, p. 113.

través de los blancos, quienes gracias a la compasión y bondad derivadas de su superioridad moral humanizan a los negros al tratarlos con dignidad, pese a que éstos son conscientes de su propia inferioridad, la afirman, la reproducen, e incluso parecen defender la permanencia de ese orden social, como se puede apreciar en ambos casos. Resulta curiosa la persistencia de este patrón de representación aún para la época en que se desarrollan estas historias, cuando la esclavitud ya había sido abolida, pues en el caso de *La marquesa de Yolombó* podría ser interpretado como un modelo económico y sencillo para mostrar las relaciones socio-raciales al interior de la sociedad antioqueña. Su permanencia me permite plantear que en general, esta estrategia narrativa responde a dos objetivos: por una parte, contribuye a reforzar las imágenes asociadas a los africanos y sus descendientes al justificar su inferiorización mediante la adjetivación negativa de su pertenencia racial; por otro lado, coincide con los patrones polarizantes que habíamos visto en *La marquesa de Yolombó* al exaltar la moralidad blanca y evitar una representación perjudicial del sector blanco trasladando las afirmaciones racistas a los propios personajes negros, vale la pena recordar el señalamiento de Van Dijk acerca de que una característica típica del discurso racista sobre los otros es “la negación o mitigación del racismo” como forma de presentar una autoimagen positiva del colectivo que enuncia.²⁶⁸ En efecto, a pesar de que las afirmaciones sobre la necesidad de mantener el orden socio-racial derivado de la colonia son bastante frecuentes en toda la obra de Carrasquilla, resulta curioso observar que éstas nunca son hechas por personajes blancos.

Sin embargo, al mismo tiempo, dentro del discurso se emplean otros tópicos que implícitamente evidencian la importancia que tiene el tema de la raza, y en particular la

²⁶⁸ VAN DIJK, Teun, “Discurso racista”, En: IGARTUA, Juan José y MÚÑIZ, Carlos (Eds.), *Medios de comunicación y sociedad*, Ediciones Universidad de Salamanca, 2007., p. 11.

distancia racial como garante del orden, tal es el caso de la limpieza de sangre, la racialización de la diferencia y la importancia de los matrimonios como formas de prestigio social. Sobre este último tema aparecen varios ejemplos en *La marquesa de Yolombó*. El más claro es el de Antonina, apodada “La cayubra”, una chismosa y pendenciera sobrina de Bárbara casada con un hombre pobre, en un aparte de la novela esta mujer protagoniza una pelea con sus vecinos, una pareja de mestizos venidos de Rionegro, el suceso es asumido como una afrenta por la aristocrática familia Caballero, hecho sobre el que Bárbara reflexiona así:

Un noble echando cocas? Qué vergüenza! Cómo estaría gozando el zamberío, que pretendía pasar por blanco. ¡Qué fatales eran los matrimonios desiguales! La cayubra se había enzambado hasta ponerse más abajo de su marido (...) eso había sido una escena, más para merienda de libertos que para riña de comadres.²⁶⁹

En ese mismo sentido vale la pena recordar la conversación ya citada entre Leonilde y Magola en *Grandeza* en la cual la primera le pregunta a la joven si sería capaz de casarse con un negro. Por otra parte, en *Frutos de mi tierra* el tema aparece nuevamente en varias ocasiones, una de ellas es cuando Nicanor, uno de los socios del señor Gamboa y quizá, de todos, el personaje que mejor encarna las virtudes de los antioqueños blancos y colonizadores, le describe a Cantalicia el tipo de mujeres que merecen hombres como él según las reglas comunes sobre los roles de género dentro de la familia antioqueña “A nosotros los montañeros pobres que semos blancos y decentes, no nos convienen sino mujeres como las de nosotros: de alpargate en semana y guasintón pa ir a misa y que sepan hacer toda laya de oficios”.²⁷⁰ Las uniones interraciales son presentadas como oportunidades de ascenso social deseadas por los sectores marginados: “[Las] matronas

²⁶⁹ CARRASQUILLA, “La marquesa...”, p. 130 y 131.

²⁷⁰ CARRASQUILLA, “Hace tiempos”, p. 261.

venerables pretenden con frecuencia casar sus negritas con alguno de estos blancos de la montaña, de facciones muy perfiladas, de estatura prócer y patas apostólicas”, un buen contrato para quienes pretenden blanquearse de acuerdo con la descripción de esos portentos antioqueños. Sin embargo, las uniones mixtas parecen ser desiguales y poco favorables para los blancos a juzgar por la narración de las bodas: “En tan solemnes días son los untos de pomadas y lociones fragantes; son los riegos de pachulí y esencia de rosas; y aquel olor de la raza africana, combatido por tantas mixturas, levanta una hedentina de todos los diablos chamuscados. Apesta que apesta invaden las casas de panaderas y dulceras”. De nuevo, a pesar de que el tema sugiere la posibilidad de matrimonios mezclados, es claro el empleo de oposiciones múltiples para dibujar una autoimagen de próceres y apóstoles blancos en contraste con la de negros malolientes.²⁷¹

Para terminar este capítulo quisiera mostrar cómo se manifiesta en el conjunto de obras que he decidido analizar la concepción andinocentrista sobre la barbarie de las tierras bajas, en relación con la construcción de una representación hegemónica y homogénea de Antioquia y sus habitantes desde las perspectivas geográfica, racial y cultural.

La relación entre clima, raza y civilización se puede apreciar con frecuencia en la obra de Carrasquilla. Es interesante observar que las descripciones de paisajes por lo general se acompañan de adjetivos que califican a los personajes que se les asocian, en un ejercicio de lo que Taussig ha denominado *geografía moral*, en los casos en que esto no sucede de manera abierta, implícitamente el desarrollo de la historia señala la preponderancia de personajes blancos o negros de acuerdo con el escenario. En ese sentido, es revelador que como anticipé más atrás, la novela donde mayor número de negros aparece es *Hace*

²⁷¹ CARRASQUILLA, “Hace tiempos”, p. 231.

tiempos, en particular la primera parte de la historia que se desarrolla casi en su totalidad en escenarios mineros de tierras bajas.

Al analizar las estrategias de representación que utiliza el escritor en sus discursos sobre la geografía moral antioqueña encontramos que las descripciones guardan inmensas similitudes con las que hicieron políticos, científicos y viajeros sobre el mismo tema en épocas cercanas. *Salve Regina* constituye un buen ejemplo, pues la trama comienza cuando la voz del narrador describe el escenario que rodea *La Blanca*, pueblo ficticio en el que transcurre la historia:

Es en los Andes (...) Arropa sus vegas y sus laderas, sus pendientes y colinas, el manto opulento de la feracidad; constelan las vacadas sus apacibles praderías; sus jardines, en perpetua florescencia, semejan mantones de Manila. En aquel clima no se inflama el aire en el verano ni se congela en el invierno, como en los tiempos de Rioja y de Garcilaso, vive allí *El blando céfiro*, con la mayor frescura. Y tál, que la sangre circula con el ritmo de la salud, y los pulmones se ensanchan con ese oxígeno edénico. Colóranse como durazos las mejillas de las chicas; las cejas y los cabellos parecen a toda hora como ungidos con brillantina; los ojos, rasgados y profundos, se abren al sol de la juventud, cual si quisieran beberse el infinito.²⁷²

El sano clima andino constituye habitación propicia para los hombres que se convirtieron en modelo de la representación regional dominante: los blancos montañeros, comerciantes, campesinos o arrieros, esta última una de las más importantes figuras de la identidad local. En *Frutos de mi tierra* el arriero es descrito como un hombre rústico pero al mismo tiempo apuesto y en este caso proveniente de Envigado, pueblo cercano a Medellín:

Era el tal arriero un envigadeño de la cepa, de esos de cara escultórica, barba nazarena, rejo y músculos de atleta. Con el mugriento sombrero hacia atrás; la *mulera* al hombro; una como chamarra de lienzo gordo, larga por delante y sin mangas; terciado el enorme guarniel; la *hoja rialera* al cinto; la camisa diagonal remangada hasta el codo; desnuda la una pantorrilla, medio cubierta la otra por amplio calzoncillo que salía del recogido pantalón, todo el hombre salpicado de barro, era un valiente tipo de Antioquia, hermoso si los hay.²⁷³

²⁷² CARRASQUILLA, “Salve, Regina”, p. 175.

²⁷³ CARRASQUILLA, “Frutos de mi tierra”, p. 84.

Carrasquilla narra el trascurso de la cotidianidad en esas tierras de acuerdo con los conceptos comunes sobre la casa y la familia antioqueña. Así describe, por ejemplo, la vivienda de Regina: “Era un caserón de pueblo, de buen servicio y mejores comodidades. Se notaba en todo extremada limpieza, mucho orden, muchísima abundancia, y esa amplitud, esa facilidad de los hogares sencillos, donde no hay aparatos que estorben, ni lujos que empalaguen”.²⁷⁴ Las citas sobre escenarios andinos o montañosos implican una valoración de los efectos del entorno sobre el bienestar físico y espiritual de sus pobladores: las tierras son productivas, los climas templados estimulan la salud y la belleza, quienes provienen de la montaña y se enfrentan a diario con ella, como los arrieros, son seres hermosos y bien formados, la sociedad en estos ambientes funciona con base en los valores de orden, limpieza y sencillez.

Por el contrario, en *Hace tiempos* la elaboración de una geografía moral de las regiones mineras no es nada alentadora. Las tierras bajas permanecen fuera del influjo colonizador, bárbaras y salvajes, aún poseídas por la naturaleza y por tanto marginadas de la cultura, son escenario de las más feroces pasiones y prácticas: “El amor y la muerte, estos dos agentes de la transformación del organismo viviente, tienen en estas márgenes selváticas las manifestaciones más violentas”.²⁷⁵ Este ambiente de laxitud social no resulta apropiado para los blancos de la montaña y así se lo expresa Nicanor a Cantalicia cuando le cuenta que en Remedios y Zaragoza:

²⁷⁴ CARRASQUILLA, “Frutos de mi tierra”, p. 178.

²⁷⁵ CARRASQUILLA, “Hace Tiempos”, p. 231.

(...) pagan muy buenos jornales (...) pero a ningún trabajador le queda nada con tanta francachela y tanto bunde. Por allá hay tanto matón, tanta vagamundería y tanta perdición, que eso es más pa uno perder al alma que pa ganar la vida. Por allá vimos tantas cosas feas, tanto hombre enyerbao, tanto muerto a cuchillo, que nos fue colando el recelo y nos volvimos.²⁷⁶

Algo parecido sucede en *Ligia Cruz* cuando la muchacha se enamora de Mario, uno de los hijos de su padrino, quien gracias a sus conocimientos médicos le diagnostica una tuberculosis avanzada que en poco tiempo acabará con su vida. De regreso a Segovia, ya sin esperanza de curación pero totalmente ignorante de la gravedad de su estado, la joven en su delirio sueña con la posibilidad de casarse con Mario. La alarmada familia reflexiona sobre la imaginación desbordada de la enferma que siempre la metió en problemas, atribuyéndola a la influencia del entorno, el narrador interviene con estas afirmaciones:

En efecto, aquellas regiones, en mucha parte ignotas, son para producir espejismos y perturbaciones en el hombre más normal, más equilibrado y más impávido. Allí las fieras espantables, las aves polícromas y peregrinas; allí los reptiles más enormes y pavorosos, los insectos más gentiles y delicados; allí los monos, con todas sus pantomimas y payasadas; el oro por doquiera; por doquiera las emanaciones letales; los agüeros, las barbaridades. Allí los agios y las codicias, la lucha heroica por el pan, el libertinaje de las minas, los amores de tanta gente suelta, sin respetos religiosos ni sociales. Allí los crímenes, el aguardiente, la sangre, las enfermedades, las miserias.

Tal medio no es para arcadias de pastores y eremitas, ni para sabidurías reposadas. El hombre, en su personalidad específica, que lo resta de sus semejantes, es su patria, porque no puede ser ni más ni menos. Y eso era Ligia: una soñadora desequilibrada por temperamento, en un medio y en circunstancias muy propicias.²⁷⁷

El río y la selva, con sus climas extremos, dominios exclusivamente de la naturaleza y habitación de seres moralmente inferiores son tópicos que se repiten constantemente. Al describir las regiones pobladas por negros *Hace tiempos* presenta un ejemplo interesante:

²⁷⁶ CARRASQUILLA, “Hace Tiempos”, p. 245.

²⁷⁷ CARRASQUILLA, “Ligia Cruz”, p. 421.

En las márgenes del río, en ese laboratorio íntimo de la Naturaleza, donde tan claro se ve la transformación de la materia animal y la vegetal, [los negros] pasan su vida y la transmiten, entre el connubio de árboles y yerbas, de tanta fauna, del agua y del suelo, del sol y la tierra. Los pocos que alcanzan la vejez son mendigos. Por fortuna, el clima acaba con ellos no muy tarde, si no se matan unos a otros por sus celos y codicias.²⁷⁸

Los efectos de esos ambientes producen seres opuestos a las virtudes de los industriosos antioqueños blancos y montañeros, negros perezosos que no trabajan aunque tengan los instrumentos. Así lo señala Cantalicia en un diálogo con la madre de Eloy sobre los negros de las minas: “D’este negrito sí me da mucho pesar! Se lo come la pereza, y me parece que no va a aprender a trabajar en nada. Yo le pago un rial, le doy tabacos y sobraos, y apenas logro me recoja y me raje la leña. Esto le cuesta un sacrificio. Es tan inútil y tan maula el pobrecito, que l’he dao un pedazo de saya, hilo y aguja, pa que se remiende los rotos, y no ha sido capaz”.²⁷⁹ Las citas evidencian una representación totalmente opuesta de las tierras bajas, los sujetos que las habitan y las sociedades que éstos conforman: dominadas por los vicios, en especial aquella alegría y propensión al baile asociada a los negros que habíamos visto más atrás, la violencia, la brujería, los furores, la sexualidad desbordada que contraviene las convenciones sociales y los preceptos religiosos, todo ello en medio de -y propiciado por- una naturaleza sin orden, poblada de los seres más extravagantes. En contraste, los espacios de la civilización son por supuesto los ámbitos colonizados en los que la naturaleza indómita y las costumbres licenciosas han sido desplazadas por la amplitud, inocencia y los campos intervenidos por la mano del hombre en los que ahora habita dios, como se muestra hacia el final de la primera parte de *Hace tiempos* cuando

²⁷⁸ CARRASQUILLA, “Hace Tiempos”, p. 232.

²⁷⁹ CARRASQUILLA, “Hace Tiempos”, p. 294.

Eloy y sus compañeros logran por fin salir del ámbito minero y se desplazan hacia la montaña, Carrasquilla narra entonces que

El niño criado en vidriera, como decía la tía de Antolino, está a sus anchas por esas mangas y esos rastros. Ya no es el monte cerrado, donde la Madre del Río hace tantos estragos; ya no son las serpientes ni las tarántulas ni los escorpiones: es el campo de dios, el campo abierto, poblado de animales inocentes; son los montones de cumbres, ya explotados, por donde pueden trasegar hasta los niños.²⁸⁰

A pesar de que la colonización ha sido presentada como un fenómeno que democratizó la sociedad y anuló las barreras y marcas raciales en Antioquia, la construcción de una identidad regional blanca y progresista implicó la creación de un otro racializado, adjetivado negativamente como la encarnación de todas las oposiciones y desviaciones a las normas sociales que regían la representación hegemónica del ser antioqueño de acuerdo con el andinocentrismo derivado de la ideología del blanqueamiento. Aunque se ha recurrido con frecuencia a la ficción del mestizaje armónico y libre de conflicto durante el XIX para sustentar la ausencia de los africanos y sus descendientes en la historia antioqueña posterior a la colonización, en la obra de Carrasquilla se evidencia la permanencia y arraigo de las formas de clasificación socio-raciales derivadas de la colonia así como los mecanismos creados con el objetivo de mantener la distancia entre los diversos sectores racializados de la sociedad y controlar el ascenso de aquellos ubicados en las posiciones más bajas de la escala social. Durante el siglo XIX la representación sobre lo antioqueño no pudo reconocer ni incorporar a los afrodescendientes sino que más bien por medio no sólo del discurso sino también de las prácticas sociales los confinó a las márgenes del orden social, situándolos en las fronteras culturales y geográficas del imaginario antioqueño. Los africanos y sus descendientes se convirtieron entonces cuerpos que alimentaron la economía y el deseo de

²⁸⁰ CARRASQUILLA, “Hace tiempos”, p. 294.

los blancos durante el periodo colonial, es decir, en sujetos exclusivos del pasado, o bien en habitantes de las tierras mineras, bárbaras y dominadas por la naturaleza, donde la providencial empresa colonizadora aún no bajaba desde los Andes a implantar el orden. Para la blanca Antioquia, después de la colonización, la distancia que la separaba del otro que encarna la diferencia se hizo insalvable, el diálogo parece imposible, la ficción del mestizaje feliz carece de correlatos en las abundantes representaciones que exaltan y celebran su blancura, su pureza racial, su superioridad moral, el mulato es prácticamente invisible, el negro está condenado por su raza, la historia y su propia voluntad a permanecer obedientemente al servicio de los blancos y subordinado a éstos, el mestizo no puede librarse de la “mancha” racial y su ascenso se considera un afrenta. El diálogo se torna imposible y la vía que queda es la eliminación simbólica del otro: de pronto, en el transcurso de unas pocas décadas, lo negro simplemente desaparece del panorama antioqueño en un proceso que no careció de violencia y que ha mantenido en la invisibilidad a los descendientes de africanos en Antioquia por más de un siglo.

Despidámonos de Carrasquilla y dejemos que él nos diga adiós con una última cita que sintetiza esa eliminación violenta que implicó la colonización antioqueña como mito fundacional de una identidad local blanca. En *Grandeza* Carrasquilla describe a Chichí, el hijo de la protagonista, como prototipo del auténtico colonizador aguerrido y tenaz que se enfrenta con la naturaleza obstinada en un esfuerzo continuo por vencer los obstáculos que ésta le opone para transformar el paisaje, entre ellos, los negros tan perezosos, tan distintos que pueden echar por tierra el proyecto colonizador con su barbarie si no son anulados, expulsados, desaparecidos del panorama para instaurar en esas tierras el reino del orden:

Transcurren tres años de lucha, cuerpo a cuerpo, brazo a brazo, y Chichí ha triunfado (...) La mitad de este tiempo lo ha pasado con fiebres; mas parece que a cada embate le inculcase mayores energías el microbio enemigo. Su sangre tan rica, su organismo tan vigoroso, han logrado defenderse de los furores del Cauca; que hasta el clima amaina con los hombres tesonudos (...) No ha sido menos cruda la lucha con el hombre. Revólver en mano, ha tenido que imponérsele a la negrería indómita, perezosa y merodeadora que por ahí campea; ha ido eliminándola gradualmente, haciéndose a un personal de jornaleros de los lados de oriente, gañanes de raza blanca, los más trabajadores y constantes, y acaso los menos pícaros de nuestras gentes montañosas.²⁸¹

Tumbar un árbol y eliminar un negro parecen haber sido las tareas fundamentales de la colonización antioqueña y aparentemente, al menos en el imaginario de la nación, ambas se cumplieron a cabalidad.

²⁸¹ CARRASQUILLA, “Grandeza”, p. 369.

EPÍLOGO

Para las primeras décadas del siglo XX Antioquia logró que el gobierno nacional incorporara a su territorio la región de Urabá, ubicada en la esquina noroccidental del país en límites con Panamá, y le proporcionó así una salida al mar Caribe.



Mapa 3. Urabá.

Tomado de <http://imagenes.tupatrocinio.com/>

El Urabá ha sido una región tradicionalmente poblada por afrodescendientes y pueblos indígenas que antes de su anexión a Antioquia poco contacto había mantenido con la Colombia andina; a partir de entonces las relaciones entre el departamento y la región trascurrieron de manera tensa bajo la sombra de la incomprensión y la desconfianza mutuas entre los pobladores locales y las autoridades civiles y militares enviadas por el gobierno

departamental desde Medellín. De acuerdo con Roldán, la diferencia que implica el Urabá frente a la Antioquia andina como corazón de la representación regional estimuló inmensos esfuerzos para incorporarla al imaginario dominante, igual que había sucedido con otros territorios nacionales; sin embargo, la violencia de ese proceso impidió que se concretara el deseo colonizador que para mediados de siglo permanecía frustrado por lo que la investigadora colombiana Mary Roldán no duda en calificar como “intolerancia del antioqueño frente a la diferencia cultural”,²⁸² pues fue precisamente en este contexto que se escribió el poema que afirmaba “colonizar es violar” citado en el segundo capítulo. Al igual que sucedió con las tierras bajas del nordeste antioqueño, situadas entre los ríos Cauca y Magdalena, el Urabá ha permanecido al margen de la representación hegemónica y por su composición étnica y cultural en el imaginario nacional se asocia más al departamento del Chocó, cuya población está compuesta por afrodescendientes en un 83% aproximadamente. El Urabá constituye un correlato de la incapacidad de Antioquia para reconocer la diferencia interna que la habita pues para el imaginario regional el otro, diferente y hasta opuesto, viene de afuera, se ubica en las fronteras de lo aceptable.

El proyecto de identidad antioqueña sigue siendo exitoso, no solo porque la imagen del antioqueño laborioso persiste en el ámbito nacional, sino porque en el imaginario sobre Colombia se mantiene la idea de que en Antioquia no hay descendientes de africanos. Por otra parte, en casos como el de San Andrés y otras regiones nunca vistas por la Colombia andinocentrista, ávidas de una estimación justa de su valía, la colonización no se ha detenido, se manifiesta todavía en el empleo profuso de símbolos de la identidad antioqueña como emblemas de estatus social. No han faltado durante el siglo XX quienes han señalado éste como el modelo de nación deseable para Colombia, el mestizaje bien sea

²⁸² ROLDÁN, “Violencia, colonización...”, p. 9.

real o ficticio como la opción más deseable para blanquear el país mediante la eliminación física o simbólica del otro, como expresaba la voz popular en la década de 1960 mediante un graffiti muchas veces repetido en las calles de Bogotá que decía “Haga patria, mate un negro”.

Un ejemplo reciente ilustra de manera dramática la vigencia de ese modelo: el 12 de mayo de 2009 el columnista Mario Fernando Prado publicó en el diario *El País* de la ciudad de Cali un artículo titulado “Paisocracia”²⁸³ en el cual destacaba la creciente figuración de los antioqueños en la vida pública colombiana como resultado natural de su pertenencia a cierta “raza”, reconocía su fortaleza, su disposición para el trabajo y sugería a los demás colombianos que “dejemos la bronca” y más bien admitamos que los paisas están llamados a gobernar todas las instancias del país. Al final, un comentario de rancio sabor decimonónico que recupera el mestizaje como forma de redimir geografías y pobladores que continúan situados en los márgenes del imaginario nacional reitera la importancia de continuar estudiando este fenómeno y las consecuencias que ha tenido para la construcción de ideas sobre la nación y sus regiones en Colombia. Prado sugiere que “Unos buenos sementales paisas sí que nos servirían, sobre todo en la costa Pacífica, para cambiar la pereza por la acción, la desidia por el perrenque y la fatiga por la verraquera”. No sobra recordar que sobre el área cultural Pacífica se ubican Urabá, el Chocó y otros departamentos como Cauca, Valle y Nariño, que aportan el mayor porcentaje de población afrocolombiana de todo el país.

²⁸³ PRADO, Mario Fernando, “Paisocracia”, En: *El País*, Cali, 12 de mayo de 2009. *Paisa* es la denominación popular de las personas nacidas en Antioquia y los departamentos surgidos de la gesta colonizadora como Caldas, Quindío y Armenia.

Hay que decir, sin embargo, que el panorama no es del todo pesimista. La histórica lucha de afrocolombianos y raizales dio un importante fruto en 1991 cuando la Constitución Nacional reconoció después de más de un siglo que Colombia es un país pluriétnico y multicultural en el cual habita una gran variedad de grupos étnicos que comparten una historia, valores culturales, formas de apropiación territorial particulares, etc., entre los cuales se encuentran los descendientes de africanos. El reconocimiento legal estimuló la visibilización del aporte cultural que estos grupos han hecho al desarrollo nacional, y potenció el interés académico sobre los estudios afrocolombianos cuyos primeros pasos habían sido dados con timidez en las décadas de 1950 y 1960. En 1993 se formuló la ley 70, conocida como *Ley de comunidades negras* que otorgó a las comunidades afrodescendientes de la cuenca del Pacífico títulos colectivos sobre los territorios que ellos y sus antepasados habitan desde hace más de 150 años y que, hasta entonces eran considerados como baldíos propiedad del Estado; así mismo se resaltó la importancia del acervo histórico y cultural que portan esos pueblos y se establecieron medidas para su protección como la creación de una *cátedra de Estudios Afrocolombianos* obligatoria para todos los niveles del sistema escolar. Desde el punto de vista académico, se han fortalecido las investigaciones tendientes a recuperar la memoria de los pueblos afrocolombianos, a reflexionar sobre sus condiciones históricas de marginalidad para contribuir a la transformación de las relaciones interétnicas y ampliar sus posibilidades de visibilización.

Sin embargo, como señalé antes, la profundidad histórica de muchos estereotipos que han orientado la percepción nacional sobre los descendientes de africanos hace que éstos continúen en vigor de modo que se hace indispensable continuar con los esfuerzos por

reflexionar sobre los procesos que dieron lugar a esas ideas para así construir identidades nacionales más justas y excluyentes.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, Carmen Elisa, *El imaginario de la conquista: Felipe Pérez y la novela histórica*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.

ALAPE, Arturo, *Valoración múltiple de Tomás Carrasquilla*, Bogotá, Alcaldía Mayor, 1990.

ALMARIO, Oscar y PÉREZ, Edgar, “Negros en tierra de blancos”, En: HERMELIN, Michael (Ed.), *Geografía de Antioquia. Geografía histórica, física, humana y económica*, Medellín, EAFIT, 2006, p. 223-236.

ANDERSON, Benedict, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993.

APPELBAUM, Nancy, *Dos plazas y una nación: Raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948*, Bogotá: ICANH, Universidad de Los Andes, Universidad del Rosario, 2007.

_____, “Whitening the región: caucano mediation and “Antioqueño Colonization” in nineteenth-century Colombia”, en: *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 79, N° 4, Nov 1999.

ARIAS, Julio, “Seres, cuerpos y espíritus del clima, ¿pensamiento racial en la obra de Francisco José de Caldas”, En: *Revista de Estudios Sociales*, N° 27 (Agosto de 2007), Bogotá, Universidad de Los Andes.

_____, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2005

AROCHA, Jaime y MORENO, Lina del Mar, “Andinocentrismo, salvajismo y afroreparaciones”, En: *Afroreparaciones: Memorias de la esclavitud y justicia reparatoria para negros, afrocolombianos y raizales*, MOSQUERA, Claudia y BARCELOS, Luiz Claudio, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007, p. 587-605.

ARROYAVE, Julio César, *Tradición y leyendas de San Lorenzo de Yolombó*, Medellín: Secretaría de educación y cultura del departamento de Antioquia, 1979.

BETANCOURT, Alexander, “La nacionalización del pasado. Los orígenes de las historias patrias en América Latina”, En: SCHMITD-WELLE, Friedhelm, *Ficciones y silencios fundacionales. Culturas poscoloniales en América Latina*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana-Veruvert, 2003.

CALDAS, Francisco José de. “Del influjo del clima sobre los seres organizados”. En: *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, mayo de 1808. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942.

CARO, Miguel Antonio. “La religión de la Nación”. En: *Obras Completas*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1962.

CARRASQUILLA, Tomás, “Autobiografía”, En: *Obras Completas*, Tomo I, Medellín, Bedout, 1958.

CARRASQUILLA, Tomás, “Hace Tiempos”, En: *Obras Completas*, Tomo II, Medellín, Bedout, 1958.

CARRASQUILLA, Tomás, “Epístolas”, En: *Obras Completas*, Tomo II, Medellín, Bedout, 1958, pp. 807.

CARRASQUILLA, Tomás, “A guisa de prólogo”, En: *Obras Completas*, Tomo II, Medellín, Bedout, 1958.

CASAS, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid, Edición de Isacio Pérez Fernández - Editorial Tecnos, 1992.

CASTELLANOS, Juan de. *Historia de la Gobernación de Antioquia y de la del Chocó*. Bogotá: Biblioteca de Cultura Popular Colombiana, 1942.

CHAVES, María Eugenia, “Color, inferioridad y esclavización: la invención de la diferencia en los discursos de la colonialidad temprana”, En: MOSQUERA, Claudia y BACELOS, Luiz Claudio, *Afroreparaciones: memorias de la esclavitud y justicia reparatoria para negros, afrocolombianos y raizales*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007.

COLMENARES, Germán. *Historia social y económica de Colombia 1537-1717, Tomo I*. Bogotá: Tercer Mundo, 1999.

COLMENARES, Germán. *Historia económica y social de Colombia. Popayán: una sociedad esclavista, 1680-1800*. Tomo II. Bogotá: Tercer Mundo, 1999.

COLMENARES, Germán, “¿Si será verdad tanta igualdad?”, En: *Boletín cultural y bibliográfico*, N° 4, Vol. XXII, 1985.

COVARRUBIAS, Sebastián de, *El tesoro de la lengua española*, Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/>.

CUBIDES, Fernando, “Representaciones del territorio, de la nación y de la sociedad en el pensamiento colombiano del siglo XIX: cartografía y geografía”, En: SIERRA, Rubén,

(Comp.) *Miguel Antonio Caro y el pensamiento de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

DEAS, Malcom, “Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia”, en: *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo, 1993.

DÍAZ, Rafael, “Entre demonios africanizados, cabildos y estéticas corpóreas: aproximaciones a las culturas negra y mulata en el Nuevo Reino de Granada”, En: *Universitas Humanistica*, Julio-diciembre, Año/Vol. XXXII, N° 060, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, p. 29-37.

DUCHET, Michele, “Las reacciones frente al problema de la trata negrera: análisis histórico e ideológico”, En: *La trata negrera del siglo XVI al XIX*, Barcelona, Serbal/UNESCO, 1981.

ESCALANTE, Aquiles, *El negro en Colombia*, Barranquilla: Corporación Educativa Mayor del Desarrollo Simón Bolívar, 2002.

FAJARDO, Luis, *La moralidad protestante de los antioqueños. Estructura social y personalidad*, Cali, Departamento de Sociología, Universidad del Valle, 1966.

FRANCO, Ramón, *Antropogeografía colombiana*, Manizales, Imprenta del Departamento, 1941.

FRIEDEMANN, Nina S. de, “Negros en Colombia: identidad e invisibilidad”, En: *Revista América Negra*, N° 3, Junio de 1992, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.

_____, “Estudios de negros en la antropología colombiana: presencia e invisibilidad”, En: AROCHA, Jaime y FRIEDEMANN, Nina S. de, *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*, Bogotá, Etno, 1984.

FRIEDEMANN, Nina S. de y ESPINOSA, Mónica, “La familia minera”, en: LEYVA, Pablo (Ed.), *Colombia Pacífico*, Bogotá, Fondo para la protección del medio ambiente José celestino Mutis, 1993.

GÓMEZ, Laureano. *Interrogantes sobre el progreso de Colombia. Conferencias dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá*, Bogotá: Editorial Minerva, 1928.

GONZÁLEZ, Margarita. “El resguardo minero de Antioquia”. En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, volumen 9. Bogotá: Departamento de Historia, Universidad nacional de Colombia, 1979.

GUEVARA, Natalia, “San Andrés Isla, Memorias de la colombianización y reparaciones”, En: *Afroreparaciones: Memorias de la esclavitud y justicia reparativa para negros*,

afrocolombianos y raizales, MOSQUERA, Claudia y BARCELOS, Luiz Claudio, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007, p. 295-317.

GUIMARÃES, Antonio Sergio Alfredo, “Democracia racial: el ideal, el pacto, el mito”, En: *Estudios Sociológicos*, XX, 2002, p. 23-45.

GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia, “Tensiones del odio en la pequeña comunidad: antagonismo en los estratos sociales”, en *Revista Colombiana de Antropología*, volumen IX, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1960.

HOBSBAWM, Eric, “Identidad”, En: *Revista Internacional de Filosofía Política*, N° 3, Madrid, UAM, UNED, 1994, p. 5-17.

JARAMILLO, Roberto Luis, “La colonización antioqueña”, en: MELO, Jorge Orlando (Comp.), *Historia de Antioquia*, Bogotá: Ed. El Colombiano de Medellín, 1979.

JARAMILLO URIBE, Jaime, “Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII”, En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* N° 3, Bogotá, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, 1965.

JIMÉNEZ, Orián, *El Chocó: un paraíso del demonio. Nóvita, Citará y el Baudó Siglo XVIII*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, 2004.

_____, “Los amos y los esclavos en el Medellín del siglo XVIII”, En: *Revista Historia y sociedad*, Universidad Nacional de Colombia, (5), 1998, p. 119-133.

JOSET, Jaques, *Manual de literatura latinoamericana Tomo III Modernismo*, Pamplona, Cenlit, 1998.

JOZEF, Bella, *Historia de la literatura Hispanoamericana*, Guadalajara: UDG, 1991.

LEVY, Kurt, “La única novela histórica de Carrasquilla”, En: ALAPE, Arturo, *Valoración múltiple de Tomás Carrasquilla*, Bogotá, Alcaldía Mayor, 1990.

_____, *Vida y obras de Tomás Carrasquilla. Genitor del regionalismo en la literatura hispanoamericana*, Medellín, Bedout, 1958.

LONDOÑO, Patricia, “La vida diaria: usos y costumbres”, En: MELO, Jorge Orlando (Coord.), *Historia de Antioquia*, Medellín: Suramericana de Seguros, 1987.

LÓPEZ DE MESA, Luís. 1975. *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Bogotá: Editorial Bedout.

LÓPEZ TORO, Álvaro, *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX*, Bogotá, Universidad de los Andes, Facultad de Economía, Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico, 1976.

MAYA, Adriana, *Brujería y reconstrucción de identidades entre los africanos y sus descendientes en la Nueva Granada, siglo XVIII*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2005.

_____, “Brujería y reconstrucción étnica de los esclavos del Nuevo reino de Granada”, En: MAYA, Adriana (Comp.), *Geografía Humana de Colombia Tomo IV, Los Afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de cultura hispánica, 2000.

_____, “África: legados espirituales en la Nueva Granada, siglo XVII”, En: *Historia crítica*, N° 12, enero-junio de 1996, p. 29-42.

MAYA, Rafael, “Prólogo a la edición argentina de la marquesa de Yolombó”, En: *Obras Completas de Tomás Carrasquilla Tomo II*, Medellín: Editorial Bedout, 1964.

MELO, Jorge Orlando (Coord.), *Historia de Antioquia*, Medellín: Suramericana de seguros, 1987.

MÚNERA, Alfonso, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá: Planeta, 2005.

NARANJO, Jorge, *La marquesa de Yolombó*, en: *Revista Credencial Historia*, No. 110, Bogotá: febrero de 1999.

NAVARRETE, María Cristina, “Cimarrones y palenques en el Nuevo Reino de Granada”, en: *Tzintzun Revista de Estudios Históricos*, N° 33, enero-junio de 2001, Morelia: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

NEIRA, Edison, “El imaginario afroamericano en *Simón el mago* de Tomás Carrasquilla”, En: *Estudios de Literatura Colombiana*, Medellín, Universidad de Antioquia, N° 13.

OSPINA, Tulio, *El oidor Mon y Velarde, Regenerador de Antioquia*, pp. 3, En: Biblioteca virtual de la Universidad de Antioquia, <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/colections.php>.

ONIS, Federico de, “Genial precursor de la novela americana”, En: ALAPE, Arturo, *Valoración múltiple de Tomás Carrasquilla*, Bogotá, Alcaldía Mayor, 1990.

PÁRAMO, Guillermo, “Mito; Matemáticas y Poesía. A propósito de un Parlamento de Ricardo III de W. Shakespeare”. En: *Estética y Matemática*, BONILLA et. al. Bogotá, Gaia, 2001.

PARSONS, James. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979.

PATIÑO, Beatriz, “La provincia en el siglo XVIII”, en: MELO, Jorge Orlando (Comp.), *Historia de Antioquia*, Bogotá: Ed. El Colombiano de Medellín, 1979.

PEDRAZA, Felipe (Coord.), *Manual de literatura latinoamericana Tomo III Modernismo*, Pamplona, Cenlit, 1998.

PEREZ, Amada Carolina, “Imágenes sobre la cotidianidad de los campesinos del altiplano central. Colombia 1910-1940”, En: URREGO, Miguel Ángel y TORRES, Javier (Eds.), *La nación en América Latina. De su invención a la globalización neoliberal*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2006.

_____, *La invención del “cachaco” bogotano: Crónica urbana, Modernización y Ciudad en Bogotá durante el Cuarto Centenario de Fundación, 1938*, Tesis para obtener el título de historiadora, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2000.

PERDOMO, Orlando, “Yo sueño con un 20 de julio literario” (entrevista a Tomás Carrasquilla), En: ALAPE, Arturo (Comp.), *Valoración Múltiple sobre Tomás Carrasquilla*, Bogotá: Alcaldía Mayor, 1990.

PEROZZO, Carlos, “Asombroso naufrago del siglo de oro (1858-1940)”, En: ALAPE, Arturo, *Valoración múltiple de Tomás Carrasquilla*, Bogotá, Alcaldía Mayor, 1990.

PIEDRAHITA, Javier, *Documentos y estudios para la historia de Medellín*, Medellín: Colina, 1983.

PINEDA, Álvaro, *La esfera inconclusa: la novela colombiana en el ámbito global*, Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.

POVEDA, Gabriel, “Breve historia de la minería”, En: MELO, Jorge Orlando (Coord.), *Historia de Antioquia*, Medellín: Suramericana de seguros, 1987.

PRADO, Mario Fernando, “Paisocracia”, En: *El País*, Cali, 12 de mayo de 2009.

QUIJADA, Mónica, “¿Hijos de los barcos o diversidad invisibilizada? La articulación de la población indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX)”, En: *Historia mexicana*, octubre-diciembre de 2003, vol. LIII, México, El Colegio de México, p. 469-520.

QUINTERO, Ángel, *Cuerpo y cultura. Las músicas mulatas y la subversión del baile*, Madrid, Iberoamericana, 2009.

RAMOS JÚNIOR, Dernival Venâncio. *Narrativa e geografia no Caribe colombiano (1962-1984)*. Brasília: Universidade de Brasília (tese de doutorado), 2009.

RESTREPO, Catalina, “Cantos e interacción cultural en La Marquesa de Yolombó de Tomás Carrasquilla”, En: Estudios de Literatura Colombiana, Medellín, Universidad de Antioquia, N° 13, julio-diciembre de 2003.

RESTREPO, Eduardo y ROJAS, Axel, *Afrodescendientes en Colombia: compilación bibliográfica*, Popayán: Universidad del Cauca, 2008.

RESTREPO, Luis, “Tomás Carrasquilla y la resistencia al proyecto centralista de la Regeneración”, En: RODRÍGUEZ, *Tomás Carrasquilla. Nuevas aproximaciones críticas*, Flor María Rodríguez (Ed.), Medellín, Universidad de Antioquia, 2000.

ROBINSON, Dilia y BOTERO, Juliana, “Raizales Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina”, En: *Velorios y santos vivos. Comunidades negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 2008, p. 105-108.

ROBLEDO, Emilio, *Sucinta relación de lo ejecutado en la visita de Antioquia por el oidor Juan Antonio Mon y Velarde, Separata del Tomo 12 del Archivo de la Economía Nacional*, s/f, pp. 29, En: Biblioteca virtual de la Universidad de Antioquia, <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/colections.php>.

RODRÍGUEZ, Flor María, “La autobiografía de Tomás Carrasquilla, entre autos y graphé”, En: *Tomás Carrasquilla, nuevas aproximaciones críticas*”, Flor María Rodríguez (Ed.), Medellín, Universidad de Antioquia, 2000.

ROJAS, Cristina, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá, Norma, 2001.

ROLDÁN, Mary, *Violencia, colonización y la geografía de la diferencia cultural en Colombia*, En: *Análisis Político*, N° 35, Sep-Dic de 1998, Bogotá, IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, 1998, p. 3-29.

SANTA, Eduardo, *La colonización antioqueña: una empresa de caminos*, Bogotá: Tercer Mundo, 1993.

SERNA, Justo, “Qué hacemos los historiadores cuando leemos novelas”, En: MANCEBO, María Fernanda (ed.), *Encuentros de historia y literatura. Max Aub y Manuel Tuñón de Lara*. Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003, págs. 201-219.

_____, “Una historia de la imaginación”, En: BURDIEL, Isabel y SERNA, Justo, *Literatura e historia cultural o Por qué los historiadores deberíamos leer novelas*, Valencia, Eutopias, 1996.

SIERRA, Rubén, (Comp.) *Miguel Antonio Caro y el pensamiento de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

SOMMER, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004.

SPICKER, Jessica, “El Cuerpo Femenino en Cautiverio: Aborto e infanticidio entre las esclavas de la Nueva Granada 1750 –1810”, En: MAYA, Adriana,(Coord.) *Los Afrocolombianos*, Tomo VI, *Geografía Humana de Colombia*. Santa Fe de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998.

TOVAR, Hermes, “Problemas de la estructura rural antioqueña en la segunda mitad del siglo XVIII”, En: *Ibero-Amerikanisches Archiv*, Berlin, 1987.

TRIVIÑO, Diana Carolina, *Mantenerse y trabajar cotidianidad de los negros esclavos en los reales de minas en Antioquia 1750-1800*, Trabajo de grado, Bogotá, Departamento de Historia, Universidad Javeriana, Bogotá, 2004.

TWINAMM, Ann, “From Jew to Basque: ethnic myths and antioqueno entrepreneurship”, En: *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 22, No. 1 (Feb., 1980), Miami, Center for Latin American Studies at the University of Miami, pp. 81-107.

URREGO, Miguel Ángel. *La crisis del Estado nacional en Colombia, una perspectiva histórica*. Morelia: Instituto de Investigaciones Históricas, UMSNH, 2004.

URREGO, Miguel Ángel. *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la constitución de 1991*. Bogotá: Siglo del Hombre, Universidad Central, 2002.

VAN DIJK, Teun, “Discurso racista”, En: IGARTUA, Juan José y MÚÑIZ, Carlos (Eds.), *Medios de comunicación y sociedad*, Ediciones Universidad de Salamanca, 2007.

_____, “Ideología y análisis del discurso”, Trabajo presentado en *Ideology Symposium*, Oxford, Septiembre, publicado en: <http://www.discursos.org/>, 2004.

_____, *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa. 1999.

_____, “Análisis del discurso ideológico”, En: *Versiones*, N° 6, UAM-Xohimilco, 1996, p. 15-46.

VARGAS LLOSA, Mario, *La verdad de las mentiras*, Madrid, Santillana, 2002.

VILA VILAR, Enriqueta, “Historia y Literatura: un largo debate para un caso práctico”, En: *Nuevo mundo*, *Mundos nuevos*, <http://nuevomundo.revues.org/index52533.html>, en consultada el 1° de agosto de 2009.

VIVEROS, Mara, "La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual", ponencia presentada en el 1er. Encuentro Latinoamericano y del Caribe "La sexualidad frente a la sociedad", México, D.F., julio de 2008.

_____, *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.

VON DER WALDE, Erna, "El cuadro de costumbres y el proyecto de unificación hispano-católica en Colombia", En: *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXIII 724 marzo-abril, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007.

_____, "Lengua y poder: el proyecto de nación en Colombia a finales del siglo XIX", En: *Estudios de Lingüística del Español* N° 16, Universidad de Barcelona.

WADE, Peter, "Identidad", En: SERJE, Margarita, SUAZA, María Cristina y PINEDA, Roberto, *Palabras para desarmar. Una aproximación crítica al vocabulario del reconocimiento cultural en Colombia*, Bogotá: Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002

_____, *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*, Santa Fe de Bogotá: Siglo del Hombre, Universidad de los Andes, 1997.

WOLF, Eric, *Europa y la gente sin historia*, México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

WODAK, Ruth, "De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos", En: *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003.

_____, "El enfoque histórico del discurso", En: *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003.

ZAMBRANO, Fabio, "De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá", En: *Revista de Estudios Sociales*, N° 11, febrero de 2002, Bogotá, Universidad de los Andes.